Dr. Alfred Adler

EL SENTIDO DE LA VIDA



EDITORIAL BOROCABA

Alfred Adler

El sentido de la vida

Obra de Alfred Adler (Viena 1870-Aberdeen 1937) escrita en 1935,indispensable para todo aquel interesado en profundizar sobre el por qué cada uno de nosotros es como es, con el fin de encontrar la manera de librarnos de los errores que cometimos al estructurar nuestro estilo de vida.

PRESENTACIÓN

Tenemos la inmensa satisfacción de incluir en nuestra Biblioteca Virtual la última obra de Alfred Adler (Viena 1870-Aberdeen 1937) escrita en 1935.

Siendo doctor en medicina de la facultad de Viena en 1895, comenzó a estructurar la teoría que lo dio a conocer en el mundo y que llamó la Psicología Individual, marcando así una trascendental diferencia con la escuela freudiana.

La lectura atenta de su obra nos parece indispensable para todo aquel interesado en profundizar sobre el por qué cada uno de nosotros es como es, con el fin de encontrar la manera de librarnos de los errores que cometimos al estructurar nuestro estilo de vida. Esta toma de conciencia del individuo como ser único y como ser social nos parece que es el requisito insoslayable para que se dé un mejoramiento en la vida de los individuos y por ende de la sociedad en su conjunto. Por estas simples razones, pensamos que debíamos agregar este autor en nuestros estantes virtuales.

En el caso de querer compenetrarse con la obra de este prócer de la Humanidad, éstos son los otros trabajos que nos legó:

- Estudios sobre las insuficiencias orgánicas (1907)
- El carácter neurótico (1920)
- Teoría y práctica de la Psicología Individual (1924)
- Conocimiento del hombre (1927)
- Niños difíciles (1927)
- Teoría de la psicología individual (1928)

- La Psicología Individual (1928)
- La Psicología individual y la Escuela (1930)

Chantal López y Omar Cortés

PREÁMBULO

El hombre sabe mucho más de lo que comprende.

ADLER

En mi calidad de consejero médico de enfermedades psíquicas y de psicólogo y educador en el seno de escuelas y familias he tenido en mi vida continuas ocasiones de observar un inmenso material humano. Ello me ha permitido mantenerme fiel a la tarea que me impuse de no afirmar en absoluto nada que no pudiera ilustrar y demostrar por experiencia propia. No es de extrañar, pues, que en ocasiones resulten rebatidas por mí opiniones preconcebidas de otros autores que no han tenido la oportunidad de observar, tan intensamente como yo, la vida humana. No obstante, nunca he dejado de examinar, ni por un instante, con serenidad y con calma, las objeciones de los demás, cosa que puedo hacer con tanta más facilidad cuanto que no me considero atado a ningún precepto riguroso ni a prejuicio alguno. Por el contrario, me atengo al principio de que todo puede ocurrir también de distinta manera. Lo singular del individuo no es posible englobarlo en una breve fórmula, y las reglas generales que establecí en la Psicología individual por mí creadas, no aspiran a ser sino simples medios auxiliares susceptibles de proyectar una luz provisional sobre un campo de exploración en el que el individuo concreto puede, o no, ser hallado.

Esta valoración de las reglas psicológicas, así como mi acentuada tendencia a adaptarme y a penetrar por empatía[1] en todos los matices de la vida anímica, acentuó cada vez más mi convicción en la libre energía creadora del individuo durante su primera infancia y su correlativa energía posterior en la vida tan pronto como el niño se ha impuesto para toda su vida una invariable ley de movimiento.

Dentro de esta manera de ver, que abre camino libre a la tendencia del niño hacia la perfección, la madurez, la superioridad o la evolución, caben las diversas influencias propias tanto de las aptitudes innatas (comunes a toda la Humanidad o en cierto modo modificadas) como del ambiente y de la educación. Todas estas influencias forman el material de que se sirve el niño para construir, con lúdico arte, su estilo de vida.

Pero estoy asimismo persuadido de que el estilo vital engendrado en la infancia sólo podrá resistir a los embates de la vida a condición de que se halle adecuadamente estructurado sub specie aeternitatis. Y es que se enfrenta a cada paso con quehaceres y problemas totalmente nuevos, que no podrían ser resueltos ni mediante reflejos ensayados (los reflejos condicionados) ni mediante aptitudes psíquicas innatas. Resultaría excesivamente aventurado exponer a un niño a las pruebas del mundo sin más bagaje que el de esos reflejos y esas aptitudes, que nada podrían frente a los problemas constantemente renovados. La más importante tarea quedaría siempre reservada al incesante espíritu creador que, ciertamente, ha de actuar dentro del cauce que le impone el estilo de vida infantil. Por este mismo cauce discurre, también, todo lo que las distintas Escuelas psicológicas han designado con algún nombre: instintos, impulsos, sentimientos, pensamientos, acción, actitud frente al placer y al dolor y, por fin, el amor a sí mismo y el sentimiento de comunidad. El estilo vital recae sobre todas las formas de expresión, el todo sobre las partes. Si algún defecto existe, se manifestará no en la expresión parcial, sino en la ley del movimiento, en el objetivo final del estilo de vida.

Esta noción me ha permitido comprender que toda la aparente causalidad de la vida anímica obedece a la propensión de muchos psicólogos a presentar al vulgo sus dogmas bajo un disfraz mecanicista o fisicista: ora es una bomba de agua la que sirve de término de comparación, ora un imán con sus polos opuestos, ora un animal en grave aprieto que lucha por la satisfacción de sus necesidades más elementales. Con este enfoque poco puede en verdad captarse de las fundamentales diferencias que ofrece la vida anímica del hombre. Desde que incluso la propia Física les ha escamoteado ese concepto de causalidad substituyéndolo por el de una mera probabilidad estadística en el curso de los fenómenos, no hay que tomar en serio los ataques dirigidos contra la psicología individual por negar la causalidad en la esfera del acontecer anímico. Incluso el profano podrá darse cuenta de que las innumerables equivocaciones pueden ser comprensibles como tales, pero no explicables desde un punto de vista causal.

Ahora bien, al abandonar con plena justicia el terreno de la seguridad absoluta en el que tantos psicólogos se mueven, nos quedará una sola medida para aplicar al hombre: su comportamiento frente a los problemas ineludiblemente humanos.

Tres problemas se le plantean a todo ser humano: la actitud frente al prójimo, la profesión y el amor. Estos tres problemas, íntimamente entrelazados a través del primero, no son ni mucho menos casuales, sino que forman parte del destino inexorable del hombre. Son consecuencia de la correlación del individuo con la sociedad humana, con los factores cósmicos y con el sexo opuesto. De su solución depende el destino y el bienestar de la Humanidad. El hombre forma parte de un todo. Y su valor depende incluso de la solución individual de estas cuestiones, comparables con un problema matemático que necesita ser resuelto. Cuanto más grande es el error, tanto mayores son las complicaciones que acechan a aquel que sigue un estilo de vida equivocado, las cuales sólo faltan aparentemente, mientras la solidez del sentimiento de comunidad del individuo no se pone a prueba. El factor exógeno, la inminencia

de una tarea que exige cooperación y solidaridad, es siempre lo que desencadena el síntoma de insuficiencia, la difícil educabilidad, la neurosis y la neuropsicosis, el suicidio, la delincuencia, las toxicomanías y las perversiones sexuales.

Una vez descubierta la incapacidad de convivencia, se nos plantea un nuevo problema, no ya de interés meramente académico, sino de capital importancia para la curación del individuo, a saber: ¿cuándo y cómo quedó interceptado el desarrollo del sentimiento de comunidad? En la búsqueda de antecedentes oportunos tropezaremos con la época de la más tierna infancia y con aquellas situaciones que, según nos dicta la experiencia, pueden perturbar el normal desarrollo. Pero estas situaciones siempre coincidirán con la reacción inadecuada del niño. Al examinar más de cerca estas circunstancias, descubriremos, ora que una intervención justa fue contestada erróneamente, ora que una intervención equivocada fue contestada de la misma manera equivocada, ora -y este caso es mucho menos frecuente- que una intervención equivocada fue contestada bien y normalmente. Descubriremos asimismo que, una vez emprendida, el niño ha mantenido la misma dirección {orientada hacia la superación), sin que contrarias experiencias le hayan desviado de su camino. Educar (en toda la extensión de la palabra) equivale no sólo a ejercer influencias favorables, sino también a examinar cómo se sirve de estas influencias la potencia creadora del niño, para facilitarle un camino de enmienda en el caso de un desenvolvimiento equivocado. Este camino exige en toda circunstancia el incremento del espíritu de colaboración y del interés por los demás.

Una vez haya encontrado el niño su ley de movimiento, en la cual será preciso observar el ritmo, el temperamento, la actividad y, ante todo, el grado de sentimiento de comunidad -fenómenos todos que, a menudo, ya pueden ser reconocidos en el segundo año y en todos los casos en el quinto- entonces todas sus restantes facultades quedarán ligadas, en su naturaleza peculiar, a dicha ley de movimiento. En el presente libro nos proponemos dilucidar

principalmente, la percepción que el hombre tiene de sí mismo y del mundo que le rodea. En otras palabras: nos proponemos dilucidar la opinión que de sí mismo y del mundo se ha formado, por lo pronto, el niño, y la que -siguiendo la misma dirección- se forma el adulto. Mas esta opinión no nos la dará el examinado ni con sus palabras ni con sus pensamientos. Las palabras y los pensamientos están bajo el dominio de la ley de movimiento, que tiende siempre hacia la superación. Y ni aun en el caso de que el individuo se juzgue a sí mismo, deja de aspirar subrepticiamente al encumbramiento. Mayor importancia tiene el hecho de que la forma total de vida -llamada por mí estilo de vida -sea elaborada por el niño en un momento en que todavía no posee un idioma adecuado ni unos conocimientos suficientes. Al seguir creciendo, fiel a este sentido, se desarrolla el niño según la dirección de un movimiento que escapa a la formulación verbal y que, por esta causa, es inatacable por la crítica y se substrae incluso a la crítica de la experiencia.

No se puede hablar aquí de un inconsciente formado mediante la represión, sino antes bien, de algo incomprendido, de algo que ha escapado a nuestra comprensión. Pero todo hombre habla un idioma perfectamente comprensible para el iniciado, con su propio estilo de vida y con su actitud frente a los problemas vitales, que no pueden resolverse sin sentimiento de comunidad.

Por lo que se refiere a la opinión que el individuo tiene de sí mismo y del mundo exterior, el mejor medio de inferirla será partir del sentido que descubre en la vida y del que da a la suya propia. Evidentemente, es aquí donde mejor puede traslucirse una posible disonancia con un sentimiento de comunidad ideal, con la convivencia, con la colaboración y con la solidaridad humanas.

Ahora podemos comprender ya la importancia de aprender algo acerca del sentido de la vida y acerca de lo que los individuos interpretan por tal. Si existe un conocimiento, siquiera parcialmente aceptable, del sentido que nuestra vida pueda tener, fuera de nuestras experiencias empíricas, claro es que quedará refutada la posición de aquellos que están en manifiesta contradicción con él.

Como se ve, el autor no aspira más que a un resultado parcial e inicial, confirmado de sobras por su propia experiencia. Se entrega a esta tarea con tanto mayor gusto cuanto que le seduce la esperanza de que un conocimiento relativamente claro del sentido de la vida no sólo servirá de programa científico para ulteriores investigaciones, sino que también contribuirá a que aumente considerablemente el número de aquellos que, al familiarizarse con dicho sentido, se lleguen a identificar con él.

CAPÍTULO I

NUESTRA OPINIÓN ACERCA DE NOSOTROS MISMOS Y DEL MUNDO

Acuerdo entre la opinión y la conducta. El error de la generalización prematura. El plan de vida que antecede a la aparición del lenguaje. Analogía entre conducta animal y neurótica. Desconocimiento del propio estilo de vida. Psicologías de la posesión y del uso. Valor limitado de las reglas. La opinión del niño mimado y la del niño poco amado. Graves consecuencias de la opinión errónea. Resistencia de la opinión neurótica a los shocks anímicos.

No cabe, a mi entender, la menor duda de que toda persona se conduce en la vida como si poseyera una opinión determinada sobre sus propias energías y facultades, como si, al emprender una acción cualquiera, tuviese una idea clara de las facilidades o dificultades que dicha acción podrá ofrecerle. En una palabra que su conducta nace de su opinión. Esto no debe sorprendernos, puesto que a través de nuestros sentidos no logramos captar los hechos del mundo circundante, sino una representación muy subjetiva, un lejano reflejo. Omnia ad opinionem suspensa sunt. Esta frase de Séneca debiera tenerse presente en toda investigación psicológica.

Nuestra opinión sobre los hechos importantes y trascendentales de la existencia depende de nuestro estilo de vida. Sólo al chocar directamente con hechos susceptibles de contradecir la opinión que de ellos nos habíamos formado, nos mostramos dispuestos a corregir, siquiera sea parcialmente, nuestro parecer. Nos dejamos influir en estos casos por la ley de la causalidad, sin modificar notablemente la opinión general que nos hemos formado respecto de la vida. De hecho, la reacción experimentada por nosotros frente a una serpiente que nos saliese al paso sería en absoluto idéntica tanto si se tratase de una serpiente venenosa como si sólo la creyésemos tal.

El niño mimado, al dejarle su madre solo en casa, se comporta en su angustia del mismo modo tanto si se halla frente a ladrones verdaderos como si sólo teme encontrarse con ellos. En todo caso, perseverará en su opinión fundamental de que no puede prescindir de la presencia de la madre, aun cuando los hechos demuestren lo infundado de su miedo. Una persona que, padeciendo agorafobia, evita salir a la calle, porque tiene el sentimiento y la opinión de que el suelo tiembla bajo sus pies, no se conduciría de otra manera, teniendo buena salud, si el suelo temblara realmente a su paso. El atracador a quien repugna el trabajo útil porque, no preparado para la colaboración social, considera erróneamente más fácil el robo, demostraría la misma repugnancia por el trabajo si éste fuese realmente más fácil que el crimen. El suicida parece convencido de que la muerte es preferible a la vida que ya no le brinda, a su modo de ver, ninguna esperanza; de manera semejante actuaría si la vida estuviera verdaderamente desprovista de toda esperanza. El toxicómano halla en el tóxico un alivio que él estima en más que la honrosa solución de sus problemas vitales. No observaría otra conducta si ello fuese realmente así. Al homosexual no le atraen las mujeres, a las cuales teme, mientras que le seduce el hombre, cuya conquista se le antoja un triunfo. Todos parten de una opinión que, si fuera exacta, haría aparecer su conducta como la verdaderamente adecuada a las circunstancias.

Examinemos el caso siguiente:

Un abogado de treinta y seis años perdió todo gusto por su profesión. No alcanzaba éxito alguno, y atribuía su fracaso al hecho de producir mal efecto a los pocos clientes que le visitaban. Siempre le había costado mucho abrir su alma a los demás y se mostraba habitualmente tímido, particularmente ante las muchachas. Su matrimonio, que llegó a contraer tras largas vacilaciones y casi a su pesar, terminó, transcurrido un año, con el divorcio. Ahora vive retraído por completo del mundo, junto a sus padres, que deben atenderle en casi todas sus necesidades.

Es hijo único y había sido mimado de un modo increíble por su madre, que constantemente se ocupaba de él. Esta señora consiguió persuadir a su padre, y al mismo hijo en su infancia, de que éste llegaría a ser algún día un hombre sobresaliente. El niño fue creciendo con esta esperanza, que pareció confirmada, al principio, por sus brillantes éxitos escolares. La masturbación se inició en él muy precozmente, como suele acontecer en los niños mimados incapaces de renunciar a ningún deseo. El vicio llegó a apoderarse tanto de él, que le convirtió muy pronto en blanco de las burlas de sus condiscípulas y amigas. Esto fue causa de que se apartara por completo de ellas, entregándose en su aislamiento a triunfales fantasías sobre el amor y sobre el matrimonio. La única persona por la cual sentía atracción era su madre, a quien llegó a dominar completamente, y a la que incluso hizo objeto, durante mucho ticmpo, de sus fantasias sexuales.

En este caso se confirma con bastante elocuencia que el pretendido complejo de Edipo no es un fenómeno básico, sino más bien un pésimo producto artificial del excesivo mimo de la madre y que se pone más de manifiesto cuando el niño o muchacho se siente, en su extraordinaria vanidad, burlado por las chicas y carece de suficiente sociabilidad para buscarse otras relaciones. Poco antes del término de sus estudios y ante la necesidad casi apremiante de tener que ganarse la vida, enfermó nuestro joven de melancolía, es decir, se batió una vez más en retirada. Había sido

siempre un niño miedoso, como lo son todos los niños mimados; rehuía el trato con personas extrañas y, más tarde, incluso con sus propios compañeros de uno y otro sexo. Ahora rehuía también su profesión, actitud que, en forma un tanto moderada, ha persistido hasta la actualidad.

Me limitaré a estos datos principales, pasando por alto los numerosos acordes de acompañamiento: los motivos, los pretextos y las excusas, y todos los demás síntomas morbosos con que trataba de asegurar su retirada. Una cosa es patente: que tal individuo nunca había cambiado su estilo de vida. En todo quería ser el primero y siempre se batía en retirada, en cuanto se le antojaba dudoso el éxito. Para sintetizarla en una sola frase, podríamos formular como sigue su opinión sobre la vida (tal como la adivinamos nosotros, pues él no hubiera llegado nunca a tener conciencia de ella): Puesto que el mundo se opone a mi triunfo, me retiro. Es innegable que como persona que ve su propia perfección en el triunfo sobre los demás, ha obrado correcta e inteligentemente. En la ley de vida que se había impuesto a sí mismo, no encontramos lo que se llama razón o sentido común, y sí, en cambio, lo que nosotros denominamos inteligencia privada. Una persona a la que la vida hubiera realmente negado todo valor, difícilmente podría actuar de otra manera.

Muy parecido, aunque con otra forma de expresión y una tendencia menos pronunciada hacia el aislamiento, es el caso siguiente:

Un individuo de unos veintiséis años había crecido junto a dos hermanos por quienes la madre parecía mostrar más preferencia. Nuestro hombre seguía con celosa atención los notables éxitos de su hermano mayor, no tardando en adoptar una actitud crítica frente a la madre y en buscar un apoyo en el padre. (Tal orientación representa siempre una segunda fase en la vida de un niño). Su aversión a la madre se hizo pronto extensiva a todo el sexo femenino, y ello debido a las insoportables costumbres de la abuela y de la nana. Su ambición de dominar sobre otros hombres y de no

ser dominado por ninguna mujer, creció de un modo extraordinario. Trató, por todos los medios, de atajar la superioridad de su hermano. Como éste le excedía en fuerza física, en la gimnasia y en la caza, llegó a detestar los ejercicios corporales, que excluyó por completo de la esfera de sus actividades, exactamente de la misma manera como había empezado por excluir a las mujeres. No le atraían sino aquellas actividades que le proporcionaban una sensación de triunfo. Durante cierto tiempo amó y admiró a una muchacha, pero sólo a distancia, lo que sin duda no fue del agrado de ésta, que acabó por otorgar sus favores a otro pretendiente. El hecho de que su hermano mayor viviera dichoso en su matrimonio, le llenó de temor de no llegar a ser nunca tan feliz y de desempeñar un papel inferior a los ojos del mundo, análogamente a lo que le había ocurrido con su madre durante la infancia. Un solo ejemplo bastará para demostrar cuánto ansiaba disputar a su hermano el primer puesto. Cierto día su hermano trajo a casa, al regreso de una cacería, una valiosa piel de zorro de la que mostróse muy ufano; pues bien, nuestro amigo cortó a escondidas la blanca punta de la cola para malograr así el triunfo del otro. Sus impulsossexuales se encaminaron forzosamente en el único sentido que aún le era viable después de excluir de su vida a las mujeres; su actividad relativamente intensa dentro de un reducido marco de posibilidades le llevó inevitablemente al homosexualismo. No era difícil descifrar su opinión del sentido de la vida: Para mí, vivir quiere decir que, en todo cuanto emprenda, he de ser el primero. Para lograr esta pretendida superioridad iba excluyendo de su vida todas aquellas actividades cuya realización triunfal no le parecía de antemano segura. El descubrimiento de que, en sus relaciones homosexuales, también el otro se atribuía la victoria fundándola en su mágico poder de atracción, fue el primer amargo descubrimiento que efectuó en el curso de nuestras conversaciones.

También en este caso se puede afirmar que la inteligencia privada ha funcionado de modo impecable y que la mayoría de los seres humanos seguiría parecidos rumbos si, en general, las

mujeres rechazaran realmente a los hombres. La gran inclinación a generalizar constituye, de hecho, un error básico, extraordinariamente frecuente en la estructuración del estilo de vida.

El plan de vida y la opinión se complementan mutuamente. Uno y otro arraigan en un período de la vida en que, si bien el niño es aún incapaz de formular en palabras y conceptos claros las conclusiones que extrae de sus vivencias, no lo es para empezar a desarrollar formas más generales de conducta partiendo de conclusiones informuladas, de vivencias a menudo triviales o de inexpresadas experiencias intensamente emocionales. Estas conclusiones generales y sus correspondientes tendencias, aunque formadas en un período en que el niño carece de palabras y conceptos, no dejan de ejercer una activa influencia sobre los ulteriores periodos de la vida, cuando el sentido común interviene ya más o menos correctivamente a fin de evitar que el adulto se apoye demasiado en reglas, frases y principios. Como más adelante veremos, la emancipación de estos exagerados intentos de apoyo y de afianzamiento -expresiones de una intensa sensación de inseguridad e insuficiencia- se debe al sentido común, secundado por el sentimiento de comunidad (Gemeinschaftsgefühl). La observación siguiente (que puede hacerse con frecuencia) nos demostrará que incluso en los animales podemos encontrar el mismo desenvolvimiento defectuoso. Un perro joven fue enseñado a seguir a su amo por la calle. Estaba ya bastante adiestrado en este cometido cuando un día se abalanzó contra un automóvil en marcha y fue arrojado a un lado sin sufrir daño alguno. Esto constituyó seguramente una experiencia excepcional, frente a la cual el perro no disponía de ninguna respuesta instintiva. Resulta difícil hablar de un reflejo condicionado para explicar el hecho de que el perro en cuestión continuase haciendo progresos en su adiestramiento, pero evitando a toda costa el lugar en que el accidente se había producido. No tenía miedo a la calle, ni a los vehículos, sino al lugar del accidente, y así llegó a una conclusión general parecida a la que en algunos casos establecen ciertos seres humanos: El responsable

del accidente es el lugar y no el propio descuido o inexperiencia. Y, en tal lugar, siempre amenaza algún peligro.

Tanto el perro como las personas que proceden de manera análoga perseveran en su opinión, porque, con esto, consiguen por lo menos una cosa: no volver a sufrir daño ni perjuicio en aquel lugar. Muy a menudo en la neurosis hallamos figuraciones semejantes, mediante las cuales intenta el hombre protegerse contra una posible derrota o contra una disminución de su sentimiento de personalidad, aceptando y explotando un síntoma -físico o psíquico- originado por su excitación emocional ante un problema que, equivocadamente, ha juzgado insoluble. Con esto se justifica para poder batirse en retirada.

Es evidente que lo que en nosotros influye no son los hechos concretos, sino tan sólo nuestra opinión sobre ellos. Nuestra mayor o menor seguridad de que nuestras opiniones corresponden a los hechos reales, radica por completo y más aún en los niños inexpertos o en los adultos asociales- en la propia experiencia, siempre insuficiente, así como en la falta de contradicción entre nuestras opiniones y en el resultado de las acciones que de ellas se derivan. Es fácil comprender que estas opiniones son frecuentemente insuficientes, sea porque el sector de nuestra actividad resulta limitado, sea porque los pequeños errores y contradicciones suelen ser eliminados sin esfuerzo y hasta con el auxilio de nuevas faltas que remedian mejor o peor las anteriores, todo lo cual contribuye a mantener, de un modo permanente, el emprendido plan de vida. Únicamente los fracasos mayores obligan a reflexionar con mayor agudeza. Pero esto sólo da resultados positivos en aquellas personas que, sin objetivos fijos de superioridad, aspiran a resolver los problemas de la vida en fraternal comunidad con los demás hombres.

Así llegamos a la conclusión de que cada individuo tiene su opinión acerca de sí mismo y acerca de las tareas de la vida; de que obedece a un plan de vida y a una determinada ley de movimiento, sin que él mismo se dé cuenta de ello. Esta ley de movimiento se

origina en el ámbito limitadísimo de la niñez y se desenvuelve dentro de un margen de elección relativamente amplio mediante la libre disposición -no limitada por ninguna acción matemáticamente formulable de las energías congénitas y de las impresiones del mundo circundante. La orientación y explotación de los instintos, impulsos e impresiones del mundo circundante y de la educación es la obra de arte del niño, que no ha de ser interpretada desde el punto de vista de una psicología de posesión (Besitzpsychologie), sino de una psicología de uso o de utilización (Gebrauchspsychologie) . El hallazgo de tipos, analogías y coincidencias es, por lo general, o un producto de la pobreza del idioma humano -incapaz de expresar fácilmente las diferencias de matiz que siempre existen-, o el resultado de una probabilidad estadística. Su aparición no debe en ningún caso servir de pretexto para establecer reglas que nunca pueden proporcionarnos la comprensión del caso concreto, sino a lo sumo proyectar cierta luz en el campo dentro del cual es preciso encontrar el caso concreto en su individualidad. La comprobación de un sentimiento de inferioridad muy acusado, por ejemplo, no nos dice aún nada acerca de la índole y de las características de un caso concreto, ni mucho menos nos indica la más mínima deficiencia en la educación recibida o en las relaciones sociales. En la conducta del individuo frente al mundo que le rodea, se presentan siempre en forma distinta, como fruto de la conjunción entre la fuerza creadora del niño y la opinión que de ella depende, siempre distinta en el plano individual.

Unos cuantos ejemplos esquemáticos servirán para aclarar lo que llevamos dicho. Un niño que sufra desde su nacimiento molestias gastrointestinales a causa, por ejemplo, de una minusvalía congénita del aparato digestivo y que, sin embargo, no recibe la alimentación adecuada -lo que quizá no pueda lograrse nunca con una perfección ideal-, fácilmente sentirá un especial interés por la alimentación y por todo cuanto esté relacionado con ella (véase Alfred Adler, Studie über Minderwertigkeit der Organe und ihre

seelische Kompensation, Estudio sobre las minusvalías orgánicas y su compensación psíquica). Su opinión acerca de sí mismo y acerca de la vida está, por consiguiente, más íntimamente ligada con el interés por la alimentación, combinado, más tarde, con el interés por el dinero, una vez reconocida la relación entre ambas cosas, lo cual, como es lógico, debe ser estrictamente comprobado en cada caso particular.

Un niño a quien la madre haya evitado todo esfuerzo desde los comienzos de su vida, esto es, un niño mimado, muy raras veces se mostrará dispuesto a poner sus cosas en orden por sí solo. Y esto, con otros síntomas paralelos, nos autoriza a decir que el niño en cuestión vive en la opinión de que todo deben hacerlo los demás. En este caso, como en los demás que seguiremos enumerando, no puede ser emitido un juicio certero sino tras muy amplias comprobaciones. En el niño a quien se facilite desde su tierna infancia, ocasión para imponer su voluntad a sus padres, no será difícil adivinar el propósito de querer dominar siempre en la vida a todos los demás. Mas esta opinión, a tropezar, como suele ocurrir, con experiencias opuestas en el mundo exterior, dará lugar a que el niño acuse una actitud vacilante frente al medio ambiente (véase Alfred Adler, Praxis und Theorie der Individualpsychologie, Teoría y práctica de la Psicología Individual, Bergmann, Munich, 4a. edic.) y a que circunscriba todos sus deseos -a veces incluso sexuales -al recinto de su propia familia, sin llevar a cabo la oportuna corrección en el sentido del sentimiento de comunidad. Un niño que, desde sus primeros años, sea educado en un amplio espíritu de colaboración y en la medida de su capacidad, intentará la solución de todos los problemas de la vida de acuerdo con su opinión acerca de la verdadera vida social -siempre que no se halle en presencia de tareas sobrehumanas[2].

Así podrá ocurrir que una niña cuyo padre sea injusto y descuide a su familia, forme la opinión de que todos los hombres son iguales, sobre todo si se añaden a las vivencias habidas con el padre otras análogas, experimentadas en el trato con un hermano, con

parientes, vecinos o, sencillamente, en la lectura de novelas. Otras experiencias de orden contrario apenas tienen ya importancia, si la primera opinión tiene cierto arraigo. Si a un hermano se le destina a estudios superiores o a una carrera importante, este solo hecho podrá conducir a la opinión de que las niñas son incapaces de recibir una cultura superior, o de que son excluidas de participar en ella. Si uno de los niños de una familia se siente postergado o desatendido, esto puede conducirle a una intimidación cada vez mayor, como si quisiera decir con su actitud: Está visto que siempre tendré que ser el último. Pero puede ocurrir, asimismo, que caiga en una enfermiza ambición que le empuje irresistiblemente a superar a los demás y a no permitir que nadie sobresalga. Una madre que mime con exceso a su hijo puede dar lugar a que él se forme la opinión de que para convertirse en personaje principal le bastará sólo con quererlo, sin necesidad de obrar en consecuencia. Si, en cambio, la actitud de la madre frente al niño es de constante censura y de inmotivadas reprimendas, quizá acompañadas de la preferencia por otro hijo, el niño en cuestión mirará más tarde con desconfianza a todas las mujeres, lo cual puede tener innumerables repercusiones.

Si un niño es víctima de numerosos accidentes o puede ocurrir que desarrolle, sobre la base de tales vivencias, la opinión de que el mundo está poblado de peligros y que se conduzca de acuerdo con ella. Lo mismo puede suceder, aunque con matices diferentes, si la tradición familiar impone al niño una actitud de desconfianza y de miedo frente al mundo.

Es evidente que estas mil diversas opiniones pueden estar en flagrante contradicción con la realidad y con sus exigencias sociales. La opinión equivocada de una persona acerca de sí misma y de las exigencias de la vida, tropezará más tarde o más temprano con la insoslayable realidad, que exige soluciones que estén en armonía con el sentimiento de comunidad. Los efectos de un choque tal pueden ser comparables a los de un shock nervioso. Mas no por ello quedará desvanecida o corregida la opinión del equivocado

reconociendo que su estilo de vida no resiste suficientemente a las exigencias del factor exógeno. La tendencia hacia la superioridad personal sigue imperturbablemente su camino y no le queda al individuo más recurso que limitarse a un área más pequeña, excluir de su existencia el peligro que amenaza con hacer fracasar su estilo de vida y abandonar esa tarea para cuya solución no halla en su ley de movimiento la necesaria preparación. Pero, en cambio, el efecto del shock se manifiesta lo mismo en lo psíquico que en lo corporal. Desvaloriza los últimos restos del sentimiento de comunidad y engendra en la vida todo ese imaginable género de fracasos que derivan de las continuas retiradas a que el shock obliga al individuo -como ocurre siempre en las neurosis-. Si todavía queda en él un asomo de actividad, que en ningún modo significa arrojo, hará que se deslice por senderos antisociales. Con todo, es evidente que la opinión constituye la base de la idea que el hombre se forma del mundo y determina su pensar, su querer, su obra y su sentir.

CAPÍTULO II

MEDIOS Y CAMINOS PSICOLÓGICOS PARA LA EXPLORACIÓN DEL ESTILO DE VIDA

Ojeada sobre la evolución histórica de la psicología. Capacidad psicológica y sentimiento de comunidad. Necesidad de la adivinación. Importancia del Psicoanálisis. Fases de la mitología freudiana. El Psicoanálisis derivado de la concepción del mundo de los niños mimados. El ideal de comunidad humana como meta de la evolución. El punto de vista de los valores en la Psicología individual. El método de la psicología experimental y el de la Psicología individual. Fenómenos más ilustrativos para la Psicología individual.

Para averiguar la opinión individual frente a los problemas de la vida y, mayormente, para descubrir el íntimo sentido que ésta se digne revelarnos, no podemos rechazar a limine ningún medio ni ningún camino. La opinión del individuo sobre el sentido de la vida no es asunto desdeñable, ya que en última instancia determina todo su pensar, sentir y obrar. Ahora bien, el auténtico sentido de la vida se hace patente en la inevitable resistencia contra la que choca el individuo cuando obra equivocadamente. Entre estos dos términos se extiende la tarea de la educación, la formación y la curación.

El conocimiento del carácter individual se remonta a lejanos siglos. Para no mencionar sino unos cuantos datos, recordaremos que en las descripciones históricas y personales de los pueblos de la Antigüedad, en la Biblia, en Homero, en Plutarco, en la totalidad de los poetas griegos y romanos, en los mitos, cuentos, leyendas y tradiciones, observamos una brillante comprensión del conocimiento de la personalidad humana. Hasta en los tiempos modernos fueron, ante todo, los poetas los que con más éxito lograron rastrear el estilo de vida de un ser dado. Lo que aumenta sobremanera nuestra admiración por la obra de éstos es su capacidad de hacer vivir, morir y actuar al hombre como totalidades indivisas en estrecho contacto con los problemas de su círculo vital. Es indudable que ha habido también gente humilde que, con un superior conocimiento del hombre, transmitió su experiencia a la posteridad. Lo que distinguió a esos hombres -así como a los grandes genios en el conocimiento de la humanidad- fue, sin duda alguna, la profunda visión que tuvieron acerca de la correlación de los resortes instintivos en el ser, virtud que solamente pudo desarrollarse en ellos merced a su identificación con la comunidad y su gran interés por la humanidad en general.

Su mayor experiencia, su mejor comprensión, su visión más profunda fueron la recompensa a su hondo sentimiento de comunidad. Esa facultad de describir la incalculable multiplicación de los movimientos de expresión, de hacerlos comprensibles a todos sin necesidad de recurrir al auxilio de medios tangibles, se debe siempre al don de la adivinación, consustancial con ellos. Sólo de esta manera se explica que hayan podido descubrir lo que se oculta detrás y entre las mallas de ese tupido cañamazo que forman los movimientos de expresión: la ley de movimiento que rige al individuo. Son muchos los que denominan a este don especial intuición porque suponen que está reservado tan sólo a los espíritus privilegiados; pero, en realidad, es el más humano de los dones y hacemos uso incesante de él para orientarnos en medio del caos de la vida y ante lo insondable del futuro.

Puesto que cada problema que se nos plantea -por pequeño o grande que sea- es siempre distinto y siempre nuevo, seríamos víctimas de constantes errores si nos viéramos obligados a resolverlo conforme a un esquema tan rígido como son, por ejemplo, los reflejos condicionados. La permanente diversidad de los problemas plantea a los seres humanos exigencias siempre renovadas, poniendo continuamente a prueba su conducta ya de antemano ejercitada. Ni siquiera en el juego de naipes podríamos salir airosos si obráramos por reflejos condicionados. Sólo el acierto en la adivinación nos permite dominar los problemas. Pero esta adivinación es propiedad ante todo del hombre que participa en el juego y que se identifica con el prójimo; del hombre que tiene verdadero interés en la feliz solución de todos los problemas de la humanidad, que mira como cosa propia el futuro de todo acontecer humano, y le atrae por igual tanto si se trata de la historia de la humanidad como de la suerte de un solo individuo. La Psicología fue un arte inocente hasta que se incorporó a la Filosofía. De ésta y de la Antropología[3] de los filósofos brotaron las raíces del conocimiento científico del hombre. En las diversas tentativas por ordenar todo fenómeno dentro de una amplia ley universal no podía quedar excluido el individuo aislado. La aceptación de la unidad de formas individuales de expresión quedó sentada como verdad inconmovible. La transposición de la naturaleza humana de las leyes que rigen los restantes fenómenos se hizo según puntos de vista distintos, y la insondable y desconocida fuerza orientadora fue buscada : por Kant, Schelling, Hegel, Schopenhauer, Hartmann, Nietzsche y otros bajo la forma de una fuerza impulsora instintiva, llamada ley moral, voluntad, voluntad de poder o inconsciente. Con la aplicación de leyes generales al acontecer humano quedó la introspección entronizada. Los hombres estaban llamados a declarar alguna cosa acerca del acontecer de su conciencia y de todo cuanto la acompaña. Sin embargo, este método no prevaleció por mucho tiempo. No tardó en caer en justificado descrédito,

porque no es posible atribuir al hombre el poder de emitir juicios objetivos sobre sí mismo.

Los albores de una época de tecnicismo llevaron el método experimental a su apogeo. Con la ayuda de aparatos y de interrogatorios cuidadosamente preparados se elaboraron pruebas para examinar las funciones sensoriales, la inteligencia, el carácter y la personalidad. Pero con esto se perdía la visión de la personalidad en su conjunto, o sólo podía ser obtenida en parte por adivinación. La ciencia de la herencia, que se desarrolló poco después, desdeñó a su vez todos los resultados obtenidos, complaciéndose en demostrar que todo depende de la posesión de aptitudes y no de su empleo. La doctrina de la influencia de las glándulas de secreción interna apuntaba en la misma dirección, basándose en casos especiales de sentimientos de inferioridad por minusvalías orgánicas y su compensación.

La Psicología alcanzó un verdadero renacimiento con la creación del Psicoanálisis. Éste tiene empero, el inconveniente de haber resucitado, bajo apariencias científicas, antiguos conceptos mitológicos. Así, la libido sexual desempeña el oficio de omnipotente guía del destino humano. Los horrores del Infierno están representados por el inconsciente, y el pecado original por el sentimiento de culpabilidad. El olvido del Cielo fue reparado más tarde mediante la creación del Ideal del yo, inspirado en el concepto descrito por la Psicología individual, de una finalidad ideal de perfección. De todos modos, debemos reconocer que el Psicoanálisis freudiano representó un esfuerzo considerable encaminado a leer entre las líneas de la conciencia, un paso adelante en el descubrimiento del estilo de vida, sin que este lejano objetivo hubiera sido, sin embargo, reconocido con claridad por Freud, quien se perdió en el laberinto de sus metáforas sexualizantes. Además, el Psicoanálisis se inspiraba en exceso en el estudio del mundo de los niños mimados, en el cual había quedado aprisionado, de tal modo, que la contextura anímica se le apareció siempre como un mero reflejo de este tipo, dejando en la

penumbra la verdadera estructura psicológica de estos casos, que sólo puede ser comprendida como aspecto parcial de una ley de movimiento evolutivo. Su pasajero éxito debióse a la gran propensión del sinnúmero de personas mimadas a aceptar dócilmente el valor humano universal de las concepciones arbitrarias del Psicoanálisis freudiano, al ver confirmado y fortalecido en ellas su propio estilo de vida. La técnica del Psicoanálisis estaba encaminada a poner de relieve, con paciente energía, la íntima relación de la libido sexual con los movimientos expresivos y los síntomas, y a hacer derivar los actos humanos de un impulso sádico inherente al hombre. Es mérito exclusivo de la Psicología individual el haber puesto en claro que este último fenómeno no es más que el producto artificialmente mimados. Sin embargo, se reconocimiento y de aproximación a nuestro aspecto evolutivo. Esto, no obstante, de una manera errónea y con el consabido pesimismo freudiano, que se refleja en la idea del deseo de muerte como finalidad última de la existencia, y en la espera, no de una adaptación activa, sino de un morir lento basándose en la segunda ley fundamental de Física, siempre problemática.

Nuestra Psicología individual se coloca decididamente en el terreno de la evolución (véase el ya citado Estudio sobre minusvalías orgánicas), y a la luz de ella considera todo anhelo humano como una tendencia hacia la perfección. El impulso vital está ligado de un modo irreductible, tanto física como psíquicamente, a dicha tendencia. Toda forma de expresión psíquica aparece, pues, a nuestro entendimiento, como un movimiento que conduce de una situación de *minus* a una situación de *plus*. El cauce, la ley de movimiento que, con la relativa libertad en el empleo de sus facultades innatas, se señala a sí mismo el individuo al comienzo de su vida, son completamente distintos para cada hombre en cuanto a su tempo, ritmo y orientación. En su incesante cotejo con la perfección ideal inasequible, se halla el individuo constantemente poseído e impulsado por un sentimiento de inferioridad. Podemos afirmar que *sub specie aeternitatis* y desde el

punto de vista ficticio de una absoluta perfección no hay ley de movimiento humano que no sea errónea.

Toda época de civilización se forma este ideal dentro del ámbito de sus ideas y sentimientos. Hoy, como siempre, sólo en el pasado podemos descubrir el nivel actual de la humana capacidad de concepción de ideales semejantes, y es justo que admiremos esa capacidad de concepción que supo establecer ideales básicos de convivencia humana para un imprevisible período de tiempo. Es casi imposible que el no matarás o el ama a tu prójimo puedan ya desaparecer del saber y del sentir humanos, como instancias supremas. Éstas y otras normas de conciencia (resultantes de la evolución de la humanidad y tan vinculadas a su naturaleza como el respirar o el andar sobre los pies) pueden ser comprendidas en la idea de una comunidad perfecta entre los hombres que aquí, desde un punto de vista meramente científico, se considera como motor y meta de la evolución. Éstas son las normas que sirven a nuestra Psicología individual de hilo conductor, como punto de apoyo, para estimar justos o erróneos los restantes objetivos y formas de conducta opuestos a la evolución. En este punto, la Psicología individual se transforma en una Psicología estimativa, como la ciencia médica, propulsora de la evolución, que en sus investigaciones y comprobaciones es ciencia estimativa, en virtud de sus continuos juicios de valor.

El sentimiento de inferioridad, la tendencia hacia la superación y el sentimiento de comunidad son los pilares básicos de la investigación psicológico-individual. Estos pilares son imprescindibles tanto para el estudio de un individuo aislado como para el estudio de una masa. Es posible que al interpretarlos nos equivoquemos o caigamos bizantinismos, pero es imposible en ignorarlos. El examen de una personalidad no será correcto si no son tomados estos hechos en consideración, si no se obtiene una clara visión de cuanto concierne al sentimiento de inferioridad, a la tendencia hacia la superación y al sentimiento de comunidad.

Pero del mismo modo que anteriores civilizaciones han eliminado bajo el imperativo de la evolución falsas representaciones y caminos erróneos, así debe también el individuo eliminarlos. La construcción intelectual y, al propio tiempo, emocional de un estilo de vida en el curso de la evolución, es obra de la infancia. La noción de fuerza la adquiere el niño de un modo emocional y sólo aproximado a través de su capacidad de rendimiento en el seno de un ambiente muy poco neutral y que sólo imperfectamente representa la primera escuela de la vida. Basándose en una impresión subjetiva y guiado muy a menudo por ciertos éxitos y fracasos de escasa significación, el niño se traza el camino, el objetivo y la imagen de la posición que desea alcanzar en el futuro. Todos los recursos de la Psicología individual que han de permitir la comprensión de la personalidad respetan la opinión del individuo sobre el objetivo de la superioridad, la intensidad de su sentimiento de inferioridad y el grado de su sentimiento de comunidad. Estudiando más detenidamente la relación entre estos factores se verá que todos ellos representan la naturaleza y el grado de este sentimiento. La prueba se efectúa como en psicología experimental o en el examen funcional de un caso médico. Sólo que aquí es la vida misma la que efectúa la prueba, con lo que se pone de relieve la profunda vinculación del individuo con las grandes cuestiones vitales. Y es que, en efecto, la totalidad del individuo no puede estudiarse aisladamente de su relación con la vida o, mejor dicho, con la sociedad. La posición del hombre frente a la sociedad revela su estilo de vida. De ahí que el examen experimental que no atiende sino a lo sumo a limitados aspectos de la vida, nada puede decirnos acerca del carácter ni de los ulteriores rendimientos en el seno de la comunidad. La misma Psicología de la Figura (*Gestaltpsychologie*) exige el complemento de la Psicología individual para poder pronunciarse sobre la actitud del individuo en el proceso de la vida.

La técnica empleada por la Psicología individual para investigar el estilo de vida presupone por tanto, en primer término, el conocimiento de los problemas de la vida y de las exigencias que

ésta plantea al individuo. Como se verá, su solución presupone un cierto grado de sentimiento de comunidad, de identificación con la totalidad de la vida, de capacidad de colaboración y solidaridad humanas. Si esta capacidad falta, podrá observarse entonces en múltiples variantes un acentuado sentimiento de inferioridad con su cohorte de consecuencias, en general representadas por una actitud vacilante y evasiva. Al conjunto de los fenómenos somáticos o psíquicos que aquí se manifiestan le he dado el nombre de complejo de inferioridad. El incansable afán de superioridad trata de disimular este complejo mediante el complejo de superioridad, que aspira a una superioridad personal aparente, siempre prescindiendo del sentimiento de comunidad.

Una vez aclarados todos los fenómenos que se presentan en casos de fracaso, es preciso buscar en la primera infancia las causas de la falta de preparación. De esta manera se logrará una imagen clara y fiel del estilo unitario de vida del sujeto. Al propio tiempo podremos, en casos de conducta errónea, juzgar sobre el grado de evasión, que demostrará ser siempre el resultado de una falta de capacidad de decisión. La tarea del educador, del maestro, del médico y del sacerdote está aquí rigurosamente indicada: fortalecer el sentimiento de comunidad y levantar así el estado de ánimo, mediante la demostración de las verdaderas causas del error, el descubrimiento de la opinión equivocada y del sentido erróneo que el individuo llegó a dar a la vida, acercándole, en cambio, a aquel otro sentido que la vida misma le señala al hombre.

Esta tarea no puede ser realizada si falta un conocimiento profundo de los problemas de la vida y una comprensión clara de la escasa participación del sentimiento de comunidad en los complejos de inferioridad, de superioridad y en todos los tipos de desviación de la conducta. Asimismo exige esta tarea una experiencia amplísima en relación con aquellas circunstancias y situaciones que, en la infancia, pueden inhibir el desarrollo del sentimiento de comunidad. Los caminos que más viablemente conducen al conocimiento de la personalidad según las experiencias que hasta hoy me ha sido dado

recoger son: una amplia comprensión de los primeros recuerdos de la infancia, la posición que en orden a la edad le corresponde al niño entre sus hermanos, los sueños, las fantasías diurnas, eventuales faltas infantiles, y las características del factor exógeno causante del trastorno. Todos los resultados obtenidos de esta investigación, que engloba incluso la actitud del enfermo con respecto al médico, deben ser valorados con el mayor cuidado, procurando a la vez comprobar si entre la ley de movimiento y los restantes datos recogidos se da una constante armonía.

CAPÍTULO III

LOS PROBLEMAS DE LA VIDA

Los tres problemas capitales de la vida humana. Errores de la madre. La terquedad infantil. Los rasgos de carácter como relaciones sociales. El complejo de Edipo, producto del carácter. La capacidad de contacto entre los hermanos. Influjo distinto de las enfermedades sobre la personalidad del niño. Problemas de adaptación escolar y consultorios de Psicología individual. Medidas de precaución en la educación sexual. El hombre ejemplar de la Psicología individual. Condiciones psicológicas para el matrimonio. Sobre la limitación de la prole. Otras pruebas a superar a lo largo de la vida.

Llegamos aquí al punto en que la Psicología individual roza los linderos de la Sociología. Es imposible formar un recto juicio sobre un individuo si se ignora la naturaleza de sus problemas vitales y la tarea que éstos le plantean. Sólo partiendo de la manera como el individuo se enfrente con ellos, de cómo se conduce mientras tanto, comprenderemos claramente su verdadero ser. A este respecto nos es preciso averiguar si colabora o si vacila, si se detiene, si intenta soslayar las dificultades, si busca o imagina pretextos, si resuelve los problemas sólo parcialmente, si los aplaza o si los abandona

para alcanzar una apariencia de superioridad personal por sendas nocivas a la comunidad.

He sostenido desde siempre que todas las cuestiones de la vida quedan subordinadas a los tres grandes problemas siguientes: vida social, trabajo y amor. Como se echa fácilmente de ver, no se trata de problemas casuales, sino de problemas que, inexorablemente planteados, nos apremian y asedian sin permitir ningún soslayamiento. Nuestra conducta ante estos tres problemas es la respuesta que les damos según nuestro estilo de vida. Como quiera que los tres se hallan íntimamente entrelazados y que los tres exigen para su debida solución un pertinente grado de ese sentimiento de comunidad, es fácilmente concebible que el estilo de vida de cada persona se halle más o menos reflejado en la actitud que adopta frente a uno cualquiera de los tres grandes problemas mencionados: menos reflejado en el problema del que, en cualquier momento, se halla más alejado o cuya solución le es ofrecida por un mayor cúmulo de circunstancias favorables; más reflejado en el problema que pone más a prueba la condición peculiarísima del individuo. Cuestiones como el arte y la religión, cuya solución sobrepasa la medida corriente, entran dentro de los tres problemas.

Éstos surgen de la indisoluble relación del hombre con la sociedad, de su preocupación por subsistir y por la descendencia. Son problemas de nuestra existencia terrenal los que ante nosotros se plantean. El hombre, en tanto que producto de nuestro planeta, desde el punto de vista de su relación cósmica, no ha podido desarrollarse y conservarse sino en contacto íntimo con la comunidad, gracias a la continua asistencia física y espiritual prestada por ésta; a su aplicación, a la división del trabajo y a la debida multiplicación. En el curso de su desarrollo, la tendencia a perfeccionar sus aptitudes corporales y psíquicas ha ido pertrechándole para el desempeño de su misión. Todas las experiencias, tradiciones, mandamientos y leyes representan acertados o erróneos, perennes o fugaces esfuerzos de la humanidad por superar las dificultades de la vida. Nuestra

civilización actual revela el grado, por supuesto todavía insuficiente, alcanzado hasta ahora por la senda de esta aspiración. Pasar de una situación de menos a una situación de más caracteriza la conducta tanto del individuo como de la masa y nos autoriza para hablar, tanto en uno como en otro caso, de un incesante sentimiento de inferioridad. En la marcha de la evolución no cabe el descanso. El objetivo de la perfección nos atrae y eleva.

Ahora bien, si esos tres insoslayables problemas se caracterizan por basarse en el común interés social, es indudable que solamente pueden ser resueltos por aquellas personas en cierta medida poseedoras del sentimiento de comunidad. No es difícil afirmar que, hasta el momento actual, todo individuo está en disposición de poder adquirir en la medida necesaria dicho sentimiento. Pero la evolución de la humanidad aún no ha progresado lo bastante para que el sentimiento de comunidad sea consubstancial al hombre y funcione en él automáticamente, como la respiración o la marcha erecta. No cabe duda de que vendrá una época -tal vez muy lejana- en que este grado llegue a ser alcanzado, a menos que la humanidad naufrague en el curso de esta evolución, eventualidad a favor de la que hoy existe una ligera presunción. A la solución de estos tres problemas capitales tienden las demás cuestiones, que se trate de la amistad, del compañerismo, del interés por la ciudad, por el país, por la nación o por la humanidad; que se trate de la adquisición de buenos modales, de la aceptación de una función social de los órganos, de la preparación a la cooperación, en el juego, en la escuela y durante el aprendizaje, del respeto y de la consideración hacia el sexo opuesto, de la preparación física e intelectual necesaria para abordar todas estas cuestiones, así como de la elección de una pareja. Esta preparación se efectúa, en forma más o menos acertada o errónea, desde el primer día, desde que el niño nace, a través de la madre, que es la compañera más natural y más adecuada en las vivencias de sociabilidad del niño, vivencias que, en última instancia, derivan de la evolución del amor materno, ya que a partir de la madre (que en su calidad de primer semejante

se halla en el umbral del desarrollo del sentimiento de comunidad) surgen los primeros impulsos del niño para buscar el contacto adecuado con el mundo circundante, para irse integrando como parte en la totalidad de la vida.

De dos lados distintos pueden surgir dificultades: por parte de la madre si es tosca, inhábil o sin experiencia, vuelve difícil el contacto del niño con los demás, o si, por despreocupada, toma su papel demasiado a la ligera. O, y éste es el caso más frecuente, surgen dificultades si la madre dispensa a su hijo de la obligación de reciprocidad y de colaboración, abrumándole con caricias y atenciones, actuando, pensando y hablando en su lugar continuamente, impidiendo en él toda posibilidad de desarrollo y acostumbrándole a un mundo imaginario que no es el nuestro y en el que el niño mimado encuentra todo hecho por los demás. Un período relativamente corto es ya suficiente para inducir al niño a considerarse como obligado foco de todos los acontecimientos y a considerar con hostilidad las restantes personas y situaciones. Pero no debemos menospreciar la multiplicidad de los resultados obtenidos cuando entran en juego las libres energías creadoras del niño. Éste asimila las influencias exteriores para utilizarlas conforme a su sentir. En caso de estar mimado por la madre, se negará a ampliar su sentimiento de comunidad respecto a otras personas y procurará substraerse al padre, a los hermanos y a cuantos no se le acerquen con igual ternura que la madre. Ejercitándose en este estilo de vida, en la opinión de que en ésta todo puede conseguirse de modo fácil e inmediato con la mera ayuda de los demás, el niño llegará a ser y a considerarse como más o menos incapaz para la solución de los problemas vitales. Carente del sentimiento de comunidad que dichos problemas requieren, experimentará ante ellos una reacción catastrófica que, en casos leves, dificultará pasajeramente su solución y, en casos graves, la impedirá de un modo permanente.

Un niño mimado no desaprovecha ni una sola ocasión de ocupar la atención de su madre, y este objetivo de supremacía lo alcanzará

con la mayor facilidad si opone resistencia al natural cultivo de sus funciones, ya sea bajo la forma de terquedad -una tonalidad afectiva que, a pesar de nuestras aportaciones y aclaraciones, ha sido considerada recientemente, por Carlota Bühler, como una fase evolutiva natural-, ya sea en forma de falta de interés, que en todo caso se habrá de interpretar también como una falta de interés social. Todos los demás intentos artificiosos de explicar los vicios infantiles, verbigracia la retención de los excrementos o la enuresis nocturna, como manifestación de la libido sexual o de los impulsos de sadismo, creyendo seriamente que con ello se pueden descubrir capas más primitivas o más hondas de la vida anímica, convierten los efectos en causas e impiden la comprensión de la totalidad afectiva fundamental de tales niños: su extraordinaria sed de ternura. Estas interpretaciones son también erróneas en cuanto consideran que la función evolutiva de los órganos, ha de ser adquirida en cada caso aislado. El desarrollo de estas funciones es a un tiempo un imperativo y una adquisición de la naturaleza humana tan universales como la marcha erecta y el lenguaje. En el mundo imaginario de los niños mimados, dichas funciones, de la misma manera que la prohibición del incesto, pueden ser desde luego soslayadas como señales manifiestas de la voluntad de ser mimado, con el fin de explotar a otras personas, o con vistas a la venganza y a la acusación en el caso de que falte ese mimo.

Los niños mimados suelen, además, rehusar de mil maneras, todo lo que es susceptible de ocasionar un cambio a una situación que les satisface. Si a pesar de ello sobreviene, se pueden observar en el niño una reacción y una resistencia más o menos activa o pasiva. Progreso o retroceso, su realización depende en gran parte, de su grado de actividad, pero también del factor exógeno, de la situación externa que exige una solución. Un éxito en semejantes circunstancias servirá de pauta para el futuro, y esto es lo que, con evidente falta de visión, ciertos autores llaman regresión. Otros van aun más lejos en sus suposiciones al interpretar el complejo psíquico actual, que debemos considerar como una adquisición

evolutiva fija y permanente, como reminiscencias de tiempos arcaicos, llegando, sobre esta vía, a imaginar fantásticas analogías. Generalmente, indúceles a error el hecho de que las formas de expresión de la humanidad -sobre todo si no se tiene en cuenta la gran pobreza del lenguaje- acusan en todos los tiempos, notables semejanzas. El intento de relacionar todas las formas de movimiento humano exageración de otra clase de semejanzas.

Ya hemos explicado por qué los niños mimados se sienten amenazados y como en territorio enemigo, cuando se encuentran fuera del círculo en donde se les mima. Los diferentes rasgos de su carácter, ante todo el amor propio, con frecuencia casi inconcebible, y la autocontemplación, deben estar en consonancia con la opinión que se han formado de la vida. De esto se infiere claramente que todos estos rasgos de carácter son productos artificiales, adquiridos y no innatos. No es difícil comprender que tales rasgos, contrariamente a la opinión de los caracterólogos, representan, en último análisis, relaciones sociales, y son producto del estilo de vida que el niño se ha elaborado. De esta manera se desvanece el viejo problema de si el hombre es bueno o malo por naturaleza. El incesante progreso del sentimiento social, en su crecimiento evolutivo, nos autoriza a suponer que la perdurabilidad del género humano está inseparablemente ligada a la noción de bondad. Las aparentes excepciones deben considerarse como desviaciones en el progreso evolutivo y pueden atribuirse a errores semejantes a los que, en el inmenso campo de experimentación de la Naturaleza, han engendrado los inservibles órganos de ciertas especies animales. La caracterología se verá muy pronto obligada a reconocer que caracteres tales como valiente, virtuoso, perezoso, misántropo, constante, etc., deben siempre ajustarse, bien o mal a nuestro mundo exterior, mundo en perpetuo cambio y que de ninguna manera pueden existir sin este mundo exterior.

Existen, además, en la infancia, como hemos demostrado anteriormente, otras desventajas que, al igual que el excesivo mimo, impiden el normal desarrollo del sentido de comunidad. En la

consideración de estos impedimentos debemos una vez más rechazar cualquier principio fundamental, director o causal y en su manifestación vemos únicamente un elemento engañoso que puede ser expresado en los términos de una probabilidad estadística. Nunca deberemos pasar por alto la diversidad y la singularidad de cada manifestación individual. Dicha manifestación es la expresión de la fuerza creadora del niño, ejercida casi arbitrariamente en la estructuración de su propia ley dinámica. Entre estos últimos obstáculos figura la negligencia para con el niño y sus deficiencias orgánicas. Ambos factores, al igual que el mimo, hacen que la atención y el interés del niño se desvíen de la vida en común para sólo fijarse en evitar perjuicios personales, a fin de asegurar el propio bienestar. Más adelante demostraremos de manera palpable que este último no puede considerarse asegurado sin un ponderado sentimiento de comunidad. No obstante, es fácil comprender que la vida es adversa para aquellos que no están en contacto y en armonía con ella. Podemos afirmar que estas tres desventajas de la primera infancia, pueden, de mejor o peor manera, ser superadas por la fuerza creadora del niño. Todo éxito o fracaso depende del estilo de vida y de la opinión generalmente desconocida que nos formamos acerca de nuestra existencia. Del mismo modo que hablábamos de la probabilidad estadística que determinan las consecuencias de estas tres desventajas, hemos de admitir que también los problemas de la vida, sean grandes o pequeños, sólo presentan una, aunque importante, probabilidad estadística; es el choque, que ellas determinan, que pone a prueba la actitud que adopta el individuo ante ellas. Cierto es que las posibles consecuencias derivadas del contacto del individuo con los problemas de la vida pueden ser previstas con probabilidades de acierto. Pero admitiremos la exactitud de una suposición sólo cuando esté confirmada por los resultados.

Es ciertamente una señal a favor de su basamento científico el hecho de que la psicología individual, como ninguna otra escuela

psicológica es capaz, pueda vislumbrar el pasado merced a su experiencia y a sus leyes de probabilidad.

Ahora bien, debemos también pasar revista a aquellos problemas de importancia aparentemente secundaria, a fin de establecer si, para su oportuna solución, es exigible o no a su vez un sentimiento de comunidad desarrollado. Aquí tropezamos, ante todo, con la posición del niño frente al padre. Lo normal sería que el interés se repartiese casi por igual entre ambos padres. Factores meramente externos, como son la personalidad del padre, un mimo excesivo por parte de la madre, las enfermedades y las deficiencias orgánicas que en el niño requieren mayores atenciones por parte de la madre, pueden producir entre el hijo y el padre un distanciamiento que limitará la extensión del sentimiento de comunidad. La severa intervención del padre para evitar las consecuencias del excesivo mimo de la madre, no hará sino aumentar aquel distanciamiento. Lo mismo podría decirse de la tendencia de la madre (tendencia que muchas veces ella misma ignora) por poner al niño de su parte. Si es el padre el que lo mima, entonces el niño tiende hacia él, volviendo la espalda a la madre. Esta situación siempre debe ser entendida como una segunda fase en la vida del niño y anuncia que éste ha experimentado ya alguna tragedia en su relación con la madre. Si como niño mimado que es sigue pegado a ésta, entonces se convertirá en una especie de parásito que espera de ella la satisfacción de todas sus necesidades, a veces incluso de las sexuales. Y esto tanto más cuanto que el despertar del instinto sexual encuentra al niño en un estado afectivo en que no es capaz de privarse de la satisfacción de ningún deseo porque la madre se ha encargado siempre de complacerle en todo. Lo que Freud ha llamado el complejo de Edipo, considerándolo como el fundamento natural de la evolución psíquica, no es más que una de las múltiples manifestaciones de la vida de un niño mimado, juguete indefenso de sus deseos exacerbados. A este respecto queremos hacer abstracción del hecho de que este mismo autor, con tenaz fanatismo, base todas las relaciones existentes entre un niño y su

madre en un simbolismo, sin más fundamento que el famoso complejo de Edipo. Debemos rechazar de la misma manera la hipótesis, que a muchos autores se les antoja una realidad innegable, de que, por naturaleza, las niñas se acercan más al padre, y los niños, en cambio, a la madre. En los casos en que esto haya ocurrido sin previa intervención del mimo, estamos en presencia de una precoz comprensión del futuro papel sexual, es decir, de una fase que ha de sobrevenir mucho más tarde. El niño se prepara en forma lúdica para el futuro, casi siempre sin que intervenga en ello el instinto sexual, y tal como lo hace en tantos de los juegos que emprende. El impulso sexual precozmente avivado y casi irrefrenable revela sobre todo el egocentrismo del niño, casi siempre mimado, que no sabe renunciar ni al más leve deseo.

Considerada como un problema, la actitud del niño frente a los hermanos, puede asimismo reflejar el grado de su capacidad para entrar en contacto con los demás. Los tres grupos de niños anteriormente señalados verán en cualquiera de los hermanos, por lo general en el menor, una traba y una causa de la limitación de su esfera de influencia. Las consecuencias de esta contrariedad son muy variables, pero en el período plástico de la infancia dejan marcada una huella tan honda que, como un rasgo de carácter, podrá reconocerse a lo largo de toda la vida por la tendencia al desafío, por una insaciable ansia de dominio o, en casos más leves, por una constante propensión a tratar a los demás como niños. Gran parte de la formación del niño depende del éxito o del fracaso de esta competencia. Pero la impresión de haber sido desplazado por un hermano más joven, con su cohorte de consecuencias, no le abandonará jamás, sobre todo tratándose de un niño mimado.

Otro de estos problemas es el representado por la conducta del niño frente a la enfermedad y la actitud que ante ella adopta. El comportamiento de los padres, especialmente en el caso de una enfermedad grave, no pasará inadvertido por el niño. Si en las enfermedades de la primera infancia como el raquitismo, la pulmonía, la tos ferina, el baile de San Vito, la escarlatina, la gripe,

etc., el niño experimenta los efectos de la imprudente ansiedad de los padres, no sólo la dolencia puede parecer más grave de lo que es en realidad, sino también originar en aquél una extraordinaria habituación al mimo y un exagerado sentimiento no cooperante del propio valer, junto con una inclinación a sentirse enfermo y a quejarse. Si una vez recobrada la salud cesa el mimo de golpe, entonces el niño puede ser presa de una constante sensación de estar enfermo, quejándose de cansancio, de falta de apetito o de una tos persistente e inmotivada, fenómenos que a menudo son considerados, erróneamente, como consecuencias de la enfermedad. Tales niños poseen una inclinación a cultivar durante toda su vida los recuerdos de sus enfermedades lo cual no es sino una manera de exteriorizar su opinión de que debe tratárseles consideradamente o de que pueden apelar a circunstancias atenuantes. No debe pasarse por alto que, en tales casos, el contacto insuficiente con las circunstancias externas, es un motivo permanente de tensión en la esfera afectiva, de un aumento de las emociones y de los estados afectivos.

Otra buena prueba de la capacidad de cooperación del niño -prescindiendo de si sabe volverse útil en casa, de si se porta bien en el juego y de si acusa rasgos de compañerismo- es verificada cuando ingresa al parvulario o a la escuela. Allí puede ser claramente observada su aptitud para trabajar con los demás. Su grado de excitabilidad, la forma de cómo se presenta su falta de inclinación hacia la escuela, sus maneras de resistirse y retraerse, su falta de interés y de concentración y otra larga serie de actitudes de hostilidad hacia la escuela, como son las faltas de puntualidad y de asistencia, la tendencia a perturbar el orden de la clase, a perder continuamente el material de enseñanza y a distraerse en casa en lugar de hacer los deberes para el día siguiente, todos estos fenómenos ponen de relieve una preparación insuficiente para la cooperación. No acabaríamos de comprender el proceso psíquico que tiene lugar en dichos casos si no tuviéramos en cuenta que esos niños están abrumados -sépanlo o no- por un grave

sentimiento de inferioridad que, en concordancia con nuestra descripción precedente, se manifiesta como complejo de inferioridad, en forma de timidez o de estados de excitación acompañados de toda clase de síntomas psíquicos y físicos o como un complejo de superioridad basado en la vanidad: espíritu peleonero, mal perdedor en los juegos, falta de compañerismo, etc. La ausencia de valor se observa siempre en todos los casos. Incluso los niños arrogantes se acobardan cuando se trata de efectuar trabajos útiles. Su propensión a la mentira les induce al engaño; y su inclinación a apoderarse de lo ajeno no es más que una morbosa manera de compensar su sentimiento de frustración. La comparación, que nunca falta, con niños más aptos, no puede conducirles a mejorar, sino a una paulatina indiferencia y, a veces, al aborrecimiento de las tareas escolares. Precisamente la escuela actúa sobre el niño como un experimento y desde el primer día pone de relieve el grado de su capacidad de cooperación. Por otra parte, la escuela es justamente el lugar escogido para despertar y exaltar en el niño, gracias a una comprensión inteligente, el sentimiento de comunidad, a fin de que no llegue a abandonarla como un enemigo de la sociedad. Fueron precisamente estas experiencias las que me llevaron a establecer en las escuelas consultorios de Psicología individual que ayudaran al maestro a encontrar el camino acertado en la educación de los niños desaplicados.

Es indudable que el rendimiento de los niños en las tareas escolares depende también en primer término del sentimiento de comunidad, puesto que éste encierra ya en sí el germen de la conformación ulterior de la vida en el seno de la sociedad. La vida escolar incluye cuestiones como la amistad -tan importante para la futura convivencia-, el compañerismo y todos esos imprescindibles rasgos de carácter que implican la solidaridad, la confianza, la tendencia a colaborar, el interés por el Estado, la nación y la humanidad. Todas estas cuestiones requieren les cuidados de una educación calificada. La escuela es el medio más indicado para despertar y fomentar la solidaridad humana. Todo maestro que

comprenda bien nuestros puntos de vista sabrá llamar la atención del niño, en amigables charlas, sobre su falta de sentimiento de comunidad y sus causas, así como sobre los medios susceptibles de remediarla, facilitando de este modo su incorporación a la sociedad. En conversaciones generales logrará convencer a los niños de que el futuro de ellos y el de la humanidad dependen del fortalecimiento de nuestro sentimiento de comunidad, y de que los grandes errores de la vida, tales como la guerra, la pena de muerte, los odios entre razas y pueblos, y las neurosis, el suicidio, la delincuencia, la embriaguez, etc., son originados por la insuficiencia de aquel sentimiento y deben ser interpretados como complejos de inferioridad, como intentos a todas luces perniciosos de resolver una situación de manera inadmisible e inoportuna.

También la cuestión sexual, de la que nuestra época empieza ya a preocuparse, puede sumir en confusión a los muchachos y muchachas. Pero no, a aquellos que poseen un espíritu de cooperación; éstos, acostumbrados a considerarse como parte de un todo, no ocultarán nunca para sí mismos tormentos secretos, sino que hablarán de ellos con sus padres o acudirán al consejo del maestro sobre el particular. No actuarán así aquellos otros que ya han descubierto en la propia familia un elemento hostil. Entre ellos figuran en primer lugar los niños mimados, muy fáciles de intimidar y seducir mediante halagos. El proceder de los padres en sus aclaraciones sobre el tema sexual está dictado en cada caso por su convivencia. Al niño deben dársele todas las explicaciones que reclame y se deberá de presentarle este saber de tal forma que le permita soportar y asimilar esta nueva enseñanza. No debemos demorar ninguna aclaración, pero tampoco precipitarla. Es casi inevitable que los niños hablen en la escuela de cosas sexuales. El niño independiente que mira al porvenir, rechazará categóricamente cualquier indecencia y no dará crédito a tonterías. Toda educación que contribuya a inspirar en el niño, miedo ante el amor y el matrimonio constituye, desde luego, un error grave, si bien sólo hará

mella en niños dominados por sentimientos de dependencia, en realidad faltos de valor.

La pubertad, otro problema vital, es considerada por muchos autores como un oscuro misterio. Tampoco en este período de la vida encontraremos otra cosa que lo que en el niño estaba ya latente. Si carecía de sentimiento de comunidad, su pubertad transcurrirá en consecuencia. Sólo que se verá más claramente hasta qué punto se halla preparado para la colaboración. El púber dispone de un campo de acción más amplio y de mayores energías. Pero, ante todo, siente el afán de demostrar, de acuerdo con su forma de ser y que le parece seductora, que ya no es un niño; o, lo que es más raro, se da el caso opuesto de querer demostrar que sigue siéndolo. Si el desarrollo de su sentimiento de comunidad quedó inhibido, las características asociales de su errónea trayectoria se manifestarán entonces con mayor nitidez. En su afán de pasar por personas mayores, muchos de ellos imitarán más los defectos que las virtudes de los adultos, porque esto les resulta más fácil que servir a la comunidad. De esta manera pueden llegar a cometer toda clase de delitos, sobre todo los niños mimados, que por estar acostumbrados a la satisfacción inmediata de sus deseos, resisten más difícilmente a cualquier tentación. Tales niños y niñas son fáciles víctimas de los halagos y obedecen mejor a los estímulos de su vanidad. En este período de la pubertad se ven especialmente amenazadas aquellas muchachas que experimentan en su casa un fuerte sentimiento de humillación y que sólo prestando oídos a la lisonja pueden creer en su propio valor.

El niño, hasta entonces en la retaguardia, se acerca poco a poco al frente de la vida, en el cual vislumbra los tres problemas de la existencia humana: sociedad, trabajo y amor. Para llegar a su oportuna solución, los tres exigen un marcado interés por el prójimo. De la preparación en cuanto a este interés depende todo. A este respecto podemos encontrarnos con misantropía, odio a la humanidad, desconfianza, alegría por el daño ajeno, vanidades de toda clase, susceptibilidad, estados de excitación al encontrar a

otras personas, miedo, propensión a la mentira y al engaño, difamación, despotismo, mala fe y otros defectos por el estilo. El que ha sido educado para la vida en común sabrá ganarse amigos fácilmente. Asimismo denotará interés por todos los problemas de la humanidad y en este sentido sabrá orientar sus ideas y su comportamiento. No cifrará el éxito en llamar la atención, tanto para acciones buenas como para las malas. En su vida social será impulsado por la buena voluntad, pero sabrá también alzar su voz contra las personas peligrosas para la sociedad. Ni siquiera el hombre bondadoso puede en ocasiones substraerse a sentimientos de desprecio. La corteza terrestre sobre la que vivimos nos obliga a trabajar y a repartirnos el trabajo. El sentimiento de comunidad se exterioriza en este aspecto bajo la forma de cooperación útil a los demás. El hombre sociable reconocerá que todos merecemos una equitativa recompensa por nuestro trabajo y que la explotación de la existencia y del trabajo de otros no puede favorecer en ningún caso el bienestar humano. Y es que, en último término, vivimos en gran parte de la labor de nuestros fecundos ascendientes, que han contribuido al bienestar de nuestra especie. La gran escuela de la comunidad, que se manifiesta también en las religiones y en las grandes corrientes políticas, exige un idóneo reparto del trabajo y del consumo. El que hace zapatos es útil al prójimo y tiene derecho a vivir desahogadamente y a gozar de las ventajas de la higiene y de una buena educación para sus descendientes. El hecho de que por su trabajo reciba dinero equivale a reconocer su utilidad en esta evolucionada era del comercio. De esta manera experimenta su valer en el concierto de la comunidad, que es el único modo de atenuar el general sentimiento de inferioridad propio en los humanos. Quien rinde un trabajo útil vive en el seno de una comunidad progresiva y la fomenta. Este vínculo -no siempre consciente- es tan fuerte que determina el juicio general sobre la diligencia y la pereza. Nadie verá una virtud en esta última. El derecho al debido sustento de aquellos que se hallan en paro forzoso como consecuencia de una crisis económica o de

sobreproducción, está ya hoy día universalmente reconocido y (si no un peligro social) es un producto del auge del sentimiento de comunidad. Todo cuanto nos traiga el porvenir respecto a cambios en la producción y distribución de los bienes tendrá que estar más en correspondencia con los dictados del sentimiento de comunidad de lo que hoy acontece, y ello tanto si la transformación tiene lugar por natural evolución como si se logra por la fuerza.

Donde el sentimiento de comunidad se muestra dotado de poder más directo e indiscutible sobre el sentido del hombre es en el amor, que se acompaña de tan intensas satisfacciones de naturaleza corporal y anímica. Como la amistad y las relaciones con nuestros hermanos o padres, también el amor es una tarea a repartir entre dos personas (esta vez de sexo opuesto), con vistas a la descendencia y a la conservación de la especie. Quizá ningún otro problema humano afecte tan de cerca al bienestar y a la felicidad del individuo en el seno de la comunidad como el problema del amor. Una tarea para dos personas tiene su estructura peculiar y no puede ser resuelta de manera adecuada si se procede al igual que con una tarea para un solo individuo. Parece como si, para cumplir con los fines del amor, cada una de esas dos personas debiera olvidarse por completo de sí misma y entregarse por entero a la otra, constituyendo ambos un solo ser. Idéntica necesidad, sólo que en grado bastante menor, existe en la amistad, en actividades como el baile y el juego o en el trabajo realizado por dos personas con un mismo instrumento y con igual objeto. Esta estructura del amor exige de imperioso modo la exclusión completa de cuestiones de desigualdad, de dudas recíprocas y sentimientos o ideas hostiles. Y, por último, la atracción física es consustancial con el amor y para la evolución del individuo es necesario que esta atracción influya en cierto grado -el que corresponde al oportuno perfeccionamiento de la especie- en la elección de la pareja.

Así, nuestros sentimientos estéticos están al servicio del desarrollo de la humanidad, haciéndonos vislumbrar -consciente o inconscientemente- un ideal superior en la persona objeto de

nuestro amor. Junto con la indiscutible igualdad de derechos en el amor, que hoy día aún desconocen muchas personas de uno u otro sexo, no es posible excluir el sentimiento de la devoción mutua. Este sentimiento está mal comprendido por los hombres y aun más a menudo por las mujeres, que lo consideran como una subordinación de índole esclavizante. Este error les hace retroceder ante el amor o les hace incapaces de realizar la función sexual, sobre todo a aquellas cuyo estilo de vida les llevó a establecer un principio de superioridad egocéntrica. La deficiente aptitud en tres aspectos importantes de la vida, preparación para una tarea a efectuar entre dos, conciencia de igualdad y capacidad de entrega, caracterizan a todas las personas cuyo sentimiento de comunidad no se ha desarrollado. La dificultad que les plantea esta cuestión les induce de continuo a substraerse a los problemas del amor y del matrimonio (que seguramente en su forma monogámica es la mejor adaptación activa a la evolución). La estructura del amor, según acabamos de exponer, requiere además -por ser una tarea y no el punto final de una evolución- una decisión definitiva, eterna, en beneficio de los hijos y de la educación de éstos para mayor provecho de la humanidad. El hecho de que los errores, las equivocaciones y una carencia del sentimiento de comunidad en el amor puedan influir sobre los hijos, robándoles la felicidad, nos hace entrever una siniestra perspectiva. Hacer del amor algo banal, tal como ocurre en la promiscuidad, en la prostitución, en las perversiones y en la práctica secreta del nudismo integral, quita al verdadero amor toda grandeza, todo brillo y todo encanto estético. La negativa a contraer un enlace duradero siembra dudas y desconfianzas en la pareja, incapacitándola para una absoluta y abnegada entrega. Semejantes dificultades, distintas en cada caso, se podrán comprobar, como signos de un exiguo sentimiento de comunidad, en todos los casos de amor o de matrimonio desdichados o en todos los casos de flaqueza para llevar a cabo funciones esperadas. En tales casos, el único remedio consiste en corregir el estilo de vida.

Para mí no cabe duda alguna de que la conversión del amor en una banalidad, despojándolo del sentimiento de comunidad, por ejemplo, en la promiscuidad, abrió la puerta a la irrupción de las enfermedades venéreas, acarreando así la destrucción de vidas individuales, de familias o de poblaciones enteras. Mas como en la vida no encontramos ninguna regla que sea infalible, también pueden existir motivos que aboguen en pro de una disolución de vínculos dentro o fuera del matrimonio. Sería naturalmente falaz atribuir a cada ser una comprensión tan objetiva de su propio caso, que pudiera juzgarlo adecuadamente. Por tanto, lo más acertado es confiar esta cuestión a expertos psicólogos capaces de enjuiciar rectamente cada caso de acuerdo con las normas del sentimiento de comunidad. También el evitar la concepción es uno de los problemas que más interesan en nuestra época. Desde que la humanidad cumplió el mandato bíblico haciéndose tan numerosa como las arenas del mar, el sentimiento de comunidad de los hombres quedó sensiblemente reducido en cuanto a la severa exigencia de tener una prole ilimitada. También el desarrollo formidable alcanzado por la técnica ha llegado a hacer superfluos los esfuerzos de muchos brazos. La necesidad de colaboradores ha disminuido considerablemente. La situación social no incita a procrear. El notable acrecentamiento de la capacidad amorosa ha hecho que se tenga mucho más en cuenta que antes el bienestar y la salud de la madre. El crecimiento de la civilización derribó los muros que separaban a la mujer de la cultura y de los intereses espirituales. El progreso técnico actual permite, tanto al hombre como a la mujer, dedicar más tiempo a la cultura, al recreo, a las diversiones y a la educación de los hijos. En lo sucesivo se sabrá sacar más provecho del reposo, no sólo para el bien de uno mismo, sino también para el de la familia. Todos estos hechos han contribuido tanto a fomentar la procreación como a asignar al amor un papel casi por completo independiente de ella. Estos logros han permitido un aumento de la felicidad que contribuirá seguramente al bienestar de la especie humana.

Una vez conseguida, no será posible detener, mediante leyes y fórmulas, esta evolución, este progreso que, entre otras cosas, determinan una clara diferenciación entre el hombre y los animales. En lo que se refiere al número de embarazos, la decisión recaerá en la mujer después de una seria revisión. En cuanto a la cuestión de la interrupción artificial de un embarazo, los intereses de la madre y del bebe serán salvaguardados si, aparte de la decisión de un médico, un consejero psicológico competente es consultado para refutar las causas fútiles invocadas a favor de la interrupción. En contraparte, un aviso favorable será otorgado por motivos plausibles. En estos serios casos, la interrupción será efectuada gratuitamente en un hospital.

Junto con ciertas aptitudes y la atracción física e intelectual, influyen en la justa elección de la pareja, los siguientes puntos, que indicarán en grado suficiente el sentimiento de comunidad: 1º Saber mantener una amistad. 2º Tener interés por su labor profesional. 3º Mostrar, finalmente, más interés por su cónyuge que por sí mismo.

El temor a tener hijos puede obedecer, desde luego, a motivos completamente egoístas que, sea la que fuere su forma de manifestación, se deben, en último análisis, sin excepción, a una escasez del sentimiento de comunidad. Ocurre esto cuando, por ejemplo, una muchacha a quien su madre mimó, no se propone en el matrimonio sino continuar el papel de niña mimada, o si, preocupada por su aspecto exterior, teme y exagera la deformación que implica el embarazo y el parto, o si quiere quedarse sin rivales y también, a veces, si contrae matrimonio sin amor. En numerosos casos, la protesta viril desempeña un papel funesto en las funciones femeninas y en la repugnancia al embarazo. Tal actitud de protesta de la mujer contra su papel sexual, fenómeno que fuimos los primeros en describir bajo el nombre de protesta viril, da lugar muy a menudo a perturbaciones de la menstruación y de otras funciones de la esfera sexual, y siempre proviene de la falta de satisfacción en cumplir el papel de su propio sexo, papel que ya la familia consideró como inferior desde el nacimiento de la niña. Este error se

encuentra extraordinariamente fomentado por la imperfección de nuestra civilización, que, secreta o abiertamente, intenta asignar a la mujer una categoría inferior. De esta manera, también la primera aparición de la menstruación puede conducir en algunos casos a toda clase de trastornos, que no son sino una defensa psíquica de la muchacha y revelan, al mismo tiempo, una preparación defectuosa a la cooperación. La protesta viril, que puede manifestarse bajo múltiples formas, debe ser comprendida, pues, como un complejo de superioridad edificado sobre los cimientos de un complejo de inferioridad y que se podría expresar con la fórmula: Tan sólo una niña. Una de sus formas de manifestación es la manía de hacer el papel de hombre en todo, lo cual puede conducir al amor lésbico.

Si en el período en que aparece el amor existe una preparación insuficiente para la profesión y la vida social, pueden manifestarse también otras formas para sustraerse al interés colectivo. La más grave de éstas es sin duda la demencia precoz, en la cual el enfermo se cierra de un modo casi absoluto a las exigencias de la comunidad. Esta enfermedad psíquica está relacionada con minusvalías orgánicas, como Kretschmer pudo demostrar. Sus observaciones completan nuestros propios hallazgos sobre la importancia de una tara orgánica al principio de la vida, sin que el autor haya tomado en cuenta, tal como lo hacemos nosotros, la importancia de esos órganos minusvalentes, en cuanto a la estructura del estilo de vida. También la caída en una neurosis se hace cada vez más frecuente bajo la presión incesante de las condiciones externas que exigen que uno se prepare para la colaboración. Lo mismo podría decirse del suicidio, que no es sino una retirada completa, al mismo tiempo que una condena absoluta de las exigencias de la vida con más o menos mala fe, así como de la embriaguez, considerada como ardid para librarse de un modo antisocial de las demandas de la sociedad; de la morfinomanía o la cocainomanía, que son tentaciones que no pueden resistir sino con grandes dificultades las personas carentes del sentimiento de comunidad y tendentes a reaccionar con la huida ante los problemas

de la comunidad. En el caso de que tengamos experiencia en este proceder, podremos demostrar siempre que en tales personas existe una incesante busca de mimo y de alivio de las dificultades de la vida. Lo mismo podría decirse de gran número de delincuentes, en los cuales advertimos claramente desde la tierna infancia, no sólo la falta de sentimiento de comunidad, sino la carencia de valor; a pesar de la dosis de actividad que puedan exhibir. No es de extrañar que también se manifiestan perversiones más a menudo en este período. Quienes las sufren suelen atribuirlas a la herencia, de un modo análogo a lo que hacen muchos autores afamados, los cuales consideran los fenómenos de perversidad infantil como innatos o como adquiridos a consecuencia de alguna vivencia, cuando en realidad -no son sino el resultado de un entrenamiento en dirección equivocada. Al mismo tiempo, estas perversiones son señales manifiestas de un sentimiento de comunidad deficiente, falta que acusan, también en los demás aspectos de la vida, los individuos en cuestión[4].

El grado del sentimiento de comunidad es también puesto a prueba con ocasión del matrimonio, de la profesión, de la pérdida de una persona querida, a consecuencia de lo cual el individuo despotrica contra el mundo entero, a pesar de que apenas se interesó antes en él. Se pone a prueba asimismo, en otras situaciones, al perder la fortuna o en cualquier clase de decepción. En todos estos casos se manifiesta la incapacidad de la persona mimada para conservar en una situación difícil la armonía con la totalidad. También la pérdida de un trabajo lleva a muchos a hacerlo todo menos acercarse más a la comunidad para superar mediante un esfuerzo común y una acción concertada las dificultades sociales. En lugar de ello, se desorientan y actúan contra la comunidad.

Debo recordar aquí otra prueba más: el temor a la vejez y a la muerte. Vejez y muerte no podrán amedrentar a quien cuente con la seguridad de perpetuarse en sus hijos y tenga la conciencia de haber contribuido al desarrollo de la cultura. Sin embargo, es muy

frecuente encontrar, como consecuencia directa del temor al aniquilamiento completo, una rápida decadencia física y una gran conmoción psíquica. Lo más frecuente es ver mujeres dominadas por la superstición de los pretendidos peligros del climaterio, particularmente aquellas que han considerado toda su vida que no es la cooperación, sino la juventud y la belleza las que dan su peculiar valía a la mujer. Muy a menudo caen en una hostil actitud de defensa, como si hubieran sufrido una injusticia, pudiendo originarse en ellas un trastorno de la afectividad que llegue hasta la melancolía. No nos cabe duda de que el nivel hasta ahora alcanzado por la civilización no ha llegado a crear aún el ámbito vital necesario a que en la vejez tienen justo derecho los seres humanos. No obstante, cada uno está en su derecho de crearse individualmente y para sí ese ámbito social. Por desgracia, son muchos los que a esa edad muestran ya una limitada disposición para colaborar. Exageran sus propias facultades, quieren saberlo todo mejor que nadie, perduran en un sentimiento de frustración, se hacen molestos y contribuyen así a crear en torno suyo aquel ambiente que precisamente temían.

Cierta experiencia y una reflexión serena y cordial nos harán comprender que los problemas que la vida nos plantea, son una continua prueba para descubrir cuál es el grado de nuestro sentimiento de comunidad, prueba en la que podemos resultar aprobados o suspendidos.

CAPÍTULO IV

EL PROBLEMA CUERPO-ALMA

La tendencia evolutiva de la Naturaleza. Origen biológico de la psiquis. La sabiduría del cuerpo. La superación como ley fundamental de la vida. La dinámica sin fin de la personalidad. Influjos recíprocos entre estilo de vida y estado corporal. El dialecto de los órganos como expresión de la ley de movimiento. El factor anímico en las neuralgias funcionales del trigémino.

Hoy no se puede dudar ya de que todo lo que denominamos cuerpo acusa una neta tendencia a convertirse en una totalidad. En este aspecto y en un sentido general, el átomo puede ser comparado con la célula viva. Ambos poseen energías latentes y manifiestas que, de una parte, redondean y delimitan una forma y, de otra, enriquecen el todo con la adición de nuevas partes. La diferencia principal radica seguramente en el activo metabolismo de la célula, frente a la invariabilidad del átomo. Ni siquiera los movimientos de dentro y fuera de la célula y del átomo ofrecen diferencias notables. Tampoco los electrones están nunca en reposo, y una tendencia a la quietud, tal como Freud llega a postularla en la defensa de sus teorías sobre el «deseo de morir», no puede comprobarse en ningún dominio de la Naturaleza. Lo que diferencia más claramente al átomo de la célula viva es el proceso

de asimilación y eliminación propio de esta última; proceso que da lugar al crecimiento, a la conservación de la forma, a la multiplicación y a la tendencia hacia una ideal forma final[5].

Si, independientemente de su origen, se hubiera encontrado la célula viva en un medio ambiente ideal que le garantizase sin dificultad alguna la eterna conservación -caso ciertamente inconcebible-, entonces hubiera permanecido siempre idéntica a sí misma. Bajo la presión de unas dificultades que, en el caso más simple, podemos imaginarnos casi como de naturaleza física, lo que llamamos impropiamente «proceso vital» debió verse impelido a buscar algún remedio a la situación. Las mil diferencias existentes en la Naturaleza y, seguramente también en la amiba, tienen como consecuencia que los individuos que se hallan en una situación más favorable puedan alcanzar éxito más fácilmente y obtener una forma y una adaptación más perfectas. En los billones de años transcurridos desde que la vida existe sobre la corteza de la Tierra, ha habido desde luego tiempo suficiente para que, a partir del proceso vital de las células más sencillas, se desarrollara el hombre, y asimismo para que se extinguieran miríadas de seres vivos incapaces de hacer frente a los embates de su medio ambiente.

Según esta concepción, que enlaza ciertas opiniones fundamentales de Darwin con otras de Lamarck, el «proceso vital» debe ser considerado como una tendencia que recibe su orientación en medio de la gran corriente de la evolución a través del eterno objetivo de la adaptación a las exigencias del mundo circundante.

Orientada en este sentido de finalidad -que no puede llegar nunca a un completo equilibrio, ya que las energías y las exigencias del mundo circundante jamás pueden ser satisfechas con absoluta perfección por seres creados por él- debe de haberse desarrollado igualmente aquella capacidad que solemos llamar, considerándola desde puntos de vista diversos, alma, espíritu, psiquis, razón, incluyendo en estos términos todas las restantes «facultades anímicas». Y a pesar de que, al examinar el proceso anímico, nos movemos en un terreno trascendental, nos está permitido afirmar,

siguiendo nuestra concepción, que el alma, como parte integrante del proceso vital (por muchas que sean las cosas que englobemos en él), debe acusar forzosamente el mismo carácter fundamental que su matriz, la célula viva, de la cual proviene. Este carácter fundamental lo comprobamos, ante todo, en el continuo intento de resistir victoriosamente a las exigencias del mundo circundante, de superar a la muerte, de aspirar a una forma definitiva ideal y adecuada, y de conseguir, junto con las energías corporales preparadas a este objeto en el curso de la evolución y en virtud de una mutua influencia y ayuda, un fin de superioridad, de perfección y de seguridad. Al igual que el desarrollo corporal, el desarrollo anímico está presidido por la tendencia a alcanzar la superación de todas las dificultades y obstáculos mediante la adecuada solución de los problemas planteados por el mundo circundante.

Toda solución errónea debida a un desarrollo inadecuado, ya sea corporal o psíquico, se traduce por un fracaso que puede llegar a la eliminación y exterminio del individuo carente de aptitudes. El proceso del fracaso puede trascender del individuo y ejercer consecuencias nocivas sobre la descendencia, las familias, las tribus, los pueblos y las razas.(La superación de tales dificultades puede conducir frecuentemente (como en toda evolución sucede) a mayores triunfos y a una resistencia asimismo mayor) Pero este cruel e inexorable proceso de autodepuración ha ocasionado ya hecatombes de plantas, animales y seres humanos. Los que parecen hasta ahora susceptibles de resistir, demuestran con su supervivencia que cumplen de momento las exigencias del ambiente[6]. De esta interpretación se deduce que en el desarrollo corporal interviene una tendencia manifiesta a mantener las funciones del cuerpo en una especie de equilibrio que permite resistir victoriosamente a las exigencias favorables y desfavorables del mundo circundante. Si se consideran estos procesos desde un punto de vista unilateral, podemos concebir una hipotética «sabiduría del cuerpo»[7]. Pero también el desarrollo anímico se ve obligado; a optar por tal «sabiduría», que le pondrá en condiciones

de resolver victoriosamente los problemas que puedan plantearse, a favor de un equilibrio, siempre activo, entre el cuerpo y el alma. El equilibrio está asegurado, hasta cierto punto, por el grado de evolución obtenido, y la actividad lo está, a su vez, por ese objetivo de superioridad engendrado en la infancia y del que deriva el estilo de vida, la ley individual de movimiento.

Con la superación es, pues, la ley fundamental de la vida.) A su servicio están la tendencia a la autoconservación, la tendencia al equilibrio, tanto somático como psíquico, el crecimiento corporal y anímico, y la tendencia a la perfección.

La tendencia a la autoconservación engloba la comprensión y evitación de los peligros; la procreación considerada como senda evolutiva hacia la perpetuación de una partícula somática, más allá de la muerte personal; la colaboración en el desenvolvimiento de la humanidad -en el que se inmortaliza el espíritu de los colaboradores-, y el trabajo mancomunado de todos los copartícipes con vistas a la consecución de todos los objetivos mencionados.

Cómo procura el cuerpo de continuo conservar, completar y superar simultáneamente todas las partes de importancia para la vida, lo demuestra muy claramente la maravillosa obra de la evolución: la coagulación de la sangre en las heridas; la conservación, dentro de amplísimos límites, de la proporción debida de agua, glucosa, cal y albúmina; la regeneración celular y sanguínea; la cooperación de las glándulas endocrinas. Todas estas funciones son producto de la evolución y demuestran la resistencia del organismo frente a los agentes nocivos externos. La conservación y el aumento de esta capacidad de resistencia es consecuencia de un transcendental cruzamiento de sangre, mediante el cual los defectos pueden ser disminuidos y las ventajas mantenidas e incrementadas. También contribuyó a ello de un modo decisivo el desenvolvimiento del hombre en un sentido social. Así, el abandono del incesto puede considerarse como simple corolario de la tendencia a la constitución de la comunidad.

El equilibrio psíquico se halla continuamente amenazado. En su tendencia hacia la perfección, el alma humana se halla en constante movimiento y tiene conciencia de su deficiente estabilidad frente al ideal de perfección. Sólo la sensación de haber alcanzado una elevada posición será capaz de proporcionarle sentimientos de tranquilidad, de felicidad y de autoestimación. Pero en el momento siguiente, su optimismo se esfuma. Aquí puede verse patentemente que ser hombre equivale a poseer un sentimiento de inferioridad (de minusvalía) que nos impele de continuo a su superación. El sentido de la superación que se busca es, desde luego, tan sumamente variado como el anhelado objetivo de la perfección. Cuanto mayor es el sentimiento de inferioridad, cuanto más intensamente es experimentado, tanto más impetuosa será la tendencia a la superación, tanto más violento será el movimiento de los sentimientos. Pero el embate de las emociones no deja de influir sobre el equilibrio somático. Por las vías del sistema nervioso vegetativo, del nervio vago y a través de las modificaciones endocrinas, el cuerpo es puesto en movimiento susceptible de exteriorizarse en cambios de la circulación de la sangre, de las secreciones, del tono muscular y de casi todos los órganos. Considerados como fenómenos pasajeros, tales cambios son normales, y sólo en su configuración se diferencian según el estilo de vida del individuo afecto. Si llegan a ser duraderos, hablamos entonces de organoneurosis funcionales que, al igual que las psiconeurosis, deben su origen a un estilo de vida que acusa una inclinación hacia la retirada en caso de fracaso, acompañado de un sentimiento de inferioridad algo fuerte y que procura asegurar esta retirada mediante la fijación de los síntomas de «shock» corporales o anímicos. De esta manera ejerce el proceso anímico una influencia sobre el cuerpo. Pero también actuará sobre la misma esfera anímica, dando lugar en él a toda clase de actitudes viciosas, a actos y omisiones hostiles a las demandas de la vida en común.

De la misma manera influye el estado corporal en el proceso psíquico. El estilo de vida queda ya constituido, según nuestras

observaciones, en la más tierna infancia. El estado corporal congénito ejerce una poderosa influencia. El niño descubre la eficacia de sus órganos corporales desde sus primeros movimientos y actos; es consciente de ella, pero aun no tiene palabras ni conceptos para poder expresarla. Y puesto que también la reacción del medio ambiente respecto al valor de los órganos es totalmente distinta, será siempre una incógnita lo que el niño experimenta acerca de su propio poder. En todo caso, basándonos en nuestra experiencia de probabilidades estadísticas, es posible afirmar, aunque no sin cautela, que el niño, desde el comienzo de su vida, tiene la vivencia de su inferioridad orgánica dondequiera que ésta exista: en el aparato digestivo, en la circulación sanguínea, en los órganos respiratorios y secretorios, en las glándulas endocrinas o en los órganos sensoriales. Pero sólo de sus movimientos e intentos puede inferirse hasta qué punto y en qué modo intenta dominarla. En este caso toda explicación causal sería vana. Precisamente aquí se acusa la fuerza creadora del niño. Movido por sus tendencias en el espacio inabarcable de sus posibilidades, son los ensayos y errores los que le proporcionan un entrenamiento y un camino hacia un objetivo de perfección que le parece satisfactorio. Tanto si lo hace impulsado por una tendencia activa, como si permanece en completa pasividad, dominándose o sometiéndose, abierto al mundo o encerrado en su egoísmo, valiente o cobarde, variable en su temperamento y en su ritmo, fácilmente conmovible o indiferente, el niño, en supuesta armonía con su medio ambiente, que interpreta y contesta a su manera, toma su decisión para toda su vida y elabora y desenvuelve su ley de movimiento, su ley de conducta. Todas estas orientaciones hacia un objetivo de superioridad son distintas para cada individuo y tienen mil matices diferentes; de modo que nos faltan palabras para designar, en cada caso, algo más que lo meramente típico, y nos vemos obligados a recurrir a prolijas y circunstanciadas descripciones.

Sin conocimientos psicológico-individuales, ni el mismo individuo podría decirnos, con cierta claridad, hacia dónde se encamina.

Muchas veces dice todo lo contrario. En estas condiciones, tan sólo su ley de movimiento podrá darnos luz acerca de ello. Siguiendo esta senda chocaremos en seguida con el sentido, con la «opinión» de los movimientos expresivos, que pueden ser de toda clase: palabras, ideas, sentimientos y actos. Hasta qué punto el cuerpo está dominado, sin embargo, por esta ley de movimiento, lo revela el sentido íntimo de sus funciones. Constituyen éstas un idioma que hemos llamado «dialecto de los órganos» y que, generalmente, es más expresivo y más gráfico de lo que nunca podrían serlo las palabras. Un niño que acusa, por ejemplo, una conducta dócil, pero que padece enuresis nocturna, expresa con ello muy claramente su opinión de no querer someterse a la obediencia que se le exige. Un hombre que pretende ser valiente y que tal vez llega incluso a creer en su valor, demuestra por sus temblores y palpitaciones cardíacas que ha perdido el equilibrio psíquico.

Una mujer de treinta y dos años se queja de agudos dolores en torno al ojo izquierdo y de diplopia (visión doble) que le obliga a mantener cerrado el citado ojo. La enferma viene padeciendo de tales ataques desde hace once años; el primero lo tuvo al prometerse con su marido, y el actual, que la trajo al consultorio, hace siete meses. Los dolores desaparecieron temporalmente, pero la diplopia continúa. Atribuye este ataque a un baño frío, y cree haber llegado a descubrir que solían ser las corrientes de aire las que le causaban los ataques. Un hermano menor padece de ataques semejantes, también con diplopia, la madre sufre las consecuencias de una encefalitis. A veces, en los anteriores ataques, han aparecido asimismo los dolores alrededor del ojo derecho o alternando de uno a otro ojo.

Antes de casarse, la señora en cuestión era profesora de violín. Participó en conciertos y sentía un gran amor por su arte, que abandonó al casarse. Vive ahora (creo que con el objeto de estar más cerca del médico) en casa de su cuñada, donde se siente feliz.

Describe a su familia, y especialmente al padre, a varios hermanos y a sí misma, como violentos y coléricos. Si añadimos a

eso lo que fué confirmado durante el interrogatorio, que es persona con crecida voluntad de poderío, entonces ya no nos cabe duda de que estamos en presencia de una enferma del tipo descrito,, susceptible de sufrir dolores de cabeza, jaqueca, neuralgia funcional del trigémino y ataques epileptiformes. (Véase especialmente nuestra obra Praxis und Theorie der Individíuilpsychologie (Teoría y práctica de la Psicología del Individuo), 3.a ed., Cap. I.

La enferma se queja también de sentir necesidad de orinar siempre que se halla en estado de tensión nerviosa, con motivo de visitas, encuentros con personas desconocidas, etc.

En mi trabajo acerca del factor psíquico en la neuralgia del trigémino, llamé la atención sobre el hecho de que, en casos en que no hay base orgánica, encontramos siempre una intensa emotividad, que se exterioriza fácilmente en toda clase de síntomas nerviosos, tal como fueron comprobados, por ejemplo, en el caso antes expuesto. Es sumamente probable que esta tensión puede producir, mediante la excitación vasomotora y la del sistema simpáticoadrena-línico, en puntos predilectos y mediante modificaciones de la dilatación de los vasos y de la irrigación sanguínea, síntomas irritativos como el dolor o, también, fenómenos paralíticos. En aquel entonces manifesté ya mis sospechas de que las asimetrías craneales, faciales, y de las venas y arterias de la cabeza, son signos que permiten sospechar que también en el interior del cráneo, en las meninges y quizá incluso en el mismo' cerebro, encontraríamos tales asimetrías, que probablemente afectan a la dilatación y curso de las venas y arterias locales. Tal vez incluso las fibras y células nerviosas correspondientes acusen un desarrollo inferior en uno de ambos hemisferios. De confirmarse esta hipótesis, sería preciso consagrar atención especial al camino que siguen las fibras nerviosas que, igualmente asimétricas, pueden mostrarse demasiado estrechas en caso de vasodilatación. El hecho de que las emociones, y especialmente la ira, la alegría, la angustia y la melancolía, puedan cambiar el grado de repleción de los vasos sanguíneos, se juzga por el color de la cara y, en la ira, por lo

saliente de las venas cefálicas. Es muy probable que tales cambios interesen también las regiones más profundas, pero se precisarán aún muchas investigaciones para aclarar toda la complejidad de los fenómenos que aquí tienen lugar.

Sin embargo, si logramos, incluso en este caso, demostrar, no sólo la predisposición a la ira, originada por el estilo de vida tendente a la dominación, sino también la existencia del. factor exógeno antes del ataque, que era hasta ahora el más fuerte entre todos; si podemos comprobar una continua tensión anímica desde la más tierna infancia, así como un marcado, egoísmo tanto en la vida actual como en los recuerdos y los sueños, y si, además, tenemos un éxito, que puede ser duradero, con nuestro tratamiento psicológicoindividual, habremos dado una valiosa prueba más de que ciertas dolencias, como los dolores de cabeza, la jaqueca, la neuralgia del trigémino y los ataques epileptifor-mes pueden ser curados permanentemente (en caso de no existir lesión orgánica) mediante una transformación del estilo de vida, con el consiguiente descenso de la tensión anímica y la ampliación del sentimiento de comunidad.

La necesidad de orinar durante las visitas, nos permite ya deducir que estamos en presencia de una persona que se excita con demasiada facilidad. Las causas de esta necesidad imperiosa de orinar, de la tartamudez y otros trastornos y rasgos de carácter nervioso, así como la del azoramiento de un actor en el instante de salir a escena, de un orador al ascender a la tribuna o de un alumno al presentarse a examen, son totalmente exógenas y están determinadas por la necesidad de encontrarse con otras personas. Este síntoma acusa también la presencia de un acentuado sentimiento de inferioridad. Quien posea una idea de la «Psicología Individual», se dará cuenta, también en este caso, de la influencia de los juicios de terceros, de la acentuada tendencia a no pasar inadvertido y de la aspiración a la superioridad personal. La misma enferma declara tener poquísimo interés por los demás. Alega no ser miedosa ni tener dificultad en conversar; pero al hablar rebasa

todos los límites acostumbrados, dejando apenas la palabra al interlocutor, lo cual es una señal infalible de su desmesurado deseo de exhibirse. Sin duda es ella quien «lleva los pantalones» en su matrimonio, fracasando sin embargo contra la indolencia y la necesidad de descanso de su marido, que trabaja laboriosamente y por las noches llega a casa rendido, sin mostrar la más mínima disposición a acompañarla a un espectáculo o a dar un paseo. Cada vez que tenía que tocar en público, mostrábase impresionadísima y presa de lo que los alemanes llaman «la fiebre de los reflectores» y los franceses «trac». La pregunta «;qué haría usted si estuviera curada?», que vo considero muv importante v cuya contestación nos revela siempre el motivo de pánico de los enfermos, la soslayó con respuestas evasivas y con alusiones a sus dolores de cabeza. En la ceja izquierda se ve una cicatriz profunda causada por una operación en la cavidad etmoidal, operación, a la que siguió muy pronto el ataque de jaqueca. La enferma está completamente convencida de que el frío le perjudica y provoca sus ataques. Mas no por eso dejó de tomar un baño frío antes del último. Los ataques no van precedidos de aura. A veces, no siempre, se inician con náuseas. Son muchos los médicos que la han examinado sin encontrar ningún trastorno orgánico. La radiografía del cráneo y los análisis de sangre y de orina fueron negativos. El examen ginecológico dió por resultado un útero infantil, con anteversión y anteflexión. En mi obra Estudios sobre minusvalías orgánicas, llamé la atención, no sólo sobre la frecuencia con que se observan inferioridades orgánicas en los neuróticos, observación confirmada por los resultados de KRETSCHMER, sino también de que, en casos de minusvalías orgánicas, es frecuente hallar alguna minusvalía de los órganos sexuales. Esto fué confirmado igualmente por el malogrado KYRLE. El caso de que venimos tratando es un nuevo ejemplo de ello.

Se descubrió que nuestra enferma tenía una angustia espantosa a dar a luz desde que había presenciado, con horror, el nacimiento de un hermano más pequeño. (Esto confirma una vez más nuestra

advertencia de que los temas sexuales no deben ponerse al alcance de los niños hasta que no se tenga la absoluta seguridad de que están ya en condiciones de comprenderlos y asimilarlos). Cuando nuestra enferma tenia once años fué injustamente culpada por su padre de haber tenido relaciones sexuales con el hijo de un vecino. También esta insinuación, acompañada de angustia y miedo acerca de esas relaciones sexuales, contribuyó a intensificar su actitud de protesta contra el amor, protesta que llegó a exteriorizarse en su vida conyugal en forma de una completa frigidez. Antes de contraer matrimonio, había exigido de su prometido la renuncia formal a tener hijos. Sus ataques de jaqueca y el miedo constante a su aparición, la pusieron en condiciones de reducir a un mínimo el comercio sexual con su esposo. Como ocurre muy frecuentemente en jóvenes extremadamente ambiciosas, sus relaciones amorosas llegaron a estar notablemente dificultadas, ya que en su grave sentimiento de inferioridad fomentado por el retraso general a este respecto, consideraba equivocadamente dichas relaciones como una postergación de la mujer.

El sentimiento y el complejo de inferioridad -fundamental doctrina de nuestra «Psicología individual»-, lo mismo que la «protesta viril», fueron considerados antaño por los psicoanalistas freudianos como inadmisibles. Hoy, sin embargo, son conceptos completamente adoptados por el mismo Freud, aunque no se concilien nada bien con su sistema. Pero lo que esta Escuela no ha llegado hoy aún a comprender, es el hecho de que una joven como la que acabamos de caracterizar se halle bajo el peso constante de sentimientos de protesta, cuya vibración se transmite tanto al alma como al cuerpo, pero que sólo se exteriorizan como síntomas agudos ante un factor exógeno que pone a prueba el sentimiento de comunidad existente.

En el caso referido, los síntomas externos son la jaqueca y la necesidad de orinar. Los síntomas permanentes desde el casamiento son el miedo al embarazo y la frigidez. Me parece haber puesto ya de relieve gran parte de las causas de esta jaqueca en una persona tan irritable y tan deseosa de dominar, y, a lo que

parece, sólo una persona así, y con la descrita asimetría, puede enfermar de jaqueca y de dolores análogos. Sin embargo, no hemos estudiado todavía aquí el factor exógeno que condujo al último ataque, extraordinariamente grave. No puedo negar en absoluto que el ataque haya sido desencadenado por el baño frío; pero me sorprende que una enferma que, tan bien y desde hace tanto tiempo, sabe cuanto le perjudica el frío, se mostrara dispuesta a meterse en el agua sin acordarse del peligro. ¿Habría aumentado por entonces su tendencia a la ira? ¿Pudo coincidir tal ocurrencia con la aparición del ataque? ¿Estaba en presencia de alguna persona antagónica como, por ejemplo, su marido que la ama y a quien quisiera castigar, tomando el baño frío, un poco a la manera de los que se suicidan por venganza, para castigar a una persona querida? ¿Acaso se hallaba aún enojada contra sí misma por estarlo con alguna otra persona? ¿Se entregó a lecturas sobre la jaqueca o acudió a médicos, convenciéndose cada vez más de que no podía curarse nunca, y aplazando continuamente la solución de sus problemas vitales, que le causan miedo por insuficiencia del sentimiento de comunidad?

Seguramente siente afecto por su marido, aunque muy alejado del verdadero amor. Es más: no ha amado de veras nunca en su vida. A la pregunta, que le fué hecha repetidas veces, de qué haría si estuviera curada para siempre, contestó por fin diciendo que se trasladaría a la capital, para dedicarse a la enseñanza del violín y formar parte de una orquesta. Quien posea el arte psicológicó-individual de adivinar, comprenderá fácilmente por esta respuesta que esto representaría para ella una separación de su marido, ya que éste se halla inseparablemente ligado a su puesto en provincias. La comprobación de esta sospecha nuestra fué dada más arriba: la enferma se encuentra a las mil maravillas en casa de su cuñada. Vimos también los reproches contra el marido, y puesto que éste tiene muchas consideraciones con ella, brindándole la mejor ocasión de excederse en su afán de dominar, no le es fácil separarse de él. Sería contraproducente, a mi parecer, facilitarle la

separación con adecuados consejos y buenas palabras. Tengo que poner en guardia a los especialistas, sobre todo ante el consejo que se da a veces en situaciones análogas: que se busquen un amante. Tales enfermas saben muy bien lo que es amor, pero no lo comprenden, de modo que se llevarían una decepción muy grande y descargarían toda la responsabilidad sobre el médico, por haber seguido el consejo de éste. La tarea consiste en este caso en hacer a esta mujer más apta para el matrimonio. Sin embargo, es un problema previo el eliminar de su estilo de vida los errores fundamentales.

Diagnóstico, tras un detenido examen: La mitad izquierda de la cara es algo más pequeña que la derecha. La punta de la nariz está dirigida por lo tanto un poco hacia la izquierda. El ojo izquierdo afectado en ese momento, acusa una hendidura palpebral más estrecha que la otra. No podría explicar, todavía, por qué la enferma se queja a veces del otro lado. Tal vez nos ha facilitado un dato erróneo.

He aquí un sueño de la enferma: «Me encontraba con mi cuñada y una hermana mayor en el teatro. Les decía que me esperaran un momento, pues aparecería en la escena». Interpretación: siempre demuestra una tendencia a brillar ante sus parientes; le gustaría enormemente poder tocar en la orquesta de algún teatro, y cree no ser bastante considerada por su familia. También en este caso se ve confirmada mi teoría de las minusvalías orgánicas con compensación anímica, descubrimiento que, como demostraremos algún día, sirve de base a los resultados de KrbTSCHMER y de JAENSCH. Es casi imposible dudar de que el aparato visual de esta mujer esté afectado en algo: lo mismo podía decirse del de su hermano, víctima de la misma dolencia. No puedo decidir si se trata de una anomalía vascular en su estructura o en su distribución. Parece que la visión es normal, de la misma manera que el metabolismo. El tiroides exteriormente es normal. El sueño del teatro y de la presentación en el escenario hacen pensar en un tipo humano esencialmente visual que se fija en fenómenos externos. Su

matrimonio, junto con la residencia en provincias, le impiden presentarse ante el público. La gravidez o un hijo representarían análogo impedimento.

La curación completa se efectuó en el plazo de un mes. El primer paso para ello fué la explicación del factor exógeno que había producido el último ataque. La enferma había encontrado en la americana de su marido la carta de una muchacha, carta que, por otra parte, no contenía más que un breve saludo. Su marido llegó a disipar sus sospechas. No obstante, perduró en ella una disposición suspicaz que nutria los celos, nunca hasta entonces experimentados. Desde aquel acontecimiento se dedicó, además, a vigilar a su marido. Corresponde a este período su baño y el comienzo de su ataque. Uno de los últimos sueños que tuvo después de comprobar sus celos y de sentir su amor propio herido, muestra que aun mantenía sus sospechas. Este sueño representaba la tendencia a hallarse precavida y a desconfiar del marido. En otro sueño vió cómo un gato se apoderaba de un pescado y huía con él, y que una mujer daba caza al gato para arrebatarle su presa. La interpretación es harto sencilla: la enferma trata de llamarse la atención a sí misma sobre un posible robo de su marido, en un lenguaje metafórico en el que todo suena más elocuentemente. De la discusión con la enferma pudimos deducir que jamás había sido celosa, ya que su orgullo le prohibía de antemano esta mala costumbre, pero que desde el hallazgo de aquella carta empezó a tener en cuenta la posibilidad de que su marido le fuera infiel. Contando incluso con esta infidelidad, su irritación aumentó contra la pretendida dependencia de la mujer respecto al marido. Su baño frío no fué, pues, en efecto, sino la venganza de su estilo de vida ante el descubrimiento de que su valía personal dependía del reconocimiento del marido, cosa que no ponía en duda. Sin sus ataques de jaqueca (la consecuencia de su shock), habría tenido que juzgarse a sí misma desprovista de valía. Pero esto hubiera sido lo más doloroso.

[1]S. SMUTS, Wholeness and Evolution (Totalidad y Evolución), Londres, McMillan C°.

[2] Véase AdlER, en Heilen und Bilden (Curar y Formar), 3.a edición, Bergmann, Munich.

[3]Véase Cannon, The Wisdom of the Body (La Sabiduría del cuerpo), Norton and C°, Nueva York.

CAPÍTULO V

FORMA CORPORAL, MOVIMIENTO Y CARÁCTER

Conocimiento vulgar de los hombres y ciencia caracterológica. La forma, producto del proceso de adaptación. Factores especiales en la evolución de la forma humana. Crítica de la eugenesia. Relatividad en la valoración de la forma. Interpretación psicológico-individual de las correlaciones entre forma corporal y carácter. El sentido del movimiento. Crítica de la concepción de la ambivalencia. Las dos líneas de movimiento.

Dedicaremos el presente capítulo a estudiar el valor y el sentido inherentes a las tres formas de expresión de la especie humana: morfología, dinamismo y carácter. Un conocimiento científico del hombre debe, naturalmente, basarse en experiencias. Pero de una simple recopilación de éstas no resulta todavía una ciencia. Aquélla es más bien una preparación de ésta, y el material recopilado exige una conveniente ordenación conforme a un principio común. Un puño alzado con ira, un rechinar de dientes, una mirada llena de odio, una serie de injurias proferidas, etc., son movimientos agresivos, y así interpretados por cualquiera, que al espíritu investigador, en su afán de acercarse a la verdad -en esto consiste en última instancia el espíritu de la ciencia-, ya no le plantean ningún

problema. Sólo si conseguimos situar estas y otras manifestaciones dentro de un conjunto más amplio de relaciones hasta ahora no descubiertas, que abra nuevos puntos de vista, resuelva problemas hasta hoy insolubles o los plantee nuevos, podremos hablar de verdadera ciencia.

La forma de los órganos humanos, así como la morfología humana, están en una especie de armonía con su manera de vivir y deben su esquema básico al proceso de adaptación a las condiciones exteriores que permanecen invariables durante largos períodos de tiempo. El grado de esta adaptación es infinitamente vario y no llega a hacerse notar en su forma sólo si rebasa francamente un límite determinado para atraer nuestra atención. Sobre esta base evolutiva de la figura humana influyen desde luego toda una serie de factores, entre los cuales cabe destacar los siguientes:

1. La extinción de determinadas variantes para las cuales no se dan, ni pasajera ni permanentemente, condiciones de vida. Aquí intervienen, no sólo la ley de adaptación orgánica, sino también ciertas maneras erróneas de vivir que han llegado a gravitar pesadamente sobre grupos humanos más o menos amplios (guerras, defectuosa administración, falta de adaptación social, etc.). Además de las rígidas leyes de la herencia, más o menos concordantes con las de Mendel, hemos de tener también en cuenta la plasticidad de los órganos y la morfología en el proceso evolutivo de la adaptación. La relación entre la forma y las cargas individuales y generales podrá ser expresada como valor funcional.

2. La selección sexual. Parece tender a la equiparación de la forma y el tipo a medida que se extiende la civilización y aumentan los intercambios. Esta elección se halla más o menos influida por conocimientos de orden biológico y médico, así como por el sentimiento estético que de ellas resulta, siempre sometido este último factor, a cambios y errores. Los ideales de belleza en sus contrastes, tales como el atleta o el hermafrodita, la opulencia o la

delgadez, muestran cuan sujetas a cambio son estas influencias, cambios que, por otra parte, son estimulados por el arte.

3. La correlación de los órganos. Los órganos, junto con las glándulas de secreción interna (tiroides, glándulas sexuales, suprarrenales, hipófisis), forman, por así decirlo, una liga secreta, pudiendo ayudarse o perjudicarse mutuamente. Esto explica la supervivencia de formas que, aisladamente, estarían condenadas a desaparecer, pero que, en sus correlaciones, no alteran el valor funcional global del individuo. El sistema nervioso, central y periférico, desempeña un papel sobresaliente en esta acción integradora, ya que, en colaboración con el sistema vegetativo, puede elevar tanto corporal como espiritualmente el valor funcional total del individuo gracias a la singular capacidad de entrenamiento que le es inherente. Esta circunstancia hace posible que las formas atípicas y hasta defectuosas puedan subsistir sin poner en peligro la existencia generaciones. Éstos obtienen una compensación en energía, de modo que el balance de la totalidad del individuo puede mantenerse en equilibrio, y aun a veces con un saldo de energías favorable. Una investigación libre de prejuicios demostraría seguramente que entre las personas más capaces y de más valía no figuran precisamente las más bellas. Esto nos hace pensar también que una eugenesia individual o racial, sólo en muy limitada medida podría crear valores, pues el número de de individuos o otras fuentes de complejos factores es tan considerable que sería más fácil llegar a formar un juicio falso que una conclusión cierta. Una estadística, por muy comprobados que estuvieran sus datos, no podría ser decisiva para el caso aislado.

El ojo levemente miope, con su construcción oblongada, representa en nuestra civilización, orientada al trabajo sobre objetos cercanos, una ventaja innegable, ya que excluye casi totalmente la fatiga visual. La zurdería, que abarca casi un cuarenta por ciento de la Humanidad, es sin duda una desventaja en una civilización orientada hacia el trabajo con la diestra. Sin embargo, entre los mejores dibujantes y pintores, entre las personas de mayor habilidad

manual, encontramos un tanto por ciento muy elevado de zurdos que hacen verdaderas maravillas con su mano derecha, tras una magistral habituación. Obesos y flacos se ven acechados por peligros distintos, pero no menos graves, aunque desde el punto de vista de la medicina y de la estética, la belleza se incline cada vez más a favor de los flacos. Una mano corta y ancha parece sin duda alguna más favorable para el trabajo manual, por su mayor eficacia para actuar como palanca, pero el progreso técnico y el perfeccionamiento de las máquinas hacen cada dia más superfluo el duro trabajo manual individual. La belleza del cuerpo aunque no podamos substraernos a su atracción- suele llevar consigo tantos inconvenientes como ventajas. Cualquiera puede comprobar que entre las personas que no han aceptado ni la carga del matrimonio ni la de la descendencia hay un crecido número de hombres bien formados, mientras que los pertenecientes a tipos estéticamente menos agradables participan en la procreación de un modo brillante a causa de sus excelencias de otro orden. ¡Con cuánta frecuencia nos encontramos en un lugar dado con tipos totalmente opuestos a lo que habíamos esperado! Por ejemplo, alpinistas de piernas cortas y pies planos, sastres hercúleos, tenorios poco agraciados, etc. En semejantes casos, sólo el examen detenido de las complejidades psicológicas nos permitirá una justa comprensión de estas aparentes contradicciones. Todo el mundo conoce tipos infantiles de gran madurez intelectual y tipos viriles que se comportan como niños: gigantes cobardes y enanos valientes; gentlemen feos y jorobados y sinvergüenzas de aspecto agradable y simpático; grandes criminales afeminados y hombres de aspecto rudo con blando corazón. Es un hecho innegable que la sífilis y el alcoholismo lesionan el plasma germinal, lo cual se traduce tanto por inconfundibles marcas exteriores como por la mayor letalidad de la descendencia. Sin embargo, no son raras las excepciones, y no hace mucho que Bernard Shaw, aún tan robusto a pesar de su edad avanzada, nos reveló que era hijo de un alcohólico. Al principio trascendental de la selección se contrapone la influencia obscura,

demasiado compleja, de las leyes de la adaptación. Ya el poeta se lamentaba: … Y Patroclo yace sepultado mientras Tersites vuelve a su hogar. Tras las guerras suecas, tan mortíferas, hubo tal escasez de hombres que una ley obligó a todos los sobrevivientes a casarse, incluso a los enfermos e inválidos. Ahora bien, si fuera posible establecer comparaciones entre los pueblos, los suecos de hoy en día, son considerados como pertenecientes a los tipos humanos más bellos. En la antigua Grecia se exponía a los niños mal formados. Y en el mito de Edipo se ve la maldición de la Naturaleza ultrajada o, quizá, mejor dicho, de la ultrajada lógica de la sociedad humana.

Tal vez cada uno de nosotros lleve dentro de si una imagen ideal de la forma humana, por la cual mide a los demás. No hay manera de poder prescindir en la vida de la adivinación. Espíritus de elevado vuelo hablan de intuición. Al psiquiatra y al psicólogo se les plantea el problema de saber a qué inmanentes normas es preciso atenerse para juzgar las formas humanas. A este respecto parecen tener una importancia decisiva las experiencias de la vida, a veces reducidas a imágenes estereotipadas, conservadas desde la niñez. Lavater, entre otros, hizo de esto un sistema. A la uniformidad extraordinaria de estas impresiones, corresponde la de las ideas que nos forjamos de la persona avara, benévola, perversa o criminal. Y es que, a pesar de todas las reservas, por lo demás justificadas, no hay que olvidar que en estos casos nuestro entendimiento inquiere secretamente de la forma, su contenido y su sentido. ¿Será el espíritu quien da forma al cuerpo?

De los resultados obtenidos en estos estudios quisiera destacar aquí dos, por parecerme susceptibles de arrojar cierta luz sobre el oscuro problema de la forma y el sentido. No debemos olvidar las aportaciones de Carus, quien, gracias a la meritísima labor de Klages, ha recobrado actualidad, ni las modernas investigaciones de Bauer y Jaensch, pero las obras que aquí queremos recordar son el trabajo de Kretschmer, Korperbau und Charakter (Morfología y carácter), y la mía, Studie über Minderwertigkeit von Organen

(Estudio de las minusvalías orgánicas), esta última mucho más antigua. En ella creo haber encontrado la vía de transición, el puente que, a través de un pronunciado sentimiento de inferioridad, conduce de una minusvariante corporal a una tensión especial del aparato anímico. Las exigencias del mundo circundante son experimentadas en estas condiciones como demasiado adversas, y la inquietud por el yo propio se exacerba de manera claramente egocéntrica, por falta de adecuado entrenamiento. De aquí surgen una acentuada hiperestesia psíquica, falta de ánimo y de decisión, así como un esbozo de apercepción antisocial. Esta perspectiva del mundo circundante se opone a la debida adaptación y favorece los errores. Con un máximo de precauciones y con una continua atención a la búsqueda de comprobaciones o contradicciones, este punto de vista permitiría descubrir la esencia y el sentido partiendo de la forma. No me atrevería a decidir aquí si los fisonomistas experimentados se han apartado de la Ciencia para seguir instintivamente este sendero. Puedo afirmar, en cambio, que el entrenamiento psíquico, que se deriva de esta mayor tensión, puede conducir a más brillantes rendimientos. No creo equivocarme al deducir por experiencia que ciertas glándulas de secreción interna como por ejemplo, las genitales, pueden ser estimuladas gracias a un entrenamiento psíquico apropiado, mientras que, por el contrario un entrenamiento inoportuno las alterara. No puede ser casual el hecho que he comprobado tan a menudo, de muchachos afeminados o muchachas hombrunas a causa de un entrenamiento en el sentido opuesto, fomentado generalmente por los padres.

Con sus contraposiciones del tipo picnoide y del tipo esquizoide, con sus características discrepancias de forma y con sus peculiares procesos anímicos, nos ha proporcionado Kretschmer una descripción que marca a la ciencia un nuevo rumbo. Pero el puente entre la forma y el sentido cae fuera de su órbita. Es de esperar que su brillante exposición será sin duda, un día, uno de los puntos de partida hacia la solución de este problema.

En un terreno mucho más seguro se mueve el investigador que se propone interpretar el sentido del movimiento. Pero también aquí le estará reservado un papel importante a la adivinación: y en cada caso el resultado general confirmará el éxito o el fracaso de aquélla. Con esto dejamos ya sentado, tal como la Psicología individual suele hacer siempre, que todo movimiento viene originado por la personalidad total y lleva en sí su estilo de vida. Todo modo de expresión emana de la unidad de la personalidad, dentro de la cual no existe la menor contradicción, ni ambivalencia, ni siquiera dos almas a la manera fáustica (dos almas, ¡ay!, se alojan en mi cuerpo…). Que una persona pueda ser distinta en la conciencia y en el inconsciente -una división por lo demás artificial debida al fanatismo psicoanalítico- es algo que rechazará todo aquel que haya comprendido las complejidades y los matices de la conciencia. Tal como uno se mueve, así es el sentido de su vida.

La Psicología individual ha intentado elaborar en forma científica la teoría del sentido de los modos de expresión. Dos factores, con sus mil variantes, posibilitan una interpretación a este respecto. Uno de ellos se forma a partir de la más tierna infancia y acusa la tendencia a superar cualquier situación de insuficiencia, a encontrar un camino que conduzca de un sentimiento de inferioridad al de superioridad y a la liberación de las tensiones psíquicas correspondientes. Este camino es iniciado ya con todas sus peculiaridades en la infancia y permanece invariable a todo lo largo de la vida. La captación de sus matices individuales presupone en el observador una cierta capacidad de comprensión artística. El otro factor nos permite apreciar el interés colectivo del examinado, su grado o su falta de solidaridad humana. Nuestro juicio sobre el modo de mirar, atender, hablar, actuar y trabajar, nuestra valoración y diferenciación de los modos de expresión tienden a sopesar la capacidad de cooperación del individuo. Y es que, formados en la esfera inmanente del interés recíproco, muestran en tal examen el grado de preparación para participar en la labor colectiva. La línea primaria de movimiento hará siempre acto de presencia, aunque

bajo mil formas distintas, y no podrá desaparecer hasta la muerte. En el curso inmutable del tiempo, todo movimiento está guiado por un impulso de superación. El sentimiento de comunidad presta tono y color a este movimiento ascendente.

Si en la búsqueda de las más íntimas unidades, deseamos dar con la mayor prudencia posible un paso adelante, alcanzaremos un punto de vista que nos permita adivinar como el movimiento se vuelve forma. La plasticidad de la forma viva tiene ciertamente sus límites: pero, dentro de éstos, el movimiento individual se ejerce y se manifiesta, de modo perdurable en generaciones, pueblos y razas, idéntico en el correr del tiempo. Aquí el movimiento se amolda y se vuelve: la forma.

Así el conocimiento de la naturaleza humana a partir de la forma llega a ser posible si reconocemos en ella el movimiento que la moldeó.

CAPÍTULO VI

EL COMPLEJO DE INFERIORIDAD

Carácter positivo del sentimiento de inferioridad. La superación del sentimiento de inferioridad es independiente de la obtención del placer. Sentimiento de inferioridad e instinto de muerte. El principio de aseguramiento en la esfera corporal y en la esfera cultural. Utilidad biológica del sentimiento de inferioridad. Posibilidad y causalidad. Falta de finalidad de la psicología de los instintos. Valor creador del espíritu de negación. El sentimiento de comunidad en el futuro. Omnipotencia del sentimiento de comunidad. Estilos de vida con insuficiente sentimiento de comunidad. Actitud pasiva y actitud activa frente al sentimiento de inferioridad. Sí, pero… Aseguramiento con síntomas corporales. La actitud de vacilación. El complejo de inferioridad.

Hace mucho tiempo puse de relieve que ser hombre equivale a sentirse inferior. Quizá no todos recuerdan haber experimentado este sentimiento de inferioridad. Es también posible que a muchos les extrañe esta expresión y prefieran cambiarla por otra. No me opongo a ello; y tanto menos cuanto que veo que algunos autores han hecho ya este cambio. Para negarme la razón, gentes que se

pasan de listas calcularon que el niño debe haber experimentado un sentimiento de plenitud para poder llegar a un sentimiento de inferioridad. La sensación de insuficiencia constituye un sufrimiento duro y tenaz que perdura, por lo menos, hasta que un deber no es resuelto, hasta que una necesidad no es satisfecha o no es neutralizada una tensión. Es, sin duda, un sentimiento natural comparable a una tensión dolorosa, que reclama alivio. Este alivio no ha de ir forzosamente acompañado de placer, como supone Freud, aunque puede ir acompañado de sentimientos de satisfacción, lo cual estaría de acuerdo con la concepción de Nietzsche. En determinadas condiciones, el relajamiento de esta tensión puede ir acompañado también de sufrimiento permanente o temporal, algo así como cuando se va un fiel amigo o como cuando es necesario someterse a una operación dolorosa. Tampoco a un fin penoso -generalmente preferido a una pena sin fin- puede considerársele como placer, a menos que queramos recurrir a ardides sofísticos.

De la misma manera que un lactante traiciona con sus movimientos el sentido de insuficiencia, su constante aspiración a perfeccionarse y a satisfacer sus exigencias vitales, así también el movimiento histórico de la Humanidad debe ser interpretado como la historia del sentimiento de inferioridad y de los intentos realizados para liberarse de él. Desde que se puso en movimiento, la materia viva siempre se ha esforzado por pasar de una situación de minus a una situación de plus. Este movimiento, cuyas características describimos ya en 1907 en nuestro Studie über Minderwertigkeit van Organen (Estudio de las minusvalías orgánicas), es el mismo que comprendemos bajo el concepto de evolución. Dicho movimiento en modo alguno puede considerarse como encaminado hacia la muerte, ni siquiera hacia un estado de equilibrio o de reposo; antes bien, aspira a la dominación del mundo circundante. La tesis de Freud de que la muerte ejerce una cierta atracción sobre el hombre, hasta el punto de llegar a desearla en sueños y demás, representa, aun dentro de su propio sistema, una conclusión precipitada. No

cabe, en cambio, duda de que existen hombres que prefieren la muerte a una lucha con las circunstancias ambientales, porque, en su orgullo, tienen un miedo exagerado a un posible fracaso. Son personas que aspiran siempre a ser mimadas y dispensadas de sus obligaciones, a base de que otros las cumplan.

Como fácilmente puede demostrarse, el cuerpo humano se halla estructurado según el principio de seguridad. Meltzer llamó ya la atención sobre este principio en The Harvard Lectures, en 1906 y 1907, esto es, aproximadamente, en la misma época en que yo escribía mi ya citado estudio, sólo que él lo hizo con más profundidad y amplitud. Un órgano dañado es substituido en su función por un órgano sano o emite por sí mismo una energía complementaria. Todos los órganos pueden rendir más de lo que rinden normalmente, y atender muchas veces a múltiples y vitales funciones. La vida, que está regida por el principio de autoconservación, ha adquirido, en el curso de la evolución biológica, la energía y la capacidad para ello imprescindibles. Las divergencias de los hijos y de las generaciones jóvenes, con respecto a los padres y a las generaciones viejas, no son más que un aspecto de este mecanismo de seguridad vital.

También la creciente civilización que nos rodea acusa idéntica tendencia a la seguridad y nos muestra al hombre en un continuo estado afectivo de sentimiento de inferioridad que estimula incesantemente su actividad para alcanzar una mayor seguridad. La satisfacción y el dolor que acompañan a esta lucha no son sino ayudas y premios que se le ofrecen al caminar por esta vereda. Pero una adaptación definitiva a la realidad del momento, ya creada, no sería otra cosa que la explotación de los esfuerzos de otros en armonía con la imagen que del mundo tienen los niños mimados. La continua aspiración a la seguridad impulsa al individuo hacia la superación de la realidad actual en favor de otra realidad mejor. Sin esta corriente de la civilización, que nos arrastra hacia delante, la vida humana sería imposible. El hombre habría sucumbido ante el embate de las fuerzas de la Naturaleza si no hubiera aprendido a

utilizarlas en provecho propio. El hombre carece de cosas que, poseídas por seres más fuertes, hubiesen podido ser causa de su aniquilamiento. Los rigores del clima le obligan a defenderse contra el frío mediante las pieles que quita a animales mejor dotados. Su organismo requiere una habitación artificial y una preparación igualmente artificial de sus alimentos. Su vida no está asegurada más que bajo ciertas condiciones, como son una conveniente división del trabajo y una suficiente multiplicación de los individuos. Sus órganos y su espíritu trabajan de continuo para superarse, para afianzarse. A esto hay que añadir su mayor conocimiento de los peligros de la vida y una menor ignorancia de la muerte. ¿Quién puede dudar seriamente de que para el individuo, tan mal dotado por la Naturaleza, la sensación de inferioridad es una verdadera bendición, que sin cesar le empuja hacia una situación de plus hacia la seguridad, hacia la superación? Y esta formidable e inevitable rebelión contra este sentimiento de inferioridad consubstancial al hombre se repite como base de la evolución en la infancia de cada individuo.

Todo niño que no esté tan anormal, como el idiota, gravemente tarado en su vida psíquica, se halla bajo el imperativo de este desarrollo ascensional que anima tanto a su cuerpo como a su alma. También a él le es impuesta por la Naturaleza la tendencia a la superación. Su pequeñez, su debilidad y su incapacidad para satisfacer sus propias necesidades, las más o menos importantes negligencias son aguijones determinantes para el desarrollo de su fuerza. Bajo la presión de su existencia precaria, el niño crea para sí mismo nuevas formas de vida, tal vez hasta entonces inéditas. Sus juegos, siempre orientados hacia el porvenir, demuestran su energía autocreadora, que en modo alguno podrían explicarse mediante los llamados reflejos condicionados. El niño construye sin cesar en el vacío del porvenir, impelido por la necesidad imperativa de vencer. Hechizado por las necesidades e imperativos de la vida, sus anhelos siempre crecientes le arrastran inexorablemente hacia un objetivo final, superior al destino terrestre que le era asignado. Y

este objetivo que lo atrae, le conduce a las alturas, se anima y llega a adquirir colores dentro del reducido ambiente en que el niño lucha por triunfar.

No me es posible dedicar aquí más que unas breves palabras a unas consideraciones teóricas que, juzgándolas fundamentales, publiqué en 1912 en mi libro Ueber den nervösen Charakter (El carácter neurótico). Si existe dicho objetivo de conquista y la evolución nos lo demuestra de modo palpable, entonces el grado de evolución que el niño alcanza y se plasma en él, se transforma a su vez en material de construcción para el desarrollo ulterior. En otras palabras, su herencia, física o psíquica, se expresa en posibilidades, y no cuenta sino en la medida en que puede ser y es utilizada con vistas al objetivo final. Lo que luego observamos en la evolución del individuo ha sido originado por el material hereditario, y su perfección es debida a la potencia creadora del niño. Puse ya anteriormente de relieve la brecha que abre el material hereditario. Sin embargo, debo negar que ofrezca significación causal alguna, porque la variación constante y multiforme del mundo exterior exige un empleo creador y elástico de ese material. La orientación hacia el triunfo final permanece invariable, aunque el objetivo, una vez plasmado en la corriente del mundo, imponga a cada individuo una dirección diferente.

Las insuficiencias orgánicas, el mimo o el abandono inducen con frecuencia al niño a establecer fines concretos de superación que se hallan en contradicción tanto con el bienestar del individuo como con el perfeccionamiento de la Humanidad.

Existe, empero, un considerable número de casos y de desenlaces que nos autorizan a hablar, no de causalidad, sino de una probabilidad estadística y de una desviación engendrada por un error. Además, se ha de tener en cuenta que cada mala acción es distinta a las demás, que cada defensor de una determinada concepción del mundo la presenta desde una distinta perspectiva, que cada escritor pornográfico ofrece sus peculiaridades, que todo neurótico se distingue de los demás y que tampoco hay dos

delincuentes completamente iguales. Precisamente es en esta peculiaridad que distingue a cada individuo que se pone de relieve la creación propia del niño y la manera como utiliza y aprovecha sus posibilidades y aptitudes congénitas.

Lo mismo debe decirse de los factores ambientales y de las medidas educativas. El niño los acoge y utiliza para la concreción de su estilo de vida; se crea un objetivo que nunca abandona, percibiendo, pensando, sintiendo y actuando con las miras puestas siempre en él. Una vez reconocido el dinamismo del individuo, ningún poder del mundo puede impedir la suposición de que existe un objetivo hacia el cual este movimiento está orientado. No existe ningún movimiento sin objetivo, y este objetivo no puede ser alcanzado nunca. La causa de esto reside en la conciencia primitiva del hombre, de que nunca podrá ser el amo del mundo, de modo que si esta idea asoma se ve obligado a transferirla a la esfera del milagro o de la omnipotencia divina[8].

La vida psíquica está dominada por el sentimiento de inferioridad, y esto es fácilmente comprensible si se parte de los sentimientos de insuficiencia, de imperfección, y de los esfuerzos ininterrumpidos provistos por los seres humanos y la humanidad.

Cada uno de los mil problemas del vivir cotidiano pone al individuo en guardia y en disposición de ataque. Todo movimiento constituye una marcha hacia adelante para pasar de la imperfección a la perfección. En 1909, en mi estudio Aggressionstrieb im Leben und in der Neurose (El impulso de agresión en la vida y en la neurosis) intenté dilucidar más de cerca este hecho, llegando a la conclusión de que las formas de esta inclinación a la agresividad, desarrolladas bajo las necesidades de la evolución, derivan del estilo de vida, y son una parte de la totalidad. Concebirlas como radicalmente malas o explicarlas postulando un impulso sádico congénito, es algo completamente gratuito. Aun si pobremente pretende construir una vida psíquica sobre impulsos ciegos y descarriados, no se debería al menos olvidar el imperativo de la evolución, ni tampoco la inclinación hacia la comunidad adquirida

por el hombre en el curso del desarrollo evolutivo. Tomando en cuenta el gran número de seres humanos mimados y decepcionados, no es de admirar que personas de todas las capas de la sociedad, desprovistas de espíritu crítico, hayan adoptado esta noción -incomprendida de la vida psíquica de los niños mimados y por lo tanto fuertemente decepcionados, que nunca reciben lo suficiente- como una teoría psicológica fundamental.

La incorporación del niño a su primer ambiente es, por tanto, el primer acto creador que, recurriendo a sus aptitudes, realiza impulsado por su sentimiento de inferioridad. Esta incorporación, distinta en cada caso concreto, es movimiento, interpretado luego por nosotros como forma, como movimiento congelado, como forma de vida que parece prometer un objetivo de seguridad y de triunfo. Los límites dentro de los cuales se desarrolla esa evolución son los de la humanidad en general, que vienen dados por el estado actual de la evolución de la sociedad y del individuo. Sin embargo, no todas las formas de vida utilizan esta situación como es debido, contradiciendo así el sentido de la evolución. En capítulos anteriores he demostrado que el completo desarrollo del cuerpo y del espíritu humanos está mejor garantizado cuando el individuo encuadra sus aspiraciones y sus actos dentro de la comunidad ideal apetecible. Entre aquellos que consciente o inconscientemente adoptan este punto de vista y los muchísimos otros que no lo hacen, se abre un abismo infranqueable. La contradicción en que se mueven ocasiona, en la existencia humana, innumerables discrepancias y formidables luchas. Los ambiciosos (en el sentido favorable del término) hacen gala de un espíritu constructivo, contribuyendo así al provecho de la Humanidad. Pero tampoco sus antagonistas están desprovistos de valor. Mediante sus errores -por los cuales llegan a perjudicar a sectores más o menos amplios- estimulan el esfuerzo de los contrarios. Se asemejan por tanto, a aquel espíritu que siempre quiere lo malo, más siempre crea lo bueno (Goethe, Fausto). Despiertan el espíritu de crítica de los demás, proporcionándoles de este modo indirecto una mejor comprensión. Y, finalmente,

contribuyen a suscitar ese sentimiento de inferioridad realmente actuante.

La dirección del desarrollo del individuo y de la comunidad está, por tanto, preestablecida por el grado del sentimiento de comunidad. Esto nos proporciona un punto de vista sólido para juzgar lo que es justo o injusto, y nos muestra además un camino que ofrece una seguridad sorprendente tanto en orden a la educación y curación como al enjuiciamiento de las anomalías. La medida que se emplea a este efecto es mucho más precisa que la que supondrá cualquier experimento. Y es que la vida misma nos sirve en este caso de piedra de toque. Todo movimiento expresivo, por débil que sea, puede ponerse a prueba desde el punto de vista de su orientación y distancia de la comunidad. El cotejo con las medidas de la psiquiatría clásica, que sólo pretende valorar los síntomas nocivos o los perjuicios causados a la comunidad, aunque tratando al mismo tiempo de perfeccionar sus métodos poniéndolos en armonía con el desarrollo ascendente de la sociedad, será, con todo, favorable a los de nuestra Psicología individual. Y ello por la sencillísima razón de que ésta no pretende culpar al individuo, sino que más bien intenta mejorarlo al atribuir la culpa, no al individuo mismo, sino a nuestra civilización, de cuyas enormes deficiencias todos resultamos responsables, y al invitarnos además a colaborar en la corrección de estas últimas. El hecho de que aun hoy estemos obligados a laborar por el incremento del sentimiento de comunidad se debe al grado todavía muy insuficiente de nuestra evolución. No cabe duda alguna de que las generaciones venideras habrán incorporado a su vida el sentimiento de comunidad como nosotros tenemos incorporadas a la nuestra la respiración, la marcha erecta o la percepción de las oscilaciones luminosas como imágenes quietas.

Incluso aquellos que no comprenden que en la vida psíquica del hombre se encuentra el elemento generador del sentimiento social o de su imperativo: el ama a tu prójimo -todos aquellos que no aspiran más que a descubrir en el hombre el perro que llevamos dentro que astutamente procura no ser reconocido y castigado- representan un

valioso estimulante para el hombre en su esfuerzo por elevarse; insisten con una sorprendente obstinación sobre los estadios retardatarios de su desarrollo. Su sentimiento de inferioridad busca un contrapeso totalmente personal en la certidumbre de la falta de valor de los demás. Me parece peligroso el abuso de la idea del sentimiento de comunidad en un sentido negativo -es decir de aprovechar una eventual falta de claridad que encamine al sentimiento social para aprobar formas de vida o concepciones del mundo hostiles a la sociedad, y para imponerlas a la sociedad actual e incluso futura, por todos los medios dables, so pretexto de salvaguardarla. Tal es el caso de aquellos que abogan por la pena de muerte, la guerra o el sacrificio despiadado de los adversarios. Pero hasta éstos -tal es la omnipotencia del sentimiento de comunidad- se ven obligados a cobijarse bajo su manto. Todas estas concepciones anticuadas tienen su origen, evidentemente, en la falta de confianza en poder encontrar un camino nuevo y mejor: esto es, es un sentimiento de inferioridad claramente reconocible. Es patente el hecho de que ni aun el asesinato detiene la marcha inexorable de las ideas progresistas, ni al derrumbamiento de las ideas que agonizan, y todo el mundo podía haber sacado ya de la historia humana esta enseñanza elemental. No existe, en lo que alcanzamos a ver, sino un único caso en que matar podría tener alguna justificación: el de defensa propia hallándose en peligro de muerte o el de defensa de otros que se hallaran en situación análoga. Nadie presentó tan magníficamente como Shakespeare, en Hamlet, este problema a la Humanidad, aunque sin ser enteramente comprendido. Shakespeare, que, a la manera de los poetas griegos, envía en persecución del delincuente a las Erinias vengadoras, floreció en una época más pródiga aún en hechos sangrientos que la nuestra, e hizo estremecer el sentimiento de comunidad de aquellos que aspiraban al ideal de la comunidad humana y que a la postre quedaron vencedores. Todas las aberraciones del criminal nos denuncian los límites extremos a que llegó el sentimiento de comunidad en los caídos.

Incumbe, por tanto, al sector progresista de la Humanidad la estricta tarea de ilustrar y educar, sin excesivo rigor ni dureza, a aquel que se halla falto de sentimiento de comunidad, considerándole como un posible y eficiente colaborador en el caso de que logre adquirir dicho sentimiento, mas no en caso contrario. No hay que olvidar que para el hombre que carece de tal preparación supone un choque topar con un problema que requiere un fuerte sentimiento de comunidad y que este choque puede engendrar un complejo de inferioridad susceptible de hacerle incurrir en todo género de errores. La estructura mental del delincuente obedece sin duda al estilo de vida de una persona activa, pero, poco propensa a la vida en común, que ya desde su infancia se ha formado una opinión tal de la vida que considera justo aprovecharse del sudor ajeno. El hecho de que este tipo de sujeto se observe preferentemente entre niños mimados y, con menor frecuencia, en las personas cuya infancia ha transcurrido sin ser objeto de especiales cuidados, poco podrá extrañarnos después de lo que venimos explicando. Considerar la criminalidad como un autocastigo, o como consecuencia de primitivas formas de perversión sexual (hasta del mismo supuesto complejo de Edipo), es algo que resulta fácilmente refutable al darnos cuenta de que el hombre, a quien en la vida real encantan las metáforas, cae con demasiada facilidad en las redes de símiles y comparaciones. Dice Hamlet: Esta nube, ¿no parece un camello?, y Polonio contesta: En efecto, es igual a un camello.

Defectos y vicios infantiles como la retención de excrementos, la enuresis nocturna, la excesiva inclinación hacia la madre, etc., son manifiestas señales de mimo en un niño cuyo ámbito vital no se extiende más allá de la esfera maternal, ni de aquellas funciones cuya vigilancia corresponde a la que le dio el ser. Si a estos defectos infantiles se añade una sensación de gozo, como sucede, por ejemplo, al chuparse el dedo o al retener los excrementos, lo cual puede ocurrir fácilmente en niños hipersensibles en donde si se agrega a la vida parasitaria de los niños mimados y a su apego a la

madre, un sentimiento sexual naciente, éstas son complicaciones y consecuencias de las que son amenazados sobre todo estos niños mimados. Ahora bien, el mantener estos defectos, así como la masturbación infantil, desvía el interés del niño por la cooperación, lo más a menudo, no sin que una seguridad del lazo entre la madre y el niño sea reafirmada por una aun mayor vigilancia de aquella (lo que no equivale en ningún modo a unadefensa, sentido que Freud intentó atribuir falsamente a mi concepto de seguridad). Por diferentes motivos, esta cooperación no ha sido adquirida, sobre todo por el niño mimado, que es impulsado a buscar de manera constante un apoyo que le exima, cuando menos en parte, de las tareas de la convivencia. La falta del sentimiento de comunidad y la agudización del de inferioridad, ambos íntimamente enlazados, quedan aparentados con toda claridad en esta fase de la vida infantil, manifestándose por lo general a través de todas esas formas de expresión que suelen darse cuando se vive en un ambiente que se supone hostil: susceptibilidad, impaciencia, incremento de las emociones, temor a la vida, cautela y avidez, esta última como resultado de la pretensión infantil de que todo debe pertenecerle.

Los problemas difíciles de la vida, los peligros, las decepciones, las penas, las preocupaciones, las pérdidas (sobre todo de personas queridas) y toda especie de presiones sociales han de considerarse casi siempre a la luz del sentimiento de inferioridad. Éste se exterioriza generalmente en emociones y estados de ánimo universalmente conocidos, que distinguimos bajo los nombres de miedo, tristeza, desesperación, vergüenza, timidez, perplejidad, asco, etc., y que se traducen en la expresión facial y en la actitud del cuerpo. Parece en unos casos como si faltase el tono muscular, mientras se manifiesta en otros esa forma de movimiento que tiende a alejarnos del objeto inquietante o de las exigencias que constantemente nos crea la vida. En armonía con esa tendencia a la evasión, surgen de la esfera del pensamiento planes de retirada. La esfera afectiva en la medida en que tenemos la posibilidad de

examinarla, refleja el estado de inseguridad y de inferioridad, contribuyendo así a fortalecer el impulso hacia la huida, en su irritación y en la forma que se presenta. El sentimiento humano de inferioridad, que suele diluirse en el afán de progresar, se revela con más claridad en los avatares de la vida, y con claridad deslumbradora en las duras pruebas que ésta nos depara. Distinta es su expresión según el caso, y si, en cada uno, hiciéramos un resumen de sus manifestaciones , delataría en todos sus fenómenos el estilo individual de vida que se manifiesta de modo uniforme en todas las situaciones de la existencia.

Sin embargo, no hay que perder de vista que en el solo intento de superar las tendencias emocionales que acabamos de describir, en el hecho de exaltarse, de estallar en cólera y, a veces, en el asco y el desdén, puede verse el resultado de un activo estilo de vida impuesto por el objetivo de superioridad y aguijoneado por el sentimiento de inferioridad. Persistiendo en la línea de retirada ante los problemas amenazantes, la primera de estas formas de vida, la intelectual, puede conducir a la neurosis, a la psicosis o a actitudes de masoquismo, mientras que la segunda, la forma emotiva, prescindiendo de las formas neuróticas mixtas y en correspondencia con su estilo de vida, tienda a una mayor actividad (no olvidando, sin embargo, que actividad no es ánimo, el cual sólo se observa del lado del progreso social), y de ahí la propensión al suicidio, al alcoholismo, a la criminalidad o a una perversión activa. Es evidente que se trata aquí de transmutaciones de un mismo estilo de vida y no de ese ficticio proceso que Freud denomina regresión. La semejanza de estas formas de vida con otras anteriores o con determinados rasgos de ellas mismas no debe interpretarse como identidad, y el hecho de que cada ser vivo no disponga de más patrimonios que los de su propio caudal espiritual y corporal no representa recaída alguna en ningún estadio infantil o primitivo. La vida exige la solución de los problemas de la comunidad y por esto toda conducta humana apunta al porvenir, incluso en el caso de que extraiga del pasado los medios para el logro de su finalidad.

La falta de preparación para enfrentarse a los problemas de la vida puede obedecer en todo caso a un insuficiente desarrollo del sentimiento de comunidad, sea cual sea el nombre que queramos darle: solidaridad humana, cooperación, humanismo o incluso ideal del Yo. Esta falta de preparación es la que engendra ante los problemas y su desarrollo, las múltiples formas de expresión de inseguridad y de inferioridad física y psíquica. Tales actitudes anímicas originan pronto toda clase de sentimientos de inferioridad, que, si bien no se manifiestan claramente, se expresan ya en el carácter, en el movimiento, en la actitud, en la manera de pensar sugerida por el sentimiento de inferioridad, y en el hecho de apartarse del camino del progreso. Todas estas formas de expresión del sentimiento de inferioridad acentuado por la falta de sentimiento de comunidad llegan a ponerse de relieve en el momento en que surgen los problemas de la vida, la causa exógena; lo que no puede faltar jamás en caso de un fracaso típico, aun cuando no todos lleguen a encontrarla. Este fracaso típico se debe, ante todo, al intento de aferrarse a determinadas conmociones para aliviar la tensa situación creada por un acentuado sentimiento de inferioridad y como consecuencia del incesante afán de liberarse de una situación minus. Pero en ninguno de estos casos puede ponerse en duda la vigencia del sentimiento de comunidad ni borrarse la diferencia entre bueno y malo; en todos ellos encontramos un sí que subraya la presión del sentimiento de comunidad; mas siempre seguido de un …pero, el cual posee mayor fuerza y obstaculiza el oportuno fortalecimiento del sentimiento de comunidad. Este …pero, en todos los casos, que sean típicos o peculiares, implicara un matiz propio a cada individuo. Las dificultades de la curación corresponden precisamente a su potencia. Ésta es más pronunciada en el suicidio y en las psicosis, producto de conmociones anímicas en las que el sí desaparece casi por completo.

Rasgos de carácter, como la ansiedad, la timidez, el recelo, el hermetismo, el pesimismo, etc.. que acusan, ya de antiguo, un deficiente contacto con el mundo, se intensifican notablemente

cuando hay que luchar contra los rigores del destino y aparecen en las neurosis, por ejemplo, como síntomas patológicos más o menos pronunciados. Lo mismo puede decirse, de manera impactante, del dinamismo aminorado del individuo que siempre se halla en la retaguardia y a notable distancia del problema planteado (V. Adler, Praxis und Theorie der Individualpsychologie (Práctica y teoría de la Psicología individual). Esta preferencia por la zona más alejada del campo de lucha de la vida está reforzada por la manera de pensar y de argumentar del individuo, y a veces también, por ideas obsesivas o por estériles sentimientos de culpabilidad. No es difícil comprender que no son los sentimientos de culpabilidad los que llevan al individuo a desfilarse ante el problema que se le plantea, sino que la preparación y la inclinación insuficientes sentimientos autoacusaciones absurdas, por ejemplo en caso de masturbación, proporcionan excelentes pretextos de remordimientos. También el hecho de que cada ser humano, al echar una mirada a su pasado, encuentre algo que desearía no hubiera ocurrido, sirve a tales individuos como excusa para no colaborar. de toda su personalidad encuentran aprovechables los de culpabilidad para poner trabas al avance. Las autoacusaciones absurdas, por ejemplo en caso de masturbación, proporcionan excelentes pretextos de remordimientos. También el hecho de que cada ser humano, al echar una mirada a su pasado, encuentre algo que desearía no hubiera ocurrido, sirve a tales individuos como excusa para no colaborar.

Pretender reducir a este ardid de los sentimientos de culpabilidad, fracasos tales como la neurosis o la criminalidad es desconocer la gravedad de la situación. La misma orientación que toma el individuo en caso de un deficiente sentimiento de comunidad pone siempre de manifiesto una mayor incertidumbre ante un problema de naturaleza social; esta incertidumbre refuerza la conmoción del organismo, con las modificaciones orgánicas resultantes, y permite al individuo irse por otros caminos. Estos trastornos corporales causan un desorden pasajero o permanente

en todo el organismo, pero se localizan generalmente de un modo flagrante en aquellos puntos del organismo que a causa de una inferioridad congénita o de una sobrecarga de atención responden más intensamente al trastorno psíquico. La perturbación funcional puede manifestarse por la desaparición del tono muscular o su exaltación por una erección capilar, por un aumento de la transpiración, por síntomas cardíacos, gástricos e intestinales, por una dificultad respiratoria, por una sensación de nudo en la garganta, por la necesidad imperiosa de orinar y por una excitación o apatía sexual. En el seno de una misma familia se observan a menudo, cuando una situación difícil se presenta, los síntomas citados acompañados de dolor de cabeza, jaqueca, rubor intenso o palidez. Las recientes investigaciones de Cannon y Marañón, entre otros, demuestran de manera perfecta que el sistema simpático suprarrenal participa notablemente en estos trastornos, como participa también la parte craneal y pelviana del sistema vegetativo, que reaccionan de un modo distinto ante las emociones. Todo esto viene a confirmar nuestras antiguas sospechas de que normalmente las funciones de las glándulas de secreción interna, el tiroides, las suprarrenales, la hipófisis y las glándulas genitales se hallan bajo la influencia del mundo circundante y responden siempre a las impresiones psíquicas, según la intensidad con que son subjetivamente experimentadas y en correspondencia con el estilo individual de vida, a fin de restablecer el equilibrio corporal. Y cuando la aptitud del individuo frente a los problemas de la vida es deficiente, responden de una manera exagerada, sobrecompensadora (V. Adler, Studie über Minderwertigkeit von Organen, (Estudio sobre minusvalías orgánicas). cap. 1).

El sentimiento de inferioridad de un individuo puede también ser delatado por la dirección que sigue en su camino. Hemos hablado ya de cómo el individuo podía alejarse, desinteresarse, desapegarse de los problemas de la vida, y también de la manera en cómo son soslayados. No cabe duda de que, a veces, se podría demostrar que tal manera de proceder puede ser justa, esto es, adecuada al

sentimiento de comunidad. El hecho de que este punto de vista pueda ser justificado afecta particularmente a la Psicología individual, ya que esta ciencia no atribuye a las reglas y fórmulas sino una validez condicional, cuya comprobación exige una incesante aportación de pruebas. Una de estas pruebas nos la proporciona el comportamiento habitual del individuo en cuanto a una u otra actitud más arriba descrita. Otro tipo de movimiento, distinto de la actitud vacilante y que también delata el sentimiento de inferioridad, es el de rehuir total o parcialmente cualquier problema de la vida. Es total en la psicosis, en el suicidio, en la criminalidad inveterada, en la perversión habitual; parcial en el alcoholismo y en las demás manías. Quisiera mencionar como último ejemplo del sentimiento de inferioridad, la reducción sorprendente del propio ámbito vital y el encogimiento del camino de superación, dejando así excluidos importantes aspectos de los problemas de la vida. También es necesario aquí reconocer algunas excepciones en cuanto a la abstención total en resolver determinados aspectos parciales de dichos problemas, pero con miras a poder servir en mayor grado a la sociedad: así, el artista o el genio. Hace ya largo tiempo que llegué a reconocer la evidencia del complejo de inferioridad en todos los casos de fracaso típico. Sin embargo, tuve que esforzarme mucho para contestar a la pregunta más importante, a saber: ¿cómo a partir de un sentimiento de inferioridad -y sus consecuencias físicas y psíquicas- puede nacer el complejo de inferioridad por el impacto con un problema de la vida? A mi entender, este problema nunca llegó a ocupar el primer plano del interés de los autores, y por ello no pudo ser resuelto antes. La solución se me impuso de la misma manera que son resueltos los demás problemas planteados a la luz de la psicología individual, buscando explicar la particularidad a partir del todo y el todo a partir de casos particulares. El complejo de inferioridad, esto es, el fenómeno permanente de las consecuencias del sentimiento de inferioridad, y la fijación de éste, se explica por una exagerada carencia del sentimiento de comunidad. Las mismas vivencias, los

mismos traumas, las mismas situaciones y los mismos problemas de la vida (suponiéndolos completamente idénticos), se manifiestan de manera distinta dependiendo del individuo. Por eso el estilo de vida y el caudal de sentimiento de comunidad que éste encierra, ofrecen, desde luego, una importancia decisiva. Lo que puede inducirnos a error en ciertos casos, haciéndonos dudar de la exactitud de tales experiencias, es el hecho de que, a veces, personas con indudable ausencia del sentimiento de comunidad (lo cual sólo un observador experimentado puede confirmar) acusen, pasajeramente, manifestaciones de sentimiento de inferioridad, pero nunca, en cambio, del complejo de inferioridad. Este caso se da en las personas que, poseyendo escaso sentimiento de comunidad, tienen a su favor las circunstancias ambientales. El complejo de inferioridad del paciente podrá ser deducido de su conducta y actitudes, de su pasado de niño mimado, de la existencia de órganos minusvalentes, del sentimiento de menoscabo y abandono en su infancia. A ello contribuirán otros valiosos medios de la Psicología individual, que más tarde detallaremos: el esclarecimiento de los recuerdos más lejanos de la infancia, toda nuestra experiencia en torno al estilo de vida, la influencia ejercida por la familia (en la serie de hermanos y hermanas) y la interpretación de los sueños. En el complejo de inferioridad la conducta sexual y la evolución individual son sólo una parte de la totalidad y se hallan englobadas en dicho complejo.

CAPÍTULO VII

EL COMPLEJO DE SUPERIORIDAD

La tendencia hacia la superación en el sentimiento de inferioridad. Los tipos intelectual, emocional y activo, y su especial afinidad con las neurosis. Espíritu de caridad ante las desviaciones del sentido común. El sentimiento de comunidad del criminal. El dolor neurótico. Fenómenología del complejo de superioridad. Abuso de los conocimientos psicológicos. Reacciones legítimas de superioridad. Los ideales y la concepción del mundo de la voluntad primitiva de poder. La protesta varonil femenina. El camino de la redención futura de la mujer.

El lector inquirirá, y no sin razón: ¿dónde hay que buscar, en el complejo de inferioridad el afán de éxito, de triunfo? En efecto, si no llegáramos a demostrar la existencia de esta tendencia en los casos tan numerosos de complejo de inferioridad, entonces la ciencia psicológico-individual encerraría una contradicción fundamental, que acarrearía su fracaso. En parte esta interrogación ha sido ya implícitamente contestada. La tendencia a la superioridad aleja al individuo de la zona peligrosa, tan pronto como su escaso sentimiento de comunidad, que se exterioriza por una cobardía

manifiesta o encubierta, se halla en trance de fracaso. La tendencia a la superioridad es también la causa de que el individuo se mantenga en su línea de retirada ante el problema social, o de que intente soslayarlo. Encerrado en su contradictoriosí, pero…, aquella tendencia le impone una opinión que tiene mucho más en cuenta el pero, dominando con tal intensidad todo su pensamiento que apenas si se ocupa de otra cosa que no sean los efectos delshock mismo. Y esto, tanto más cuanto que se trata siempre de individuos que, desde su infancia, han crecido sin verdadero sentimiento de comunidad y que casi no se han ocupado más que de su persona, de su propio placer o de su propio dolor.

Generalizando un poco, se pueden distinguir entre tales individuos tres tipos cuyo estilo de vida inarmónico llegó a desarrollar con particular intensidad un determinado aspecto de su vida anímica. Uno de esos tipos está formado por personas en las que la esfera del pensamiento domina por completo todas las demás formas de expresión. Pertenecen al segundo tipo los hombres con un enorme exceso de vida emocional e impulsiva. El tercer tipo se desenvuelve más bien en el sentido de la actividad. Una ausencia total de esos tres aspectos no se encuentra, desde luego, en ningún caso. Todo fracaso irá, pues, asociado francamente a la acción persistente del shock en uno de dichos aspectos de su estilo de vida. Mientras que en el criminal y los candidatos al suicidio sobresale, generalmente, el elemento actividad, parte de las neurosis se distinguen por la acentuación del aspecto emocional, excepto en el caso en que se produce -como sucede generalmente en la neurosis compulsiva y en las psicosis- una especial acentuación del elemento intelectual (Adler, Die Zwangneurose, Zeitschrift für Individualpsychologie,, 1931, Hirzel, Leipzig). El ebrío es siempre, sin duda, de tipo emocional.

Cualquiera que rehuse el cumplimiento de sus obligaciones vitales impone a la comunidad humana una tarea y la hace objeto de una explotación. La falta de colaboración de unos ha de ser compensada por un mayor rendimiento de los demás dentro de la

familia o de la sociedad. Aquí tiene lugar una pugna silenciosa e incomprendida contra el ideal de comunidad: una protesta permanente que en vez de fomentar el sentimiento de comunidad, se propone precisamente quebrantarlo. Pero el afán de superioridad es opuesto a toda colaboración. De lo dicho se deduce que quienes fracasan son individuos cuyo desenvolvimiento hacia un normal espíritu de fraternidad se halla detenido y en los cuales se advierten ya ciertas incorrecciones de visión, de audición, idiomáticas y de juicio. Su sentido común está sustituido por una inteligencia individualista que utilizan sagazmente para asegurar y afianzar un camino apartado. He descrito al niño mimado como un parásito exigente que tiende de continuo a vivir a expensas de los demás. Si esta tendencia informa del estilo de vida, fácilmente se comprenderá que, en su mayoría, estas personas se considerarán acreedoras al rendimiento de los demás, trátese de caricias o de bienes, de trabajo material o intelectual. Sin embargo, por muy fuertes que sean sus medios de defensa y sus palabras de protesta contra tales sujetos, la comunidad ha de hacer uso de una caridad natural, fruto más bien de su más íntima tendencia que de su comprensión, puesto que su eterna tarea no es la de castigar o vengar errores, sino la de aclararlos y eliminarlos. Y es que se trata siempre de una protesta contra el imperativo de la convivencia, imperativo insoportable para aquellos que no han formado su sentimiento de comunidad, porque se opone a su inteligencia individualista y amenaza su anhelo de superioridad personal. Característico del poder del sentimiento de comunidad es el hecho de que todo el mundo considere irregulares y anormales las desviaciones y los errores más o menos graves de conducta, como si cada uno se sintiese obligado a aportar su tributo a dicho sentimiento. Esos mismos autores que, cegados por su pasión científica -y a pesar de los rasgos geniales que a veces acusan -, consideran la voluntad de poder personal artificialmente cultivada, no en su auténtica realidad, sino en sus disfraces, como un nocivo impulso primitivo, como una tendencia hacia el superhombre y como un impulso sádico

ancestral, se ven obligados a reconocer y reverenciar el sentimiento de comunidad en su realización ideal. Incluso el criminal que plantea una mala acción necesita buscar una justificación a sus actos antes de atravesar esa barrera que todavía le separa de una vida totalmente asocial. Desde el punto de vista, invariable y eterno, del sentimiento ideal de comunidad, toda desviación aparece como un ardid que apunta al objetivo de superioridad personal. El hecho de haber evitado felizmente un fracaso en el seno de la comunidad conduce en la mayoría de tales personas a un sentimiento de superioridad. Y cuando el temor a un fracaso les hace alejarse constantemente del círculo de colaboradores, la propia abstención de las tareas de la vida es experimentada como un alivio y un privilegio que les distingue de todos los demás.

Incluso cuando sufren, como, por ejemplo, en las neurosis, se enredan por completo en los recursos de su posición privilegiada, en las mallas de sus sufrimientos, sin reconocer que el camino del dolor les sirve única y exclusivamente para zafarse de los problemas de la vida. Cuanto mayor es su dolor, tanto menos combatidos son y se desligan tanto más del verdadero sentido de la vida. Este dolor, que va inseparablemente ligado al alivio y a la liberación de los problemas de la vida, no aparecerá como un autocastigo sino a aquel que no aprendió a considerar las formas de expresión como parte de la totalidad; es más, como una respuesta a las demandas de la sociedad. Y a semejanza del enfermo mismo, considerará el sufrimiento neurótico como un trastorno independiente.

Lo que al lector o al adversario de mis teorías le costará más comprender será mi afirmación de que incluso la sumisión, el alma de esclavo, la falta de independencia, manifiestas de un la pereza y los rasgos de sentimiento de inferioridad, masoquismo, señales acusan un indudable sentimiento de alivio o hasta de privilegio. Como se comprende fácilmente, se trata de una simple protesta contra la solución activa de los problemas de la vida en el sentido de la comunidad y equivale a un ardid para tratar de alejarse de una derrota allí donde resulta requerido el sentimiento de comunidad, del

que andan estos individuos muy escasos, como se revela a través de su estilo de vida. En este caso, transfieren mayor trabajo a otros, incluso lo imponen -como en el masoquismo- muchas veces en contra de la voluntad de los demás. En todos los casos de fracasos, se percibe claramente la posición especial que el individuo se ha asignado: una situación aparte que tiene muchas veces que pagar con dolores, quejas, sentimientos de culpabilidad, pero que no abandona, porque a causa de su deficiente preparación para el sentimiento de comunidad, la considera una buena coartada para cuando se le dirija la pregunta: ¿Dónde estabas cuando Dios distribuyó el mundo?[9].

El complejo de superioridad, tal como lo hemos descrito, aparece en general claramente expuesto en las actitudes y las opiniones del individuo convencido de que sus propios dotes y capacidades son superiores al promedio de la humanidad. Asimismo puede delatarse con exageradas exigencias hacia si mismo y hacia los demás. El aire pretencioso, la vanidad en cuanto al porte exterior, por elegante o descuidado que éste sea, pueden llamar la atención y revelar un complejo de superioridad, así como toda una serie de datos de diverso orden, como la extravagancia en el vestir, la adopción de una actitud exageradamente varonil en las mujeres o afeminada en los hombres, el orgullo, el sentimentalismo exagerado, el snobismo, la jactancia, el carácter tiránico, la tendencia a desacreditarlo todo (descrita por mi como particularmente característica), el culto exagerado a los héroes, el afán de relacionarse con personalidades destacadas o de dominar sobre débiles, enfermos o personas de menor importancia, la aspiración exagerada a la originalidad, el recurrir a ideas y corrientes ideológicas en sí valiosas para desvalorizar al prójimo. Las exaltaciones afectivas, como la cólera, la sed de venganza, la tristeza, el entusiasmo, el carcajeo ruidoso recurrente, la mirada huidiza, la falta de atención en una conversación, la desviación del tema de ésta hacia uno mismo, un entusiasmo habitual por cualquier circunstancia incluso fútil, acusan también, en general, un sentimiento de inferioridad que por el

camino de la compensación neurótica conduce al complejo de superioridad. La credulidad, la fe en aptitudes telepáticas o semejantes, en intuiciones proféticas, despiertan asimismo la justificada sospecha de un complejo de superioridad.

Quisiera prevenir a todo aquel que se halle realmente entregado al sentimiento de comunidad contra el peligro de poner esta idea al servicio de un complejo de superioridad o de aprovecharla para cubrir de irreflexivos reproches al prójimo. Lo mismo cabría decir acerca del conocimiento del complejo de inferioridad y de la superestructura que lo encubre. Quien trata con ligereza estos complejos despierta la sospecha de padecerlos él mismo, y sólo consigue a la postre una animadversión muy a menudo merecida. No hay que olvidar tampoco, en cuanto a la constatación exacta de tales hechos, la general disposición humana a errar, que es causa de que incluso nobles y valiosos caracteres puedan caer en el complejo de superioridad, aun prescindiendo de que, como Barbusse formuló tan bellamente, tampoco el mejor hombre puede en ocasiones substraerse al sentimiento de desprecio. Por otra parte, estos rasgos minúsculos, y por tanto poco disfrazados, nos motivan a enfocar la luz de la psicología individual hacia burdos errores respecto de los problemas de la vida, para comprenderlos y explicarlos. Palabras, frases e incluso el conocimiento de los mecanismos psíquicos ya de por sí fijados contribuyen muy poco al conocimiento del individuo. Lo mismo puede decirse de lo típico. Sin embargo, todos esos factores pueden servirnos para esclarecer un determinado campo de visión en el que contamos descubrir lo que debemos exclusivamente peculiar de la personalidad. Esto es lo comentar en nuestro consultorio, atendiendo siempre a determinar en qué grado es necesario complementar el sentimiento de comunidad.

Si en el proceso evolutivo de la humanidad abarcamos una sumaria perspectiva de las ideas que lo rigen, llegando hasta a quintaesenciarlo, acabaremos por descubrir tres directrices formales que en cada caso confieren sucesivamente su valor a toda actividad

humana. Tras un millar de siglos quizá idílicos y después del ¡multiplicaos! las tierras productoras se volvieron demasiado escasas, la humanidad inventó, como ideal de redención, al gigante, al hércules o al emperador. Incluso hoy día encontramos en todas las capas de la sociedad fuertes resonancias de los tiempos pretéritos en el culto a los héroes, el amor a la lucha y la guerra que grandes y chicos no paran de ensalzar como el mejor camino de regeneración para la humanidad. Este impetu muscular, nacido de la escasez de medios susceptibles de proporcionar el alimento, nos conduce, como inevitable consecuencia, a la esclavización y al exterminio del más débil. El bruto ama las soluciones simplistas: cuando hay poco alimento, lo acapara para él. Le gustan las cuentas claras y sencillas en provecho propio. Tal concepción ocupa en nuestra era un lugar preferente. Las mujeres quedan así totalmente excluidas de este género de obras inmediatas y no son tomadas en consideración sino en calidad de parturientas, de admiradoras de los hombres y como ayudantes. Pero el coste de la alimentación y del vivir humano ha aumentado y sigue aumentando cada día hasta límites tan inverosímiles que este afán de poderío sin complicaciones resulta ya de por sí un contrasentido.

Queda aún la preocupación por el porvenir y por la prole. El padre atesora para sus retoños. Se preocupa por las generaciones venideras. Si su preocupación alcanza a la quinta generación, cuidará por lo menos de la descendencia de treinta y dos coetáneos, los cuales, a su vez, tendrán idéntica preocupación con respecto a sus propios descendientes.

Las mercancías se pudren. Pueden ser convertidas en oro. Al oro puede dársele un valor mercantil. Con él puede comprarse la fuerza útil de otros a quienes es posible darles órdenes; más aún, inculcarles determinadas concepciones del mundo y del sentido de la vida. Se les puede educar en el respeto a la fuerza y al oro. Se les pueden imponer leyes que les sujeten al servicio del poder y de la propiedad.

Tampoco en esta esfera desarrolla la mujer actividad creadora alguna. Las tradiciones y la educación le cierran el camino. Puede participar manifestando su admiración o su decepción al apartarse. Puede rendir homenaje al poder o, lo que es más común, defenderse de su propia impotencia, esta última eventualidad llevándola muy a menudo a tomar el camino equivocado, ya que la protesta del individuo aislado conduce a estas situaciones.

La mayoría de los hombres y de las mujeres son susceptibles de rendir culto a la fuerza y a la riqueza, las mujeres en actitud de admiración pasiva, y los hombres haciendo gala de ambiciosas actividades. La mujer, sin embargo, está más distante para alcanzar estos ideales de civilización.

Ahora bien: al filisteo de la fuerza y del tener, se une el filisteo del saber en armónico afán de superioridad personal. Pero, saber es también poder. Y frente a las inseguridades de la vida no se ha encontrado hasta ahora, en general, ninguna solución mejor que el afán de poder. Ha llegado el momento de reflexionar acerca de si verdaderamente es éste el único y el más adecuado camino para el afianzamiento de la vida y el desarrollo de la humanidad. De la estructura de la vida femenina podemos extraer también preciosas enseñanzas, ya que hasta el presente la mujer se ha abstenido de participar en el poder de los filisteos del saber.

Y, sin embargo, fácilmente se podrá comprender que, con la única condición de la igualdad en la preparación, la mujer podría participar con éxito en el usufructo de ese filisteísmo. La idea platónica de la superioridad de la energía muscular ya ha perdido ciertamente su importancia en lo incomprendido (que algunos llaman también inconsciente). ¿De otra manera cómo se podría utilizar la tácita o manifiesta rebeldía del mundo femenino (protesta viril) en sus millares de variantes a favor de la colectividad?

En último análisis, somos unos parásitos que venimos nutriéndonos de las obras inmortales de artistas, genios, pensadores, exploradores e inventores. Ellos son los verdaderos guías de la humanidad, el motor de la historia del mundo. Nosotros

somos simples distribuidores. Hasta este momento, la fuerza, la posesión, la fatuidad del saber, han creado una barrera entre el hombre y la mujer.

Esto explica la superabundancia de bibliografía en torno al amor y al matrimonio.

Pero las grandes obras que venimos usufructuando han conseguido imponerse siempre por su valor supremo. Su triunfo no es generalmente celebrado con palabras pomposas, mas no por eso deja de servir a todos. No cabe ignorar que también las mujeres han aportado su contribución a esos grandes trabajos y a esas magnas obras. Pero asimismo es cierto que la fuerza, la propiedad y el snobismo cultural han impedido que esta contribución fuese mayor. A lo largo de toda la historia del arte sólo resuena la voz masculina; en las artes la mujer actúa como alumna del hombre, y, por tanto, como personaje secundario. Esto, hasta que un día aparezca una mujer que descubra en las artes el elemento femenino y lo desarrollará, perfeccionándolo. En dos géneros de arte asistimos ya a esta metamorfosis maravillosa: en el teatro y en la danza. En el cultivo de estas artes la mujer puede ser ella misma, y por esto ha alcanzado la cúspide de su plenitud.

CAPÍTULO VIII

TIPOLOGÍA DE LAS DESVIACIONES DE CONDUCTA

Peligros de una tipología. Errores debidos a los tests. Los tipos activo y pasivo de los niños difíciles. La neurosis no es una regresión, sino un acto creador. Motivación agresiva del suicidio y de la melancolía. Factores psicológicos y sociológicos de la criminalidad. Importancia del factor mimo. Rasgos psicológicos de los toxicómanos.

Sólo con extrema prudencia emprendo el estudio de una tipología, ya que con ello el alumno podría fácilmente caer en el error de creer que un tipo es algo sólido, autónomo, cuyo fundamento descansa en algo más que una estructura más o menos homogénea. Si al oír la palabra criminal o neurosis de angustia o esquizofrenia cree que ha comprendido algo acerca del caso individual, entonces no sólo arruinará todas sus posibilidades de una investigación personal, sino que jamás podrá verse ya libre de los malentendidos que surjan entre él y el enfermo en tratamiento. Los mejores conocimientos que obtuve en mis estudios de la vida psíquica los debo sin duda a las precauciones adoptadas en el empleo de tipologías. Su utilización, de la que, ciertamente, será imposible prescindir por completo, nos permite una comprensión de

los rasgos generales, hacer un escueto diagnóstico, pero, poca cosa nos podrá decir acerca del caso especial y de su oportuno tratamiento. Lo mejor que uno puede hacer es recordar siempre que las desviaciones de conducta son solamente síntomas que proceden de un complejo de superioridad, derivado a su vez de un especial sentimiento de inferioridad que hay que buscar, y ello en presencia de un factor exógeno que exige más sentimiento de comunidad del que el individuo hizo acopio desde su niñez. Empecemos por los niños difícilmente educables. Es cierto que sólo se habla de este tipo cuando se ha comprobado, durante largo tiempo, que un niño se sitúa frente a la tarea de la colaboración en actitud distinta de la que corresponde a un copartícipe con igualdad de derechos y deberes. El sentimiento de comunidad es aquí imprescindible, aunque, en recta justicia, es preciso reconocer que un sentimiento de comunidad, que sería suficiente en circunstancias normales, resulta a menudo insuficiente a causa de indebidas exigencias por parte de la familia o de la escuela. Tales casos se producen con relativa frecuencia y en rasgos generales nos son ya conocidos, lo cual podrá servir de orientación en cuanto al valor de la investigación psicológico-individual, facilitándonos la comprensión de casos más difíciles. Un examen por medio de tests experimentales o por la grafología de un individuo, considerado aisladamente de su ambiente, puede ser fuente de fatales errores y no nos autoriza en ningún caso a proponer planes de vida especiales al individuo así aislado, ni a clasificarle bajo ningún concepto. Estos hechos nos demostrarán que para poder juzgar rectamente cada caso está el psicólogo obligado a adquirir un debido conocimiento de todas las condiciones y defectos sociales posibles. Podríamos ir aún más lejos y exigir que nuestro psicólogo posea una idea de sus deberes y de las exigencias de la vida, así como una concepción del mundo tendente al bien de la colectividad.

La clasificación de los niños difíciles propuesta por mí ha resultado útil bajo varios aspectos. Existe, en efecto, un tipo más bien pasivo como los niños perezosos, indolentes, obedientes, pero

con absoluta dependencia, tímidos, miedosos, mentirosos y otros análogos, y otro más bien activo como los niños anhelantes de poder, impacientes, excitados y propensos a explosiones afectivas, traviesos, crueles, jactanciosos o bien inclinados a fugas, a robos, sexualmente excitables, etc. En vez de sutilezas expresivas, es preferible intentar determinar en cada caso concreto el grado aproximado de actividad observable. Esto es tanto más importante cuanto que, en caso de conducta desviada en la vida adulta, podemos contar con un grado de actividad descarriada aproximado al de la infancia. El grado normal de actividad (que aquí denominamos ánimo) lo observamos en los niños que poseen un sentimiento de comunidad suficientemente desarrollado. Si nos esforzamos en buscar este grado de actividad en el temperamento, en la rapidez o la lentitud de los progresos, no debe olvidarse que estas formas de expresión son sólo aspectos del total estilo de vida y que aparecen, por tanto, corregidos en caso de una mejoría. No es sorprendente descubrir entre los neuróticos un tanto por ciento mucho más elevado de desviaciones de conducta infantiles de tipo pasivo, y de tipo activo entre los criminales. La afirmación de que una ulterior desviación de conducta pueda producirse sin el antecedente de una difícil educabilidad, lo atribuyo a un error de observación. Desde luego, las circunstancias ambientales excepcionalmente favorables pueden evitar la aparición de una desviación de conducta infantil que, en cambio, se delatará en circunstancias más difíciles. En todo caso, y frente a las pruebas experimentales, nosotros damos preferencia a aquellas que impone la propia vida, puesto que en las primeras suelen descuidarse las circunstancias que concurren en ésta.

Las desviaciones de conducta infantil tributarias de la psicología médica prescindiendo de las desencadenadas por un trato brutal- se observan casi exclusivamente en niños mimados, que viven en una dependencia absoluta, y pueden ir acompañadas de una menor o mayor actividad. Así, la enuresis, la oposición para aceptar alimentarse, el pavor nocturno, la tos nerviosa, la retención de

excrementos, el tartamudeo, etc., se exteriorizan como protesta contra el despertar del espíritu de independencia y de colaboración y a fin de arrancar el apoyo y sostén de las personas circundantes. La masturbación infantil, que persiste largo tiempo después de haber sido descubierta, es característica también de esta falta de sentimiento de comunidad. El tratamiento sintomático con vistas a eliminar tan sólo las anomalías es insuficiente. El éxito no será seguro si el sentimiento de comunidad no es susceptible de ser elevado.

Los vicios infantiles y las dificultades de tipo pasivo presentan un rasgo afín con la neurosis, y es la fuerte acentuación del sí, y la aún más fuerte del …pero, mas en éste, la retirada ante los problemas de la vida resulta más patente, si el complejo de superioridad no está francamente acentuado. Podemos observar en todo caso que estos individuos permanecen mágicamente aprisionados en la retaguardia de la vida, alejados de la colaboración o buscando atenuantes y excusas para el caso de que el éxito falte. La decepción continua, el temor a nuevos desengaños y derrotas se manifiestan en la conservación de los síntomas de shock, que justifican el alejamiento ante los problemas de la vida. A veces, como muy a menudo suele acontecer en la neurosis compulsiva, el enfermo llega hasta a proferir maldiciones que expresan claramente su disgusto para con los demás. En el delirio de persecución, el sentimiento de hostilidad hacia la vida en el enfermo se delataría aún con mayor claridad si no se manifestado en el alejamiento de los problemas que Pensamientos y sentimientos, juicios y concepciones fluyen todos hacia la línea de retirada, de modo que cualquiera podrá advertir perfectamente que la neurosis es un acto creador y no una mera recaída en formas infantiles o atávicas. Este acto creador, debido al estilo de vida y a la ley de movimiento autónomamente originada, tiende siempre a alguna forma de superioridad. Y es también el que, siempre dentro de la órbita del estilo de vida, ofrece las formas más variadas, en el intento de poner obstáculos a la curación, hasta que la convicción y el sentido común

lleguen a preponderar en el paciente. Según he descubierto, no es raro que el objetivo se oculte tras la perspectiva, entre triste y consoladora, de las grandes cosas que el paciente hubiera podido realizar si su ejemplar empuje no hubiese sido desvirtuado por algún nimio detalle del que generalmente echa la culpa a los demás. El fuerte sentimiento de inferioridad, la aspiración de superioridad personal y un deficiente sentimiento de comunidad son siempre reconocibles, si se tiene experiencia, en la fase precedente a la desviación de conducta.

La retirada ante los problemas de la vida es completa en el suicidio. En su estructura psíquica cierta actividad está presente, pero ningún valor; es una protesta activa contra la colaboración útil. El golpe que abate al suicida no deja a los demás ilesos. La comunidad que aspira al progreso ininterrumpido siempre se considerará herida por un suicidio. Los factores exógenos que conducen a la extinción de un sentimiento de comunidad harto exiguo son los tres problemas vitales puestos de relieve por nosotros: sociedad, profesión, amor. En todos los casos es la falta de reconocimiento social lo que conduce al suicidio o despierta deseos de morir. La derrota vivida o temida en uno de esos tres problemas se inicia por una fase de depresión o de melancolía. La contribución de la Psicología individual preparó el camino hacia una más honda comprensión de esta psicosis. En mi estudio publicado en 1912 sobre esta última dolencia, pude llegar a la conclusión de que toda melancolía auténtica -así como las amenazas de suicidio y el suicidio mismo- representa un ataque hostil contra otras personas, a causa de una carencia de sentimiento de comunidad del que la padece (véase Praxis und Theorie der Individualpsychologie, Práctica y teoría de la Psicología individual). Esta contribución de la psicología individual abrió el camino hacia una mejor comprensión de esta psicosis. De la misma manera que el suicidio, en el que termina con lamentable frecuencia, esta psicosis representa la substitución de la colaboración útil a la comunidad por un acto de materiales, de una situación humillaciones de cualquier clase, etc.,

pueden conducir a este acto de desesperación si existe en el sujeto una correspondiente ley de movimiento. Y esto hasta tal punto, que el afectado no retrocede a veces ni ante el desesperación. La pérdida de bienes materiales, de una situación profesional, un desengaño amoroso, sacrificio de familiares o de otros semejantes. Quien posea un mínimo de sensibilidad psicológica advertirá que se trata aquí de personas a quienes la vida defraudó fácilmente por el simple hecho de que esperaban demasiado de ella. Si investigamos su infancia, podremos descubrir que, en consonancia con su estilo de vida infantil, manifestaron siempre un notable grado de emotividad, seguida de una depresión prolongada y de cierta tendencia a perjudicarse a si mismos con la idea de castigar a los demás. La acción del shock, muy superior a lo normal, desencadena también, como lo han demostrado recientes investigaciones, consecuencias somáticas probablemente influidas por los sistemas vegetativo y endocrino. Una investigación más detenida permitirá, sin duda, como en la mayoría de mis casos, demostrar que las minusvalías orgánicas y, más aún, el régimen de mimos durante la infancia, habían conducido al niño a un determinado estilo de vida, llegando a inhibir considerablemente el normal desarrollo del sentimiento de comunidad. Con mucha frecuencia se acusa en ellos una propensión más o menos consciente a recurrir a explosiones de cólera para la superación de todos los problemas, grandes o pequeños, de su medio ambiente, y para hacer valer de un modo exagerado su propia dignidad.

Un joven de diecisiete años, el benjamín de su familia, mimado extraordinariamente por su madre, quedó bajo la tutela de una hermana mayor al verse aquélla obligada a emprender un viaje. Una noche en que la hermana le dejó solo en casa, tras un día en que precisamente había tenido, en la escuela, dificultades, en apariencia insuperables, se suicidó, dejando la carta que sigue: No digas a mamá lo que he hecho. Su dirección actual es la siguiente… Dile cuando vuelva que yo no tenía ya ninguna alegría en la vida, y que ponga cada día flores en mi tumba.

Una enferma anciana, incurable, se suicidó porque un vecino suyo no quiso prescindir de su aparato de radio.

El chofer de un hombre rico supo, al morir éste, que no recibiría la herencia prometida. Desesperado, mató a su mujer y a su hija y puso fin a su propia vida.

Una mujer de cincuenta y seis años que había sido siempre muy mimada, primero cuando niña y luego por su marido, y que desempeñaba en sociedad un papel destacado, sufrió muchísimo por la muerte de aquél. Sus hijos estaban casados, y demostraron poco interés en dedicarle mucho tiempo. Cuando ya se había restablecido, en un accidente se fracturó el cuello del fémur, lo cual volvió a alejarla de la sociedad. No se sabe de qué manera le vino la idea de que un viaje alrededor del mundo le proporcionaría las agradables sensaciones que tanto echaba de menos en casa. Dos amigas se declararon dispuestas a acompañarla en su viaje; pero en las más importantes ciudades del Continente sus amigas solían dejarla sola debido a que casi no podía andar. Esto le produjo una profunda depresión que se convirtió en melancolía, por lo que decidió llamar a uno de sus hijos. En lugar de éste, llegó una enfermera que se la llevó a casa. Yo vi a la enferma después de tres años de achaques, durante los cuales no había experimentado mejoría alguna. Su principal lamento consistía en pensar lo mucho que sus hijos debían sufrir a causa de sus padecimientos. Los hijos la visitaban alternativamente, pero sin manifestar gran interés por ella, sin duda por la fuerza de la costumbre debida a la prolongada enfermedad de su madre. Ésta exteriorizó entonces sus ideas de suicidio, sin cesar de mostrar aquella exagerada preocupación por la supuesta extrema soledad de sus hijos. Es fácil comprender que, en vista de ello, la enferma fue objeto de mayores atenciones, pero que su reconocimiento por el cuidado y la preocupación de sus hijos estaba en contradicción con la verdad y, sobre todo, con aquel grado de cariño que, por ser una persona extremadamente mimada durante toda su vida, debía esperar de ellos. Si nos ponemos en su lugar, comprenderemos con gran facilidad lo difícil que le resultaría

llegar a renunciar a ese interés y a ese cuidado adquiridos a tan alto precio: la propia enfermedad.

Otra de las actividades, que no está dirigida contra uno mismo sino contra el prójimo, es la adquirida precozmente por aquellos niños que caen en la errónea opinión de que todos los demás pueden ser considerados como objetos de su pertenencia y exteriorizan esta opinión amenazando con su actitud, el trabajo, la salud y la vida del prójimo. Su comportamiento dependerá del grado de su sentimiento de comunidad. En cada caso concreto habremos de tomar en consideración este aspecto. Es natural que esta opinión acerca del sentido de la vida, exteriorizada en pensamientos, sentimientos y estados afectivos, mediante obras y rasgos de carácter, pero nunca a través de palabras apropiadas, haga difícil la vida real, como lo es en realidad con sus exigencias sociales. La sensación de que la vida les es hostil no falta nunca en estos individuos que exigen y esperan siempre, según ellos de manera justificada, la inmediata satisfacción de sus demandas. Aún más, este estado mental está estrechamente ligado a un sentimiento de frustración, que aguijonea continuamente la envidia, los celos, la avidez y la propensión a dominar a quienes escogen por víctimas. El hecho de que la tendencia hacia el desarrollo útil quede detenida a causa del deficiente sentimiento de comunidad, y de que las exageradas esperanzas, alimentadas por el delirio de superioridad, permanezcan irrealizadas, da lugar a exaltaciones emocionales que muy a menudo son el motivo de agresiones hacia otras personas. El complejo de inferioridad se hace constante tan pronto como el fracaso se deja sentir en la esfera de la comunidad: en la escuela, en la sociedad, en el amor.

La mitad de los sujetos que llegan a cometer un delito son trabajadores sin una profesión determinada, que fracasaron ya en la escuela. Un gran número de los criminales detenidos por la policía sufren de enfermedades venéreas, señal de que resolvieron de manera imperfecta el problema del amor. No buscan sus amigos sino única y exclusivamente entre sus iguales, demostrando así lo

reducido de sus sentimientos de amistad. Su complejo de superioridad procede de la convicción de que son superiores a sus víctimas, y de que con cada delito que llevan a cabo les hacen una mala jugada a las leyes y a sus defensores. En efecto, quizá no haya un solo criminal que no se jacte de haber cometido más delitos de los que se le acusa, haciendo abstracción del desde luego considerable número de crímenes que quedan sin esclarecer. El criminal realiza su delito en la seguridad de que no será descubierto si hace las cosas bien. Si es atrapado in fraganti, se hallará completamente convencido de que lo que le perdió fue la omisión de algún nimio detalle. Investigando los orígenes infantiles de propensión a la criminalidad, principales del desarrollo de este precozmente perniciosa, hostiles rasgos de carácter, falta de sentimiento de comunidad, inferioridades orgánicas y despego. Quizá el mimo sea el motivo más frecuente. Tomando en cuenta que el estilo de vida siempre puede ser mejorado, es preciso examinar cada caso concreto a partir del grado de sentimiento de comunidad, y considerar la importancia del factor exógeno. Nadie sucumbe con tanta facilidad al peligro de la tentación como un niño mimado, acostumbrado a obtener siempre todo cuanto desea. La importancia de la tentación debe ser medida con exactitud, ya que en una persona propensa a la criminalidad es tanto más funesta cuanto mayor sea su campo de actividad. También en estos casos está completamente claro que es preciso establecer la relación entre el individuo y sus circunstancias sociales. En numerosos casos el sentimiento de comunidad que el individuo posee sería suficiente para impedirle realizar todo acto criminal, si no se le exigiese a su mencionado sentimiento más de lo que puede rendir. Estas circunstancias explican también por qué la miseria fomenta de modo tan extraordinario el aumento de la delincuencia, como puede comprobarse estadísticamente. Estas circunstancias no son, sin embargo, la causa de la criminalidad, como nos lo demuestra el hecho de que en los Estados Unidos se haya podido constatar, en épocas de prosperidad, un aumento de observaremos, entre los

motivos estilo de vida, una actividad ya la delincuencia debido a que las incitaciones a la adquisición rápida y fácil de riquezas eran numerosas. El hecho de que al investigar las causas de la criminalidad en los individuos topemos a menudo con el pésimo ambiente que rodeaba al niño y de que la mayoría de los crímenes se cometan en cada ciudad en determinados distritos, no nos autoriza a sacar la conclusión de que la causa de la criminalidad es la miseria. En cambio, es fácil comprender que sería extraño que en tales condiciones se desarrollase normalmente el sentimiento de comunidad. No debe olvidarse tampoco cuán insuficiente suele ser la preparación del niño para su madurez, si desde muy temprano crece en medio de necesidades y escaseces, en una actitud, por así decirlo, de protesta contra la existencia, viendo a diario la buena vida que se dan no pocos de los que le rodean, y sin que nadie intente estimular su sentimiento de comunidad. Una instructiva ilustración de cuanto hasta aquí llevamos dicho nos la proporcionan las investigaciones del doctor Young acerca del desarrollo de la criminalidad en una secta religiosa de inmigrados. En la primera generación, que había llevado una existencia recluida y austera, no hubo criminales. En la segunda generación, cuyos hijos frecuentaban ya las escuelas públicas, siendo, empero, educados en las tradiciones de su secta, en la piedad y en la vida sencilla, hubo ya determinado número de criminales, los cuales aumentaron enormemente en la generación tercera.

El de criminal nato es otro concepto caducado. A estos errores, así como a la idea de delincuencia por sentimiento de culpabilidad, solamente se llega si se prescinde de los resultados de nuestras investigaciones, que ponen cada vez más de relieve el gran papel desempeñado en este aspecto por el grave sentimiento de inferioridad despertado en la infancia, por el sentimiento de comunidad insuficientemente desarrollado y por el complejo de superioridad. En ellos observamos una larga serie de signos de minusvalías orgánicas: el shock moral de la condena produce, en muchos casos, fuertes oscilaciones del metabolismo basal, lo cual

es un indicio de probabilidad que nos delata una constitución difícilmente equilibrable; un elevado número de delincuentes han sido mimados, o aspiran a serlo. Pero entre ellos figuran también muchos cuya infancia ha transcurrido en medio del mayor abandono. Un examen objetivo que no pretenda abordar la realidad con frases hechas, con tópicos y rígidas fórmulas, podrá descubrir siempre esos factores que hemos denunciado. El papel de las minusvalías orgánicas se acusa a menudo modo flagrante en los casos de fealdad del delincuente. Por otra parte, la observación de gran número de personas bien parecidas entre los criminales confirma, a su vez, la existencia del factor mimo.

N. era un guapo mozo que, tras seis meses de prisión, fue puesto en libertad condicional. Su delito había sido sustraer una respetable suma de la caja de su jefe. A pesar del inminente riesgo de tener que cumplir la condena anterior de tres años en caso de reincidencia, volvió a apoderarse poco tiempo después de una pequeña cantidad. Me enviaron ese joven antes de que se descubriera su delito. Era el hijo mayor de una familia muy honrada, el favorito, mimado por su madre. Siempre se había mostrado extremadamente ambicioso, queriendo ser en todo el jefe. No trabó amistad más que con gente de nivel inferior al suyo, revelando así su sentimiento de inferioridad. Sus recuerdos más lejanos de la infancia le muestran siempre en un papel pasivo, y nunca desempeñando un activo papel. En donde cometió el mayor de sus robos estaba en contacto con gente extremadamente rica, en momentos en que su padre había quedado sin empleo y no podía atender como de costumbre a las necesidades de la familia. Sus sueños de alto vuelo y otras situaciones soñadas, en las cuales figuraba siempre como un héroe, caracterizan su ambicioso anhelo y, al mismo tiempo, el convencimiento de hallarse predestinado al éxito. Realizó su hurto en cuanto se le presentó ocasión, con el objetivo, más o menos consciente, de mostrarse superior a su padre. Su segundo hurto -el de menos importancialo realizó como protesta contra la condena condicional y contra el empleo de

subordinado que luego se le había sido asignado. Ya en la cárcel, soñó que le servían los platos que más le agradaban; sin embargo, aun en sus sueños recordaba que esto en la cárcel no es posible. Este sueño revela, aparte de su glotonería, su protesta contra el fallo condenatorio.

En los toxicómanos suele observarse menos actividad. El medio ambiente, la seducción, el contacto con tóxicos como morfina y cocaína, durante las enfermedades o en el ejercicio de la profesión médica, son otras tantas ocasiones de contraer toxicomanías. No olvidemos, sin embargo, que estos factores sólo actúan sobre los predispuestos, en aquellos momentos de su vida en que se encuentran ante algún problema que juzgan insoluble. De la misma manera que en los suicidas, muy raras veces falta en el toxicómano un motivo de ataque velado contra aquellos sobre los cuales pesará desde entonces la obligación de cuidar de él. demostrar, en el alcoholismo interviene gustativo, mientras que el hecho de no encontrar satisfacción en el alcohol es un factor que facilita extraordinariamente la abstinencia. El comienzo de la toxicomanía pone de relieve muy a menudo un grave sentimiento de inferioridad, cuando no un complejo de superioridad desarrollado y exteriorizado ya antes bajo la forma de timidez, propensión al aislamiento,

Tal como hemos intentado sin duda un factor especial hipersensibilidad, impaciencia, irritabilidad, síntomas nerviosos como angustia, depresión, impotencia sexual, o en un complejo de superioridad que reviste la tendencia a vanagloriarse, a la crítica maliciosa, al deseo de dominar, etc. También la necesidad de fumar en exceso y el deseo insaciable de tomar café, muchas veces caracterizan un estado de ánimo de indecisión y desaliento. Gracias a un subterfugio, el sentimiento de inferioridad puede quedar en suspenso momentáneamente o, como en los casos de criminalidad, entrar en un estado de actividad exacerbada. Todo fracaso puede ser atribuido, en los casos de embriaguez, al vicio insuperable , tanto si se refiere a las relaciones sociales como a la profesión o al

amor. Así el efecto inmediato del tóxico puede proporcionar a la víctima un sentimiento de alivio en sus responsabilidades.

Un hombre de veintiséis años, que había venido al mundo ocho años después que su hermana, fue educado con todo esmero, siendo extraordinariamente mimado y terco. Recuerda haber estado a menudo vestido de muñeco en brazos de su madre y de su hermana. Cuando, a la edad de cuatro años, pasó sólo dos días bajo la tutela mucho más severa de su abuela, a la primera observación un poco represiva de ésta, lió sus pequeños bártulos y se dispuso a volver a su casa. El padre bebía, con gran disgusto de la madre. Además, la influencia de que disponían los padres en la escuela, se hizo sentir desfavorablemente para su educación. Al relajarse un poco el mimo de que su madre le hacía objeto, abandonó la casa paterna, como a los cuatro años había intentado abandonar la de la abuela. Pero una vez lejos de los suyos, tal como suele acontecer con quienes fueron mimados en su infancia, no pudo arraigar en parte alguna. En las reuniones de carácter social, en las tareas profesionales y frente a las muchachas reaccionaba siempre con ansiedad y excitación. Más a su gusto se hallaba en compañía de unos individuos que le enseñaron a beber. Cuando su madre se enteró de ello, y sobre todo de que en estado de embriaguez había llegado incluso a tener conflictos con la policía, fue a verle y le rogó con sentidas palabras que abandonara la bebida. La consecuencia fue que no sólo continuó como antes, buscando alivio en el alcohol, sino que logró aumentar los antiguos mimos e inquietudes maternas.

Un estudiante de veinticuatro años se quejaba de constantes dolores de cabeza. Ya en la escuela acusó graves síntomas nerviosos de agorafobia, por lo cual le fue permitido examinarse del bachillerato en casa. Después del examen se encontró notablemente mejorado. Durante el primer año de carrera universitaria, se enamoró de una muchacha y se casó con ella. Poco después reaparecieron los antiguos dolores de cabeza. Los motivos que solía alegar eran un continuo descontento en relación con su

mujer y celos, motivos que se acusaban bien claramente tanto en sus actitudes como en sus sueños, que me contó, pero que nunca llegaron a ser en él conscientes. Tuvo, por ejemplo, un sueño en que su mujer se le apareció vestida de cazadora. De niño había sufrido raquitismo y recordaba que si su nana, molesta por sus incesantes exigencias de niño mimado, deseaba tener paz, solía colocarlo de espaldas, aun a los cuatro años, sin que pudiera incorporarse solo a causa de su obesidad. En la familia era el hijo segundo, y sostenía interminables conflictos con su hermano mayor, ya que quería ser siempre el primero en todo. Circunstancias favorables le proporcionaron más tarde una posición de importancia que habría podido desempeñar por sus condiciones intelectuales si no lo hubieran impedido sus rasgos caracterológicos. En la inevitable excitación que su encumbrado puesto le causaba echó mano de la morfina. Librado de la morfinomanía repetidas veces, volvía siempre a ser dominado por ella, y como consecuencia agravante entraron en juego otra vez sus infundados celos. Cuando corría ya peligro de perder su situación, se suicidó.

CAPÍTULO IX

EL MUNDO FICTICIO DE LA PERSONA MIMADA

La comprensión del individuo a partir de sus movimientos. Criterios de la verdad absoluta. El punto de vista de la posesión y de la utilización en psicología. Distancia entre individualidad y tipo. Misión educativa de la madre. Pesimismo y mimo. Origen secundario de los rasgos de carácter del niño mimado. Los recursos del sujeto mimado. El abismo entre el mundo real y el mundo ficticio. Transformación curativa de la personalidad de la persona mimada.

Las personas mimadas no suelen tener buena reputación. No la han tenido nunca. Ningún padre se siente satisfecho si se le dice: Está usted mimando a su hijo. Toda persona mimada rehusa el ser considerada como tal. Pero siempre tropezamos con dudas acerca de lo que hemos de llamar en realidad mimo. A pesar de la falta de claras definiciones, todo el mundo considera el mimo, por intuición, como un lastre y un obstáculo para el desarrollo normal.

A pesar de ello, no hay nadie a quien no le guste ser objeto de mimos. Hay personas a las que esto agrada especialmente, y no pocas madres serían incapaces de educar a sus hijos sin mimarlos. Por suerte, hay muchos niños que se defienden eficazmente contra

tal educación, y los daños son entonces menores. El problema del mimo es un hueso duro de roer para las acostumbradas fórmulas psicológicas. Estas fórmulas nunca podrán servirnos como directrices para el descubrimiento de los fundamentos de la personalidad o para explicar las actitudes y el carácter. Y es que, en este aspecto, hay que esperar en todos los sentidos millones de variantes y matices. Lo que creemos descubierto ha de ser confirmado y continuamente cotejado con hechos análogos. También hay que tener en cuenta que si un niño resiste al mimo, se excede generalmente en su resistencia y desplaza su autodefensa a posiciones en las cuales aceptar una ayuda amistosa desde fuera sería la única solución razonable.

Si el mimo continúa hasta la edad adulta y no corre parejo, como suele acontecer en estos casos, y tampoco llega a destruir la voluntad independiente, puede en ocasiones llegar a cansar al individuo. Sin embargo, su estilo de vida adquirido desde la tierna infancia ya no podrá cambiar por ello.

La Psicología individual afirma que no hay más camino para comprender a una persona que el de la observación de los movimientos que realiza para resolver los problemas que le plantea su vida. Al efectuar este examen debemos observar con mucho cuidado el cómo y el por qué. Su vida se inicia en posesión de posibilidades de evolución humana, que son, sin duda alguna, muy distintas en cada uno, sin que nos sea posible determinar estas diferencias de otra manera que gracias a los actos realizados. Lo que se ofrece a nuestra contemplación en los comienzos de la vida está ya notablemente influido, desde el primer día del nacimiento, por factores externos. La herencia y el medio ambiente, que son las dos influencias más importantes, llegan a convertirse en una posesión del niño que éste maneja libremente para encontrar su camino evolutivo. Sin embargo, los conceptos de camino y de movimiento presuponen ineludiblemente una noción de orientación y del objetivo perseguido. El alma humana aspira a la superación, a la perfección, a la seguridad y a la superioridad.

El niño que empieza a experimentar las influencias de su cuerpo y del medio ambiente que le rodea, depende en mayor o menor grado de su propia fuerza creadora y de su propia intuición en cuanto a los caminos a seguir. Aquella opinión sobre la vida que es la base de su actitud, y que no podría ser formulada ni expresada por él en conceptos claros, es su propia obra maestra. De este modo llegará a establecer su peculiar ley de movimiento que, mediante cierto hábito, le proporciona el estilo de vida en que le vemos pensar, sentir y actuar durante toda su existencia. Este estilo de vida nace casi siempre de una situación en que el niño cuenta con el apoyo externo. Tal estilo de vida se muestra luego como inapropiado cada vez que en las siempre cambiantes circunstancias de la existencia le es necesario recurrir a una ayuda desinteresada en un medio distinto al familiar.

Aquí se nos plantea el problema de determinar cuál es la actitud que hay que adoptar ante la vida, y qué soluciones habremos de dar a sus grandes problemas. La Psicología individual trata de contribuir en todo lo posible a una solución de estos problemas. Nadie puede atribuirse la posesión de la verdad absoluta. Una solución concreta, para ser universalmente comprobable y justa, debería mostrarse exacta por lo menos en dos determinados puntos. No se puede llamar justo a un sentimiento, a una idea o a un acto si no es sub specie aeternitatis (desde el punto de vista de la eternidad). Tampoco si está en contradicción con los intereses de la comunidad humana. Esto vale tanto para los problemas tradicionales como para los que se plantean por vez primera; vale también lo mismo para los problemas capitales como para los más secundarios. Los tres grandes problemas que cada uno debe resolver y se ve obligado a resolver a su manera, los de la comunidad, del trabajo y del amor, no pueden ser resueltos más o menos adecuadamente sino por personas poseedoras de un vivo espíritu de comunidad. No cabe duda de que ante los problemas que se nos plantean por vez primera y de modo inesperado, la vacilación está plenamente

justificada; pero sólo la voluntad de comunidad puede salvaguardamos en tal caso de cometer graves errores.

Si en estas investigaciones tropezamos con tipos más o menos definidos, ello no nos dispensa de tener que buscar en cada caso aislado lo peculiar y privativo. Esto vale también forzosamente para el niño mimado -este lastre, cada día creciente, de la familia, la escuela y la comunidad-. Debemos resolver siempre el caso individual y concreto, tanto si se trata de niños difícilmente educables, como de individuos neuróticos o alienados, suicidas, delincuentes, toxicómanos, pervertidos, etc. Todos ellos padecen de una falta de sentimiento de comunidad que se puede explicar casi siempre por un mimo inicial en la infancia o por un exagerado deseo de verse mimado y de verse librados de las exigencias de la vida. La actitud activa de un sujeto sólo puede ser diagnosticada mediante una justa comprensión de su conducta frente a los problemas de la vida. Lo mismo puede decirse, desde luego, de la falta de actividad. Acerca del caso concreto e individual, no hemos sentado todavía si -a la manera de aquellos psicólogos que no miran sino las propiedades que el sujeto posee (Besitzpsychologen) -remontamos el origen de los síntomas erróneos a las obscuras regiones de una herencia totalmente incierta, o a los influjos del ambiente, que suelen considerarse inadecuados a pesar de que el niño los acepta, los asimila y reacciona ante ellos de un modo arbitrario.

La Psicología individual es una psicología de utilización, no de posesión, e insiste especialmente en la apropiación creadora y la explotación de todos estas influencias. Aquel que considere los problemas siempre diferentes de la vida como algo invariable, sin advertir lo peculiar de cada caso, puede caer con gran facilidad en el error de tomar las causas actuantes, los instintos y los impulsos por demoníacos guías del destino. Quien no reconozca que a cada una de las generaciones que afloran a la vida se le plantean nuevos problemas antes inexistentes y que exigen soluciones distintas, creerá fácilmente en la efectividad de un inconsciente hereditario. La Psicología individual conoce demasiado bien los tanteos, la

búsqueda, y la actividad creadora -buena o mala- del espíritu humano en la resolución de sus problemas, como para aceptar esa creencia. La obra del hombre es la que condiciona siempre, de acuerdo con su estilo de vida, la solución individual a sus problemas. La tipología pierde en gran parte su valor si consideramos la pobreza del idioma humano. ¡Cuán distintas son las relaciones que designamos con la palabra amor! ¿Pueden ser iguales dos personas introvertidas? ¿Puede pensarse que la vida de dos gemelos completamente idénticos que, dicho sea de paso, acusan muy a menudo la tendencia y el deseo de serlo por completo, se desarrolle de idéntica manera en las distintas fases de la cambiante luna? Podemos y debemos servirnos de la tipología, de igual modo que de la estadística; sin embargo, no hay que olvidar, por grandes que sean las semejanzas, las diferencias propias de cada individuo, siempre peculiar y único. En nuestras hipótesis podemos valernos de las verosimilitudes para iluminar el campo visual en que confiamos descubrir lo peculiar y único; debemos, sin embargo, renunciar a este auxilio tan pronto como surjan cualesquiera contradicciones.

En la búsqueda de las raíces del sentimiento de comunidad, si damos por supuesta la posibilidad de su desarrollo en el hombre, nos encontramos en seguida con la madre, que representa nuestra primera y más importante guía. La Naturaleza la destinó a este fin. Su relación con el niño es la de una cooperación íntima (comunidad de vida y de trabajo), de la cual ambas partes salen gananciosas, y no, como parecen creerla algunos, una explotación unilateral y sádica de la madre por el niño. El padre, los hermanos, los parientes cercanos y los vecinos están llamados a fomentar esta cooperación, induciendo al niño para que no llegue a ser un enemigo de la sociedad, sino un colaborador igual en derecho. Cuanto mayor sea la impresión que le produce al niño el grado en que pueda confiar en los demás y en la colaboración de éstos, tanto más dispuesto se mostrará a vivir en íntima solidaridad humana y a colaborar

espontáneamente. El niño pondrá entonces todo cuanto posea al servicio de la cooperación.

Sin embargo, si la madre se excede visiblemente en su cariño, imbuyendo en el niño la idea de que es superflua su colaboración tanto en su conducta como en su pensar, tanto de obra como de palabra, ese niño mostrará más propensión a desarrollarse en un sentido de parasitismo (explotación), para esperarlo todo del prójimo. Tratará siempre de constituirse en el centro del interés de los demás y deseará poner a todo el mundo a su servicio. Desarrollará tendencias egoístas y considerará como un legítimo derecho oprimir a los que le rodean, verse constantemente mimado por ellos y recibir siempre sin dar nunca nada. Uno o dos años de entrenamiento en tal sentido bastan para poner fin al desarrollo del sentido de comunidad y para anular toda inclinación a colaborar.

Ora en su solicitud de apoyo, ora en su manía de dominar a todo el mundo, las personas mimadas tropiezan bien pronto con la para ellas insuperable resistencia de ese mundo que exige solidaridad y colaboración. Perdidas sus ilusiones, culpan a los demás y no ven en la vida más que el principio hostil y adverso. Sus interrogaciones suelen ser de naturaleza pesimista: ¿Qué sentido puede tener la vida?,¿Por qué debo amar al prójimo? Si se someten, por fin, a las legítimas exigencias de una idea activa de la comunidad, lo hacen sólo por el temor, en caso de que se opondrían, a repercusiones y a posibles castigos. Colocados ante problemas de la comunidad, del trabajo y del amor, no encuentran el camino del interés social, sufren un shock, padecen las consecuencias de éste, tanto somática como psíquicamente, y se baten en retirada antes o después de haber sufrido la correspondiente derrota. Sin embargo, perseveran siempre en su habitual actitud infantil, suponiendo que son víctimas de una injusticia.

Ahora bien: es fácil comprender que ninguno de esos rasgos del carácter es congénito, sino ante todo, la expresión de unas relaciones subordinadas por entero al estilo de vida del niño. El niño mimado, inducido al amor a sí mismo, desarrollará forzosamente un

mayor número de rasgos de egoísmo, de envidia y de celos, aunque en medida muy distinta. Como si viviera de continuo en país enemigo, mostrará susceptibilidad, impaciencia, inconstancia, inclinación a las explosiones afectivas y un modo de ser ávido. La tendencia a recogerse en si mismos y a ser exageradamente precavidos son características muy comunes en tales individuos.

Descubrir a una persona mimada cuando se encuentra en una situación favorable, es tarea difícil. Mucho más fácil es hacerlo en una situación desfavorable en la cual es puesto a prueba el grado de sentimiento de comunidad que posee. Entonces se observa su actividad vacilante y vemos cómo se detiene a considerable distancia del problema que debería resolver. El individuo basa tal alejamiento en pretextos que demuestran que no se trata en absoluto de la precaución propia del hombre prudente. Cambia muy a menudo de amistades y de ambiente, de pareja amorosa y hasta de profesión, sin llegar nunca a alcanzar puerto alguno. A veces, estos individuos se precipitan hacia delante en una empresa con un empuje tal que el sagaz conocedor de hombres comprenderá inmediatamente que tales individuos poseen poca confianza en sí mismos y que su afán decaerá muy pronto. Otros tipos de mimados se convierten en solitarios extravagantes; otros adoptan actitudes raras: les gustaría poder retirarse a un desierto y evitar así toda obligación. O bien resuelven los problemas sólo en parte, limitando considerablemente su radio de acción en correspondencia con su sentimiento de inferioridad. Si disponen de una cierta reserva de actividad, que no merece siquiera el nombre de coraje, pueden desviarse, en el caso de encontrarse en una situación algo difícil, hacia ese sector de lo socialmente inútil y nocivo, llegando a convertirse en criminales, suicidas, bebedores habituales o gente perversa.

No es fácil identificarse con la vida de una persona muy mimada, es decir, comprenderla plenamente. Para ello es preciso dominar este papel como un buen actor y posesionarse del personaje, comprender cómo busca convertirse en el centro de interés, cómo

acecha cada situación para tomar posiciones y dominar la que sigue, cómo trata de oprimir a los demás sin mostrar nunca asomo alguno de espíritu de colaboración, cómo lo espera todo, sin dar nada a cambio. Es preciso haber captado cómo tales sujetos tratan de explotar en su favor la colaboración de los demás en la amistad, en la profesión y en el amor, pensando sólo en su propio provecho, sin otro interés que el de su propia gloria, imaginando de continuo qué ayuda podrían obtener para la solución de sus problemas, aunque sea en perjuicio de los demás, para poder comprender que no les guía ni el sentido común ni la razón.

El niño psíquicamente normal ostenta un ánimo, una razón vigente para todos y una activa capacidad de adaptación. El niño mimado no posee ninguna de estas cualidades, o las posee en escasísima medida. Cuenta, en cambio, con su cobardía y sus trucos. El sendero que recorre es tan extremadamente angosto que parece recaer continuamente en los mismos errores. El niño tiránico desempeñará siempre el papel de tirano. Un ladrón no cambia jamás de ocupación. El neurótico angustiado reacciona con miedo ante todos los problemas de la vida. El toxicómano no abandona nunca su droga. El perverso sexual no muestra ninguna tendencia a abandonar su perversión. En el hecho de descartar toda posible actividad en otros sectores y siguiendo el angosto sendero que tiene trazado en su vida, cada vez pone de manifiesto y con creciente claridad su cobardía ante la vida, su falta de confianza en sí mismo, su complejo de inferioridad y su tendencia a la exclusión.

El mundo de ensueño de las personas mimadas, su perspectiva, su opinión y su comprensión de la vida son harto distintas del mundo real. Su adaptación a la evolución de la humanidad está más o menos inhibida, lo que es causa de continuos conflictos con la vida, cuyas consecuencias han de sufrir los que le rodean. En la infancia encontramos este tipo entre los niños hiperactivos y pasivos; en la madurez, entre los delincuentes, suicidas, nerviosos y toxicómanos, siempre distintos entre sí. Casi siempre descontentos, se consumen de envidia al contemplar los éxitos de los demás, sin

ser capaces de una reacción enérgica. Son presa continua del miedo a una derrota y de que su falta de valor sea descubierta; les observamos generalmente en retirada ante los problemas de la vida, para lo cual nunca carecen de excusas.

No debe ser ignorado el hecho de que, entre ellos, algunos llegan a alcanzar éxitos en la vida. Son aquellos que pudieron superarse y aprendieron a costa de sus propios defectos.

La curación y la transformación de tales individuos no puede resultar factible más que a través de la vía del espíritu, mediante la creciente comprensión de las faltas que antaño cometieron al construirse un estilo de vida falso. Mucho más importante sería la prevención. La familia, y en particular las madres, deberían comprender su obligación de no extremar su amor al niño, hasta el mimo excesivo. Más deberíamos esperar todavía de un magisterio que hubiera aprendido a descubrir y a corregir esta falta. Entonces se vería más claramente como no lo ha sido hasta ahora, que no hay peor mal que el de mimar a nuestros hijos, y se comprenderían todas las funestas consecuencias de esta manera de obrar.

CAPÍTULO X

¿QUÉ ES, EN REALIDAD, UNA NEUROSIS?

Multiplicidad de concepciones de la neurosis. Colaboración del médico y del educador. Carácter negativo de los rasgos de la nerviosidad. Rasgos primarios y secundarios del carácter neurótico. La disminución de actividad como condición ineludible. La constancia de los síntomas neuróticos. El valor de la personalidad y la neurosis. El aseguramiento neurótico. La esencia de la neurosis.

Quien haya dedicado largos años al estudio del problema enunciado, comprenderá que la contestación a la pregunta: ¿Qué es, en realidad, una neurosis? debe ser tan clara e inequívoca como sincera. Pasando revista a la literatura publicada en torno a este problema para obtener la mayor cantidad de datos, nos encontramos ante tal confusión de definiciones que la tarea de lograr una concepción unitaria parece poco menos que imposible.

Siempre que falta claridad en torno a una cuestión, son innumerables las hipótesis y muy enconadas las polémicas que para explicarla se producen. Lo mismo ocurre en este caso. Neurosis equivale a irritabilidad, a debilidad irritable, a una enfermedad de las glándulas endocrinas, a las consecuencias de infecciones dentales

o nasales, a una afección genital, a una debilidad del sistema nervioso, a las consecuencias de diátesis hormonal o úrica, del trauma del parto, de un conflicto con el mundo exterior, con la religión, con la ética; de un conflicto entre el intransigente inconsciente y la conciencia siempre dispuesta a transigir; a la represión de impulsos sexuales, sádicos y criminales; del ruido y de los peligros en las grandes ciudades; de una educación demasiado indulgente o demasiado adusta, o de una educación familiar en particular; de determinados reflejos condicionados, etc…

Muchos de estos aspectos son, en efecto, exactos y pueden ser tenidos en cuenta para explicar ciertos fenómenos parciales más o menos importantes de la neurosis. La mayor parte de ellos se observarán hasta en personas que no sufren neurosis alguna. En todo caso contribuyen muy poco a la aclaración del agobiante problema de lo que realmente sea una neurosis. La enorme frecuencia de esta enfermedad, sus repercusiones harto graves para la sociedad, el hecho de que sólo una ínfima parte de las personas nerviosas recurra al tratamiento, mientras otras arrastrarán este mal consigo, como una tortura, a lo largo de toda su vida. Todo esto y el gran interés de los profanos por este problema justifica una investigación desapasionada y científica ante un foro más amplio. Así podremos darnos cuenta que los conocimientos médicos son indispensables para la comprensión y el tratamiento de esta enfermedad. No debemos dejar de lado, tampoco, el punto de vista de que una prevención de la neurosis es posible y deseable, pero tan sólo puede realizarse en caso de un claro conocimiento de los trastornos fundamentales que tomarse para prevenir, evitar comienzo, las dicta el saber médico. Sin embargo, la ayuda de la familia, del maestro y educador y de otro personal auxiliar es imprescindible. Esto justifica la amplitud que está tomando la divulgación de los conocimientos adquiridos acerca de la naturaleza y el origen de las neurosis. la originaron. Las medidas que deben tomarse para prevenir, evitar y reconocer los pequeños síntomas del comienzo, las dicta el saber médico. Sin embargo, la ayuda de la

familia, del maestro y educador y de otro personal auxiliar es imprescindible. Esto justifica la amplitud que está tomando la divulgación de los conocimientos adquiridos acerca de la naturaleza y el origen de las neurosis.

Es preciso excluir de antemano todas las definiciones arbitrarias que se vienen dando desde un principio, como, por ejemplo, la de que la neurosis es un conflicto entre lo consciente y lo inconsciente. Resulta difícil discutir este problema, ya que los autores que rinden homenaje a esta concepción hubieran debido darse cuenta que nada puede ocurrir sin conflicto. Así, esta afirmación no nos ilustra, pues, sobre la naturaleza de las neurosis; como tampoco esta explicación errónea, basada en una concepción científica presuntuosa, que pretende atribuir a una acción de los quimismos estas modificaciones orgánicas. Esto no añadirá nada en absoluto a nuestros conocimientos, ya que nada sabemos respecto a estos famosos quimismos. Las demás definiciones usuales no aportan tampoco nada nuevo. Lo que suele designarse por el término nerviosidad es irritabilidad, desconfianza, timidez, etc… En una palabra, fenómenos que se distinguen por rasgos de carácter negativos inadecuados a la vida y cargados de afectividad. Todos los autores reconocen que el nerviosismo está relacionado con una vida afectiva intensa.

Cuando hace muchos años me propuse describir lo que llamábamos el temperamento nervioso, puse ante todo de relieve la hipersensibilidad del nervioso. Este rasgo del carácter se descubre sin dificultad en toda persona neurótica, salvo en algunos casos raros en que no nos será tan fácil descubrirlo por estar latente. Pero una observación más detenida nos delata, incluso en estos casos, que, a pesar de las apariencias, la sensibilidad de los nerviosos es extremada.

Desde entonces, las investigaciones psicológico-individuales nos han revelado el origen de esa sensibilidad. Cualquier persona que en este valle terrenal se halle a su gusto y esté persuadida de que le son propias tanto las cosas agradables como los inconvenientes y

que, además, esté dispuesta de continuo a la cooperación, no llegará nunca a acusar rasgos de hipersensibilidad, que es expresión del sentimiento de inferioridad. De la misma manera podremos interpretar fácilmente otros rasgos del carácter de los neuróticos, como, por ejemplo, la impaciencia, de la que nunca dará muestras una persona que confíe en sí misma, que se sienta segura y se haya educado en la lucha con las dificultades de la vida. Si tenemos en cuenta estos dos rasgos del carácter, hipersensibilidad e impaciencia, comprenderemos que se trata aquí principalmente de personas con una emotividad acentuada. Si, además, añadimos que este sentimiento de inseguridad impone violentos esfuerzos con el fin de alcanzar un estado de equilibrio, de seguridad, podremos comprender por qué el neurótico tiende a buscar la superioridad y la perfección y por qué este rasgo, que implica una tendencia a la preeminencia, se manifiesta como una ambición que sólo toma en cuenta su propia persona. Esto será muy comprensible en una persona que ve su situación seriamente amenazada. A veces, esta tendencia a la preeminencia se exterioriza en formas rechazadas de antemano por la comunidad, como, por ejemplo, en la avidez, la avaricia, la envidia, los celos. Se trata, sin duda, de personas que tienden a dominar violentamente y con artimañas las dificultades, al no tener la confianza suficiente para enfrentarse con ellas y encontrar la solución más fácil y directa. A esto hay que añadir que el sentimiento extremo de inferioridad corre parejo con un insuficiente desarrollo de ánimo, de tal forma que éste es suplantado por un sinfín de ardides con que soslayar los problemas de la vida y hacérsela más fácil a base de abusar constantemente del apoyo ajeno. Este huir de las responsabilidades expresa claramente una absoluta falta de interés por el prójimo. No pretendemos, ni de lejos, censurar o enjuiciar a todas esas numerosísimas personas que acusan tal conducta en un mayor o menor grado; sabemos muy bien que ni siquiera las faltas más graves se cometen bajo la consciente responsabilidad del individuo, sino que éste es un mero juguete de su equivocada actitud frente a la vida. Tales personas pretenden una

finalidad cuya prosecución está en conflicto con la sana razón. Mas con todo lo dicho nada hemos aclarado todavía sobre la naturaleza, el origen y la estructura de la neurosis. Algo hemos avanzado al poder determinar -teniendo en cuenta la falta de ánimo del neurótico- su actitud vacilante y la actividad vital relativamente reducida que desarrolla frente a los problemas de la vida. No cabe duda de que la escasa capacidad de acción puede ser retrotraída hasta la infancia. Nosotros, los psicólogos individuales, no podemos mostrarnos sorprendidos por ello, puesto que la trama de vida queda trazada en los primeros años, persistiendo inmutable, a menos que en el curso de la evolución comprenda el individuo el error cometido y sea capaz de volver al seno de la comunidad con miras al bienestar de la humanidad toda.

Si un niño muestra intensa actividad, en el peor sentido de la palabra, podemos pronosticar que más tarde, al desviarse de la normalidad, no seguirá la vía de la neurosis, sino el camino de la delincuencia, del suicidio, del alcoholismo. Podrá presentársenos bajo el aspecto del tipo de niño más difícilmente educable, sin que, a la vez, acuse ningún rasgo neurótico. Ahora bien, ahondando en el problema, podremos comprobar que el radio de acción de estos sujetos no alcanza una gran amplitud. Si comparamos al neurótico, con el más normal, vemos que aquél posee un radio de acción muy reducido. Es importantísimo aclarar aquí el origen de esa mayor actividad. Si llegamos a persuadirnos de que existe la posibilidad de ampliar o reducir el radio de acción de cualquier niño, y de que una educación errónea llega a limitar al extremo este radio de acción, comprenderemos ipso facto cuán poco podría interesarnos el problema de la herencia. Todo lo que se desarrolla ante nosotros es un producto propio de la actividad creadora del niño. Los factores corporales y las influencias del mundo exterior son materiales de que se sirve el niño para la construcción de su personalidad. Los síntomas observados en los trastornos nerviosos son todos crónicos, así las conmociones corporales de determinados órganos y las conmociones psíquicas tales como los fenómenos de angustia,

las ideas compulsivas, los estados depresivos (especialmente significativos), los dolores nerviosos de cabeza (cefaleas nerviosas), el temor a ruborizarse, la obsesión por la limpieza y otras formas de expresión semejantes, perduran largo tiempo, y a menos que nos dejemos arrastrar a los oscuros ámbitos de absurdas teorías, suponiendo que se han desarrollado sin objeto alguno, comprenderemos que se deben a la dificultad insuperable del problema con que hubo de enfrentarse el niño y que, además, subsiste la exigencia de solución de ese problema. De este modo queda establecida y explicada la constancia del síntoma nervioso, cuya aparición está determinada por la reacción ante un problema. Hemos realizado detenidas investigaciones a fin de averiguar en qué consiste la dificultad que hace tan ardua la solución de un problema. Y, en efecto, la Psicología individual consiguió arrojar una claridad definitiva sobre esta cuestión al descubrir que el individuo se enfrenta de continuo con problemas cuya solución exige una preparación de orden social, y que esta preparación debe ser adquirida en la primera infancia al ser esta comprensión absolutamente indispensable para su desarrollo. Hemos conseguido señalar que el planteamiento de tales problemas ejerce una acción conmocional, permitiéndonos, por consiguiente, hablar con plena justificación en estos casos de efectos de shock. Éstos pueden ser de muy distinta clase. Puede ser un problema de tipo social; por ejemplo, un desengaño en la amistad. ¿Quién no lo ha experimentado alguna vez? La conmoción no es por sí sola un signo de neurosis, lo es sólo si perdura, si se hace permanente, si induce al afectado a apartarse con desconfianza de la gente, si la sociabilidad de éste está disminuida al manifestar timidez, miedo y al presentar síntomas orgánicos como palpitaciones, transpiración, trastornos gastrointestinales, ganas urgentes de orinar. De hecho, un estado que, si entendemos las verdades fundamentales de la Psicología individual, nos demostrará elocuentemente un insuficiente desarrollo del necesario sentido de contacto, cosa que se desprende también del aislamiento provocado por el desengaño.

Ahora bien, estas reflexiones nos aproximan al problema de la neurosis y nos facilitan su debida comprensión. Si alguien, por ejemplo, pierde dinero en su negocio y queda hondamente afectado por tal pérdida, esto no es nerviosismo. Llegará a serlo únicamente si perdura, si el sujeto permanece conmocionado y nada más. Tal fenómeno se puede explicar solamente aceptando que el sujeto en cuestión no ha adquirido el suficiente espíritu de colaboración y que no avanza si no es a condición de que le salga todo bien. Lo mismo podemos decir con respecto al problema del amor. ¿Qué duda cabe de que la solución de este problema no es un juego de niños? Presupone cierta experiencia, comprensión e incluso determinado grado de responsabilidad. Si a un individuo le agita o irrita este problema, si una vez rechazado, no vuelve a intentar nunca solucionarlo, si en su retirada surgen todas aquellas emociones que lo protegen y aseguran y el individuo saca de ello una conclusión definitiva que le induce a mantener la retirada, sólo entonces podemos hablar de neurosis. Ante un graneado fuego de metralla todos nosotros experimentaremos síntomas de shock, sin embargo, estos síntomas no se harán duraderos más que en el caso de que estemos insuficientemente preparados para enfrentarnos con aquellos problemas que la vida, de continuo, plantea. El neurótico queda como atascado en medio del camino. Hemos explicado ya este atascamiento, diciendo que se trata de una falta de preparación para la debida deficiencia propia de todos aquellos que, mostrado nunca un verdadero espíritu de debemos añadir algo todavía y es que, en último análisis, lo que se nos ofrece como nerviosismo es un evidente sufrimiento y ningún placer. Si pido a un individuo que experimente dolores de cabeza como los que surgen ante cualquier problema que no estamos preparados para resolver, no los podrá experimentar. Debemos, pues, excluir desde un principio, a limine, toda discusión acerca de la tesis de que un individuo se produzca la dolencia motu propio, porque desea estar enfermo; tal afirmación es absolutamente falsa. No cabe duda de que el individuo sufre, pero prefiere este sufrimiento a otros mayores, como son los que resultan

de sentirse desprovisto de toda valía al fracasar en sus empeños. Prefiere aceptar todas las dolencias neuróticas del mundo a que se descubra que carece de valor humano. Ambos, tanto el hombre neurótico como el normal, opondrán la mayor resistencia a la comprobación de su absoluta nulidad social. Pero claro está que la resistencia del neurótico será mucho mayor. Si tomamos en cuenta la hipersensibilidad, la impaciencia, la exaltación de la efectividad, la ambición personal, entonces comprenderemos fácilmente que estos hombres serán incapaces de seguir adelante en tanto crean en el peligro de que se descubra su falta de valía. Ahora bien, ¿cuál es el estado afectivo que sigue a los efectos de estos shocks? El individuo que es víctima de éstos, no los ha provocado; no desea sufrirlos; no obstante, se le presentan como consecuencia de una intensa conmoción anímica, de un sentimiento de derrota o de miedo a que se ponga de relieve su escasísimo valor social. No está realmente decidido a luchar contra estos efectos, ni comprende cómo podría hacerle para librarse de ellos. Seguramente deseará que desaparezcan, y dirá con insistencia: ¡yo bien quisiera curarme!, ¡yo quisiera verme libre de los síntomas que me aquejan!… Y esto será también lo que le llevará, por fin, al médico. Pero lo que no sabe es que tiene aún mayor miedo a otras cosas: a que se descubra su insignificancia, a que pudiera desentrañarse el sombrío secreto de su absoluta nulidad o mengua de su valía social.

Ahora empezamos ya a ver claramente lo que es la neurosis: un intento destinado a evitar un peligro mayor, un intento de mantener a toda costa la apariencia de que se posee valía y de que se está dispuesto a pagar todo lo que esto cueste -con ¡dolor!- pero sin cejar por eso en el deseo de alcanzar este mismo objetivo gratuitamente. Desgraciadamente, esto es imposible. La única posibilidad de curación para afrontar los problemas de la vida, incorporándole paulatinamente a la colectividad mediante estímulos, nunca con amenazas o coacciones. Como es sabido, son muchas las personas que, disponiendo de un cierto grado de actividad, prefieren suicidarse a enfrentarse con la solución de sus problemas. Nada

podemos esperar, por tanto, de una coacción indiscriminada, y sí, en cambio, de la preparación sistemática que permita al sujeto sentirse seguro de sí mismo y proceder a la solución de sus problemas. Y es que, por otra parte, se trata de un ser que cree hallarse ante un profundo abismo en el que teme verse precipitado si da un paso adelante. Lo cual equivale a decir que teme, sobre todo, que pueda ser notada su falta de valía.

Un abogado de treinta y cinco años se quejaba de nerviosidad, de constantes dolores en el occipucio, de toda clase de molestias en el estómago, de una sensación de vacío en toda la cabeza, de una debilidad general y de cansancio. Además, siempre estaba excitado e inquieto. Muchas veces temía perder la conciencia de sus actos al tener que entrevistarse con personas extrañas. En casa, entre sus padres, se sentía aliviado, aunque la atmósfera que allí reinaba tampoco le satisfacía. Estaba convencido de que estas molestias eran la única causa de su falta de éxito.

El examen clínico no dio ningún resultado positivo, si se exceptúa una escoliosis que podría explicar la pérdida del tono muscular, la depresión anímica, los dolores occipitales y espinales. El cansancio podría atribuirse a su continua agitación, aunque pudiera ser también explicado, lo mismo que la sensación de vacío, como síntomas de depresión. Las molestias de estómago son más difíciles de explicar dentro de la gran simplicidad del diagnóstico general que enunciamos aquí; tal vez se deban a la escoliosis y sean, por tanto, resultado de una mera irritación nerviosa, Sin embargo, podrían ser también expresión de cierta predilección, esto es, la respuesta de un órgano minusvalente a una irritación psíquica. Por esta última interpretación aboga la frecuencia de los trastornos gastrointestinales en la infancia y análogas molestias en el padre, que tampoco presenta ninguna alteración orgánica. El paciente se acuerda, además, de que sus excitaciones pasajeras iban siempre acompañadas de anorexia y, a veces, incluso de vómitos.

Una queja que tal vez pueda parecer insignificante nos hará comprender con mayor claridad su estilo de vida. Su agitación

continua nos hace sospechar que no ha abandonado aún por completo la lucha porel éxito. Esto queda confirmado por otra declaración suya de que no se encuentra a gusto en casa, ya que ahí también, teme encontrar a personas extrañas, o sea a volver a tomar contacto con el mundo. Su miedo a perder la conciencia de sus actos nos permite echar una ojeada a la elaboración de su neurosis: declara que, sin saber por qué, la excitación que le produce la necesidad de entrevistarse con extraños se acentúa de modo artificial ante la idea preconcebida de perder la conciencia. Podríamos señalar dos causas que le impiden saber por qué aumenta artificialmente su excitación, hasta convertirse en una confusión verdadera. Una de esas causas salta a la vista (aunque raras veces sea comprendida) : el paciente sólo se fija descuidadamente en sus síntomas y no ve la relación que guardan con toda su conducta. La segunda causa es que la retirada, el avance hacia atrás (como lo hemos llamado hace mucho tiempo, al describir tan importante síntoma neurótico en Uber den nervösen Charakter (El carácter neurótico), 4ª edición, I. F. Bergmann, Munich), no puede ser interrumpida aunque, como ocurre en nuestro caso, se acompaña de débiles intentos para reponerse. La excitación que se produce en el paciente -y que falta todavía comprobar, puesto que hasta ahora no ha sido más que vislumbrada con ayuda del diagnóstico general, de la experiencia psicológico-individual y de la intuición médico psicológica- cada vez que se encara con los tres problemas vitales, que son: comunidad, profesión y amor, problemas para los cuales carece manifiestamente de preparación, no solamente afecta al cuerpo, produciendo trastornos funcionales, sino incluso a la psiquis. La falta de preparación de esta personalidad origina trastornos funcionales corporales y anímicos. El paciente, aleccionado quizá por pequeños fracasos anteriores, retrocede ante el factor exógeno, por el temor continuo a una derrota, tanto más si se le antoja inasequible su objetivo de buen niño mimado (una nueva prueba aportaremos en lo sucesivo), el objetivo de superioridad personal; objetivo, sin el

menor interés por los demás. Estos síntomas, que encontramos en la neurosis y en la psicosis, se manifiestan a consecuencia de ese estado afectivo de intensa emoción provocada por el miedo a una derrota definitiva (aunque el miedo en el sentido propio del término no se revela en todos los casos) y están siempre en correspondencia con la constitución corporal, en su mayor parte hereditaria, y con la constitución psíquica, en todo caso adquirida, y aparecen íntimamente mezclados y sometidos a influencias reciprocas.

Pero, ¿se reduce a esto la neurosis? La Psicología individual ha hecho, sin duda, mucho para aclarar esta cuestión. Se puede estar bien o mal preparado para la solución de los problemas de la vida, pero entre ambos extremos se dan miles y miles de variantes. Ha aclarado también que el sentimiento de incapacidad para resolver los problemas de la vida, experimentado en presencia de lo que hemos llamado factor exógeno, hace vibrar cuerpo y alma de mil diversos modos. Ha demostrado también que la falta de preparación se origina en la más tierna infancia, y que no se deja corregir ni por vivencias ni por emociones, sino solamente por el conocimiento. Descubrió igualmente el sentimiento de comunidad como factor integrante del estilo de vida y averiguó que este sentimiento es condición previa decisiva para la solución de todos los problemas vitales. Los fenómenos corporales y anímicos que acompañan y caracterizan al sentimiento del fracaso fueron descritos por nosotros como complejo de inferioridad. Desde luego, en el caso de un complejo de inferioridad, los shocks son mucho más fuertes en los individuos peor preparados y menores en individuos animosos que en los descorazonados y deseosos de ayuda exterior. Todo el mundo experimenta conflictos que le desequilibran en mayor o menor grado, y los acusa corporal y anímicamente. Nadie escapa al sentimiento de inferioridad frente al mundo exterior, cualesquiera que sean las condiciones sociales y las circunstancias de su corporeidad. Las minusvalías orgánicas hereditarias son demasiado frecuentes para no ser reveladas por las duras exigencias de la vida.

Los factores del ambiente que ejercen su influjo sobre el niño no son apropiados para vida adecuado. El mimo, el descuido o facilitar la formación de un estilo de abandono, verdadero o sólo imaginado (sobre todo el primero) inducen al niño con demasiado frecuencia a colocarse en posición hostil frente a la comunidad. A esto se agrega el hecho de que el niño adquiere por sí mismo su ley de movimiento sin ser convenientemente dirigido; basándose sólo en la engañosa ley del ensayo y tanteo, y sin otros límites que los del humano capricho, persiguiendo siempre bajo múltiples apariencias el objetivo de superioridad. La fuerza creadora del niño utiliza las impresiones y sensaciones todas como impulsos hacia una actitud definitiva y hacia el desenvolvimiento de su ley de movimiento individual. Este hecho, puesto de relieve por nuestra Psicología individual, fue más tarde designado como actitud (Einstellung)o también como forma (Gestalt); sin tener debidamente en cuenta la integridad del individuo y su correlación con los tres grandes problemas de la vida y sin reconocer, desde luego, los méritos de esta Psicología individual.

El conflicto de un niño difícil, de un suicida, de un criminal, de un hombre que vegeta, de un superreaccionario o un militante ultrarradical y fanático, de un individuo negligente, agobiado por las necesidades que perturban su agradable pasividad, de un amante de la vida apenado en su bienestar por la miseria que le rodea, ese conflicto, junto con sus consecuencias somáticas y anímicas, ¿es ya la neurosis ? A causa de su propia ley de movimiento errónea y rígida, chocan todos ellos con la verdad que la Psicología individual pone de relieve y llegan a un antagonismo con lo justo concebido sub specie aeternitatis: con las inexorables exigencias de una comunidad ideal. Tanto corporal como psíquicamente, experimentan las consecuencias de este choque multiplicadas en miles de variantes. Pero, ¿es esto la neurosis? Si no existieran comunidad ideal, cada cual podría las exigencias inexorables de la llegar a satisfacer en la vida su defectuosa ley de movimiento, o, para decirlo con más fantasía: satisfacer sus instintos, sus reflejos condicionados. Entonces, claro está, no habría conflicto alguno.

Nadie podría, sin embargo, formular una exigencia tan desprovista de sentido. Sólo la exteriorizará tímidamente aquel que haya perdido la visión de conjunto del individuo y de la comunidad e intente separar ambos factores. Más o menos reverentemente, todo el mundo se inclina ante la férrea ley de la comunidad ideal. Sólo el niño extremadamente mimado esperará y exigirá: res mihi subigere conor, tal como dijo Horacio en tono de censura, lo cual, traducido un poco libremente, viene a decir: utilizar en beneficio propio las aportaciones de la comunidad, sin colaborar en absoluto. ¿Por qué he de amar al prójimo? Porque así lo exige la indisoluble y mutua relación entre los hombres y el ideal inexorable que todo lo orienta: el ideal de la comunidad. Sólo aquel que contribuya suficientemente a la consecución del ideal común e incorpore esta contribución a su propia ley de movimiento con la misma naturalidad con que respira, sólo ése podrá resolver todos sus conflictos de acuerdo con los fines de la comunidad.

Como todo el mundo, también el neurótico vive y experimenta sus conflictos, pero los intentos que realiza para resolverlos le diferencian inconfundiblemente de todos los demás. Dada la multiplicidad de las variantes en esa búsqueda de solución, podremos observar en todo caso neurosis parciales y formas mixtas. De la ley de movimiento del neurótico forma parte, desde su más tierna infancia, la retirada ante los problemas que puedan poner en peligro su vanidad, su acusada tendencia a superar a los demás y a ser siempre el primero, tendencia excesivamente desligada del sentimiento de comunidad. Su lema vital: todo o nada, aut Cesar aut nihil (o algo muy cercano), se manifiesta generalmente en formas poco acentuadas, y junto con la susceptibilidad del que siempre se cree amenazado por el fracaso. Su impaciencia, su avidez, su emotividad acrecentada, comparable a la del que vive en país enemigo, engendran conflictos cada vez más agudos y frecuentes que le facilitarán enormemente la retirada ya prescrita por su estilo de vida. La habitual táctica de la retirada, practicada ya desde la infancia, puede simular muy fácilmente una regresión a los deseos

infantiles. Sin embargo, al neurótico no le preocupan tales deseos, sino su retirada, que está dispuesto a pagar con enormes sacrificios. También en este caso es fácil confundir tales fenómenos con las supuestas formas de autocastigo. Sin embargo, lo que inquieta sobremanera al neurótico no es el autocastigo, sino el sentimiento de alivio debido a la retirada, ya que este sentimiento salvaguarda al individuo del aniquilamiento de su vanidad y de su orgullo. Quizá se comprenda ahora, finalmente, lo que el problema del aseguramiento significa para la Psicología individual, problema que no puede ser reconocido, si no es en su totalidad, puesto que no se trata de algo secundario, sino fundamental. El neurótico se asegura mediante su retirada y asegura su retirada mediante el aumento de los fenómenos de shock, de naturaleza somática y anímica, engendrados por el planteamiento de un problema que amenaza con el fracaso.

Y es que el neurótico prefiere sus padecimientos al derrumbamiento del elevado sentimiento de sí mismo, cuya potencia fue exclusivamente puesta de relieve por la Psicología individual. Este orgullo, este complejo de superioridad (como lo hemos llamado nosotros), que sólo en la psicosis se observa de modo patente, resulta ser tan fuerte que hasta el mismo neurótico lo intuye sólo lejanamente en una actitud de tembloroso respeto, y procura desviar su atención no bien necesita enfrentarse con él en la vida real. Este orgullo le impulsa hacia delante; pero la idea de retirada le obliga a rechazarlo todo, a olvidarse de todo lo que podría impedirla. No hay lugar en él sino para los actos que la posibilitan.

El neurótico centra en la retirada todo su interés. Un paso hacia delante significa para él como una caída en el abismo con todos sus horrores. Por esto procura echar mano de toda su fuerza, de todos sus sentimientos, de todos sus comprobados recursos de retirada para permanecer alejado del frente. La serie de vivencias de shock a la cual consagrará toda su atención, -desviándola del único factor importante, que es su miedo a reconocer lo alejado que se halla de su altísimo objetivo egoísta- el enorme consumo de sentimientos

generalmente metafóricos y exacerbados, de los que los sueños gustan tanto, y que le permiten persistir en su estilo personal de vida opuesto al sentido común, le ayudan a aferrarse a los acabados aseguramientos, impidiendo que se vea arrastrado al fracaso. La opinión y el juicio ajenos, admitiendo en un principio la neurosis como circunstancia atenuante sin la cual jamás sería reconocido el vacilante prestigio del neurótico, encierran el mayor de los peligros. Para ser breves, podemos decir que la neurosis es la utilización de las vivencias de shock en defensa del prestigio amenazado. o, para ser más breves todavía, la tonalidad afectiva del neurótico se condensa en el sí… pero. El sí contiene el reconocimiento del sentimiento de comunidad, el pero, la retirada con todos sus mecanismos de aseguramiento. A la religión sólo puede causarle perjuicio el hecho de que la neurosis se haga derivar de ella o de la falta de ella. Del mismo modo perjudica a toda ideología política el hecho de atribuirle virtudes curativas frente a la neurosis.

Volvamos ahora al examen de nuestro caso. Al salir nuestro enfermo de la Universidad, una vez terminada la carrera, intentó colocarse como pasante en el despacho de un abogado. No permaneció en él sino unas cuantas semanas, porque su radio de acción le pareció insignificante. Después de haber cambiado, por éste y por motivos semejantes, más de una vez de empleo, decidió dedicarse a estudios de carácter teórico. Fue invitado a dar conferencias sobre problemas jurídicos; sin embargo, declinó siempre la invitación, alegando la imposibilidad en que se hallaba de hablar ante un auditorio tan importante. En esa época, a los treinta y dos años de edad, se iniciaron sus síntomas. Un amigo, que quiso ayudarle, se ofreció a colaborar en una conferencia, aceptando la condición, impuesta por nuestro enfermo, de permitirle hablar primero. Subió temblando a la cátedra, extremadamente cohibido y temiendo perder el conocimiento, y ya no vio más que unas manchas negras que le bailaban delante de los ojos. Poco después de la conferencia se produjeron sus primeros síntomas gástricos, y el individuo llegó a imaginarse que moriría inmediatamente si volvía

a hablar, siquiera una vez más, ante un público numeroso. En la siguiente etapa de su vida se limitó a dar clase a niños.

Un médico a quien consultó, le indicó que lo que necesitaba para curarse era tener relaciones sexuales. Podemos comprender de antemano la insensatez de tal consejo. El enfermo, que ya se encontraba en plena retirada, reaccionó entonces con una fobia terrible a la sífilis, con escrúpulos de orden moral y con el temor a ser engañado y acusado de la paternidad de algún hijo ilegítimo. Sus padres le aconsejaron que se casara, con lo cual consiguieron un aparente éxito, sobre todo cuando ellos mismos se cuidaron de encontrarle esposa. Pronto quedó ésta embarazada, pero se fue de casa de su marido para volver a la de sus padres, por no poder sufrir las continuas censuras que en tono de superioridad llovían sobre ella.

Podemos ya ver cuán orgulloso se mostraba nuestro enfermo cuando se le presentaba ocasión para ello y, sin embargo, con qué facilidad se batía en seguida en retirada cuando algún asunto le parecía inseguro. No se interesaba lo más mínimo ni por su esposa ni por su hijo. No se ocupaba sino en disimular su insuficiencia, y esta preocupación era más fuerte que su aspiración al tan anhelado éxito. Así fracasó no bien llegado al frente de la vida; una enorme oleada emotiva, causada por un miedo extremo, perduró en él y fortificó su retirada forjándole espectros, temibles, con los que se facilitaba a sí mismo el avance hacia atrás. ¿Son necesarias pruebas más contundentes? Intentaremos aportarlas de dos lados distintos. En primer término, remontándonos hasta su infancia para descubrir lo que indujo a establecer este estilo de vida que comprobamos en él. En segundo término, recopilaremos una especie de coherentes datos de su vida. De todas maneras, considero que la prueba más concluyente de la exactitud de una comprobación de esta índole está en poder demostrar que las ulteriores aportaciones a la caracterización de una persona están en completa armonía con los síntomas ya comprobados. Si no fuera

éste el caso, entonces su concepción debería modificarse en consonancia.

La madre, según me explicó el propio enfermo, era una mujer muy cariñosa, y a la cual se sentía muy ligado. Ella le mimaba extraordinariamente y esperaba de él colosales triunfos. El padre mostrábase menos propenso a animarle, pero cedía sin excepción siempre que el paciente le exponía, entre lágrimas, sus deseos. En cuanto a los hermanos, nuestro enfermo tenía marcada preferencia por su hermano menor, que le admiraba y acataba, cumpliendo todos sus deseos y siguiéndole con la fidelidad de un perro. El enfermo era la esperanza de su familia, y pudo dominar y superar siempre a todos los demás hermanos. Se encontró, pues, en una situación sobremanera fácil y cordial que le hizo inepto para enfrentarse con el mundo.

Esto se demostró en seguida al ir por vez primera a la escuela. Era el más joven de la clase, lo cual le dio pretexto para manifestar su antipatía por semejante situación, cambiando dos veces de escuela. Sin embargo, se dedicó luego al estudio con una aplicación sin par, anhelante de superar a sus restantes condiscípulos. Al no alcanzar su propósito se batió inmediatamente en retirada, dejando de acudir muy a menudo a clase alegando dolores de cabeza y de vientre, o llegando demasiado tarde. Tanto él como sus padres atribuyeron a sus frecuentes ausencias el hecho de no poder clasificarse desde el primer momento entre los mejores de la clase, mientras que nuestro enfermo insistía mucho en que sabía y había leído más que todos sus condiscípulos.

Los pretextos más ínfimos eran suficientes para que sus padres le pusiesen en seguida en cama, prodigándole los más esmerados cuidados. Había sido siempre un niño miedoso y gritaba inconscientemente en sueños para que su madre se ocupara de él incluso durante la noche.

Fácilmente se comprenderá que no tenía conciencia de la gran importancia que ofrecen las múltiples correlaciones entre tales fenómenos. Todos constituían la expresión, el lenguaje de su estilo

de vida. Ignoraba también que al leer siempre en cama hasta altas horas de la madrugada sólo se proponía gozar al día siguiente del privilegio de levantarse tarde, liberándose así de una buena parte de sus trabajos cotidianos. Su timidez era aún mayor ante las muchachas que frente a los hombres, y esta actitud perduró durante todo su desarrollo y en su transición a hombre maduro. Como fácilmente puede comprenderse, en todas las situaciones de la vida mostraba falta de valor, y de ninguna manera hubiera podido decidirse a poner en juego su orgullo. La inseguridad de la acogida de que pudiera ser objeto por parte de las chicas contrastaba marcadamente con la seguridad con que podía esperar la total entrega de su madre. En su matrimonio quiso dominar a su mujer, como anteriormente a su madre y a su hermano, y, como era de esperar, fracasó totalmente. He podido comprobar que los primeros recuerdos de la infancia revelan, desde luego de manera disimulada, el estilo de vida de los individuos. He aquí el primer recuerdo de que guarda memoria nuestro enfermo:

Un hermano menor había muerto, y el padre, ante la puerta de la casa, lloraba amargamente. Recordemos que en una ocasión el enfermo había huido a casa para no dar una conferencia alegando que se moriría en el acto.

La actitud frente a la amistad caracteriza la capacidad social de un individuo. Nuestro paciente no había tenido buenos amigos sino en muy cortos lapsos de tiempo, y siempre había pretendido dominarlos. Podríamos llamar a esto explotación de la amistad, ya que no merece el nombre de amistad verdadera. Cuando en tono muy amistoso le llamé la atención acerca de este hecho, me contestó: No creo que nadie se desviva por el prójimo; cada uno lo hace sólo por sí mismo. La manera como se preparaba para proteger la retirada queda puesta de manifiesto por los hechos siguientes : le hubiera gustado mucho escribir artículos o algún libro; pero cada vez que lo pretendía experimentaba tal grado de excitación, que se sentía incapaz de pensar. Declaró no poder dormir si no leía antes en cama. Sin embargo, al terminar de leer le

sobrevenía una sensación de pesadez en la cabeza que le impedía conciliar el sueño. Su padre había muerto algún tiempo antes de trasladarse nuestro enfermo a otra ciudad. Poco después, le ofrecieron allí un puesto, que no quiso aceptar alegando que moriría si iba a aquella ciudad. Cuando se lo ofrecieron en su propia ciudad, lo rechazó también, so pretexto de que la primera noche no podría dormir de excitación y al día siguiente fracasaría en su empleo por dicha causa. Antes tenía que curarse por completo. Aportaremos ahora un ejemplo para demostrar que su ley de movimiento, el sí… pero de los neuróticos, se puede encontrar también en los sueños de nuestro enfermo. La técnica de la Psicología individual nos permite descifrar el dinamismo del sueño. Nada nuevo nos dice que no hubiéramos podido reconocer en las demás formas de conducta individual. De los bien interpretados medios y de la selección de los temas se llega a entender cómo el que sueña guiado por su ley de movimiento está preocupado por la realización de su estilo de vida, antagónico al sentido común, mediante la provocación artificial de sentimientos y emociones. Muy a menudo veremos indicios de cómo el paciente produce sus síntomas bajo la presión del temor a un fracaso. He aquí ese sueño que él me había explicado: Tenía que ir a visitar a unos amigos que vivían al otro lado de un puente. Las barandillas de éste estaban recién pintadas. Quise mirar el agua, y al apoyarme en la barandilla me di un fuerte golpe en el vientre, que empezó a dolerme. Entonces me dije: No debes mirar el agua; podrías caerte. Sin embargo, asumí el riesgo y volví a acercarme a la barandilla, miré hacia abajo y me retiré con precipitación, pensando que lo mejor para mí era quedar a buen recaudo.

La visita a unos amigos y la barandilla recién pintada aluden a la preocupación en torno del sentimiento de comunidad y del establecimiento de un nuevo estilo de vida. El temor del paciente a caer desde su altura al agua, sus sí… pero, son sobradamente claros. Los dolores gástricos consecutivos a un sentimiento de temor los tiene siempre a mano en virtud de un estado constitucional que ya hemos señalado. El sueño muestra la actitud negativa del

enfermo frente a los esfuerzos hasta ahora realizados por el médico, y la victoria del antiguo estilo de vida con ayuda de la inminente idea de peligro, una vez puesta en duda la seguridad de la retirada.

La neurosis es la utilización automática de los síntomas producidos por la acción de un shock, sin que el enfermo los comprenda. Propenden a esta utilización aquellas personas que sienten una excesiva preocupación por su prestigio y que, desde su infancia, las más de las veces bajo la influencia del mimo fueron inducidas a emprender el camino de esta explotación de factores externos e internos. Añadiremos algo más acerca de los fenómenos corporales que representan un campo abonado para las fantasías de algunos autores. He aquí los hechos: el organismo constituye una totalidad y posee don y regalo de la evolución- una tendencia al equilibrio que en la medida de lo posible, se mantiene hasta en circunstancias difíciles. La conservación del equilibrio implica respiración, el número la variabilidad del pulso, la amplitud de la de los movimientos respiratorios, el grado de coagulación de la sangre y la acción de las glándulas de secreción interna. Todo esto demuestra con claridad creciente que los estímulos, especialmente los anímicos, estimulan a su vez los sistemas vegetativo y endocrino, determinando una modificación cuantitativa o cualitativa de las secreciones internas. Dados nuestros conocimientos actuales, las alteraciones que mejor comprendemos son las que en la glándula tiroides se producen a causa de un shock; tales cambios pueden llegar a ser a veces peligrosos, para la misma vida incluso. Personalmente, he conocido más de un caso. El investigador más destacado en este aspecto, Zondek, había pedido mi colaboración para determinar las influencias psíquicas que entran aquí en juego. No cabe duda de que todos los casos de enfermedad de Basedow se presentan como consecuencia de conmociones psíquicas. Y es que los traumas psíquicos pueden alterar la glándula tiroides.

Los estudios acerca de la irritación de la glándula suprarrenal han hecho también grandes progresos. Se puede hablar de un complejo simpático suprarrenal que, sobre todo en los estallidos

coléricos, aumenta la secreción de dicha glándula. El investigador norteamericano Cannon demostró, mediante experimentos en los animales, que las descargas emocionales producen un aumento de la secreción de adrenalina, que a su vez acentúa la actividad cardíaca. Así, se comprende que causas meramente psíquicas puedan ocasionar dolores de cabeza o de la cara y hasta tal vez ataques epilépticos. En estos casos se trata siempre, desde luego, de personas que son constantemente presas de preocupaciones que no tienen fin. Es evidente que se debe de tomar en consideración la época que se está viviendo. Si se trata de una muchacha neurótica de veinte años de edad, podremos suponer de antemano que los problemas que la atormentan son de índole profesional, si no amorosa. En un hombre o mujer de unos cincuenta años, no será difícil tampoco adivinar que es el problema del envejecimiento, que la persona en cuestión cree no poder resolver o que no puede resolver en realidad. Tales hechos de la vida no los experimentamos nunca de manera directa, sino tan sólo a través de nuestra opinión, que es la única determinante.

La curación sólo puede lograrse recurriendo a la inteligencia, mediante una creciente comprensión del enfermo, que le induzca a reconocer sus errores y le facilite al mismo tiempo el desarrollo del sentimiento de comunidad.

CAPÍTULO XI

PERVERSIONES SEXUALES

Actitud ante concepciones opuestas. La homosexualidad no depende de las hormonas. La disminución de la línea de avance en las perversiones. El problema de la distancia en las neurosis sexuales. Sadismo y masoquismo. El entrenamiento en las perversiones. Actitud del perverso ante la conducta normal. El entrenamiento de la homosexualidad en los sueños. El problema del hermafroditismo y el de los gemelos. Las posibilidades del tratamiento.

Confío en que el presente capítulo -una exposición harto sumaria de las perversiones sexuales[10] no defraude al lector. Puedo esperarlo tanto más cuanto que la mayoría de mis lectores están ya familiarizados con las concepciones básicas de la Psicología individual, de modo que la alusión superficial al tema puede ofrecer igual valor que una detallada exposición. Se trata aquí, ante todo, de mostrar al lector la absoluta armonía que reina entre nuestra concepción de la vida y la estructura de las perversiones sexuales. Este tema no está desprovisto en nuestro tiempo de ciertos peligros, ya que hoy precisamente predomina la corriente que pretende explicar las perversiones sexuales a través de factores congénitos.

Esto es muy importante y no hay que perderlo de vista; a nuestro entender, las perversiones sexuales son un producto artificial infiltrado a través de la educación sin que el interesado se dé cuenta de ello. Esto revela ya el antagonismo existente entre nuestras concepciones y las de otros con su cohorte de dificultades, no atenuadas por el hecho de que otros autores, por ejemplo Kraepelin, hayan sostenido concepciones muy semejantes a las nuestras.

Para aclarar las relaciones que existen entre nuestros resultados y los de otras escuelas, explicaré aquí un caso que, si bien nada tiene que ver con las perversiones sexuales, puede servir para ilustrar mi punto de vista en cuanto a la interpretación psicológica. Se trata de una mujer que vive en feliz matrimonio y tiene dos hijos. Desde hace seis años sostiene una ardua lucha con su entorno. La cuestión gira alrededor del siguiente problema: pretende que una de sus más íntimas amigas, a quien conoce desde su infancia, y a la que había admirado siempre por sus varias y notables dotes, había empezado a manifestar desde hacía seis años un desmedido afán de dominio y un ávido deseo de atormentar a los demás. La paciente fue quien hubo de sufrir más por ello y enumeró incluso una serie de pruebas que los demás rehusan. En el curso de nuestra conversación manifiesta lo siguiente: Es posible que haya ido demasiado lejos en algunas de mis afirmaciones, pero en el fondo me asiste toda la razón. Hace unos seis años esta amiga hizo observaciones muy poco halagüeñas acerca de otra amiga que no estaba presente, mientras que en su presencia siempre la halagaba. Teme ahora que la misma amiga pudiera hacer observaciones análogas acerca de ella. He aquí otra prueba. La amiga observó que el perro, aunque dócil, es tonto, mientras echaba una mirada de soslayo a nuestra enferma, como si hubiera querido decir: Como tú. Los que rodeaban a la enferma se indignaron de la interpretación de aquellas palabras pronunciadas sin ánimo de ofensa, y tomaron el partido de la acusada.

Ante otras personas siempre se muestra esta señora acusada bajo los aspectos más favorables. Para fortalecer su propio criterio,

la enferma declaró: ¡Fijaos cómo trata a su perro! Le martiriza y exige que haga dificilísimos juegos de circo. Las personas de su familia opinaban así: Pero se trata de un simple perro, y su conducta frente a él no puede ser equiparada con su conducta frente a las personas, con las cuales es bondadosa. Los hijos de la enferma querían mucho a la amiga en cuestión y se opusieron a la concepción de su propia madre; hasta el marido negó rotundamente la posibilidad de otra interpretación que la de todos. No por eso la enferma dejó de encontrar nuevas pruebas de afán de dominio de la amiga, dirigido principalmente contra ella. No vacilé en declarar abiertamente que a mi parecer era ella quien tenía razón. Quedó encantadísima. Encontré luego una serie de indicios que confirmaban el afán de dominar de aquélla, y, finalmente, mi impresión fue confirmada por el mismo marido. Entonces se aclaró que la pobre mujer tenía razón; sólo que hacía un mal uso de su perspicacia. En lugar de comprender que existe una tendencia general más o menos encubierta a rebajar al prójimo y que es siempre preciso reconocer alguna buena cualidad en cada semejante, se había vuelto por completo contra aquella amiga, encontrando que en ella todo era censurable e irritable, y por ello su estado de ánimo cambió. Nuestra enferma poseía una fina intuición y pudo adivinar, aunque no comprender, mejor que los demás, lo que ocurría con su amiga.

Lo que quiero decir con todo esto es que lo más fatal que a veces puede a uno ocurrirle es tener razón. Podrá parecer paradójico, pero quizá todos nosotros hayamos ya experimentado que el hecho de tener razón acarrea en ocasiones la desgracia. Imagínese lo que hubiera podido ocurrir si la señora de que venimos hablando cayera en manos de alguien carente de tacto: se hablaría de delirio, de ideas paranoicas, y sería tratada en consonancia, con lo que empeoraría cada vez más. Es muy difícil que el que tiene razón abandone su punto de vista. En esta situación se encuentran aquellos investigadores que, estando convencidos de tenerla, se ven obligados a tomar su defensa. Esto jamás debe extrañarnos,

como tampoco que surjan enconadas polémicas en torno a nuestras teorías. Pero al tener razón, debemos evitar hacer mal uso de esta certidumbre. No debe tampoco irritarnos el hecho de que otros nos ataquen. El científico necesita hacer gala de una paciencia inagotable. El hecho de que hoy prive la idea hereditaria al explicar las perversiones sexuales -ya se trate del simple heredólogo que habla del tercer sexo, ya del que admite la coexistencia de ambos o del que opina que los factores congénitos se desarrollan inexorablemente, o ya de aquellos que hablan de componentes innatos- no puede decidirnos a abandonar nuestros puntos de vista. Pues está demostrado que en su búsqueda de modificaciones y anomalías orgánicas, los organicistas suelen salir muy mal parados. En cuanto a la homosexualidad, quisiera mencionar aquí un trabajo recientemente publicado y que se refiere al problema planteado en 1927 por Laqueur al descubrir la presencia de hormonas del sexo opuesto en la orina de todos los seres humanos. A quien aún no haya penetrado suficientemente en nuestras teorías, no dejará de sorprenderle semejante hallazgo y podrá creer que las perversiones se desarrollan en virtud de una bisexualidad originaria. De la investigación de Bran sobre nueve homosexuales resulta que en éstos se encuentran las mismas hormonas que en los no homosexuales, lo cual representa un gran paso en nuestra dirección. Demuestra que la homosexualidad no depende de las hormonas para nada.

Trataremos de dar aquí un esquema que permita establecer una clasificación de todos los sistemas psicológicos. Entre éstos hay unos que se ocupan exclusivamente de determinar qué es lo que el hombre trae al mundo y posee, y de esta posesión intentan luego derivar todo lo psíquico; se trata de las Psicologías de posesión. Desde el punto de vista del sentido común, éste es un criterio fatal, puesto que en la vida no estamos tan dispuestos a sacar consecuencias de la posesión, sino precisamente del uso que se pueda hacer de lo poseído. Nos interesa mucho más el uso que la posesión. El hecho de que alguien posea una espada no da la

seguridad de que sepa utilizarla debidamente; puede tirarla, puede emplearla como si fuera un palo, puede usarla de mil maneras, sin que por ello haga forzosamente el uso adecuado. Lo que nos interesa es sólo este uso. Por esto quiero afirmar aquí que existen otras vertientes psicológicas que deberíamos considerar como Psicologías de uso. Para comprender a un individuo, la Psicología individual observa su actitud ante los problemas de la vida, y toma en consideración el uso de lo que posee y no la mera posesión. Para personas de cabal sentido y de claro pensar huelga decir que nadie en realidad puede hacer uso de aquello que está por encima de sus facultades, que nadie puede rebasar el marco de las humanas aptitudes, sobre cuyo alcance nada sabemos en definitiva. Es de lamentar, porque testimonia la entronización de la ignorancia en el campo de la psicología, el hecho de que nos veamos obligados a recordar cosas tan elementales. En cuanto al uso de las facultades, debemos observar lo siguiente: el más decisivo de todos los pasos hasta hoy dados por la Psicología individual fue el de considerar la ley de movimiento en la vida anímica del hombre como característica de su peculiar modo de ser. Si bien es verdad que hemos tenido que inmovilizar el movimiento para poder percibirlo como forma, no lo es menos que hemos partido siempre del punto de vista de que todo en la vida es movimiento, encontrando que esto es lo correcto para poder llegar a la solución de los problemas y a la superación de las dificultades. No se puede decir que el principio de placer contradiga lo que acabamos de afirmar, puesto que la tendencia al placer equivale a la superación de cualquier privación o sensación de desagrado. Si esto es así, tendremos que enfocar también bajo esta luz las perversiones sexuales. Con lo cual quedará orientada la investigación hacia la observación del movimiento, de acuerdo con los principios de nuestra Psicología individual. Pero he de subrayar que, aun cuando este método nos proporcione formulaciones y concepciones básicas sobre la estructura de las perversiones, no por ello queda suficientemente definido el caso particular, que representa siempre algo único que

no se repite. Si, por ejemplo, procedemos a un tratamiento, es preciso rechazar de plano toda fórmula generalizadora. De la Psicología de uso deducimos que el individuo, desligado de su habitual y normal entorno social, no podría revelarnos nada acerca de su peculiar modo de ser. Sólo después de someterlo a un detenido examen para observar el uso que hace de sus facultades, podemos decir algo acerca de él. En este sentido, la Psicología individual se acerca a la Psicología experimental (cuyo campo es, desde luego, mucho más estrecho), con la diferencia de que nuestros experimentos están creados por la vida misma. Los factores exógenos con que se enfrenta el individuo son, para nosotros, de gran importancia. A este respecto necesitamos comprender qué relación guarda el individuo dado con el problema que tiene delante; necesitamos mirar y comprender, desde ambos lados, en qué forma se mueve este individuo frente al problema exterior y de qué modo intenta dominarlo. La conducta del individuo ante una tarea siempre social -su ley de movimiento- es el campo de observación del psicólogo individual. En él podremos observar incontables variantes y matices. No es posible orientarse entre esta extraordinaria variedad sin reconocer con carácter provisional la existencia de lo típico, y ello con la plena conciencia de que lo que se supone como tal acusa siempre unas variantes que será preciso especificar luego con mayor precisión. La comprensión de lo típico ilumina tan sólo el campo de investigación, iniciándose seguidamente la tarea más difícil: hallar lo individual. Esto requiere una finísima percepción que puede ser adquirida. Debe comprenderse, además, la dificultad subjetiva sentida por el individuo y la fuerza del problema presente en cada caso, lo cual no se logra sino poseyendo la suficiente experiencia social al mismo tiempo que una fina capacidad de identificarse con el estilo de vida del individuo, o sea, con la totalidad de su manera peculiar de ser. En esta ley de movimiento que nos es dable percibir podemos distinguir las cuatro formas típicas que hemos descrito en mis dos últimos trabajos de la Zeitschrift für Individualpsychologie.

Prescindiendo de las demás formas de movimiento frente a los problemas de la vida amorosa, encontramos de manera sorprendente en las perversiones sexuales la línea de avance restringida. Dicha línea de avance no dispone de una amplitud normal, como más tarde se demostrará, sino que, al contrario, parece extremadamente limitada, de modo que nunca resuelve sino un aspecto parcial del problema, como ocurre, por ejemplo, con el fetichismo. Es igualmente importante la comprensión del hecho de que todas estas formas de movimiento tienen como finalidad superar por una vía anormal sentimientos de inferioridad. Si consideramos el movimiento del sujeto, el uso que hace de sus facultades, siempre guiado por su opinión y por el sentido que, sin él saberlo ni haberlo formulado claramente en palabras y conceptos, atribuye a la vida, entonces podremos adivinar qué objetivo de superación, qué satisfacción (que a él se le antoja como triunfo) puede perseguir al no entregarse por completo a la solución del problema del amor, al no abordarlo desde cerca o al perder el tiempo en dilaciones. Podría invocarse en este punto el ejemplo de Fabio Máximo Cunctator, que ganó una batalla por haber vacilado mucho tiempo; pero esto solamente nos demuestra que no debemos atenernos nunca a una regla de conducta rígida.

Este objetivo de superioridad se manifiesta claramente también en las neurosis sexuales (frigidez, ejaculatio praecox, etc.), en las que se llega a rozar el problema sexual, pero sólo a distancia, en una actitud vacilante, sin ningún espíritu de cooperación, lo cual nunca conducirá a la solución del problema. En esta forma de movimiento encontraremos también la tendencia a la exclusión, tendencia que se trasluce más intensamente en la homosexualidad pura, pero también en otros casos, como en el fetichismo y el sadismo. Este último encierra una agresividad muy grande que tampoco conduce a la solución del problema: en ocasiones suele darse una forma singular de vacilación y exclusión en que una excitación sexual conduce al dominio de la pareja, pero no a una relación normal con ella: el comienzo impetuoso da lugar a una

solución insuficiente, esto es, unilateral del problema. Lo mismo ocurre en el masoquismo, en el que debemos comprender el objetivo de superioridad bajo un doble aspecto. Está completamente claro que el masoquista manda al individuo con quien comparte el placer y que a pesar de su sentimiento de debilidad se considera como el que domina y ordena. Al mismo tiempo excluye la posibilidad de una derrota, a la que le expondría una amplitud normal de la línea de avance. Es mediante este subterfugio que consigue superar su angustiosa tensión.

Considerando la actitud individual de una persona veremos que, si alguien sigue una forma de movimiento determinada, se producirá automáticamente la exclusión de otras formas de solución. Esta exclusión no es casual: de la misma manera que el proceso de movimiento ha sido ejercitado, también la exclusión es el resultado de un entrenamiento previo. No existe perversión sexual alguna sin entrenamiento. Claro está que esto no será reconocido sino por quien fije su atención en los movimientos que el individuo de referencia realiza. Tendremos que poner de relieve un segundo punto de vista. El proceso normal de movimiento sería aquel que nos condujera directamente hacia el nudo del problema para intentar su plena solución. En manera alguna encontraremos esta preparación si no sometemos los movimientos precedentes del individuo a un riguroso examen. Remontándonos, por ejemplo, hasta sus primeros años de vida, encontraremos que se ha formado, ya en aquel entonces, un prototipo bajo el impulso de influencias externas y sobre la base de aptitudes y posibilidades congénitas. Pero lo que el niño hará más tarde de todos estos influjos y de la vivencia de sus propios órganos, eso es imposible predecirlo. El niño obra aquí con absoluta libertad valiéndose de su propia energía creadora. Las posibilidades son innumerables; nosotros hemos procurado ponerlas siempre de relieve negando al mismo tiempo su determinismo causal. No es exacto decir que un niño que viene al mundo con una debilidad del sistema endocrino llegará a ser forzosamente un neurótico, aunque existe cierta probabilidad de

que, de un modo general, determinadas vivencias se manifiesten en un sentido aproximadamente parecido, a menos que adecuadas medidas educativas influyan en pro del contacto social.

Tampoco las influencias del ambiente son de naturaleza tal que nos indiquen de antemano lo que el niño hará de ellas. Aquí, en pleno reino de la libertad y del error, existen mil posibilidades. Cada uno cometerá errores, puesto que nadie puede pretender poseer la verdad absoluta. Pero es indudable que para llegar a ser una persona aproximadamente normal, el prototipo debe estar provisto de ciertos impulsos de colaboración. Todo el desenvolvimiento de una persona depende del grado de contacto que desarrolle con el mundo circundante en su tercero, cuarto o quinto año de vida. Ya en esta época se revela cuán capaz es para estar con los demás. Si se examinan las conductas desviadas desde este punto de vista, se llega a descubrir que todas las formas defectuosas de movimiento deben ser explicadas por la falta de capacidad de contacto. Hay más: su manera de ser peculiar obliga al individuo a protestar contra toda otra forma para la cual no se halle suficientemente preparado. Frente a tales personas debemos ser tolerantes, puesto que nunca han aprendido a desarrollar en ellos el grado necesario de interés social. Quien comprenda esto, comprenderá también que el problema del amor es un problema social que no puede ser resuelto por una persona que tenga poco interés en su pareja, ni por quien no esté hondamente penetrado de la conciencia de que participa también del desarrollo de la Humanidad. Tales personas están regidas por una ley de movimiento diferente de la que rige para el que está acertadamente preparado para resolver el problema del amor. Así, pues, de todo pervertido podemos afirmar que no ha podido llegar a ser un verdadero compañero, en el sentido social del término.

Las fuentes de error que hacen comprensible el estancamiento del niño por su falta de capacidad de contacto pueden ser puestas aquí de manifiesto. El mimo es el fenómeno de la vida social que más intensamente puede frenar y reducir la capacidad de contacto.

Los niños mimados no tienen contacto sino con la persona que los mima, y se ven obligados, por tanto, a excluir a todas las demás. En cada especial forma de perversión pueden ser descubiertas todavía otras influencias. Cabe decir que por el peso de tal o cual acontecimiento, el niño ha estructurado aquí su ley de movimiento. Todo pervertido muestra su ley de movimiento, no sólo frente al problema sexual, sino frente a todas las pruebas de la vida para las cuales carece de preparación. Por eso se observan en los pervertidos sexuales todos los rasgos característicos de la neurosis: susceptibilidad, impaciencia, inclinación a explosiones afectivas, avidez, etc.. como también la tendencia a justificar su perversión atribuyéndola a un impulso irresistible. Su afán de posesión nace del deseo de llevar a término el plan que les está asignado por su propia manera de ser, observándose como corolario una protesta tan enérgica contra las demás formas de vida, que otros individuos, en especial aquel con quien el pervertido comparte el amor, no dejan de correr ciertos peligros (sadismo y crimen sádico).

Desearía mostrar cómo se puede poner de manifiesto el entrenamiento que conduce a una determinada forma de perversión sexual, y esta observación nos mostrará que ciertas perversiones pueden originarse de semejante entrenamiento. Sería erróneo buscar en él lo material; debemos comprender que también pueden realizarse entrenamientos en la esfera del pensamiento, así como en los sueños. Esta afirmación de la Psicología individual tiene gran importancia, puesto que muchos autores creen que, por ejemplo, un sueño perverso es una prueba de homosexualidad innata. En cambio, el cómo interpretamos los sueños nos permitirá deducir que ese sueño de contenido homosexual precisamente forma parte del entrenamiento, de la misma manera que contribuye a desarrollar el interés hacia el propio sexo y a excluirlo cuando se trata del sexo opuesto. Pondremos de relieve el proceso de este entrenamiento en un caso observado en una edad en que aún sería prematuro hablar de perversión sexual. Y relataré, además, dos sueños para demostrar que la ley de movimiento suele exteriorizarse también en

ellos. Quien esté provisto de conocimientos psicológicoindividuales, no vacilará en investigar la totalidad de las formas de vida en cada uno de sus minúsculos fragmentos. También en el contenido de los sueños debemos encontrar la infraestructura de las formas de vida, y no sólo en las ideas de los sueños, que sin embargo son particularmente explicitas si son entendidas y correctamente relacionadas con el estilo de vida ya que nos permiten comprender la actitud del individuo ante un problema dado, actitud que le es impuesta por su rígido estilo de vida. No quiero dejar de expresar el pensamiento de que nuestra labor se asemeja a la de un detective. No nos vemos favorecidos con todos los materiales que necesitaríamos para nuestra labor, y para determinar la unidad global de la persona debemos intensificar en sumo grado nuestra sagacidad, y nuestra capacidad de adivinación.

He aquí el primer sueño: Me veo transportado a una época de guerra futura. Todos los hombres, e incluso los muchachos de más de diez años, deben alistarse… Ya la primera frase revela al psicólogo individual que se halla en presencia de un niño que concentra su atención en los peligros de la vida, en la crueldad de los demás.

…Acontece ahora que una noche, al despertarme, me doy cuenta de que me encuentro en una cama de hospital. A la cabecera están sentados mis padres.

La elección de esta imagen es una clara señal de que se trata de un niño mimado.

Les pregunto qué ha pasado. Me dicen que es la guerra. Quisieran que yo no llegara a sufrirla, y por eso me han hecho operar, para transformarme en una muchacha.

De esto se desprende cuán preocupados están los padres por él, y quiere decir: Si me encontrara en peligro recurriría en seguida a mis padres. Ésta es una forma de expresión del niño mimado. Avanzaremos en nuestro trabajo de análisis en la medida en que podamos llevarlo a cabo sin restricción alguna, guiados por los

hechos que descubramos, puesto que en nuestra labor hemos de ser forzosa y extraordinariamente escépticos. Aquí se plantea el problema de la metamorfosis sexual. Haciendo abstracción de intentos científicos que son aún muy cuestionables, debemos decir que la transformación de un varón en una mujer es una concepción propia de un profano. En nuestro caso expresa muy claramente la inseguridad del individuo acerca de la vida sexual; nos enseña que el soñador no está completamente seguro de su propio papel sexual. Seguramente algún lector quedará sorprendido si le decimos que se trata de un chico de doce años. Podremos observar, sin embargo, cómo llegó a formarse tal concepción. La vida se le antoja insoportable a consecuencia de tan duros deberes como los de la guerra; por lo tanto, protesta contra ella.

Las muchachas no están obligadas a ir a la guerra. Si tuviera que ir a ella, ningún proyectil podrá llevarse mis partes sexuales, puesto que no las tengo ya como los chicos.

En la guerra podría perder su sexo. Un argumento muy poco convincente en favor de la castración y menos aún como expresión del sentimiento de comunidad en la negación de la guerra.

Llego a casa; pero, como por un milagro, la guerra ha terminado.

Entonces, la operación era completamente superflua. ¿Qué hará en este caso nuestro enfermo?

Tal vez no necesite conducirme como una muchacha, pues acaso ya no habrá guerra.

Se ve claramente que no abandona por completo el papel de hombre. Este hecho debemos anotarlo en su ley de movimiento. Procura progresar un poquitín hacia el lado masculino.

En casa fuí presa de gran tristeza y llore mucho.

Los niños que lloran mucho son niños mimados.

Al preguntarme mis padres por qué lloraba, les conteste: Temo sufir de los dolores de parto, ya que ahora pertenezco al sexo femenino.

Vemos que tampoco el papel sexual femenino es de su agrado. Estuvimos, pues, en el buen camino al suponer que el niño en

cuestión quería evitar todos los momentos desagradables de la vida. He observado que los invertidos sexuales suelen ser niños mimados, con frecuencia mantenidos en la incertidumbre sobre su verdadero papel sexual, y siempre he descubierto en ellos un anhelo exagerado de reconocimiento social, de éxito inmediato y un ansia voraz de superioridad personal. Puede acontecer que el niño ignore si pertenece al sexo masculino o al femenino. ¿Qué podría hacer, pues? Del lado masculino nada espera, pero tampoco espera nada del femenino.

Al día siguiente me fui a nuestra reunión, pues soy miembro de una asociación de exploradores.

Podemos imaginarnos de antemano cómo se comportará allá.

Soñaba que en nuestra asociación había una sola muchacha, que estaba separada de los muchachos.

Busqueda de la separación de los sexos.

Los muchachos querían que fuera con ellos. Pero yo les contestaba que era una muchacha, y me acercaba a la única que había. Me pareció muy extraño no ser ya muchacho, y medité cómo debía conducirme en mi calidad de muchacha.

Se presenta de súbito la preocupación: *¿cómo debo conducirme al ser muchacha?*

Es esto lo que hemos llamado entrenamiento. Sólo quien haya observado el entrenamiento en todas las perversiones sexuales, cómo se realiza y se impone a la fuerza, con exclusión de toda norma, comprenderá que toda perversión sexual es un producto artificial que cada uno se crea y al cual es inducido por su constitución psíquica, que él mismo se ha forjado, y a veces llevado por su constitución física congénita, que hace la conversión más fácil.

En mis reflexiones fui interrumpido por un gran ruido. Desperté, y me di cuenta de que había dado de cabeza contra la pared.

El que duerme ocupa a menudo una posición que está en armonía con su ley de movimiento (véase Adler, Schlafstellungen (Posiciones durante el sueño), en Praxis und Theorie der

Individualpsychologie, Verlag Bergmann, Munich, 4ª edición). Dar de cabeza contra la pared es una locución común, su conducta nos la recuerda.

El sueño me dejó muy impresionado…

La intención del sueño es siempre impresionar.

…hasta tal punto que, ya en la escuela, aún dudaba si era un chico o una chica, y durante el recreo hube de ir muy a menudo al baño para convencerme de que no era una chica.

Segundo sueño: Soñé haber encontrado a la única muchacha que tenemos en la clase. Es la misma con la que había soñado anteriormente. Quería ir de paseo conmigo. Yo le respondí: Ahora sólo ando con chicos. Me contestó: Yo también soy un chico. Le dije que no me parecía posible y le pedí que me lo demostrara. Entonces me enseñó su sexo, y era, en efecto, como el de los muchachos. Le pregunté cómo había ocurrido y me explicó que había sido operada. A los niños, dijo, es más fácil transformarlos; el proceso inverso es mucho más difícil, ya que, en este caso, en lugar de quitar hay que añadir algo. Por eso a ella le habían cosido al cuerpo un pene de caucho. Pero en este momento nuestra conversación fue interrumpida por una severa orden: ¡Levántate! Mis padres venían a despertarme. Con dificultad obtuve aún cinco minutos más de cama; pero como no soy ningún mago, no me fue posible ya reanudar el sueño, que se había esfumado.

En un determinado tipo de niños mimados observaremos una gran propensión a caer en artificios mágicos; la hechicería les parece lo más importante del mundo, ya que quisieran obtenerlo todo sin esfuerzos ni pena; tienen, pues, marcado interés por cuanto esté relacionado con la telepatía.

Ahora veremos cómo intentó explicarse este sueño el mismo muchacho en cuestión:

Había leído en relatos de guerra: Sus partes sexuales volaron por el aire. También había oído hablar de que si uno pierde su sexo ha de morir forzosamente.

Se desprende de ello la importancia que el joven asignaba a su sexo.

En la cabecera de un periódico había leído: Dos criadas tranformadas en dos horas en soldados.

Se trata, probablemente, de un caso de malformación de los órganos genitales que hasta entonces había pasado inadvertida.

Para terminar, quisiera formular una idea que sitúa todas las discusiones acerca de esta materia sobre una base más sencilla. Existen hermafroditas auténticos en los que es verdaderamente difícil decidir qué sexo ostentan. Es de su incumbencia el uso que quieran hacer de su hermafroditismo. En los seudohermafroditas encontramos deformaciones que semejan los órganos genitales del sexo opuesto. El hecho cierto es que toda persona lleva en sí rudimentos del otro sexo, como, por ejemplo, y según ya indicamos, se encuentran en la orina hormonas sexuales del sexo contrario. Esto nos sugiere una idea que parece atrevida: que todo ser humano lleva en sí a otro ser idéntico. Existen las más diversas formas de rudimentos de gemelaridad, y el problema de la simultaneidad de las dos formas sexuales en el ser humano encontrará su solución en el futuro, al mismo tiempo que el problema de la gemelaridad. Que todo ser humano procede de una substancia masculina y otra femenina lo comprendemos todos. Cabe la posibilidad de que las investigaciones sobre los gemelos nos lleve a plantear problemas que aporten mayor claridad acerca del hermafroditismo que, más o menos esbozado, puede observarse en cada individuo.

En cuanto al tratamiento, se oye siempre decir que las perversiones son incurables. Esto no es exacto; lo que sí es cierto es que su curación es difícil. La dificultad se explica por el hecho de que son personas que vienen entrenándose para la perversión a lo largo de toda su vida, debido a que se fijan a sí mismos una ley de movimiento muy angosta que prescribe en ellos una evolución determinada. Tienen que caminar en esta dirección por no haber hallado desde su primera infancia el contacto necesario para poder

hacer un uso adecuado de su cuerpo y de su psique. Pero este uso normal no puede realizarse si falta la premisa de un sentimiento de comunidad desarrollado, conocimiento que contribuirá probablemente a la curación de un número mucho mayor de víctimas de perversiones sexuales.

CAPÍTULO XII

PRIMEROS RECUERDOS INFANTILES

La entronización del yo por la Psicología individual. Influjo del estilo de vida sobre la memoria. Valoración de la gravedad de una neurosis. Definición del recuerdo. Significación especial de los primeros recuerdos. Distintos tipos de recuerdos infantiles. Los complejos psicoanalíticos en los niños mimados.

Por poco que se sepa de la unidad del Yo, es imposible hacer abstracción de ella. Para comprenderla puede desintegrarse la vida psíquica unitaria desde puntos de vista diversos más o menos fútiles; se puede recurrir a tres o cuatro concepciones distintas e incluso antagónicas; puede intentarse una interpretación del yo unitario mediante la conciencia o lo inconsciente, mediante la sexualidad o el mundo circundante, pero finalmente no podremos por menos de volver a montarlo, como al jinete en su caballo, en su unitaria validez. Es imposible ignorar el progreso en este sentido deparado por la Psicología individual. El yo llegó a imponer su dignidad a toda la psicología moderna, y si alguien lo cree desplazado por el ello o por el inconsciente, se equivoca. El ello se comporta siempre como un yo, más o menos ostensiblemente. Y sabido es que el Psicoanálisis, que ha visto siempre en la Psicología

individual un cautivo, que ya no se libera, acepta hoy y hasta incluso incorpora a su sistema artificial el hecho de que el consciente -o yo- se halla invadido de inconsciente -o, como yo le llamo, incomprendido- y que delata siempre un cierto grado de sentimiento de comunidad.

Es muy natural que en nuestros esfuerzos por aclarar la unidad infragmentable de la vida psíquica hayamos tropezado de pronto con la función y la estructura de la memoria. Pudimos confirmar las observaciones de autores antiguos de que no hay que concebir la memoria como la aglomeración fortuita de impresiones y de sensaciones, y de que las impresiones no se adhieren mecánicamente a lamneme. sino que ante esta función estamos también en presencia de una energía parcial de la vida anímica unitaria del yo, cuyo papel, compartido con la percepción, consiste en adaptar las impresiones al estilo de vida ya preestablecido y en utilizarlas según los fines de éste. Si quisiéramos expresarnos de una manera, por así decirlo, canibalesca, podríamos decir que la función de la memoria consiste en devorar y digerir las impresiones. No significa esto que debamos pensar en veleidades sádicas de la memoria. Pero el proceso de digestión forma parte del estilo de vida. Lo que no le agrada queda rechazado, olvidado o conservado como advertencia ejemplar. El estilo de vida decide. Si está dispuesto a acoger advertencias, utilizará a este fin impresiones indigeribles. Esto nos hace pensar en aquel rasgo del carácter que se llama prudencia. Hay cosas que quedan digeridas a medias, en su cuarta o en su milésima parte. En el proceso de esta digestión también pueden ser exclusivamente digeridos aquellos sentimientos y actitudes que van adheridos a las impresiones, mezclados a veces con recuerdos de palabras o de conceptos o con partículas de ambos. Si olvido el nombre de una persona a quien, sin embargo, conozco bastante y que no ha de recordarme algo desagradable ni serme necesariamente antipática, sino que de un modo transitorio o perdurable se encuentra simplemente fuera del sector de mi interés, estrictamente señalado por mi estilo de vida, puedo, no obstante,

rememorar todo lo que me parece importante respecto a esa persona. Puedo imaginármela como si estuviera presente; puedo evocarla y decir algo de ella. Precisamente porque no recuerdo su nombre, ocupa en su plenitud el campo de visión de mi conciencia. Esto quiere decir que mi memoria puede hacer desaparecer parte de la impresión total o la totalidad misma de la impresión tenida, obedeciendo bien a una de aquellas tendencias que acabamos de caracterizar o bien a alguna otra. Es ésta una capacidad totalidad artística que corresponde al estilo de vida individual. La totalidad de la impresión abarca, pues, mucho más que la vivencia formulada en palabras.La apercepción suministra a la memoria la percepción correspondiente a la peculiar manera de ser del individuo. Esta manera de ser acoge la impresión preparada de este modo y la reviste con sentimientos y con una actitud determinada. Éstos obedecen a su vez a la ley de movimiento del individuo. Lo que queda después de este proceso de digestión suele designarse como recuerdo, trátese de palabras, sentimientos o actitudes frente al mundo circundante. Este proceso abarca aproximadamente aquello que se suele comprender por función de la memoria. No existe, por lo tanto, una reproducción ideal y objetiva independiente de la peculiar manera de ser del individuo. Debemos, pues, tener en cuenta que hay tantas formas de memoria como formas de estilos de vida.

Uno de los ejemplos más frecuentes de una determinada forma de vida y de su memoria peculiar aclarará estas afirmaciones.

Un señor se queja con irritación de que su esposa lo olvida todo. Como médico pensé antes que nada en una enfermedad orgánica del cerebro. Excluida esta posibilidad y prescindiendo momentáneamente del síntoma (una necesidad que muchos psicoterapeutas no comprenden), procuré ahondar en el estilo de vida de mi enferma. Y encontré que era una persona muy tranquila, amable y comprensiva, que sólo con gran dificultad pudo defenderse de sus suegros en su matrimonio con un hombre ávido de dominio. Éste le había hecho sentir más de una vez la dependencia

pecuniaria en que se hallaba frente a él, así como el hecho de su origen en extremo modesto. En la mayoría de los casos solía soportar silenciosamente las pláticas de su marido. Pero en varias ocasiones se llegó a hablar por ambas partes de un posible divorcio. Sin embargo, el temor a perder la ocasión de dominar a su mujer hizo retroceder al hombre ante aquella resolución.

La mujer era hija única de padres amables y cariñosos, que nunca encontraron nada censurable en ella. El hecho de que prefiriera jugar sola durante su niñez, no se les antojó a aquéllos una falta, tanto menos cuanto que observaron que su hija se comportaba irreprochablemente cada vez que se encontraba en compañía de personas simpáticas. Sin embargo, también en el matrimonio era propensa, cuando estaba sola, en sus ocios y horas de lectura, a no dejarse molestar ni por la sociedad ni por su marido, aunque éste hubiera preferido estar más con ella para poner siempre de relieve su superioridad. En el cumplimiento de sus deberes de ama de casa acusó siempre un celo casi exagerado. Su único defecto era el de haberse olvidado con frecuencia sorprendente de cumplir los encargos del marido.

Sus recuerdos infantiles revelaron que había tenido siempre un gran placer en realizar sola sus obligaciones.

El psicólogo educado en nuestra escuela nota en seguida que en su forma de vida esa señora era propensa a cumplir todo aquello que pudiera realizar por sí misma, pero no las tareas a efectuar entre dos, como el amor y el matrimonio. Su marido no era la persona más indicada, por sus propios defectos, para que desarrollara esta aptitud. El objetivo de perfección para esa dama consistía en el trabajo unipersonal, en el cual se conducía siempre de manera ejemplar. Y quien no hubiera observado sino este aspecto de su vida no habría podido encontrar en ella falta alguna. Pero carecía de preparación para el amor y para el matrimonio; fracasó siempre que se trataba de acompañar a otro. De esto podemos inferir, para no citar más que un detalle, la forma de su sexualidad: la frigidez. Tras esta digresión volveremos ahora al

síntoma que muy justificadamente habíamos dejado de lado. Incluso hemos llegado ya a comprenderlo. Su olvido representaba una forma poco agresiva de protesta contra la colaboración impuesta, colaboración para la cual no estaba preparada y que caía fuera de su objetivo de perfección personal.

No todo el mundo es capaz de reconocer y comprender, a base de breves caracterizaciones como ésta, la complicadísima obra maestra de construcción de un individuo. Pero la enseñanza que Freud y sus discípulos, quienes necesitan una terapia psicoanalítica, nos atribuyen, de que los enfermos sólo aspiran a llamar la atención, es más que censurable y se condena por sí misma.

Diremos de paso que muy a menudo se plantea el problema de si un caso debe ser considerado grave o leve. Partiendo de nuestra concepción, la decisión dependerá totalmente del grado del sentimiento de comunidad que acuse el individuo. En el caso presente, se comprenderá con facilidad que el error de esta mujer y su preparación defectuosa para la colaboración y para la vida en común era fácil de corregir, ya que, por así decirlo, sólo por olvido había omitido desarrollar esta piedra angular de la educación. Tras amistosas conversaciones con el médico y la educación simultánea del marido por el médico, llegó a salir del círculo vicioso (que Künkel llama con un ligero y malicioso cambio de palabras círculo diabólico y Freud círculo mágico), y desapareció por completo su falta de memoria, puesto que era ya inmotivada.

Ahora estamos preparados para comprender que todo recuerdo -siempre que una vivencia tenga interés para el individuo y no quede rechazada de plano- es el resultado de la transformación de una impresión por el estilo de vida, por el yo. Esto es cierto no sólo para los recuerdos mejor o peor conservados, sino también para los recuerdos defectuosos y difíciles, así como para aquellos cuya expresión verbal ha desaparecido sin dejar más huella que una tonalidad afectiva o una actitud determinada, lo cual nos conduce a una noción relativamente importante, a saber: que todo proceso de movimiento anímico en su marcha hacia el objetivo de perfección

puede aproximarse a la comprensión del observador si en la memoria quedan convenientemente esclarecidos el área intelectual, el afectivo y el de las actitudes. Sabemos que el yo no sólo se expresa mediante el lenguaje, sino también a través de los sentimientos y de las actitudes que adopta ante la realidad, y que la conciencia de la unidad del yo debe precisamente a la Psicología individual el conocimiento de lo que hemos denominado dialecto de los órganos.

El contacto con el mundo que nos rodea lo mantenemos a través de todas las fibras de nuestro ser, de nuestro cuerpo y de nuestra alma. En cada caso nos interesa la manera, especialmente la defectuosa, con que se intenta mantener este contacto. Este camino me llevó a la agradable e interesante tarea de encontrar y utilizar los recuerdos de cada persona, como fragmentos interpretables de su estilo de vida, sea cual fuere la forma bajo la cual puedan presentarse. El hecho de que haya dedicado mayor interés a los recuerdos más lejanos se explica porque éstos nos aclaran acontecimientos auténticos o imaginados, verídicos o transformados, que están más cerca de la construcción creadora del estilo de vida de los primeros años y revelan, al mismo tiempo, por lo menos en gran parte, la utilización de los acontecimientos por el estilo de vida. Nos incumbe menos la tarea de estudiar el contenido (que es muy fácilmente comprensible para todos) que la de medir su probable tonalidad afectiva, la actitud subsiguiente, así como la elaboración y la selección del material de construcción; este último, porque nos permite descubrir los intereses principales del individuo, lo cual ya constituye una parte integrante y esencial del estilo de vida. En esta labor nos servirá de mucho la cuestión capital de la Psicología individual: ¿Hacia dónde tiende este individuo? y ¿Qué opinión tiene de sí mismo y de la vida? Ciertamente nos dejamos guiar, en estas consideraciones, por las firmes concepciones de la Psicología individual: objetivo de perfección, sentimiento de inferioridad, cuyo reconocimiento (aunque no su justa comprensión, como lo ha reconocido Freud) está actualmente extendiéndose por

todo el Mundo, complejo de inferioridad o de superioridad, sentimiento de comunidad y todo lo que puede inhibir su desarrollo. Pero todas estas concepciones estrechamente ligadas sólo nos ayudan a iluminar un campo de visión, dentro de cuyo marco tendremos que determinar la ley individual de movimiento del sujeto.

Se nos plantea en esta labor la pregunta escéptica de si en nuestra interpretación de los recuerdos y de sus correlaciones con el estilo de vida no hay grandes posibilidades de dejarse desviar fácilmente, visto la multiplicidad de las formas de expresión individuales. Todo aquel que maneje la Psicología individual con el arte que ella requiere, no dejará de reconocer, desde luego, los distintos matices. Procurará, sin embargo, eliminar con todos los medios disponibles cualquier posible error. Una vez encontrada en los recuerdos del individuo su auténtica ley de movimiento, será preciso descubrir la misma ley en todas las demás formas de expresión de la personalidad. Cuando se trate de abordar fracasos, cualquiera que sea su naturaleza, tendrá que comprobar sus afirmaciones tantas veces como sea necesario hasta que el enfermo quede convencido de su exactitud por el peso de la evidencia. El mismo médico quedará, a su vez, convencido, más tarde o más temprano, según su propia ecuación personal. Y es que para medir los errores, los síntomas y el curso de vida equivocado de un sujeto no hay como una dosis suficiente del justo sentimiento de comunidad.

Ahora estamos ya en condiciones de poder descubrir, aunque naturalmente observando siempre un máximo de precauciones y equipados con la mayor experiencia posible, cualquier orientación equivocada en el camino de la vida, la falta de sentimiento de comunidad o su presencia, a base de los recuerdos más lejanos de la vida del individuo. De guía nos sirve sobre todo nuestro conocimiento de la carencia de sentimiento de comunidad, así como de sus causas y de sus consecuencias. Mucho puede inferirse de la exposición de una situación de nosotros o de yo. Mucho también se aprende del cómo la madre es mencionada. Los recuerdos

orientados sobre peligros y accidentes, al igual que sobre castigos o condenas, nos revelará una propensión exagerada a tener siempre ante los ojos los aspectos hostiles y adversos de la vida. El recuerdo del nacimiento de un hermano revela la situación de destronamiento; el de la primera visita al parvulario o a la escuela, la potente impresión que causan las situaciones nuevas. El recuerdo de enfermedades y de muerte va ligado muy a menudo con el temor que inspiran y, más frecuentemente, con el anhelo de hallarse mejor armado contra ellas en el caso, por ejemplo, del médico o de la enfermera. Los recuerdos de temporadas pasadas en el campo con la madre, así como la referencia a determinadas personas -madre, padre y abuelos-, en una atmósfera afable, demuestran no sólo la preferencia que el individuo tiene por esas personas que le habían mimado, sino la exclusión de todas las demás. Los recuerdos de delitos cometidos, hurtos, actos de carácter sexual, etc., acusan generalmente un gran esfuerzo para eliminarlos del proceso de las vivencias ulteriores. A veces encontramos otras clases de inclinaciones que, como las de carácter visual, acústico, o motor, contribuyen notablemente al descubrimiento de fracasos en la vida escolar o de una elección de profesión equivocada, lo que nos permite, cuando sea posible, sugerir una orientación hacia una profesión que mejor corresponda a la manera en que el sujeto está preparado para la vida.

Algunos ejemplos ilustrarán la correlación que existe entre los recuerdos más lejanos y el permanente estilo de vida del sujeto.

Un hombre de unos treinta y dos años, hijo mayor y muy mimado de una viuda, muestra una absoluta ineptitud para toda clase de trabajos. No bien inicia cualquier labor profesional, aqueja agudos síntomas de angustia que ceden inmediatamente tan pronto como puede regresar a casa. Fue siempre un hombre afectuoso, pero poco sociable. En la escuela mostrábase sumamente excitado ante cualquier examen, y muy a menudo se quedaba en casa, alegando gran cansancio y agotamiento. Su madre siempre cuidó de él de la manera más afectuosa.

Puesto que no estaba preparado sino única y exclusivamente para ser objeto del cariño materno, ello nos permitió concluir ya acerca de su objetivo de vida, que no era otro que el de rehuir cuantos problemas se le presentaran, y, por consiguiente también, toda posibilidad de fracaso. Junto a la madre, esta posibilidad no existía. El hecho de persistir en su método de colocarse bajo la tutela materna le confirió el aspecto de un hombre infantil, sin que hubiésemos podido caracterizarle como tal desde el punto de vista orgánico. Su procedimiento de retirada hacia la madre, cuya eficacia tantas veces pudo comprobar desde su infancia, quedó fortalecido notablemente al ser rechazado por la primera muchacha por la cual sintió amor. El shock recibido con motivo de este acontecimiento exógeno le fortaleció en su actitud de eterna retirada, de modo que ya no encontró tranquilidad en ninguna parte fuera de las faldas de su madre.

He aquí su más lejano recuerdo de la infancia: *Cuando tenía unos cuatro años me hallaba sentado en la ventana observando a unos obreros que estaban construyendo una casa en frente, mientras mi madre zurcía medias.*

Se dirá: este recuerdo carece de importancia. ¡Al contrario! La selección de su primer recuerdo -poco importa que en realidad sea o no el más lejano-tuvo que estar guiada por algún interés determinado. La actividad de su memoria, guiada por el estilo de vida, destaca un acontecimiento cuyo vigor revela claramente la peculiar manera de ser del individuo. El hecho de que la escena se desarrolle junto a la madre nos hace entrever que estamos en presencia de un niño mimado. Pero nos revela, al mismo tiempo, otra cosa: Está mirando mientras los demás trabajan. Su preparación para la vida es la de un contemplador, la de un espectador sin ninguna cualidad positiva. Cada vez que intenta algo más allá de su preparación para la vida le parece encontrarse al borde de un precipicio, y en seguida se bate en retirada, escudándose para ello en un shock, por el miedo a que sea descubierta su falta de valor. Si le dejamos en casa junto a su

madre, si le permitimos ser únicamente espectador del trabajo ajeno, entonces parece estar en su elemento. Su línea de movimiento tiende a dominar a su madre como único objetivo de superioridad. Desgraciadamente, un mero espectador tiene muy pocas probabilidades de éxito en la vida. No por eso se dejará de pasar revista a todas las posibilidades que existan para proporcionar a este individuo, después de estar curado, una ocupación adecuada en la que pueda sacar provecho de su actitud de contemplador y espectador. Como nosotros forzosamente comprendemos las cosas mejor que el mismo enfermo, nuestro deber es intervenir de modo activo, hasta el extremo de darle a entender: Podrías, ciertamente, tener un buen desempeño en cualquier profesión que escogieras, pero si quieres utilizar al máximo tus aptitudes, búscate una profesión en que la facultad de observación ocupe el primer plano. Ese individuo se dedicó luego, con éxito, a la compraventa de objetos de arte.

Freud describe siempre los fracasos de los niños mimados con una terminología retorcida, sin descifrar lo que significa. El niño mimado lo quiere todo para sí, y únicamente con grandes dificultades se decide a realizar las funciones normales requeridas por el desarrollo. Desea a la madre en su complejo de Edipo (cosa, aunque exagerado, comprensible en casos individuales, puesto que el niño mimado rechaza a todas las demás personas). Más tarde tropieza con toda clase de dificultades (no a causa de la represión del complejo de Edipo, sino por efecto del shock ante otras situaciones) y llega a abandonarse incluso a deseos de asesinato frente a personas que, a su parecer, se oponen a la realización de sus deseos. Se verá claramente que se trata aquí de una especie de producto artificial de una educación equivocada, preñada de mimos. Y, sólo el conocimiento de las consecuencias de tan funesta educación puede servirnos para una mejor comprensión de la vida anímica. Ahora bien: la sexualidad es una tarea para dos personas, y no puede cumplirse, por tanto, si no se posee la necesaria dosis de sentimiento de comunidad, de la que carecen los niños mimados.

Freud, generalizando sus diferenciaciones, se vio obligado a derivar los deseos, las fantasías y los síntomas artificialmente creados, así como la lucha que contra ellos sostienen los rudimentos de sentimiento de comunidad que aún le quedan al individuo, de unos impulsos sádicos que considera congénitos y que, en realidad, como ya hemos visto, son fomentados artificialmente mucho más tarde, como consecuencia del mimo. Esto nos hará comprender fácilmente que el primer acto del niño que acaba de nacer -mamar del pecho materno-es un acto de colaboración, y no, como Freud admite, obedeciendo a sus teorías preconcebidas, un acto de canibalismo o una prueba de la existencia de un impulso sádico congénito. Este acto es, por consiguiente, tan provechoso para la madre como para el niño. Así, dentro de la obscura concepción freudiana desaparece por completo la gran diversidad de las formas de vida de la especie humana.

He aquí otro ejemplo que demostrará la utilidad de nuestra interpretación de los recuerdos más lejanos de la infancia.

Una muchacha de unos dieciocho años vive en continua pugna con sus padres. En vista de sus éxitos escolares se la quiere consagrar al estudio de una carrera. La muchacha se opuso, como solía oponerse a todo por el solo temor al fracaso, basándose en que no consiguió ser la primera en sus exámenes. He aquí ahora su recuerdo más lejano: en una fiesta infantil, cuando tenía unos cuatro años, vio en manos de otro niño un enorme balón. Como niña mimada que era, removió tierra y cielo para conseguir un balón semejante. Su padre recorrió toda la ciudad para encontrar uno, pero sin éxito. La niña rechazó llorando y gritando un balón más pequeño que aquél. Tan sólo al declarar el padre que era imposible, a pesar de todos sus esfuerzos, encontrar el objeto deseado, se tranquilizó la niña aceptando el pequeño balón que le daban. Este recuerdo me convenció de que la muchacha era sensible a las explicaciones amistosas; pudo ser persuadida de su ambición egocéntrica y entró en razón.

Cuán oscuros son los caminos del destino, nos lo demostrará el siguiente caso. Un individuo de unos cuarenta y dos años, casado con una mujer diez años mayor que él, quedó impotente después de muchos años de vida conyugal. Desde hacía dos años apenas hablaba con su mujer y con sus hijos. Antes había alcanzado ciertos éxitos profesionales; pero desde entonces descuidó por completo sus negocios y llevó a toda la familia a una situación lamentable. Siempre había sido el preferido de su madre, y por tanto muy mimado. Al tener él tres años nació una hermanita y, poco después -la llegada de la hermanita era su recuerdo más lejano-, empezó a orinarse en la cama. También tuvo en su infancia sueños terroríficos, tales como los que solemos encontrar muy a menudo en los niños mimados. No cabe duda de que la enuresis nocturna y el miedo constituían un intento de oponerse a su destronamiento, sin que debamos pasar por alto que la enuresis era al mismo tiempo la manera de expresar una acusación contra su madre y hasta quizá incluso un acto de venganza. En la escuela se distinguió siempre por su docilidad. No recordaba haberse peleado sino en una sola ocasión, al ser ofendido por otro niño. El maestro manifestó en aquel momento su asombro de que un niño considerado por todos como tan bueno hubiera podido llegar a tal extremo.

Comprenderemos fácilmente que nuestro individuo se había entrenado para alcanzar un objetivo de superioridad que consistía en verse preferido a los demás. Cuando no sucedía así recurría a medios que representaban en parte acusación, en parte venganza, sin que esta motivación hubiera llegado a su propia conciencia ni a la de las personas que le rodeaban. Su objetivo de perfección, teñido de egoísmo, englobaba también la actitud de no parecer malo a los demás. Como él mismo subrayó, se había casado con una mujer de tanta edad por habérsele acercado en actitud de madre. Ahora bien: cuando su esposa alcanzó los cincuenta años y se dedicó sobre todo a cuidar de sus hijos, el individuo rompió todo contacto con los tres de un modo aparatoso pero, al parecer, nada agresivo. Este rompimiento se expresó también en la impotencia en

virtud del dialecto de los órganos. Ya desde su infancia era de esperar que cualquier disminución del mimo -como cuando nació su hermanita- la acusase en forma poco clara, pero no por eso menos eficaz.

Un hombre de unos treinta años, el mayor de dos hermanos, sufrió una larga condena por haber cometido repetidos robos. Sus recuerdos más lejanos se remontaban al tercer año de su vida, a la época que siguió inmediatamente al nacimiento de su hermano menor. Helos aquí: Mi madre siempre había preferido a mi hermano menor. Ya de pequeño huí varias veces de casa. Impulsado por el hambre, cometía pequeños hurtos en casa o fuera de ella. Mi madre solía castigarme siempre con la mayor crueldad, pero a veces lograba evitar el castigo escapando de casa. Hasta la edad de catorce años fui en la escuela un estudiante regular. Pero no quise seguir estudiando y me dediqué a vagar por las calles. Detestaba mi casa. No tenía amigos ni encontré tampoco muchacha alguna que me quisiera, cosa que era siempre el colmo de mis ilusiones. Me propuse ir a academias de baile para conocer gente, pero nunca tenía dinero para ello. Entonces robé un automóvil y lo vendí muy barato. Desde entonces mis robos fueron adquiriendo mayor importancia hasta que me detuvieron. Tal vez habría emprendido otros caminos si hubiese podido soportar a mi familia, que nunca me dirigió más que censuras e injurias. Por otra parte, mis delitos fueron fomentados por el hecho de haber caído en manos de un vendedor de lo ajeno, que me inducía siempre a cometer nuevos hurtos y robos.

Ya hemos llamado la atención sobre el hecho de que en la mayoría de los casos de criminalidad nos encontramos siempre con sujetos que habían sido mimados o que anhelaban serlo. Y, lo que es igualmente importante, individuos en cuya infancia puede observarse una fuerte actividad que, sin embargo, no ha de ser confundida con el ánimo. En el caso últimamente mencionado, la madre era capaz de mimar a sus hijos, como lo demostró con el segundo. De la conducta amargada de ese hombre, después del

nacimiento de su hermano menor, podemos inferir que él también había sido mimado antes. Sus vicisitudes posteriores se originan de su furiosa acusación contra su madre y de aquella actividad para la que carecía de suficiente grado de sentimiento de comunidad -sin amigos, sin carreras, sin amor-. Sólo en la criminalidad encontraron aplicación sus aptitudes.

En la interpretación del crimen como un autocastigo, asociado al deseo de ser encarcelado para adquirir renombre, defendida por algunos psiquiatras ante la opinión pública, descubro en realidad cierta falta de pudor intelectual, sobre todo si está acompañada de un franco desprecio al sentido común y de ataques injuriosos contra nuestras concepciones solidamente cimentadas. Dejo al juicio del lector decidir si tales concepciones dimanan o no de un espíritu de niño mimado y si no tratarán de obrar, precisamente, sobre lo que en el público hay de dicho espíritu.

CAPÍTULO XIII

SITUACIONES INFANTILES QUE DIFICULTAN LA FORMACIÓN DEL SENTIMIENTO DE COMUNIDAD, Y SU REMEDIO

Influjo decisivo de la madre en el desarrollo del sentimiento de comunidad. Interpretación del complejo de Edipo por analogía con el juego. Consejos a los padres para fomentar el desarrollo del sentimiento de comunidad. Peligros que a este respecto pueden derivarse de las enfermedades infantiles. Importancia caracterológica de la posición del niño entre sus hermanos según el orden de nacimiento. Psicología del primogénito, del segundogénito y del hijo menor. Plan de investigaciones futuras.

Al investigar las situaciones susceptibles de favorecer la producción de una neurosis en la infancia, descubriremos siempre esos graves problemas a los que antes ya hemos atribuido una importancia suma. Son problemas, en efecto, que dificultan el desenvolvimiento del sentimiento de comunidad: mimos, minusvalías orgánicas congénitas y negligente educación. Las consecuencias de tales factores no sólo son distintas en su amplitud, intensidad y duración (comienzo y fin de su vigencia), sino sobre todo en cuanto a la excitación y a la reacción, prácticamente imprevisible, que engendran en el niño. La posición de éste frente a

tales factores no depende tan sólo del trial and error (ensayo y error), sino, en grado mayor, y de manera convincente, de sus energías de crecimiento, de su fuerza creadora cuyo desarrollo, como elemento del proceso vital, es asimismo imprevisible en nuestra civilización, que, obstaculiza y al mismo tiempo estimula al niño. Y sólo podemos deducir el proceso vital por los resultados a que da lugar. Si queremos seguir avanzando a base de presunciones, nos encontraremos con un sinnúmero de factores entre los que figuran los siguientes: circunstancias familiares, luz, aire, estaciones del año, calor, ruidos, contacto favorable o desfavorable con las personas, clima, características del suelo, alimentación, sistema endocrino, musculatura, ritmo del desarrollo orgánico, estado embrional y otros muchos, como, por ejemplo, las distintas atenciones y cuidados de las personas encargadas de velar por el niño. Según los casos, nos inclinaremos a admitir en este caótico inventario de circunstancias, factores ora estimulantes, ora desfavorables. Nos limitaremos, sin embargo, a no tomar en consideración sino las probabilidades estadísticas, y aun éstas con bastante cautela, sin negar por eso la posibilidad de discrepancias en los resultados obtenidos.

Mucho más seguro es el camino -siempre un tanto variable- que nos conduce a la observación de los resultados. La fuerza creadora que aquí aparece a cada paso podrá ser apreciada de modo suficiente a través de la mayor o menor actividad del cuerpo y del espíritu.

Sin embargo, no puede pasarse por alto que la tendencia a la cooperación se remonta al primer día de la vida. La importancia enorme de la madre a tal respecto es indudable. En el umbral del sentimiento de comunidad nos encontramos siempre con la madre. La herencia biológica de este sentimiento espera ser objeto de especial cultivo por parte de la madre. En los auxilios más insignificantes, en el baño, en cada uno de los cuidados que de continuo ha de prestarle al niño, puede la madre fomentar o, al contrario, inhibir la capacidad de contacto de éste. En su constante

relación con el hijo, en su comprensión y habilidad, hallará los medios adecuados para ello. No queremos pasar por alto que el estado actual de la evolución humana puede aún en este aspecto imponer su equilibrio, obligando incluso al mismo niño a establecer por sí mismo el contacto, salvando cualquier obstáculo existente mediante gritos y actos de resistencia. También en la madre actúa y vive la adquisición biológica del amor materno que no es sino una parte constitutiva del sentimiento de comunidad. Este amor materno puede haber sido descuidado a causa de circunstancias adversas, preocupaciones excesivas, decepciones y desengaños, enfermedades y sufrimientos, o como resultado de una sensible falta del sentimiento de comunidad, con todas las consecuencias que acarrea. Sin embargo, la adquisición evolutiva del amor materno es tan fuerte, tanto en los animales como en el hombre, que puede superar incluso fácilmente al instinto de conservación y al impulso sexual. Es incuestionable que el tipo de contacto establecido con la madre ofrece una importancia capital en el ulterior desarrollo del sentimiento de comunidad. La renuncia a esta palanca potentísima de evolución de la especie humana nos colocaría en un aprieto para encontrarle un sucedáneo más o menos satisfactorio, aun prescindiendo de que el mismo sentimiento de contacto materno representa en sí una indestructible adquisición evolutiva, que opondría una resistencia insuperable a ser eliminada. A este sentimiento de contacto materno debemos, sin duda, gran parte del sentimiento humano de comunidad y, con ello, uno de los más esenciales factores constitutivos de la civilización humana. La exteriorización actual del amor materno ya no es hoy suficiente en muchos casos para satisfacer las necesidades de la comunidad. Un futuro lejano aproximará el uso de ese bien al ideal de comunidad. Porque, muy a menudo, el contacto entre madre e hijos es demasiado débil y con mayor frecuencia demasiado intenso. En el primer caso, el niño puede adquirir desde un principio la impresión de que la vida le es hostil, y las experiencias ulteriores convertir esta opinión suya en hilo conductor de su existencia.

Muchas veces pude observar que un contacto mayor con el padre o con los abuelos no basta para nivelar esa insuficiencia. En general, podemos afirmar que el mayor contacto de un niño con su padre revela un fracaso de la madre, y representa casi siempre una segunda fase en la vida del niño, el cual ha sufrido una decepción -justificada o injustificada- con respecto a su madre. El hecho de que las niñas muestren a menudo un contacto mayor con el padre, y los niños, en cambio, con la madre, no puede interpretarse en un sentido sexual. Se observa, desde luego, que los padres suelen acercarse con más cariño a sus hijas por estar acostumbrados a hacerlo con todas las muchachas y mujeres, y que también las niñas y los niños, en su preparación para el futuro, a través de los juegos -véase Gross, Spiele der Kinder (Juegos infantiles)-, muestran también esta preparación ante el progenitor del sexo opuesto al suyo. Sólo en niños extremadamente mimados pude comprobar que también el impulso sexual puede intervenir ocasionalmente -claro está que casi nunca de esa manera exagerada de que Freud nos habla-. Tales niños procuran, en el curso de su desarrollo, mantenerse dentro del marco familiar o, más aún, en íntima y exclusiva alianza con aquellas personas que les miman. La obligación de la madre es, desde el punto de la evolución de la especie y del de la sociedad, hacer del niño, lo antes posible, un colaborador, un compañero que ayude al prójimo de buena gana y permita que éste a su vez le ayude cuando sus propias fuerzas no le bastan. Se podrían escribir tomos enteros acerca del niño bien templado; pero aquí debemos limitarnos a llamar la atención sobre el hecho de que es preciso que el niño se sienta en su casa un miembro de la familia con iguales derechos a los demás, con un interés siempre creciente en su padre, en sus hermanos y hermanas y también en todas las personas que le rodean. De esta manera llegará a ser bien pronto no una rémora, sino un colaborador. Pronto se considerará en su propio ambiente, desarrollando por sí mismo ese grado de valor y confianza que son productos naturales de su contacto con el mundo circundante. Las dificultades que pueda

exteriorizar, por anomalías intencionadas o no de sus funciones naturales, como son la enuresis, el estreñimiento, el conflicto sin motivo aparente para tomar sus alimentos, serán consideradas, tanto por él como por los que le rodeen, como un problema fácil de resolver, y si su tendencia a la cooperación fuese lo bastante fuerte, estos trastornos no habrían llegado a presentarse. Otro tanto cabría decir del hecho de chuparse el pulgar, morderse las uñas, hurgarse la nariz y tragar a grandes bocados. Todos estos hechos aparecen cuando el niño se resiste a colaborar, y se niega a formar parte de la sociedad civilizada. Se observan exclusivamente en los niños mimados, que intentan extraer de quienes les rodean un mayor rendimiento, una constante diligencia. Generalmente van acompañados de una desobediencia -manifiesta o latente -, señal elocuente de una carencia de sentimiento de comunidad. Hace ya mucho tiempo que hemos llamado la atención sobre estos hechos. Si Freud intenta ahora atenuar los fundamentos de su teoría -el pansexualismo-, esta corrección se debe, sin duda, ante todo, a las aportaciones de la Psicología individual. La concepción mucho más reciente de Charlotte Bühler acerca de un grado normal de desobediencia en el niño podría compensarse fácilmente con el resultado de nuestras experiencias. El hecho de que los defectos infantiles vayan enlazados con rasgos de carácter como desobediencia, celos, egocentrismo, falta de sentimiento de comunidad, ambición personal, inclinación a la venganza, etc., y que se manifiesten con mayor o menor claridad, se comprende por la estructura que anteriormente describimos. Al mismo tiempo, confirma nuestra concepción del carácter como hilo conductor hacia el objetivo de superioridad, como un reflejo del estilo de vivir y como actitud social que no es congénita, sino que se construye simultáneamente con la ley de movimiento creado por el niño. El hecho de fomentar las pequeñas satisfacciones que originan la retención de las heces, el chuparse el dedo, los juegos infantiles con los órganos genitales, etc. a veces precedidos de una sensación de cosquilleo bastante intensa y pasajera, demuestra la peculiar

manera de ser de los niños mimados, que no son capaces de renunciar a ningún placer o deseo por ligero que sea.

Otro escollo peligroso para el desarrollo del sentimiento de comunidad es la personalidad del padre. La madre no debe perder la oportunidad de establecer el contacto del padre con el hijo, tan estrechamente como sea posible, contacto que se obstaculizaría fácilmente en caso de mimo, de un deficiente sentimiento social o de aversión hacia el padre. A éste no debe reservársele la misión de amenazar o castigar. Debe, además, dársele oportunidad para que consagre al niño el tiempo y el afecto suficiente para no ser desplazado a un segundo término por la misma madre. Podría añadirse, además, que es en extremo perjudicial el hecho de que el padre trate de atenuar la influencia de la madre mediante una ternura exagerada, o al contrario, instaurar con respecto a su hijo una disciplina demasiado severa, a fin de corregir el excesivo mimo del regazo materno, lo que provocaría un acercamiento aun mayor del niño a la madre. Es igualmente erróneo que el padre intente imponer al niño su autoridad y sus principios. De esta manera quizá logre la sumisión del hijo, pero nunca una colaboración y un sentimiento de comunidad. En nuestro tiempo, tan propenso a la prisa, son precisamente las comidas las que suelen tener capital importancia en la educación para la vida en comunidad. Es indispensable que reine en ellas una atmósfera agradable. Sería preciso reducir a un mínimo inevitable las explicaciones acerca de las buenas maneras en el comer, ya que sólo mediante esa reducción podrán ser enseñadas con éxito. Las censuras, las explosiones de ira y el mal humor deberían ser eliminados por completo en estas ocasiones. Asimismo es preciso abstenerse, durante las comidas, de la lectura o de las reflexiones profundas. Este momento de la vida cotidiana es, al mismo tiempo, el menos indicado para soltar pláticas y censuras acerca de los insuficientes rendimientos en la escuela o de cualesquiera defectos del niño. Debe intentarse crear esta atmósfera social durante las comidas, principalmente al comenzar la jornada, durante el desayuno. Es de

suma importancia garantizar a los niños entera libertad para hablar y preguntar. Las burlas, las mofas, las censuras, el poner a otros niños como ejemplos a seguir, perjudican la sociabilidad y pueden conducir al ensimismamiento, a la timidez o a la creación de un grave sentimiento de inferioridad. No debemos hacer ver a los niños su pequeñez, su carencia de conocimientos o falta de capacidad, sino, al contrario, facilitarles el camino hacia un entrenamiento valeroso. Debe dejárseles tranquilos si demuestran interés por algo, no quitarles siempre las cosas de las manos, e indicarles que sólo los comienzos son difíciles, que no debemos mostrar una angustia exagerada ante una situación peligrosa, sin que eso quiera decir que debemos dejar de dar pruebas de la necesaria previsión y de la oportuna defensa.

El nerviosismo de los padres, las disensiones conyugales o una diferente concepción de los problemas de la educación, pueden perjudicar fácilmente el desarrollo del sentimiento de comunidad. Dentro de lo posible, debería evitarse la exclusión demasiado categórica de los niños de la sociedad de los adultos. Las alabanzas y censuras deben referirse a los entrenamientos logrados o malogrados, pero nunca a la propia personalidad del niño. Toda enfermedad de éste puede asimismo constituir un obstáculo peligroso para el desarrollo del sentimiento de comunidad. Es aún más peligrosa, y es válido también para los demás trastornos, si se produce durante los cinco primeros años de la vida. Hemos hablado ya de la importancia de las inferioridades orgánicas innatas y demostrado que se presentan, basándonos en una probabilidad estadística, como males generadores de mala orientación y como obstáculos para el sentimiento de comunidad. Otro tanto podríamos decir de ciertas dolencias que se producen precozmente, como el raquitismo, que influye de un modo desfavorable en el desarrollo corporal sin influir para nada en el desarrollo intelectual, y que puede conducir también a deformaciones anatómicas de mayor o menor grado. Las enfermedades que más perjudican el sentimiento de comunidad entre todas las de la primera infancia, son aquellas en

que el miedo y la preocupación de los que le rodean pueden producir honda impresión en el niño, que ve reconocida su valía sin haber hecho nada que la justifique. A este grupo pertenecen la tos ferina, la escarlatina, la encefalitis y la corea, cuyo curso, a menudo poco complicado, puede traer consigo, sin embargo, la difícil educabilidad, puesto que el niño sigue esforzándose para que no se interrumpa el mimo que venía disfrutando a lo largo de su enfermedad. En los casos en que ésta deja perennes huellas en el cuerpo, será de aconsejar no atribuir a estos factores corporales el empeoramiento de la conducta del niño, para evitarse la tarea de corregirla. En dos casos diagnosticados equivocadamente de cardiopatía y de afección renal, pude observar, una vez rectificado el error, que la difícil educabilidad no desapareció con la comprobación del perfecto estado de salud de que gozaban los examinados y que el egoísmo perduraba en ellos con todas sus desagradables consecuencias, especialmente la falta de interés social. El miedo, la ansiedad y las lágrimas no reconfortan en absoluto al niño enfermo, sino que le inducen a ver en su enfermedad una ventaja. No es necesario insistir en que los defectos en el niño deben ser corregidos y las secuelas mejoradas o curadas, tan pronto como sea posible y que en ningún caso se debe pensar que el defecto, algún día, será superado por el mismo desarrollo. De la misma manera es preciso intentar prevenir las enfermedades, pero sin intimidar al niño ni prohibirle que se junte con sus camaradas.

Abrumar al niño con cosas que representan para él un verdadero esfuerzo, ya sea corporal o intelectual, puede provocar con facilidad molestias o cansancio y determinar un estado de ánimo poco propicio para entrar en contacto con la vida. Las enseñanzas artística y científica deben corresponder a la posibilidad de asimilación del niño. Por esta misma razón debe ponerse coto a la insistencia fanática que muestran algunos pedagogos por querer explicar los fenómenos sexuales. Es preciso contestarle al niño que nos pregunte o que parezca preguntarnos, pero sólo en la medida en que creamos que nuestras explicaciones puedan ser

comprendidas y asimiladas por él. Mas en todos los casos debe ilustrársele respecto a la igualdad de los sexos y acerca de su propio papel sexual, puesto que, en caso contrario -como el mismo Freud ha llegado a reconocer-, dado el nivel de retraso de nuestra civilización, podría sacar la conclusión de que la mujer es inferior en cierto grado al hombre. Esta opinión puede fácilmente producir en los niños fenómenos de orgullo, con sus fatales consecuencias para la sociedad, y en las muchachas la protesta viril que describimos hace ya muchos años (véase Adler, Ueber den nervosen Charakter, El carácter neurótico), con consecuencias tan perjudiciales. Las falsas nociones pueden despertar dudas sobre el propio sexo y, por lo tanto, dar lugar a una preparación insuficiente para el propio papel sexual con toda clase de resultados desastrosos.

De la posición de los hermanos dentro de la familia deriva otra clase de dificultades. La preponderancia acentuada (o a veces ligerísima) de uno de los hermanos en la primera infancia llega a ser muchas veces una gran desventaja para los restantes. Es enorme la frecuencia con que coinciden, en una misma familia, los defectos de un niño con las excelencias de otro. La acrecentada actividad del uno puede ser la causa de la pasividad del otro; el éxito de un hermano, provocar el fracaso del otro. Cuán desfavorables pueden ser tales fracasos precoces para el porvenir del individuo es cosa que se ve con frecuencia. La predilección, muchas veces casi inevitable, por uno de los hijos puede redundar en perjuicio de otro, desencadenando en éste un sentimiento de inferioridad muy acusado, con todas las posibles consecuencias de un complejo de inferioridad. También el desarrollo, la belleza o la fuerza de uno proyectan sombra sobre el otro. No deben pasarse tampoco por alto aquellos hechos que hemos puesto de relieve y que son consecuencia directa de la posición que, por orden de edad, ocupa el niño en el número de los hermanos.

Ya es tiempo de acabar con la superchería de que la situación de los hermanos es idéntica para todos en el círculo familiar. Sabemos que si el medio ambiente y la educación fueran exactamente iguales

para todos, su influencia no sería experimentada por el niño sino para emplearla como material de construcción del estilo de vida, conforme, únicamente, a sus energías creadoras. Veremos de cuán diferente modo percibe el entorno cada niño. Parece hoy cosa segura que los hijos no acusan ni los mismos genes ni las mismas condiciones fenotípicas. Incluso respecto a los gemelos procedentes del mismo óvulo, las dudas aumentan cada día en cuanto a la igualdad de su constitución física y psíquica . La Psicología individual se ha asentado desde sus comienzos en el terreno de la constitución física innata; pero ha afirmado siempre que la constitución psíquica no se establece sino entre los tres y los cinco primeros años de vida -utilizando como material de construcción tanto la herencia como los influjos ambientales- con la formación del prototipo psíquico que encierra ya en sí la invariable ley de movimiento individual y la forma de vida engendrada por la energía creadora del niño. Sólo merced a esta concepción me fue posible descubrir los rasgos típicos -aunque siempre individualmente diferentes-propios de los hermanos. Creo haber logrado demostrar definitivamente que la forma de vida de cada niño aislado acusa la posición exacta de éste dentro de la constelación de los hermanos. Este hecho ilumina con luz singular el problema del desarrollo del carácter. Porque si es cierto que determinados rasgos de carácter están en consonancia con la posición del niño en esta constelación fraternal, entonces no hay lugar para esas discusiones que insisten, ya en la herencia del carácter, ya en hacer derivar a éste de una zona erótica anal o de otra semejante.

Pero hay más todavía, y es que puede explicarse sin dificultad de qué modo adquiere el niño su peculiar modo de ser por la posición en que se encuentra dentro de la constelación de los hermanos. Las dificultades del hijo único son también bastante conocidas. Encontrándose constantemente entre adultos, amparado por lo general con exceso y creciendo entre los continuos sobresaltos de los padres, aprende muy pronto a sentirse punto central y a conducirse en consecuencia. Muy a menudo la

enfermedad o la debilidad de uno de los padres se convierte en circunstancia agravante. Aquí intervienen aún con mayor frecuencia las desavenencias conyugales o los divorcios, que suelen originar, casi sin excepción, una atmósfera que no aporta en verdad provecho alguno al sentimiento de comunidad del niño. Muy a menudo se puede observar, como hemos demostrado ya, la protesta, generalmente neur6tica, de la madre ante el anuncio de otro nuevo niño, protesta que trae aparejada casi siempre una preocupación exagerada por el primer hijo y su esclavización. En la vida ulterior de tales niños encontraremos siempre alguna de las muchas variantes, que van desde una absoluta sumisión, protesta en secreto, hasta un ansia exagerada de dominio exclusivo. Estos puntos neurálgicos, al ser rozados por un problema exógeno, empiezan a doler, manifestándose vivamente. Una exagerada identificación con la familia impide el contacto con el mundo exterior y suele resultar perjudicial en muchos casos. Cuando el número de hermanos es crecido, vemos al hermano mayor en una situación única, que los restantes hermanos nunca conocerán. Durante cierto tiempo ha sido hijo único, recibiendo entonces impresiones que corresponden a esta situación. Pero después de cierto tiempo es destronado. Hemos escogido esta expresión que caracteriza el cambio de situación con tal exactitud que los autores fieles a las circunstancias que describen, y hasta el mismo Freud, se han visto obligados a recurrir a ella. El período anterior a ese destronamiento no deja de tener importancia para comprender la impresión dejada en el niño y el uso que hará de ésta. Si transcurren tres años o más, entonces el acontecimiento afectará un estilo de vida ya establecido y provocará una reacción en consonancia con éste. En general, los niños mimados soportan este cambio tan mal como, por ejemplo, la supresión del pecho materno. Tengo que hacer constar, sin embargo, que con un año de intervalo basta para marcar tan hondamente en el carácter las huellas del destronamiento que sean luego imborrables para todo el resto de la vida. No debe olvidarse tampoco que el ámbito vital ya conquistado por el primogénito queda

limitado por el nacimiento del segundo vástago. Vemos que para una comprensión más precisa es necesario recurrir a una larga serie de factores, y sobre todo tener presente que todo este proceso se desarrolla sin palabras ni conceptos, si el intervalo no es demasiado grande; es decir, que no será jamás susceptible de una corrección por las experiencias ulteriores, sino tan sólo mediante un esclarecimiento psicológico-individual de las relaciones de conjunto. Estas impresiones no formuladas en palabras, que son tan numerosas en la primera infancia, serían interpretadas por Freud y Jung, en caso de vislumbrarlas, de manera completamente distinta; no como vivencias, sino en consonancia lógica con sus doctrinas, como impulsos inconscientes o como inconsciente colectivo atávico. Los manifestaciones de odio o los deseos de muerte que se observan a veces no son sino el producto artificial de una educación equivocada carente de sentimiento social, y no se presentan más que en niños mimados, a veces resentidos contra el hermano que les sigue. Tales depresiones y tonalidades afectivas las encontramos también en hermanos menores, sobre todo si han sido mimados. Pero el primogénito, si fue mimado en demasía, lleva cierta ventaja a los demás en el disfrute de su situación excepcional, y el dolor del destronamiento ha de sentirlo todavía con mayor violencia. El hecho de que estos fenómenos se observen también en hermanos menores, en los cuales engendran con frecuencia un complejo de inferioridad, demuestra de un modo concluyente que la particular violencia del trauma obstétrico en los primogénitos como pretendido motivo de sus desviaciones neuróticas debe ser relegado al mundo de la fantasía, puesto que se trata de una suposición enteramente gratuita, a la cual sólo puede llegar quien desconozca por completo las experiencias de la Psicología individual.

Es fácilmente comprensible que la protesta del primogénito contra su destronamiento se manifieste muy a menudo por una tendencia a justificar el poder que le ha sido conferido y de alguna manera a conservarlo. Esta inclinación confiere a veces al primogénito un marcado carácter conservador, no en el sentido

político, sino en la vida cotidiana. Un ejemplo muy gráfico de ello nos lo proporciona la biografía del escritor alemán Teodoro Fontane. Conocido es de todos el rasgo autoritario en la personalidad de Robespierre, rasgo que no nos habría dejado imaginar su participación y el importante papel que desempeñó en la Revolución francesa. Sin embargo, de acuerdo a la Psicología individual, adversa a toda regla rígida, no debe pasarse por alto que no es el rango ocupado en la línea familial sino la situación lo que importa, y que los rasgos peculiares del primogénito pueden manifestarse más tarde en otro hermano, si éste está en correlación íntima con otro que le sigue de cerca y reacciona a la manera del primero. No debemos olvidar tampoco que, a veces, el hijo segundo desempeña el papel del primogénito: por ejemplo, en el caso de que el primer hijo sea débil mental y no pueda tomársele en consideración. La personalidad de Paul Heyse nos proporciona un excelente ejemplo a este respecto. El gran escritor adoptó siempre, frente a su hermano mayor, una actitud casi paternal, siendo en la escuela la mano derecha del maestro. Pero en todos los casos tendremos una fecunda vía para la investigación si observamos la peculiar forma vital del primogénito, sin olvidar que el segundo le mina el terreno. El caso de que a veces encuentre el recurso de tratarle de una manera paternal, o maternal, no es sino una variante de su anhelo de superioridad.

En el caso de que el primogénito vaya seguido, con poco tiempo de diferencia, de una hermana, se plantea un problema especial. Su sentimiento de comunidad se encuentra expuesto entonces a experimentar serios contratiempos. Esto se debe sobre todo al hecho de que, hasta sus diecisiete años, las muchachas se encuentran en una situación más favorecida por la Naturaleza en su desarrollo físico y psíquico que es más rápido, poniendo así en peligro el prestigio del hermano que las precede. Pero a menudo interviene otro motivo, a saber: que el niño primogénito intenta defender no sólo su papel preponderante, sino también el fatal privilegio del papel masculino, mientras que la muchacha con su

sentimiento de inferioridad a cuestas, -debido a la molesta situación cultural existente aun hoy para la mujer-, lo zarandea fuertemente revelando en ese momento un entrenamiento más potente, que le confiere a veces rasgos distintivos de gran energía. En otras muchachas esto puede ser el preludio de la «protesta viril» (véaseUeber den nervösen Charakter, el carácter neurótico), que puede traer consigo, en su desarrollo, un sinnúmero de consecuencias, ya buenas o ya malas; todas situadas entre la perfección y las aberraciones de la naturaleza humana, partiendo del rechazo total del amor hasta llegar a la homosexualidad. Freud, en una de sus últimas épocas, empezó a hacer uso de este resultado de la Psicología individual y lo introdujo en sus esquemas sexuales bajo el nombre de complejo de castración, sosteniendo que sólo la falta del miembro viril puede engendrar ese sentimiento de inferioridad cuya estructura ha sido revelada por nuestras investigaciones. Pero en sus últimos escritos da, por fin, a entender que hasta cierto punto reconoce el aspecto social de este problema. El hecho de que el primogénito sea considerado generalmente como el sostén de la familia y de las tradiciones conservadores de ésta, demuestra una vez más que la capacidad de adivinación presupone forzosamente una experiencia.

Las impresiones bajo cuyo impulso el hijo segundo suele trazarse con tanta frecuencia su ley de movimiento consisten, ante todo, en que se ve siempre precedido por un hermano que no sólo le supera en desarrollo, sino que, defendiendo sus privilegios, le discute constantemente la anhelada igualdad. Estas impresiones no se producen, sin embargo, si la diferencia de edad es muy notable, y se hacen tanto más violentas cuanto más pequeña es esa diferencia. Resultan especialmente oprimentes para el hijo segundo si éste no se siente capaz de superar al primogénito. Pero desaparecen casi por completo si el segundo sale desde un principio victorioso, ya por la inferioridad del primogénito, ya porque éste sea menos amado. Casi siempre se podrá observar en el segundo un mayor afán por avanzar, afán que se exterioriza ora en

una energía acrecentada, ora en forma de un temperamento más fogoso, desembocando en una mejora del sentimiento social, o en una conducta errónea. Será preciso investigar si observa o no una actitud de rivalidad en la que también el primogénito puede participar, o si ofrece, por el contrario, una actitud reconcentrada y bajo presión. El hecho de que los dos primeros hijos no sean del mismo sexo puede contribuir también a la rivalidad, sin que, en ocasiones, resulte perjudicado esencialmente el sentimiento de comunidad. Asimismo puede ser un factor de gran peso la belleza de uno de los niños, e igualmente el mimo que se dé a uno de ellos. En este último caso no es preciso que salte a los ojos la diferencia en la cariñosa preocupación de los padres, pues basta con que exista en opinión de uno de los hermanos. Si uno cualquiera de ellos se revela como un fracasado, el otro mostrará muy a menudo una disposición excelente que, por cierto, puede manifestarse poco sólida al entrar en la vida escolar o cuando llega a ser adulto. Si uno de los dos es reconocido como sobresaliente, el otro puede fácilmente presentarse como un fracasado. A veces se encontrará - incluso en gemelos del mismo óvulo - una semejanza aparente en el hecho de que ambos hacen lo mismo tanto para lo bueno como para lo malo, pero es preciso darse cuenta de que uno de los dos sigue sumiso los pasos del otro.

También en el caso del hijo segundo podemos admirar la innata capacidad intuitiva, producto seguramente de la evolución, y que precede notablemente a la comprensión. La particularidad del segundo hijo rebelde está maravillosamente narrada en la Biblia con la historia de Esaú y Jacob, sin que podamos presuponer una comprensión clara de este hecho: piénsese en el anhelo de Jacob por la primogenitura, en su pugna con el ángel (no te suelto si no me bendices), o en su famoso sueño de la escalera que sube al cielo; todo habla claramente de la rivalidad del segundo hijo, de su tendencia a destacarse, a sobresalir. Incluso quien no esté dispuesto a seguir estas disquisiciones quedará extrañamente impresionado al volver a encontrar en la historia de Jacob el

menosprecio de éste hacia su propio primogénito. Así, por ejemplo, en la insistente petición de mano de la segunda hija de Laban, en las pocas esperanzas que tiene puestas en su primogénito, y en su manera de otorgar su más solemne bendición a su segundogénito José, al cruzar los brazos y colocar su mano derecha sobre la cabeza de aquel a quien bendice más de corazón.

De las dos hijas mayores de un mismo matrimonio, la primogénita manifestóse desde el nacimiento de su hermanita (tres años menor) como una niña extremadamente revoltosa. La segunda adivinó la ventaja que representaba para ella el convertirse en una hija obediente, y logró, en efecto, hacerse amar sobremanera. Cuanto más la amaban, tanto más sufría la primera, que mantuvo su actitud de violenta protesta hasta en su edad más avanzada. La segunda, acostumbrada a su superioridad en todos los terrenos, sufrió un shock al quedar derrotada por la otra en la escuela. Esta derrota y, algo más tarde, los tres grandes problemas de la vida la obligaron a retirarse de una posición que le parecía peligrosa para su amor propio; su complejo de inferioridad, hijo de su constante miedo a una derrota, quedó estabilizado en esa forma que hemos denominado actitud vacilante. Esto, hasta cierto punto, la ponía a salvo contra todo posible fracaso. Repetidos sueños de llegar con retraso a una estación para tomar el tren demostraron el poder de su estilo de vida, que la inducía a entrenarse en sueños para estar ausente cuando se le presentaran oportunidades. Sin embargo, no existe un ser humano capaz de hallar reposo bajo el yugo de un sentimiento de inferioridad. El afán evolutivamente establecido hacia un objetivo ideal de perfección, que caracteriza a todo ser viviente, no descansa nunca y encuentra en miles de variantes su camino ascendente, ya en el sentido del sentimiento de comunidad, ya en sentido opuesto. La variante que se le ofrecía a nuestra niña, nacida en segundo lugar, y cuya utilidad descubrió después de algunos ensayos, no era otra cosa sino una neurosis con obsesión de limpieza. Ésta se manifestó en la constante necesidad de lavarse, así como de limpiar sus vestidos y utensilios, y tenía lugar sobre

todo al acercarse otras personas a ella. Esta neurosis compulsiva cerraba el camino a la realización de sus tareas vitales y le permitía matar el tiempo, el mayor enemigo de todo neurótico. Había adivinado, además, sin entenderlo claramente, que mediante la realización exagerada de una tarea de aseo, que le había conquistado anteriormente simpatías, podía llegar a superar a todos. Sólo ella era limpia; los demás y todo lo que no era suyo eran cosas sucias. No hace falta extenderse más acerca de su falta de sentimiento de comunidad, hasta cierto punto natural en una niña en apariencia tan buena, hija de una mujer que mimaba en extremo a sus hijos. No es tampoco preciso insistir sobre el hecho de que su curación no era posible sin previo fortalecimiento de su sentimiento de comunidad.

En cambio es necesario dedicar más espacio al estudio del hijo más joven, pues también él se encuentra en una situación totalmente distinta de la de sus hermanos. Nunca se halla solo como lo estuvo el primogénito durante cierto tiempo, y, por otra parte, nadie le sigue como era el caso para los restantes, y no tiene solamente un único hermano con autoridad sobre él, como el hijo segundo, sino a veces varios. Está generalmente mimado por sus padres, que ya empiezan a envejecer, pero se encuentra en la desagradable situación de ser considerado de continuo como el más pequeño y el más débil con que muchas veces no es tomado en serio. Pero su situación no resulta por regla general demasiado desfavorable. Su afán por superar a los que le preceden es estimulado cada día. Bajo ciertos aspectos su situación se asemeja a la del segundo hijo, situación a la que pueden llegar también los demás hijos de la serie si por casualidad surgen entre ellos parecidas rivalidades. Su lado más fuerte queda acusado por los intentos de superar a sus hermanos en todos los grados imaginables del sentimiento de comunidad. Su debilidad se manifiesta frecuentemente en cuanto trata de evitar la lucha directa por su propia superioridad (lo cual suele ser regla general en los niños mimados) y en cuanto procura realizar su objetivo en un plano

completamente distinto, en otra forma de vida o en otra profesión. La mirada experimentada del psicólogo individual notará siempre con renovada sorpresa cuán frecuentemente se realiza en el último hijo de la familia tal destino. Si la familia está formada, en general, por comerciantes, nos encontramos, por ejemplo, con que el hijo más joven es poeta o músico. Si los demás hermanos se dedican a profesiones liberales, entonces el benjamín, el más pequeño, se dedicará al comercio o a una actividad artesanal. Desde luego, las limitadas posibilidades de las muchachas deberán ser tomadas en cuenta, visto el estado imperfectísimo de nuestra civilización.

Respecto al carácter del último hijo, mi análisis del caso del José de la Biblia encontró en todas partes una general aprobación. Sé muy bien que el hijo menor de Jacob no era José, sino Benjamín. Sin embargo, Benjamín nació diecisiete años más tarde que José, fue ignorado por éste durante mucho tiempo y no intervino para nada en la formación del destino de su hermano. También es sabido que José soñaba en su futura grandeza mientras sus hermanos trabajaban duramente, encolerizándolos con sus sueños de dominación sobre ellos y el mundo, en los que pretendía asemejarse a Dios. En esto influyeron sin duda los mimos del padre. Sin embargo, llegó a ser el sostén de su familia y de su tribu y, más todavía, el salvador de una civilización. Sus actos y sus obras demuestran suficientemente la insuperable magnitud de su sentido de comunidad.

El genio popular ha llegado a crear con su fuerza intuitiva toda una serie de representaciones de hondísimo sentido. En la Biblia las encontramos en gran número en las figuras de Saúl, de David, etc. Sin embargo, también en las leyendas de todos los pueblos y de todas las épocas es el hijo menor quien siempre sale victorioso. Basta echar una ojeada de conjunto sobre nuestra sociedad actual para encontrar entre las mayores figuras de la Humanidad, y con una frecuencia notable, a los hijos menores en situaciones superiores a las de sus hermanos. También en caso de un desarrollo equivocado pertenecen a menudo al tipo que más llama

la atención, lo cual se explica siempre por su dependencia de alguna persona que les había mimado, o, al contrario, porque hubo de experimentar descuido y abandono, situaciones sobre las cuales basó erróneamente su inferioridad social.

Esta parte del estudio de la infancia desde el punto de vista de la situación del niño en medio de la constelación de los hermanos se halla aún lejos de estar agotada. Demuestra con una claridad innegable que todo niño utiliza su situación y sus impresiones como material para construir de manera creadora el objetivo de su vida, su ley de movimiento, y, con ella, sus rasgos de carácter. Cuán poco margen queda aquí a la hipótesis de que los rasgos de carácter son innatos, está sin duda claro después de lo que llevamos dicho. En cuanto a otras posibles situaciones dentro del marco familiar, y suponiendo que no sean imitadas las que acabamos de exponer, bien poca cosa podríamos decir. Crigthon Miller, de Londres, llamó mi atención sobre el hecho de haber encontrado muchachas nacidas en tercer lugar, después de dos hermanas, que manifestaban una fuerte protesta viril. Más de una vez pude comprobar la exactitud de sus observaciones, que me explico por el hecho de que tales niñas intuyen fuertemente la decepción de los padres al encontrarse con que el tercer hijo es también niña. A veces, esta niña no sólo lo adivina, sino que llega incluso a estar segura de ello, y entonces explica de alguna manera su descontento con el papel femenino. No nos causará la menor sorpresa descubrir en tales niñas una actitud más acusada de oposición, lo que Charlotte Bühler pretende explicar mediante su teoría de la fase natural de desobediencia, pero que sería más justo considerar como un producto artificial y como protesta perdurable contra una humillación real o imaginada de acuerdo con las enseñanzas de la Psicología individual.

Mis investigaciones acerca del desarrollo de las hijas únicas entre hijos, y de los hijos únicos entre hijas, aún no puedo considerarlas terminadas. Los resultados, hasta ahora obtenidos me hacen creer que en ambas situaciones encontraremos una ley de

conducta extrema, que se manifiesta, o por una virilidad, o por una feminidad extremas. En esta última dirección, si fue considerada durante la infancia como la más prometedora de éxitos; hacia la virilidad, si ésta fue conceptuada como un objetivo digno de ser anhelado. En el primer caso encontraremos un mayor grado de dulzura en el trato y una necesidad de contacto y cariño, con todas sus variantes y sus malas costumbres; en el último caso hallaremos afán de dominio, obstinación, pero también, a veces, ánimo y noble tendencia de superación.

CAPÍTULO XIV

SUEÑOS Y ENSUEÑOS

Fantasía explícita y fantasía latente. La exclusión del sentido común en la fantasía. Características corporales y psíquicas del artista. Función compensadora de la fantasía. Crítica de la teoría del desdoblamiento de la personalidad. Predominio de las imágenes visuales en el sueño. Interpretación de la censura onírica. Los dos puntos de partida de la concepción psicológico individual del sueño. El factor exógeno y los restos diurnos.

El examen de este tema nos lleva al reino de la fantasía. Sería un grave error aislar de la totalidad de la vida psíquica y de su ligazón con la realidad del mundo circundante esta función de la fantasía, resultante de la corriente de la evolución. Y un error todavía mayor, intentar oponerla a la totalidad del Yo. Antes bien hay que considerarla como parte integrante del estilo de vida, al que, en su calidad de movimiento psíquico, caracteriza y a la vez perfila dentro de las restantes partes integrantes de la vida anímica. Esta función lleva además en sí la expresión de la ley individual de movimiento. En determinadas circunstancias tiene por misión manifestarse intelectualmente, mientras que, en general, permanece escondida en la esfera de los sentimientos y de las emociones, o se

halla involucrada dentro de las diversas actitudes que el individuo adopta ante la vida. Como cualquier otro movimiento anímico, apunta al porvenir, puesto que su misión consiste también en avanzar hacia el objetivo ideal de la perfección. Considerada desde este punto de vista, quedará completamente claro lo vano que es querer encontrar en su movimiento o en el de sus derivados -los sueños y ensueños-la realización de un deseo, y es más vano aún creer que con definiciones tales se ha contribuido en algo a la comprensión de su mecanismo. Puesto que toda forma de expresión anímica se mueve de abajo arriba, de una situación de minus a una situación de plus, está claro que todo movimiento de expresión anímica puede interpretarse como realización de un deseo.

Más que del sentido común, la fantasía se sirve de la capacidad de adivinar, sin que esto quiera decir que acierte siempre. Su mecanismo consiste en que durante un lapso de tiempo -en la psicosis, de un modo permanente-hace abstracción del sentido común, esto es, de la lógica de convivencia humana y del actual sentido de comunidad, por no tener que caminar por las áridas sendas colectivas, cosa que logrará con tanta mayor facilidad cuanto menos prive el sentimiento de comunidad. En cambio, si éste es fuerte, los paseos de la fantasía se encaminarán hacia el objetivo del enriquecimiento de la sociedad. A pesar de los miles y miles de variantes, el proceso de los movimientos anímicos que se suceden puede siempre descomponerse artificialmente en pensamientos, sentimientos y disposiciones para la adopción de determinadas actitudes sociales. Las actitudes justas, normales, valiosas, no serán reconocidas por nosotros como tales sino en el caso de que sirvan -como en las grandes obras- a la comunidad. Cualquier otra interpretación conceptual de estos juicios queda lógicamente excluida, lo cual no impide que, muy a menudo, esas obras sean rechazadas por el actual nivel desentido común, en tanto no existan las condiciones para alcanzar un mayor grado de comprensión de los intereses de la comunidad. Todo intento de dar solución a un problema cualquiera pone a trabajar la fantasía, puesto que se trata

de lo desconocido, de lo por venir. Además, recordemos que la fuerza creadora cuyo papel reconocimos en la confección del estilo de vida en la infancia, sigue actuando.

Los reflejos condicionados, sobre cuyas manifestaciones polifacéticas siempre influye el estilo de vida, no pueden ser tampoco empleados sino como materiales de construcción.

No pueden ser utilizados de manera automática para la creación de una obra enteramente nueva. Pero la energía creadora sigue ahora los cauces del estilo de vida por ella creados. De este modo, también la fantasía se orienta según este estilo de vida. En sus producciones, independientemente de que el individuo las conozca en conjunto o las desconozca en absoluto, suele observarse la expresión del estilo de vida y pueden ser, por tanto, utilizadas como puerta de entrada que permitirá echar una ojeada al taller del espíritu humano. Pero, procediendo lógicamente, tropezaremos siempre con el yo, con la personalidad en su conjunto. En cambio, se procederá de una manera equivocada si se pretende descubrir aparentes antinomias, como entre la conciencia y la inconsciencia.

Freud, el representante de esta teoría errónea, parece acercarse a marchas forzadas a una mejor comprensión al hablar de lo inconsciente en el yo, con lo cual adquiere éste una nueva faz, precisamente aquella que fue en primer lugar reconocida por la Psicología individual.

Toda gran idea, toda gran obra de arte, debe su origen al espíritu humano, infatigablemente creador. Tal vez la mayoría de los hombres contribuyan, por poco que sea, a su creación, por lo menos en cuanto a su asimilación y su conservación, a la utilización de los nuevos resultados que comporta. En este aspecto podemos conceder ya un papel importante a los reflejos condicionados. A los ojos del artista creador éstos son simples materiales de los cuales se vale para superar con su fantasía todo lo anterior. Artistas y genios son, sin duda alguna, los conductores de la Humanidad: y, por su osadía, rinden el tributo de consumirse en el propio fuego, encendido en su infancia. Sufrí, y esto me hizo poeta. Gracias a los

pintores hoy vemos mejor los colores, las formas, las líneas. Nuestra capacidad auditiva, notablemente mejorada, y las modulaciones más refinadas de nuestro órgano vocal, las debemos a los músicos. Los poetas nos han enseñado a pensar, a hablar y a sentir. El artista es un hombre que, aguijoneado casi siempre desde su más tierna infancia, y soportando todo género de penalidades, pobreza, anomalías de la vista o del oído, y, por regla general mimado de una manera u otra, se libera ya en sus más tempranos años de su grave sentimiento de inferioridad y lucha con exacerbada ambición contra la angosta realidad, con la noble pretensión de ampliarla tanto para sí como para los demás. Es siempre él quien eleva a los niños dotados, que las más de las veces presentan propicias variantes para la realización de altos objetivos, por encima del nivel promedio.

Hace ya mucho tiempo pusimos de relieve, como características de esa variante humana inquietante, pero fecunda, una mayor debilidad corporal y una mayor impresionabilidad frente a los acontecimientos exteriores. Estas variantes pueden comprobarse muy a menudo en los que padecen una minusvalía de los órganos sensoriales, y si no personalmente en ellos -puesto que para las variantes insignificantes carecemos de los medios necesarios de investigación-, sí en la herencia de las minusvalías orgánicas que ofrece su árbol genealógico. En éste podremos observar, en ocasiones, huellas clarísimas de tales minusvalías constitucionales, que conducen no rara vez a enfermedades, pero que también son responsables del movimiento ascendente de la Humanidad (véase, entre otros, mi trabajo Studie über Minderwertigkeit von Organen, Estudio sobre minusvalías orgánicas, locución citada).

En sus juegos autónomos y en la realización individual de todo juego, se muestra el espíritu creador del niño. Todo juego proporciona un campo de acción a la tendencia hacia la superioridad. Los juegos de salón son adecuados para impulsar el sentimiento de comunidad, sin embargo, no debemos ignorar o obstruir las ocupaciones individuales tanto en los niños como en los adultos. Incluso se deben alentar en la medida en que permiten

prever un ulterior enriquecimiento de la sociedad. Únicamente debido a la naturaleza de ciertas actividades, no desprovistas en absoluto de carácter social, sucede que no puedan ser ejercitadas ni realizadas en común. Aquí entra también la fantasía en juego, la cual queda notablemente fomentada por las bellas artes. De las lecturas de los niños debería excluirse, desde luego, antes de que alcanzaran éstos cierto grado de madurez, todo alimento intelectual para ellos inasimilable o que pueda contrarrestar el sentimiento de comunidad que apenas ha empezado a germinar. Entre esas lecturas inconvenientes figuran todas las historias crueles y terroríficas que suelen impresionarles sobremanera, especialmente a aquellos niños en que el miedo excita los órganos genitourinarios. Entre estos niños volvemos a encontrar una vez más un elevado tanto por ciento de individuos mimados que son incapaces de resistir las seducciones del principio del placer, y cuya fantasía, y más tarde actos, crean situaciones que inspiran miedo y engendran excitaciones sexuales. En mis investigaciones sobre sadistas y masoquistas sexuales encontré siempre, junto a una falta de sentimiento de comunidad, un fatal encadenamiento de tales circunstancias.

La mayor parte de los sueños diurnos y nocturnos de los niños y de los adultos, desligados hasta cierto punto del sentido común, tienden a seguir el camino indicado por el objetivo ideal de superioridad. Es fácil comprender que precisamente de la fantasía parte la dirección concreta que debe servir para la superación de la debilidad experimentada -a fin de compensarla- y para el mantenimiento del equilibrio anímico, lo que conduciría al triunfo sobre una debilidad experimentada. Pero con tales medios no se consigue nunca ni una cosa ni otra. Este proceso es parecido en cierto modo al emprendido por el niño cuando empieza a crearse su estilo de vida. Al experimentar dificultades, la fantasía llega en su auxilio, brindándole la elevación de su personalidad, estimulándole así, al propio tiempo, en un mayor o menor grado. Desde luego, son muchos los casos en que este acicate no se deja sentir y donde la

fantasía representa por sí sola toda la compensación. Que esto debe ser considerado como contrario a los intereses de la comunidad, aun cuando no se observe aquí ninguna actividad ni ningún acto de agresión contra aquélla, está completamente claro. En el caso de que, en consonancia con el estilo de vida, la fantasía se dirija contra el sentimiento de comunidad, podemos considerar que expresa la exclusión del sentimiento de comunidad en el estilo de vida, lo cual orientará la mirada del investigador en su búsqueda para descubrir su significado. Tal ocurre en los frecuentes y crueles ensueños diurnos que pueden alterar o ser completamente sustituidos por fantasías de sufrimiento propio. Fantasías guerreras, actos heroicos, salvamento de personajes prominentes, revelan sólo, por regla general, un efectivo sentimiento de debilidad y quedan sustituidos en la vida real por la timidez y por un carácter eternamente vacilante. Quien quiera ver en esto y en las formas de expresión parecidas, aparentemente antagónicas, una ambivalencia o escisión de la conciencia, una doble vida, desconoce la unidad de la personalidad, en la cual el elemento aparentemente antagónico es explicable a partir de la comparación simplista de las situaciones de superioridad y de inferioridad, y del desconocimiento de las relaciones entre ambas. Y quien haya adquirido el necesario conocimiento de la incesante aspiración ascendente del proceso psíquico, sabe muy bien que la justa caracterización de éste mediante una simple palabra o concepto está condenada al fracaso, vista la extrema pobreza del idioma, puesto que no es posible dominar, mediante vocablos fijos, algo que está en incesante fluencia y dinamismo.

Con gran frecuencia encontramos fantasías en las que el individuo se imagina ser hijo de otros padres, lo cual es un indicio cierto del descontento hacia los padres propios. En la psicosis y, en forma atenuada, también en otros casos, encontramos esta fantasía transfigurada en realidad como una permanente acusación. Siempre que la ambición de un hombre encuentre insostenible la realidad, se refugiará en el encanto de la fantasía. No debemos olvidar, sin

embargo, que cuando la fantasía fluye en equilibrio con el sentimiento de comunidad, podemos esperar la creación de alguna obra importante, puesto que, en tales casos, la fantasía ejerce su influencia sobre los sentimientos y emociones, despertándolos y aumentando su actividad y rendimiento, análogamente a como actúa la creciente presión del vapor sobre una máquina en funcionamiento.

El valor del rendimiento de la imaginación depende, pues, en primer término, de la importancia del sentimiento de comunidad de que se halle impregnada. Y esto puede decirse tanto respecto al individuo como respecto a la masa. En los casos de un real fracaso, podemos esperar que la imaginación sea viciada. El embustero, el estafador, el vanidoso, son ejemplos harto elocuentes de ello. Igual ocurre con el enajenado. La imaginación no está nunca en completo descanso ni siquiera cuando no llega a cristalizar en ensueños diurnos. La mera orientación hacia un objeto de superioridad nos obliga ya a fantasear sobre el porvenir, como en todos los casos en que aspiramos a prever los acontecimientos. No es posible desconocer que esta actividad constituye un entrenamiento en el sentido del estilo de vida, tanto si se manifiesta en la realidad como si sólo ocurre en los sueños y ensueños, o en la creación de obras de arte. La fantasía aspira a poner de relieve la propia personalidad y en esta orientación se halla subordinada más o menos al sentido común. Incluso el soñador sabe muchas veces que está soñando. Y el que duerme, por muy lejos que esté de la realidad, raras veces se cae de la cama. Todos los móviles de la fantasía: riqueza, proezas, fuerza, grandes obras, inmortalidad, etc., no son sino hipérboles, metáforas, símiles y símbolos. No debemos perder de vista la fuerza ornamental de las metáforas; y es que, quiéranlo o no mis adversarios, éstas constituyen fantásticos disfraces de la realidad, jamás idénticos a ella. Su valor es indiscutible siempre que sean aptas para prestar a nuestra vida una energía suplementaria. Pero en caso de no servir sino para fomentar en nosotros el espíritu antisocial mediante la exaltación de nuestros sentimientos, tenemos

el deber de desenmascarar su carácter nocivo. En todos los casos sirven para provocar e intensificar aquella tonalidad afectiva que, ante un problema dado, conviene al estilo de vida siempre que el sentido común resulte demasiado débil o esté en contradicción con la solución del problema que dicho estilo de vida reclama. Este hecho nos facilitará también la comprensión del sueño.

Para comprender el sueño es preciso estudiar, en primer término, el acto de dormir, puesto que éste es el que nos proporciona aquel estado de ánimo en que el sueño puede producirse. No cabe duda de que el dormir es obra de la evolución; una regulación autónoma que desde luego está íntimamente enlazada con las transformaciones corporales y viene provocada por ellas. Y aunque no podamos en la actualidad sino solamente sospechar la existencia de éstas (tal vez las investigaciones de Zondek sobre la hipófisis den alguna luz), hemos de suponerlas como actuando al unísono con el impulso del dormir. Puesto que el dormir sirve indudablemente como descanso y relajamiento, natural es que haga converger todas las actividades, tanto somáticas como anímicas, al punto de reposo. La forma de vida del individuo humano se halla en mayor armonía con la sucesión alternada de días y noches, gracias a la análoga periodicidad del estado de vigilia y de sueño. Lo que diferencia ante todo al que duerme del que está despierto es su alejamiento concreto de los problemas de la vida cotidiana.

Sin embargo, el sueño no es un hermano de la muerte. El estilo de vida, la ley de movimiento del individuo permanece en incesante vela. El durmiente puede moverse y evitar posiciones incómodas en el lecho, puede ser despertado por la luz o por el ruido, atender al niño que duerme a su lado, y llevar consigo las alegrías y los dolores experimentados durante la jornada. El hombre, aun sumido en el sueño, sigue orientado continuamente hacia todos los problemas cuya solución no debe quedar en suspenso mientras duerme. Cualquier inquieto movimiento del niño de pecho despierta a la madre, y con el alba llega también el despertar, que en algunas

personas se presenta casi a la hora deseada. La actitud del durmiente durante el sueño nos proporciona muchas veces, tal como lo hemos demostrado (véase Praxis und Theorie der Individualpsychologie, Práctica y Teoría de la Psicología individual), una buena imagen de la actitud anímica, tan exacta como en la vigilia. La unidad de la vida psíquica queda conservada también durante el sueño, de modo que estamos obligados a considerar como parte de este conjunto fenómenos que se verifican o pueden verificarse durante el sueño, como el sonambulismo, el suicidio, el rechinar de dientes, el hablar en voz alta, la tensión de los músculos, así como el cierre espasmódico del puño con parestesias consecutivas. Todos estos fenómenos nos permiten llegar a conclusiones que desde luego deben ser confirmadas por otras formas de expresión. También mientras dormimos pueden desplegar actividad los sentimientos y tonalidades afectivas, a veces sin acompañamiento de sueños.

Si el sueño se presenta en la mayoría de los casos como fenómeno visual, ello se debe a la mayor seguridad que atribuimos a los hechos visibles. Siempre he dicho a mis discípulos: Si en vuestras investigaciones tenéis la incertidumbre acerca de algún punto, tapaos los oídos y fijaos en los movimientos. Probablemente cada uno de nosotros conoce esta mayor certeza del sentido de la vista, aun sin haberlo formulado claramente. ¿Podría ocurrir que el sueño buscase esta mayor seguridad? ¿Es posible que el estilo de vida, liberado de la presión limitativa impuesta por la realidad, esta despachadora de leyes, se exprese en los sueños con más intensidad debido al mayor alejamiento de los problemas cotidianos y al hecho de estar abandonado uno a sí mismo conservandose íntegra su energía? ¿Será el sueño dócil a la fantasía vinculada al estilo de vida, avanzando por las mismas sendas que aquélla suele recorrer en defensa de éste cada vez que un problema es superior a las fuerzas del individuo? ¿Aparece el sueño únicamente cuando el sentido común y el sentimiento de comunidad enmudecen en el individuo, por debilidad insuperable?

No vamos a imitar nosotros a quienes creen aniquilar nuestra Psicología individual haciendo simplemente como que la ignoran. Por esto queremos recordar que fue Freud el primero en intentar elaborar una teoría científica del sueño. Esto será siempre un mérito imperecedero, que nadie podrá impugnarle, así como ciertas observaciones en torno a lo que él llama inconsciente. Pero nos da aquí la impresión de que ha llegado a saber mucho más de lo que ha conseguido aprender, y es que, considerándose obligado a agrupar todos los fenómenos anímicos en torno a la única substancia dominadora que reconoce -la libido sexual-, tuvo que equivocarse forzosamente. Su error es más flagrante todavía por el hecho de tener sólo en cuenta los malos instintos que, según he señalado, provienen del complejo de inferioridad de los niños mimados y no son sino el producto artificial de una serie de errores, tanto de educación como de autónoma creación del mismo niño, sin que jamás basten a explicarnos la estructura anímica en todas sus efectivas formas de evolución.

Resumiendo, la concepción del sueño podría expresarse así: Si un hombre pudiera decidirse a escribir todos sus sueños, sin excepción, sin contemplaciones, sin tapujo, fielmente y con toda clase de pormenores, e incluso añadir los comentarios que se le ocurrieran en torno a tales sueños, siempre a base de los recuerdos de su vida y lecturas, haría con ello un valioso regalo a la comunidad. Sin embargo, tal como actualmente somos los humanos, es lo más probable que a nadie se le ocurra proceder de este modo. Pero valdría la pena de hacerlo, aun sin darlo a la publicidad y sólo para aleccionamiento de uno mismo. ¿Es Freud quien lo dijo? No, es Hebbel, en sus Memorias.

A esto he de añadir por mi parte que lo más importante está en determinar si el esquema empleado resiste o no a una crítica científica. Con el esquema psicoanalítico ni el mismo Freud está conforme, puesto que más tarde declaró, tras múltiples cambios y modificaciones en sus interpretaciones de los sueños, que no ha

sostenido nunca que los sueños tengan forzosamente un contenido sexual. Lo cual representa, en todo caso, un nuevo progreso.

En cuanto a lo que Freud concibe por censura, no es sino un mayor alejamiento de la realidad en el sueño, un intencionado alejamiento del sentimiento de comunidad, cuya deficiencia impide dar solución normal a un determinado problema, de modo que el individuo buscará un camino hacia una solución más fácil, como si, después de una derrota, ya esperada, hubiera padecido un shock; solución a la cual puede contribuir la fantasía supeditada a un estilo de vida ajeno al sentimiento de comunidad. Si en ello no buscamos otra cosa que la realización de unos deseos o, en caso de supremo desaliento, el ansia de morir, entonces no nos habremos encontrado más que con meros tópicos que no aportarán la menor claridad acerca de la estructura de los sueños. Porque todo el proceso de la vida, por doquiera que lo examinemos, puede considerarse como una anhelada realización de deseos.

En mis investigaciones sobre el sueño me he valido de dos poderosos auxilios. Uno me lo proporcionó Freud mismo con sus afirmaciones inadmisibles. Sus errores me sirvieron, pues, de enseñanza; y a pesar de que no fui nunca psicoanalizado y hubiera declinado de antemano y a limine una invitación a serlo por considerarlo perturbador para la espontaneidad de la observación científica, que, por desgracia, no es excesivamente grande en la mayoría de los individuos; conozco sin embargo suficientemente sus teorías no sólo para poder predecir, basándome en mi conocimiento de la psicología de los niños mimados, cuál será el próximo paso que dé Freud. Por este motivo he recomendado siempre a mis alumnos el estudio de sus trabajos. Al creador del psicoanálisis y a sus discípulos parece producirles gran satisfacción el poder designarme como discípulo de Freud, cosa que hacen con delectación ostensible, por el mero hecho de haber discutido yo mucho con éste en un círculo de psicólogos, pero sin haber asistido jamás ni a una de sus clases. Cuando se trató de hacer jurar a todos los miembros de este círculo de psicólogos la infalibilidad de Freud y

de las teorías por él propugnadas, fui el primero en abandonarlo, y no se me podrá negar que he procurado siempre delimitar las fronteras entre el Psicoanálisis y la Psicología individual con más afán que el propio Freud, ni podrá acusárseme tampoco de haberme jamás vanagloriado de mis discusiones de antaño con él. Me duele que los crecientes éxitos de la Psicología individual y su influencia cada vez más notoria en las obras de los mismos psicoanalistas produzcan tan intenso malestar en el campo de mis adversarios. Sé, sin embargo, que es difícil satisfacer las concepciones de los niños mimados. Pero, al fin y al cabo, a nadie ha de extrañar el hecho de que el constante acercamiento del Psicoanálisis a la Psicología individual -sin que los psicoanalistas abandonen por completo su principio fundamental- haga surgir notables semejanzas entre ambas teorías, observadas incluso por los partidistas, lo cual se debe, simplemente, al influjo del inquebrantable sentido común. Habrá seguramente muchos que considerarán ilegítimo el hecho de que yo haya previsto de antemano toda la evolución del Psicoanálisis en estos últimos veinticinco años. Así, me parecería al prisionero que no suelta al que lo capturó.

El segundo y más poderoso auxilio me fue proporcionado por la unidad de la personalidad, hoy día ya científicamente confirmada y aclarada desde diversos puntos de vista. Esta pertenencia a una unidad ha de caracterizar también al sueño. Aun prescindiendo de la creciente distancia que el estilo de vida pone entre uno mismo y la realidad que trata de influirle, distancia que caracteriza asimismo a la fantasía que se coloca también en estado de vigilia, no es posible admitir en el sueño -para apoyar una simple teoría-otras formas anímicas que las que aparecen en el estado de vigilia. De aquí se puede concluir que el dormir y los sueños no son sino simples variantes de la vida vigil, así como, a la inversa, que la vida vigil no es más que una forma de la vida del sueño. La ley suprema de ambas formas de vida, lo mismo en la vigilia que en el sueño, es ésta: el sentimiento del valor del yo no debe disminuir. O, para mejor englobarlo en la conocida terminología de la Psicología individual: la

tendencia de superioridad, considerada como meta final, arranca al individuo de las garras del sentimiento de inferioridad. Sabemos ya qué dirección toma el camino más o menos desviado del sentimiento de comunidad; en otros términos, es antisocial y opuesto, al mismo tiempo, al sentido común. El yo saca de las fantasías del sueño nuevas fuerzas con las cuales poder resolver un problema para el que no dispone de la debida dosis de sentimiento de comunidad. Como se comprende, la gravedad subjetiva del problema actual, equivalente siempre a un test del sentimiento de comunidad, puede resultar tan agobiante que incluso al mejor y más fuerte le induzca a soñar.

Debemos, pues, hacer constar, en primer término, que en todo estado onírico hay un factor exógeno. Esto es, sin duda, más significativo y muy distinto de los restos diurnos de Freud. Su significación está en el hecho de tener que sufrir un examen y buscar una solución: examinar el avance hacia un objetivo y buscar la solución al ¿hacia dónde? de la Psicología individual, que se hallan en franca oposición a la regresión y realización de los deseos sexuales infantiles de Freud. Estos últimos no son otra cosa que la revelación del mundo ficticio de los niños mimados que, deseosos de poseerlo todo para ellos solos, no comprenden que algún deseo suyo pueda quedar irrealizado. El sueño revela las tendencias ascendentes en el curso de la evolución y muestra cómo se representa cada uno el camino que se propone emprender. Pone de relieve la opinión del sujeto sobre su propia manera de ser, sobre la naturaleza y el sentido de la vida.

Prescindamos por un momento del estado onírico. Tenemos ante nosotros a un hombre que se encuentra sometido a un examen para el cual no se siente preparado a causa de la falta de sentimiento de comunidad que le caracteriza. Se refugiará entonces en su imaginación. ¿Y quién elige tal refugio? Naturalmente, el yo, fiel a su estilo de vida. La intención estriba en encontrar una solución que esté en consonancia con el estilo de vida. Pero esto equivale -si se exceptúa unos cuantos sueños realmente valiosos para la

comunidad- a una solución que no está en armonía con el sentido común y que va, por tanto, en contra del sentimiento de comunidad. Pero con ello el individuo quedará aliviado en sus necesidades y sus dudas, y hasta fortalecido en su manera de vivir y estimar su yo. El dormir, al igual que una hipnosis correctamente efectuada, no puede sino servir de alivio con vistas a tal objetivo, de igual manera que una autosugestión lograda. La conclusión que podemos sacar de todo esto es que el sueño -esa intencionada creación del estilo de vida- busca y refleja la distancia que separa al individuo del sentimiento de comunidad. Sin embargo, en el caso de un sentimiento de comunidad más acentuado y en situaciones amenazadoras, observamos a veces una inversión brusca que representa el triunfo del sentimiento de comunidad sobre una tentativa de evasión. Lo cual es una nueva razón en favor de la Psicología individual cuando ésta afirma que es de todo punto imposible someter toda la vida anímica a fórmulas y reglas fijas. Esto, sin embargo, deja en pie la tesis principal, esto es, que el sueño indica el grado en que el individuo está alejado del sentimiento de comunidad.

Ahora bien: se me podría objetar algo que me ha preocupado siempre mucho, pero a lo que debo en último análisis una más profunda comprensión de aquellas circunstancias que rodean la vida de los sueños, y que acabamos de explicar. Si aceptamos cuanto llevamos dicho, ¿cómo se explica que nadie comprenda sus propios sueños, que nadie les haga caso y que hasta los olvide con tal facilidad? Prescindiendo de un puñado de personas que comprenden algo de todo ello, parece que en los sueños se desperdicia una energía cuyo derroche resultaría inaudito en la acostumbrada economía del espíritu. Pero los resultados obtenidos en otro campo de la Psicología individual vienen en nuestra ayuda. El hombre sabe mucho más de lo que comprende. ¿No será que cuando sueña, su saber está despierto mientras su comprensión queda adormecida? Si fuera así, algo semejante debería ocurrir en el estado de vigilia. Y, en efecto, el hombre no comprende nada en

absoluto de su propio objetivo, a pesar de perseguirlo de continuo. No comprende nada de su estilo de vida, que, sin embargo, le liga y le aprisiona inexorablemente. Y si frente a un problema su estilo de vida le asigna un camino dado, impeliéndole, por ejemplo, a beber unas copas, o bien hacia una empresa que promete éxito, entonces acudirán a él de continuo ideas e imágenes -dispositivo de seguridad, como las llamé-que harán más grato este camino, pero sin que necesariamente estén en manifiesta relación con el objetivo primario. Si un hombre está descontento de su mujer, entonces habrá otra que le parecerá mucho más aceptable, sin darse clara cuenta de la verdadera relación entre ambos hechos, y menos aún de sus sentimientos de acusación o de venganza contra la propia esposa. Sólo la relación con su estilo de vida y el problema que le agobia en un momento dado transformará su saber de las cuestiones que más le afectan en una verdadera comprensión. Ya hemos llamado la atención sobre el hecho de que la imaginación, y con ella el sueño, necesita prescindir en gran parte del sentido común. Sería, por tanto, ilógico preguntar a los sueños qué cantidad encierran de sentido común, como han hecho diversos autores, para concluir luego en que están desprovistos de sentido. El sueño no se acercará mucho al sentido común, sino sólo en los casos más excepcionales, y nunca llegará a coincidir por completo con él. Esto, sin embargo, explica ya la función más importante del sueño: la de conducir al que sueña por un camino que le aleje del sentido común, o sea, la misma función que hemos asignado a la fantasía. El que sueña lleva a cabo, pues, un autoengaño. En consonancia con nuestra concepción fundamental, podríamos aún añadir: un autoengaño que, frente a un problema para la solución del cual no se dispone del grado suficiente de sentimiento de comunidad, le reintegra a uno a su estilo de vida para que lo resuelva en armonía con éste. Rompiendo con la realidad que exige un interés social, afluyen a uno imágenes inspiradas por su estilo de vida.

Así, pues, ¿no queda ya nada del sueño, una vez esfumado éste? Creo haber podido resolver este problema de trascendental

importancia. Queda lo que siempre suele quedar si alguien se abandona en brazos de la fantasía: sentimientos, emociones y una actitud determinada. El hecho de que todos estos factores desarrollen una influencia en el sentido del estilo de vida, se desprende de la afirmación fundamental de la Psicología individual: la unidad de la persona humana. En uno de mis primeros ataques contra la teoría freudiana de los sueños -en 1918-, afirmaba ya, a raíz de mis experiencias personales, que todo sueño tiene tendencia prospectiva y que desempeña el papel de preparador del individuo para la resolución de un problema determinado a su manera peculiar. Más tarde pude comprobar esta afirmación, haciendo constar que el sueño no realiza esto por las vías del sentido común y del sentimiento de comunidad, sino a través de un símil, por medio de metáforas y de imágenes comparadas, tal como lo haría, por ejemplo, un poeta para despertar en sus lectores determinados sentimientos y emociones. Pero con esto retornaremos al ámbito del estado de vigilia, y podemos añadir que incluso las personas desprovistas de toda sensibilidad poética se valen de símiles para impresionar a sus interlocutores, aunque a veces sean estos símiles tan poco amables como asno, vejestorio, etc. Incluso el maestro recurre a ellos a veces cuando desespera de poder explicar algo mediante palabras sencillas.

Con esto se consiguen dos cosas. En primer término, los símiles despiertan sentimientos más fácilmente que los argumentos objetivos. En la poesía, en la retórica, el uso de metáforas proporciona verdaderos triunfos. Pero una vez que nos alejamos del reino de la literatura, observamos en seguida el peligro que el uso de símiles encierra. Las comparaciones son falsas, dice no sin razón el pueblo, dando a entender con ello que el uso de los símiles lleva consigo un cierto peligro de engaño. Llegamos ahora, por consiguiente, a la misma conclusión que formulábamos anteriormente al estudiar el uso comparativo de las imágenes oníricas. Apartadas de los caminos de la razón práctica sirven para el autoengaño del que sueña, para despertar determinados

sentimientos y, consiguientemente, para la adopción de una actitud en armonía con el estilo peculiar de vida. El sueño probablemente va precedido siempre, al igual que la duda, de una tonalidad afectiva, problema que requiere un estudio algo más detenido. Pero en este caso y conforme a su estilo de vida, el yo elige entre mil imágenes posibles, precisamente las más favorables a sus aspiraciones, ya que le permiten prescindir de la razón práctica en favor del estilo de vida.

Con lo expuesto queda aclarado que la fantasía del que sueña sigue con exactitud, hacia delante y hacia arriba, las directrices de la personalidad, en estrecha armonía con todas sus restantes creaciones. Y esto a pesar de que -de igual manera que la vida intelectual, afectiva y volitiva- se sirve también de las imágenes de nuestra memoria. El hecho de que los recuerdos de la vida de un niño mimado emanen siempre de los errores del mimo, sin dejar de reflejar por eso un presentimiento del futuro, no debe inducirnos a la errónea conclusión de que corresponden a la satisfacción de deseos infantiles, a una regresión a la infancia. Debemos, además, tener en cuenta que el estilo de vida selecciona sus imágenes en consonancia con sus propios fines, de modo que dicha selección nos permite comprender el estilo de vida. La estrecha correlación de las imágenes del sueño con la situación exógena nos da posibilidades para encontrar la línea del movimiento que, según su estilo de vida, inicia el que sueña frente al problema que exige solución, sin apartarse de su ley de movimiento. Podemos vislumbrar la debilidad de su posición por el hecho de buscar auxilio en imágenes y comparaciones, que despiertan de manera engañosa sentimientos y emociones -cuyo valor y sentido no pueden ser sometidos a examen-, y que fortalecen y aceleran el movimiento dirigido por el estilo de vida, un poco como ocurre al pisar el acelerador de un motor en marcha. La incomprensión del sueño, incomprensión que suele también darse bajo la misma forma en el estado de vigilia, al intentar justificar una posición equivocada a

base de argumentos rebuscados, es, pues, una necesidad y no una casualidad.

El soñador, exactamente igual que en la vigilia, dispone aún de otro medio para hacer abstracción de la razón práctica. Este medio consiste en tratar sólo los aspectos secundarios de un problema agobiante, excluyendo y eliminando de éL lo que encierre de esencial. Este procedimiento, del que en ocasiones puede hacerse un uso más general, es muy semejante al que describimos en 1932, en los últimos números de laZeitschrift für Individualpsychologie (Revista de Psicología Individual), como solución parcial e imperfecta de un problema, como signo manifiesto de un complejo de inferioridad. Vuelvo a insistir sobre la imposibilidad de establecer reglas fijas para la interpretación de los sueños, puesto que ésta requiere mucho más una inspiración artística que un sistema exacto de pesos y medidas. Nada ofrece el sueño que no pueda también ser descubierto partiendo de las demás formas de expresión. Sólo puede servir al investigador para descubrir y mostrar al paciente cuán fuertemente obra aún en él su estilo de vida primitivo y, así, persuadirle mejor. En toda interpretación de los sueños es preciso ir lo suficientemente lejos para que el enfermo se dé cuenta de que no ha hecho otra cosa que lo que hacía Penélope: destejer por la noche lo que había tejido durante el día. Tampoco debemos ignorar ese estilo de vida que se caracteriza por una obediencia aparente y exagerada, comparable a la del hipnotizado. En estos casos la fantasía se muestra dócil a los deseos del médico, sin adoptar, no obstante, aquellas actitudes que habrían sido lógicas. Se trata también de una forma de desobediencia, en la que ya se fue uno entrenando en secreto desde la infancia.

Los sueños reiterados aluden a expresiones adecuadas de la ley de movimiento frente a los problemas de naturaleza semejante. Los sueños breves constituyen una respuesta estricta y pronta a una pregunta. Los sueños olvidados, en cambio, nos permiten suponer que su tonalidad afectiva es muy potente frente a la no menos potente razón práctica y para defraudar mejor a ésta es preciso

difuminar el material ideológico del sueño, de modo que sólo reste la emoción y la actitud adoptada. Se puede comprobar con gran frecuencia que los sueños angustiosos reflejan el acentuado temor a un fracaso, y que los sueños agradables indican un fíat vigoroso o un contraste con la situación actual, para provocar un mayor sentimiento de repulsión. Soñar con un muerto hace pensar en que el soñador no ha enterrado definitivamente al muerto en cuestión y que está aún bajo su influencia -suposición que deberá ser confirmada, desde luego, por las restantes formas de expresión del individuo-. Los sueños de caídas, sin duda los más frecuentes de todos, revelan la angustia del que sueña, su miedo a perder el sentimiento de su propio valor; pero expresan al mismo tiempo, en representación espacial, que en su fuero interno se cree más alto de lo que está. Los sueños de vuelo se observan en personas ambiciosas, como sedimento de su afán de superioridad, de realizar algo que les eleve por encima de los demás humanos. Este sueño va enlazado a menudo, casi como memento y advertencia contra un afán demasiado ambicioso y arriesgado, con sueños de caída. El aterrizaje logrado después de una caída en sueños, que se expresa no raras veces emocionalmente, en lugar de manifestarse por medio de elementos representativos, revela casi siempre, sin ningún género de duda, un sentimiento de seguridad, o de predestinación, gracias al cual el individuo se asegura de que nada malo va a ocurrirle. La pérdida de un tren o de una ocasión favorable se podrá interpretar en la mayoría de los casos como expresión de un bien entrenado rasgo de carácter, a saber: eludir una temida derrota llegando tarde o dejando escapar la oportunidad. Los sueños de ir semidesnudo, seguidos de un susto a causa de ello, se explican generalmente por el miedo de ser atrapado in fraganti en alguna imperfección. Ciertas inclinaciones motrices, visuales y acústicas quedan expresadas muy a menudo en sueños, pero siempre en relación con una actitud a adoptar frente a un problema que se plantea al individuo y cuya solución, en algunos casos muy poco corrientes, puede incluso ser facilitada por ellos.

El papel de espectador en el sueño nos revela, con cierto grado de seguridad, que el individuo también se da por satisfecho, en la vida real, con adoptar esta posición cómoda. Los sueños de carácter sexual pueden tener varias tendencias, ora como un entrenamiento -desde luego bastante débil- para el comercio sexual, ora como una retirada ante la pareja, replegándose sobre sí mismo. Respecto a los sueños de contenido homosexual, fuimos precisamente nosotros quienes llamamos la atención por vez primera sobre el hecho de que representan una tendencia contra el sexo opuesto y de ninguna manera una inclinación innata. Las crueldades cometidas soñando, en las que el soñador desempeña un papel activo, revelan furor y anhelo de venganza, de la misma manera que los sueños en que se trata de ensuciar o degradar. Los sueños de los enuréticos de encontrarse orinando en el lugar normal, facilita a éstos en forma poco animosa la satisfacción de sus sentimientos de queja y venganza contra una sensación de humillación. En mis libros y artículos se encuentran numerosas interpretaciones de sueños, de modo que puedo prescindir de citar aquí ejemplos concretos. No obstante vamos a analizar un sueño en relación con el estilo de vida del soñador.

Un individuo, padre de dos hijos, vivía con su mujer -que se había casado con él sin amor, cosa que nuestro hombre sabía perfectamente- en continuas disensiones fomentadas por ambos. En su, artificialmente infancia había sido muy mimado primero, pero luego fue destronado por un hermano menor. En una escuela muy severa le enseñaron a dominar sus explosiones de ira, hasta tal extremo que en situaciones desfavorables efectuaba intentos exagerados para llegar a una reconciliación con sus adversarios, lo cual, naturalmente, rara vez conseguía. Su actitud frente a su mujer se expresaba asimismo por manifestaciones contradictorias, a veces era una mezcla de confianza en llegar a una situación cordial y otras, eran explosiones bruscas de ira al sentirse víctima indefensa de sus sentimientos de inferioridad, sin que, a pesar de todo, lograra hallar el modo de sortear aquella situación. La mujer no dio pruebas

ni de la más minima comprensión frente al estado de cosas. El hombre adoraba a sus dos hijitos, que le correspondían, mientras que la mujer, exteriormente menos vehemente y cariñosa, no podía rivalizar con su marido en tal aspecto. Esto la condujo a perder cada vez más el contacto con los hijos y a que el hombre creyera ver en ello un descuido completo por su parte, lo cual le hizo dirigir amargos reproches a la esposa. A pesar de semejantes disensiones, continuaron las relaciones conyugales, pero ambos estaban conformes en evitar la concepción de nuevos hijos. Así lucharon durante largo tiempo: el hombre, no reconociendo como amor sino el paroxismo de los sentimientos y considerándose engañado en sus justas reivindicaciones; y la mujer, con sus débiles intentos de continuar la vida conyugal, pero en exceso fría y, a causa de su estilo de vida, desprovista del necesario afecto hacia su marido y sus hijos. Una noche soñó el hombre con sangrantes cuerpos de mujeres que eran arrojados sin consideración por todas partes. Habló de ello conmigo y nuestra conversación nos condujo hacia un recuerdo antiguo: a una escena que había presenciado en una sala de disección, invitado por un amigo suyo, estudiante de medicina. Sin embargo, no era difícil descubrir, y fue confirmado por el mismo paciente, que también el acto del parto, al que había asistido dos veces, le había producido una impresión terrible, y la interpretación que propusimos fue la siguiente: No quiero soportar un tercer parto de mi mujer.

Otro sueño suyo tenía el siguiente contenido: Me pareció encontrarme buscando un tercer hijo mío que había sido raptado o que se había perdido. Fui presa de una gran angustia, pues todos mis desesperados intentos eran vanos. Puesto que el individuo no tenía un tercer hijo, se demostraba claramente que sufría una angustia continua de que otro hijo suyo se encontrara en peligro a consecuencia de la negligencia y del descuido de su esposa. Soñó esto, además, poco tiempo después del rapto del niño de Lindbergh, exteriorizando una vez más el mismo problema exógeno de shock conforme a su estilo de vida y opinión: ruptura de relaciones con una

persona de la que nunca recibió muestras de ternura y como realización parcial de dicho propósito el de no engendrar más hijos, todo ello a base de exagerar desde luego la negligencia de su esposa. La orientación señalada por este sueño es, pues, idéntica a la del primero: un miedo exagerado ante el acto del parto.

El enfermo vino a verme a causa de impotencia. Las demás huellas me condujeron a su infancia, en la que había aprendido a responder a las humillaciones, tras largos y desesperados intentos de conciliación, rechazando completamente a la persona que conceptuaba fría; en la que encontraba insoportables los nuevos partos de su madre. La parte esencial de su estilo de vida era manifiesta, la selección de determinadas imágenes, el engaño de sí mismo mediante símiles que rebasaron considerablemente la razón práctica, confiriendo al estilo de vida un aumento de energías, luego, la retirada resultante del continuo estado de shock, ante el problema sólo a medias solucionado y no elaborado conforme al sentido común, clara señal de la blandura de carácter de este hombre. Las correlaciones entre todos estos fenómenos son suficientemente comprensibles y no necesitan más explicación. Si se me pidieran algunas palabras acerca del tema que describe Freud bajo el nombre de simbolismo de los sueños, podría manifestar lo siguiente, fundándome en mi experiencia personal: desde siempre ha existido la propensión a establecer, bromeando, comparaciones sobre hechos de la vida cotidiana con sucesos y cosas de orden sexual. Es cierto que nunca se ha dejado de hacerlo en las tertulias de cafés y tabernas, y obscenamente en ocasiones. Esta inclinación se debe, sin duda, en gran parte, no sólo a la tendencia a humillar, a la afición a hacer y decir chistes y al prurito de llamar la atención, sino también a dar rienda suelta a un acento emocional ligado al símbolo. No se necesita demasiado ingenio para comprender los símbolos más usuales tanto del folklore como de las canciones callejeras. Es más importante saber que en el sueño siempre se presentan con una finalidad determinada, que será preciso descubrir mediante el análisis. El mérito indiscutible de Freud consiste en haber llamado la

atención sobre ello. Pero explicar mediante un simbolismo sexual todo cuanto uno no comprende, y llegar luego a la conclusión de que todo proviene de la libido sexual, son afirmaciones que no resisten a una seria y concienzuda crítica. Tampoco podemos aceptar como pruebas contundentes los llamados experimentos demostrativos del Psicoanálisis efectuados con personas sometidas a hipnosis, a las que se da la orden sugestiva de que sueñen escenas sexuales que luego deben relatar, comprobándose que también ellas recurren a los símbolos sexuales freudianos. El hecho de que hayan substituido las crudas expresiones sexuales por símbolos corrientes, no testimonia más que un sentimiento natural de pudor. Hay que añadir, además, que para un discípulo de Freud constituirá una gran dificultad encontrar quien se preste a tales experimentos sin que sepa que está frente a un psicoanalista ávido de interpretaciones sexualistas. Es preciso, además, tener en cuenta que el simbolismo freudiano llegó a enriquecer sobremanera el vocabulario popular y a destruir radicalmente la imparcialidad en el análisis de hechos por lo demás inofensivos. En aquellos enfermos nuestros que antes habían pasado por manos de algún psicoanalista, pudimos observar que hacen en sus sueños un uso muy extenso del simbolismo de Freud. Mi refutación de sus interpretaciones resultaría aún más potente si, como Freud, pudiera creer en la telepatía y admitiera, como todos sus insulsos precursores lo hicieron, que la transmisión de pensamientos se efectúa con la misma facilidad que una conferencia por radio. Mas como no participo de dicha creencia, tengo que renunciar a ese argumento.

CAPÍTULO XV

EL SENTIDO DE LA VIDA

El sistema Hombre-Cosmos. Concepción evolutiva de la vida. Adaptación activa subspecie aeternitatis. El concepto de Dios. El sentimiento de comunidad en el origen de las religiones. Necesidad de la metafísica para el psicólogo. El sentimiento de comunidad ideal. Diferencia entre la Weltanschaung de la Psicología individual y los sistemas éticorreligiosos. El futuro de la humanidad. Los grandes obstáculos para el desarrollo del sentimiento de comunidad. El imperativo absoluto del sentimiento de comunidad.

Averiguar el sentido de la vida no tiene valor ni interés, sino teniendo en cuenta el sistema correlativo Hombre-Cosmos. Es fácil comprender que el Cosmos posee en esta correlación un poder creador; es, por así decirlo, el padre de todo lo viviente y toda vida está en continua pugna para satisfacer debidamente las exigencias cósmicas. No queremos afirmar que exista algún impulso dado que desde un principio puede determinarlo todo en la vida por el mero hecho de desenvolverse, sino que existe un algo innato inherente a la vida: un afán, un impulso, un desarrollarse, un algo sin el cual sería imposible en absoluto imaginársela. Vivir quiere decir

evolucionar. El espíritu humano está demasiado habituado a encerrar en formas estáticas todo lo fluyente y a tomar en consideración no ya el mismo movimiento, sino el dinamismo congelado, esto es, el movimiento que ha tomado forma. Nosotros, los psicólogos individuales, aspiramos desde el principio de nuestras investigaciones a convertir otra vez en movimiento todo cuanto percibimos como forma. Todos sabemos que el hombre proviene de una célula; pero asimismo debiera comprenderse que esta célula encierra los fundamentos necesarios para su evolución. Cómo surgió la vida en el planeta es una cuestión muy debatida para la que tal vez no hallemos nunca la justa y definitiva respuesta.

El desarrollo de todo lo que vive, partiendo de una ínfima unidad viviente, no pudo efectuarse sin una aceptación de las influencias cósmicas. Del genial ensayo de Smuts Wholeness and Evolution, Totalidad y Evolución, puede deducirse que la vida late incluso en la materia muerta, hipótesis que parece confirmada por la física moderna, que nos muestra a los electrones girando en torno al protón. Ignoramos si la exactitud de esta concepción llegue a ser comprobada, pero es indudable que no puede impugnarse nuestro concepto de la vida como un movimiento dotado de una tendencia de autoconservación, de multiplicación, de contacto con el mundo circundante, contacto que ha de ser triunfante, para que la vida pueda mantenerse. A la luz de las concepciones de Darwin comprendemos el proceso selectivo de todo cuanto haya podido adaptarse a las exigencias exógenas. La concepción de Lamarck, todavía más próxima a la nuestra, nos proporciona datos acerca de la fuerza creadora que late en todo ser viviente. El hecho universal de la evolución creadora de todo cuanto vive nos enseña que la orientación del desarrollo evolutivo persigue en toda especie un fin determinado: el ideal de la perfección, de la adaptación activa a las exigencias cósmicas.

Si queremos comprender en qué dirección progresa la vida, no debemos apartarnos de este camino de la evolución, de este proceso de continua adaptación activa a las exigencias del mundo

exterior. No debe olvidarse que se trata aquí de algo completamente primordial, inherente a la vida desde sus comienzos: de la superación, de la conservación del individuo, de la especie humana, y del establecimiento de una favorable relación entre el individuo y el mundo exterior. Esta necesidad de realizar una mejor adaptación no puede acabar nunca. Ya en 1902 desarrollamos esta idea (véase Heilen und Bilden, Curar y Educar), llamando la atención de todos sobre el hecho de que esta adaptación activa, esta verdad, está en un continuo peligro de frustrarse, y que la decadencia y extinción de pueblos, familias, personas y especies, tanto animales como vegetales, se debe siempre al fracaso de dicha adaptación.

Cuando hablamos de adaptación activa excluimos así concepciones fantásticas que asocian esa adaptación momentánea o al cese de toda vida; aquí, muy al contrario, se trata de una adaptación sub specie aeternitatis, puesto que no es justa sino aquella evolución corporal y psíquica susceptible de conservar su validez por un futuro lejano e imprevisible. Esta noción de adaptación activa significa, además, que tanto el cuerpo y el alma como todo conjunto de vida organizada, deben tender hacia esa adaptación última, hacia la superación de todas las ventajas y desventajas que el Cosmos nos ofrece. Los estados intermedios que puedan subsistir durante cierto tiempo, caerán, tarde o temprano, por su propio peso.

Nos hallamos flotando en la corriente de la evolución sin darnos cuenta de ello, como tampoco nos percatamos del movimiento de rotación de la Tierra. En este enlace cósmico, del que la vida del individuo es una parte, la tendencia hacia la triunfante adaptación al mundo que nos rodea es una condición necesaria. Incluso en el caso de que quisiéramos poner en duda que el afán de superación haya existido ya en los comienzos de la vida, el curso de millones y millones de años nos demuestra con toda claridad que es ya actualmente un hecho innato consubstancial a la persona. Estas consideraciones pueden llevarnos todavía más lejos. Ninguno de nosotros puede saber cuál es el camino absolutamente justo e

idóneo. La humanidad ha realizado los más variados intentos para representarse este objetivo final de toda evolución humana. El hecho de que el mismo Cosmos tenga interés en conservar la vida no es más que un piadoso deseo, que no por eso deja de constituir en la religión, en la moral y en la ética una fuerza impulsora del bienestar humano. La veneración de un fetiche, de un lagarto o de un falo, en el sentido fetichista, por parte de alguna tribu prehistórica, no parece tampoco justificada científicamente. Sin embargo, no debemos pasar por alto el hecho de que esta concepción primitiva del mundo llegó a fomentar la convivencia humana y el sentimiento de comunidad, puesto que todo aquel que estaba animado por la misma veneración religiosa fue considerado hermano, siéndole dispensada la protección de toda la tribu.

La suprema representación de esta ideal sublimación humana se encuentra en el concepto de divinidad[11]. No cabe duda de que el concepto de Dios abarca en su seno como un objetivo aquel movimiento hacia la perfección, ni de que como representación concreta de superación es el que más en armonía está con el oscuro anhelo de la humanidad hacia la perfección. Claro está que cada cual se representa a su dios a su manera. Seguramente existen representaciones que no armonizan con el punto de vista de la perfección. Pero en su acepción más pura podemos decir que en el concepto de la divinidad se ha conseguido la formulación concreta del objeto de la perfección. La fuerza primigenia, tan pujante en el planteamiento de los objetivos religiosos para orientación de los humanos, y que tenía por objeto unir a los hombres con irrompibles lazos, no era sino el sentimiento de comunidad, que debemos considerar como un producto de la evolución, y el afán de llegar cada vez más arriba en el transcurso de esa evolución. Naturalmente, entre los hombres han tenido que realizarse numerosísimos intentos para representarse claramente este objetivo ideal de la perfección. Todos los que partimos de la Psicología individual, sobre todo los médicos que a diario vemos personas que han desarrollado conductas erróneas, que padecen una neurosis o

una psicosis, o que se han vuelto delincuentes, dipsómanos etc.., encontramos en todos ellos este objetivo de superioridad, pero en una dirección opuesta a la razón, en el sentido de que no podemos reconocerla como meta auténtica de perfección. Si, por ejemplo, un individuo procura dar forma concreta a este objetivo reprimiendo todos los demás, este objetivo de perfección se nos antoja entonces incapaz de orientar al individuo o a las masas por la sencilla razón de que nadie podría dirigirse hacia el mismo objetivo, ya que, de intentarlo, se vería obligado a oponerse a la fuerza de la evolución, a violentar la realidad y a defenderse, angustiosamente contra la verdad y sus partidarios. Si nos encontramos con personas que consideran como meta de perfección el poder apoyarse en otras, entonces también ese objetivo nos parecerá contrario a la razón. Y en el caso de que alguien considere que la perfección consiste en dejar sin resolver los problemas de la propia vida para eludir derrotas inevitables (lo cual resultaría francamente opuesto al objetivo deseado), lo calificaríamos también de equivocado, aun cuando sean muchas las personas a quienes tal conducta se les antoje aceptable.

Si ampliamos un poco nuestra perspectiva y nos planteamos el siguiente problema: ¿qué ha pasado con aquellos seres humanos que se han propuesto falsos objetivos de perfección y cuya adaptación activa se ha frustrado por haber emprendido un falso camino en su aspiración al fomento de la comunidad?, entonces, la desaparición de especies, razas, tribus, familias y de numerosos individuos aislados de los que no han quedado ni las huellas, nos mostrará cuán necesario es que cada individuo halle el camino más o menos directo hacia el objetivo de la perfección. Es evidente que también en nuestros días y para cada uno de nosotros es el objetivo de perfección el que orienta al individuo para el desenvolvimiento de su total personalidad, de sus movimientos expresivos, de su modo de ver, de su manera de pensar, de sus sentimientos y de su concepción del mundo. No es menos claro y natural para todo iniciado en nuestra Psicología individual que toda orientación que se

aparte más o menos de la verdad ha de originar indudables perjuicios al individuo, cuando no su aniquilamiento total. Sería, por tanto, un hallazgo muy afortunado el que nos permitiera seguir la orientación debida, puesto que todos estamos sumergidos en la corriente de la evolución sin que podamos salir de ella. También a este respecto ha llevado a cabo la Psicología individual una labor acaso tan considerable como la realizada al descubrir el impulso universal hacia la perfección. Basándose en una experiencia vastísima, nuestra Psicología ha descubierto una concepción susceptible de orientarnos hasta cierto punto hacia la perfección ideal, y eso gracias precisamente a la fijación de las normas del sentimiento de comunidad.

Sentimiento de comunidad equivale, ante todo, a una tendencia hacia una forma de comunidad que debe ser concebida como eterna, tal como podríamos representarnos a la humanidad si hubiese alcanzado ya el objetivo de la perfección. No se trata aquí de una comunidad o sociedad actual, ni tampoco de formas políticas o religiosas, sino del objetivo idóneo de perfección. Éste tendría que representar la comunidad ideal humana y con ella la meta íntima y definitiva de la evolución. El lector se preguntará, sin duda, cómo sabemos esto. Seguramente no por una experiencia directa, y he de reconocer que tienen razón sobrada aquellos que encuentran en nuestra Psicología individual vestigios de una metafísica, que puede ser motivo de alabanzas para unos y de crítica para otros. Por desgracia, existe un número elevado de personas que tienen un concepto completamente equivocado de la metafísica y que quisieran excluir de la vida de la humanidad todo aquello que no pueden palpar con los dedos. Pero procediendo de esta forma obstaculizaríamos toda posibilidad de evolución y todo pensamiento. Las ideas nuevas van siempre más allá de la experiencia inmediata. Esta experiencia no proporciona nunca nada nuevo, sino que resulta de la síntesis de aquellos hechos. Llámese a esta actitud especulativa o trascendental, lo cierto es que no hay ciencia que no desemboque forzosamente en la metafísica. No veo la razón por la

cual deberíamos temerla cuando ha influido tan hondamente en la vida del hombre a lo largo de su evolución. No hemos nacido con la verdad absoluta bajo el brazo, y esto nos obliga a formarnos a nuestro modo ideas en torno al porvenir, a las consecuencias que puedan derivar de nuestros actos, etc. Nuestra idea del sentimiento de comunidad ha de llevar en sí el objetivo de una comunidad ideal como forma definitiva de la humanidad, como un estado en que todos los problemas que nos plantea la vida y nuestras relaciones con el mundo se nos aparecen como ya resueltos. Pues todo aquello que encontremos valioso en nuestra vida, todo lo que subsiste y subsistirá, es siempre un producto de este sentimiento de comunidad, de este ideal orientador, de esta meta de perfección.

En las páginas que preceden hemos descrito ya los hechos, las consecuencias y los defectos del actual sentimiento de comunidad, tanto en el individuo como en las masas, y hemos procurado, en interés del conocimiento del hombre y de la caracterología, exponer nuestras experiencias y la manera cómo debe concebirse la ley de movimiento del individuo y de la masa, así como sus deslices y sus errores. Partiendo de este punto de vista, la Psicología individual ha examinado y vuelto comprensibles todos los datos irrefutables de la experiencia, y el sistema científico así elaborado, lo ha sido bajo la presión de esas mismas experiencias. Los resultados obtenidos se han visto justificados por su correlación indiscutible, y confirmados por el sentido común. Los requisitos indispensables para satisfacer las condiciones de una teoría estrictamente científica se dan, por tanto, en ella: un número inmenso de experiencias directas, un sistema que las tiene en cuenta y no las contradice, y la entrenada facultad de adivinar, en armonía con el sentido común, la cual nos permite insertar en el sistema las experiencias que estén en correlación con éste. Esta aptitud es tanto más necesaria cuanto que cada uno de los casos se presenta bajo aspectos variados, exigiendo nuevos esfuerzos de adivinación e interpretación realmente artísticos. Ahora bien, proponiéndome en este capítulo final defender también la legitimidad de la Psicología individual como

auténtica concepción del mundo, que puede ser utilizada para hacernos comprender el sentido de la vida humana, he de desligarme de todas las concepciones corrientes sobre moral y religión que se mueven entre los polos antagónicos de virtud y vicio, a pesar de que he estado siempre convencido de que ambas, como también los movimientos políticos, tienen una constante tendencia a desentrañar el sentido de la vida y se desarrollan bajo la incesante presión del sentimiento de comunidad en tanto que verdad absoluta. El punto de vista de la Psicología individual se diferencia de los citados por ser un conocimiento científico, al mismo tiempo que por su intento más directo, de desenvolver más vigorosamente el sentimiento de comunidad en tanto que conocimiento. Y he aquí ese punto de vista: considero plenamente justificada toda tendencia cuya orientación nos muestre de un modo irrefutable que está concebida teniendo como único objetivo el bienestar de la humanidad, y consideraría como errónea toda tendencia que contradijera tal punto de vista o se inspirase en la fórmula de Caín: *¿Por qué he de amar a mi prójimo?*

Basándonos en las conclusiones que anteceden, y a modo de sucinta prueba, podemos exponer el hecho de que al llegar al mundo no encontramos en él sino aquello con que nuestros antepasados han contribuido a la evolución y al progreso de la humanidad. Ya este mero hecho bastaría para ilustrarnos sobre el modo de fluir de la vida y sobre la manera cómo nos acercamos a un estado en que cada vez son mayores las aportaciones al bienestar común, en que la capacidad de cooperación crece de día en día y que el individuo se siente, en mayor grado que antes, como parte de una totalidad. Las formas de nuestros movimientos sociales no son, desde luego, sino simples ensayos con vistas a este estado, de los que no perduran más que aquellos que representan un paso adelante hacia la comunidad ideal. El hecho de que esta obra, que tantos testimonios nos ofrece de las ínclitas fuerzas humanas, aparezca en muchos aspectos imperfecta e incluso equivocada en ocasiones, es una prueba más de que esa verdad absoluta, que

consiste en progresar por el camino de la evolución, es inasequible a las fuerzas humanas, aun cuando sea posible acercarse cada vez más a ella. Por lo demás, existen toda una serie de obras de carácter social que si bien cumplen su misión durante un período determinado y dentro de una situación dada, pueden llegar más tarde a ser nocivas. Lo único que puede liberarnos de permanecer clavados en la cruz de una ficción falsa y nociva y de perseverar en tal ficticio esquema es la estrella que nos guía al bienestar común. Orientados por ella encontraremos el camino con una mayor facilidad y sin peligro de desvíos.

El bien de la comunidad y la evolución ascendente de la humanidad se basan en las imperecederas contribuciones de nuestros antepasados. Su espíritu permanece eternamente vivo; es inmortal como los individuos lo son en sus hijos. En estas dos clases de inmortalidad se basa la sobrevivencia y la continuidad de la especie humana. El saberlo no cuenta; lo único que cuenta son los hechos. El problema de cuál es el camino adecuado está resuelto, a mi juicio, aunque parezca a veces que progresamos por tanteos, y con dificultad. No pretendemos decidir esta cuestión aquí, pero podemos afirmar cuando menos que el movimiento individual y el de las masas no pueden ser estimados por nosotros sino en cuanto crean valores eternos en pro del progreso de la humanidad. Para desvirtuar la verdad de esta tesis no deberíamos hacer referencia ni a la limitación propia ni a la ajena, pues es evidente que no se trata aquí de poseer la verdad, sino tan sólo de encaminarnos hacia ella.

Tales hechos llegan a ser aún más decisivos, por no decir más evidentes, si nos preguntamos: ¿qué ha pasado con aquellos hombres que no han contribuido en nada al bienestar de la generalidad de los mortales? Y la contestación es la siguiente: han desaparecido hasta en sus últimos vestigios. Nada ha quedado de ellos; se han extinguido somática y espiritualmente; se los ha tragado la tierra. Les pasó como a aquellas especies animales desaparecidas por no haber podido ponerse al unísono con las circunstancias cósmicas. Aquí seguramente tropezamos con una ley

secreta, como si el Cosmos, siempre inquisitivo, nos ordenara: *¡Desapareced! ¡No habéis comprendido el sentido de la vida y no hay para vosotros porvenir!*

Es ésta, indiscutiblemente, una ley dura, severa. Sólo podríamos compararla con aquellas crueles divinidades de los antiguos, y con esa idea de tabú que amenaza con el aniquilamiento a todos los que hayan pecado contra la comunidad. De esta manera es como se consolida el eterno caudal de los mortales que han hecho algo por la humanidad. Somos, desde luego, lo suficientemente cautos para no pretender haber encontrado la clave que nos permitiría, en cada caso, decir exactamente qué posee un valor eterno y qué no lo posee. Estamos convencidos de que podemos equivocarnos y de que tan sólo un examen exactísimo y objetivo puede a menudo decidir el curso de las cosas. Mas acaso sea ya un paso considerable el poder evitar o eliminar todo cuanto no represente colaboración alguna en beneficio de la comunidad.

Pero nuestro sentimiento de comunidad va aún mucho más allá. Sin darnos cuenta de ello, procuramos estar en consonancia con el futuro bienestar de la humanidad, tanto en relación a la educación o a la conducta del individuo y de las masas como a la religión, la ciencia y la política, aunque siguiendo diversos caminos, a veces erróneos. Naturalmente, estará más cerca de comprender la armonía futura quien posea un sentimiento de comunidad más desarrollado. Y, por último análisis, se ha abierto camino el principio social de apoyar al que tropieza en lugar de contribuir a su caída.

Apliquemos ahora nuestra concepción a la vigente vida cultural, partiendo del hecho de que el alcance del sentimiento de comunidad se establece ya de un modo invariable y de por vida en la infancia, si una ulterior intervención no lo mejora. Nuestra mirada se fijará así en determinados hechos generales cuya influencia sobre el desarrollo del sentimiento de comunidad del niño es perniciosa. Así, por ejemplo, el hecho de la guerra y su exaltación en la escuela. El niño todavía no formado, acaso con un débil sentimiento de comunidad, se adapta involuntariamente a un mundo en que es

posible lanzar hombres contra hombres, con máquinas y gases asfixiantes, obligándoles a hacerlo a pesar suyo y a considerar como un gran honor el hecho de dar muerte al mayor número posible de seres humanos que sin duda alguna hubieran podido contribuir notablemente al desarrollo de la humanidad. En una escala más reducida ejerce una influencia análoga la aplicación de la pena de muerte, de la que los perjuicios causados en el alma infantil resultan un poco atenuados por la consideración de que los así suprimidos no son seres verdaderamente humanos sino más bien antihumanos. Pero esa misma brusca vivencia del problema de la muerte puede interrumpir prematuramente el desarrollo del sentimiento de comunidad de los niños poco dispuestos a colaborar. En análogo peligro se hallan aquellas muchachas ante quienes las personas que las rodean presentan bajo un aspecto terrible los problemas del amor, de la procreación y del parto. La cuestión económica no solventada pesa como un lastre insoportable sobre el sentimiento social en vía de desarrollo. El suicidio, y la criminalidad, los malos tratos a inválidos, ancianos y mendigos, los prejuicios y un comportamiento injusto hacia personas, empleados, razas y colectividades religiosas, la violencia ejercida contra los más débiles y los niños; las disensiones conyugales y los intentos de toda clase hechos para colocar a la mujer en un estado de inferioridad ponen prematuramente un punto final al desarrollo del sentimiento de solidaridad humana. Junto con los mimos, o el descuido y abandono de los niños, otros errores como el hecho de vanagloriarse de poseer dinero o una elevada posición, de favorecer el espíritu de casta cuyas consecuencias se observan hasta en las capas más altas de la sociedad, llevan también al mismo nefasto resultado.

En nuestros días, independientemente de la necesidad de darle al niño su lugar en la comunidad, el único remedio para luchar contra todos estos peligros consiste en enseñar al niño a colaborar, ilustrándole justa y oportunamente acerca del grado aun muy insuficiente del sentimiento de comunidad hasta hoy logrado y enseñarle asimismo que un verdadero ser humano ha de reconocer

como un deber el contribuir a la resolución de esa deficiente situación en beneficio de la colectividad, sin esperar a que la anhelada solución parta de una tendencia evolutiva o de la buena voluntad de los demás. Aunque acaso emprendido con el mejor deseo, todo intento de alcanzar el progreso de la humanidad mediante el fortalecimiento de uno de estos males -la guerra, la pena de muerte o el odio de razas o de religiones-, traen consigo, como consecuencia, un descenso del sentimiento de comunidad en la próxima generación y con ello un empeoramiento notable de los demás males. No deja de ser interesante constatar que estos odios y estas persecuciones conducen casi siempre a una subestimación de la vida, de la amistad y de las relaciones amorosas, hechos que acusan netamente la decadencia del sentimiento de comunidad. En las páginas anteriores hemos intentado acumular el suficiente material para hacer comprender al lector que estamos discutiendo una cuestión científica. Por esto hemos insistido tanto en que el individuo no puede progresar en su debida evolución sino viviendo y trabajando siempre como parte integrante de la colectividad. Las superficiales objeciones de los sistemas individualistas son insignificantes frente a esta concepción. Podríamos aún hablar mucho acerca de ello y demostrar cómo todas nuestras funciones están calculadas para no perturbar la convivencia humana y para unir al individuo con la comunidad. Ver quiere decir asimilar, fecundar todo cuanto cae en la retina. Lo cual no constituye un mero proceso fisiológico, sino que muestra al hombre como parte de una totalidad, parte que da y recibe. Mediante la vista, el oído y el lenguaje nos relacionamos con los demás humanos. El hombre ve, oye y habla de manera adecuada tan sólo cuando por sus propios intereses está unido al mundo que le rodea y a los demás seres humanos. Su razón, su sentido común están bajo el control de los demás humanos, de la verdad absoluta, y tienden así a la justeza eterna. Nuestros sentimientos y concepciones estéticas, a pesar de impulsarnos a la creación de nuevas obras, sólo tienen valor eterno en tanto coincidan con la corriente de la evolución en beneficio del

bienestar de la humanidad. Todas nuestras funciones corporales y psíquicas se desarrollan de una manera normal, justa y sana si poseen un grado suficiente de sentimiento de comunidad y si están adaptadas a la colaboración.

Solemos hablar de virtudes para expresar que alguien colabora en el progreso social, y hablamos de vicios cuando alguien perturba esa colaboración. Podría llamar, además, la atención sobre el hecho de que todo cuanto representa un fracaso lo es porque entorpece el desarrollo de la sociedad, tanto si se trata de niños difíciles, como de neuróticos, criminales o suicidas. Se observa claramente en todos estos casos una falta absoluta de colaboración. En la historia de la humanidad no encontraremos hombres que hayan vivido aislados. La evolución de nuestra especie no habría sido posible si la humanidad no se hubiese constituido en una gran comunidad y, en su afán por conseguir la perfección, no hubiera aspirado a una comunidad ideal. Esto se expresa en todos los movimientos, en todas las funciones de una persona, prescindiendo de si él llegó o no a encontrar esta orientación en la corriente de la evolución caracterizada por el ideal de la comunidad, puesto que el hombre está inexorablemente guiado, detenido, castigado, alabado y estimulado por él. De ahí que cada cual sea no sólo responsable de toda desviación de este ideal, sino que se haga acreedor a un castigo. Ésta es una ley muy severa y hasta cruel. Aquellos en los cuales ha podido desarrollarse un sentimiento de comunidad suficientemente fuerte, acusan una tendencia incansable a atenuar los rigores del destino en quienes van de error en error, como si supieran que es una persona que equivocó la ruta por causas que la Psicología individual ha sido la primera en poner de manifiesto. Si un hombre supiera cómo ha llegado a desviarse del camino debido, alejándose del sentido de la evolución, entonces abandonaría el rumbo equivocado y se reintegraría a la comunidad.

Todos los problemas de la vida requieren, tal como hemos demostrado ya, capacidad y disposición para colaborar, lo cual es la señal más nítida de la presencia del sentimiento de comunidad. Esta

tonalidad afectiva comprende en sí el valor y la felicidad, pues es inalcanzable en ausencia de tales factores.

Todos los rasgos del carácter ponen de manifiesto el grado del sentimiento de comunidad, ya que se desarrollan en estrecho paralelismo con cierto camino que, de acuerdo con la opinión del individuo, conduce al objetivo de superioridad. Son, pues, líneas directrices que se amoldan al estilo de vida que las forma y las reproduce sin cesar. Nuestro idioma es demasiado pobre para expresar con sólo una palabra las formas más delicadas y sutiles de la vida psíquica, tal como ocurre al hablar de meros rasgos de carácter, al pasar por alto los múltiples sentidos que esta expresión encubre. Por esto, todos aquellos que se aferran al estricto valor de las palabras incurren en contradicciones que les hacen perder totalmente de vista la unidad intangible de la vida psíquica.

Tal vez haya personas inclinadas a dejarse persuadir de que lo que aquí hemos llamado fracaso acusa una notable falta de sentimiento de comunidad. Todas las faltas de la infancia y de la vida adulta, todos los rasgos desfavorables del carácter en la familia, en la escuela, en la vida, en la relación con los demás, en la profesión y en el amor, tienen su origen en la falta de sentimiento de comunidad, pudiendo ser pasajeros o permanentes y ofrecer miles de variantes dentro de estos dos grupos principales.

Un detenido examen de la existencia individual y de la vida colectiva del pasado y del presente nos muestra cómo lucha la humanidad para alcanzar un mayor grado de sentimiento de comunidad. Es casi imposible ignorar que la humanidad conoce hondamente penetrada por actualidad se debe a una falta de formación social. Lo que nos empuja para avanzar en la vida y a liberarnos de los errores de nuestra vida pública y de muy bien este problema y que se halla él. Lo que sobre nosotros gravita en la nuestra propia personalidad es el sentimiento de comunidad ahogado y reprimido que, sin embargo, alienta y procura hacerse valer en nuestro ser. Pero este sentimiento no parece poseer el vigor necesario para superar todos los impedimentos y obstáculos.

Tenemos derecho a esperar que en una etapa posterior, cuando la humanidad haya recorrido otro período de su evolución, la fuerza del sentimiento de comunidad llegue a vencer todos los obstáculos que actualmente le cierran el paso. Entonces, el hombre exteriorizará su sentimiento de comunidad con la misma naturalidad con que respiramos. Mientras esto no ocurra, solamente nos queda el recurso de intentar comprender y aclarar este ineludible curso de las cosas.

APÉNDICE

LA ACTITUD DEL PACIENTE FRENTE AL PSICÓLOGO

Conducta a seguir para la observación del paciente en el consultorio médico. Interpretación de pequeños detalles del comportamiento del paciente. Actitud ante la transferencia. El problema de la responsabilidad de los familiares. La cuestión de los honorarios. Relaciones entre médico y enfermo durante el tratamiento. Superfluidad de la crisis para la curación.

Nuestro concepto fundamental de la unidad del estilo de vida formado en la más tierna infancia -concepto del que, aun sin haberlo comprendido, tuvimos conocimiento desde el comienzo de nuestra labor personal-, nos autoriza a suponer de antemano que el consultante, necesitado de los consejos del psicólogo, se presenta en nuestro consultorio, desde el primer momento, tal y como es en realidad, aunque sin saberlo. La consulta psicológica representa un problema social para el paciente. Por lo tanto cada cual se presentará de consonancia con su ley de movimiento. El especialista versado en este tema es muy a menudo capaz de darse cuenta del grado de sentimiento de comunidad de un individuo desde el primer momento de su encuentro con él. El fingimiento sirve muy poco ante el psicólogo experimentado. El paciente espera

encontrar en el psicólogo un gran sentimiento de comunidad. Puesto que no podemos esperar, según nuestra propia experiencia, mucho interés social por parte del enfermo, no nos mostraremos exigentes en este sentido. Hay dos puntos que nos sirven de apoyo en esta manera de ver: en primer lugar, el índice del sentimiento de comunidad no suele acusarse demasiado, y, en segundo lugar, no hemos de olvidar ni por un solo instante que nos encontraremos en presencia de seres que han sido mimados de niños y que, una vez adultos, no consiguen emanciparse de su mundo ficticio. No debe, pues, maravillarnos que no pocos de nuestros lectores hayan podido leer sin honda conmoción interior la pregunta: ¿Por qué he de amar al prójimo? Ya Caín había preguntado algo muy semejante.

La mirada, la manera de andar, el modo de acercársenos, con decisión o vacilación, puede ya revelar muchas cosas. Si nos hemos fijado reglas como señalar, por ejemplo, a todos los enfermos que entran en el consultorio, un asiento determinado, el mismo sofá, o una hora de visita estricta, dejaremos de captar muchos datos. El primer encuentro debe ya proporcionar indicios por el solo hecho de suprimir cualquier imperativo. Basta muchas veces la manera de estrechar la mano para llamar la atención acerca de un problema importante. Con gran frecuencia vemos que las personas mimadas propenden a apoyarse en algo, como los niños a la madre que les acompaña. Sin embargo, como siempre que debe entrar en juego la capacidad de adivinar, también en este caso tendremos que prescindir de toda regla fija y examinar las cosas prefiriendo reservarnos nuestro pensamiento, para utilizarlo más tarde en una forma adecuada sin herir la susceptibilidad siempre despierta del paciente. A veces se puede intentar, pues, abstenerse de asignar al enfermo un asiento determinado, invitándole, en cambio, a sentarse donde más le agrade. La distancia a que se sitúe del médico o del consejero revelará en gran modo la manera de ser del enfermo, como si se tratara de un niño en la escuela. Es muy importante, además, eliminar de antemano la primitiva psicología del ¡Así es!, que tantas veces observamos en los consultorios particulares e

incluso en sociedad, y evitar al principio dar respuestas estrictas al paciente y a sus familiares. El psicólogo individual no debe olvidar nunca que, prescindiendo de sus aptitudes adivinatorias, debe poder presentar pruebas concluyentes que basten para convencer incluso a los más inexpertos. Es preciso no mostrarse excesivamente crítico ante los padres y demás familiares del enfermo, sino considerar el caso como digno de estudio y de ninguna manera como desesperado e irremediable. A esta norma de conducta deberemos atenernos incluso cuando no estemos dispuestos a tratar al paciente, salvo en los casos excepcionales en los que razones de peso nos obliguen a actuar en contrario. Me parece ventajoso no poner trabas a los movimientos del paciente. Démosle absoluta libertad de levantarse, pasear por la habitación, fumar a su gusto. A veces incluso he dado facilidades a mis pacientes para que durmieran en mi presencia si me lo proponían, aun dificultando mi labor, puesto que su actitud hablaba para mí un lenguaje tan claro como si se hubieran expresado con palabras hostiles. Una mirada indirecta, de soslayo, de un paciente, demuestra con toda claridad su poca inclinación al trabajo en común. Esto puede manifestarse con otras actitudes, si el enfermo no habla en absoluto o si sólo habla; si da vueltas y más vueltas en torno al asunto o si impide hablar al investigador con su incesante flujo de palabras. Contrariamente a otros psicoterapeutas, el psicólogo individual evitará adormecerse o dormirse durante la conversación, bostezar, dar la impresión de una falta de interés o emplear palabras duras; asimismo rehuirá dar consejos precipitados, designarse a sí mismo como el único capacitado para hallar una solución al problema, no ser puntual, discutir con el enfermo y declarar que la curación, por cualquier motivo, es imposible. En este último caso, si se han presentado dificultades insuperables, lo recomendable es declararse demasiado débil, dando a entender que tal vez haya otros más capacitados para tal cometido. Todo propósito de mantener la propia autoridad prepara el fracaso, así como toda vanagloria impide la curación.

Desde un principio debe procurar el psicólogo la demostración paulatina de que la responsabilidad por la curación debe cargársele al paciente, puesto que, como dice muy atinadamente un proverbio inglés,puedes llevar un caballo al abrevadero, pero no puedes obligarle a beber.

El psicólogo debe atenerse estrictamente a considerar todo tratamiento y curación, no como un éxito propio, sino como un triunfo del paciente que nos consulta. El psicólogo puede tan sólo llamar la atención sobre los errores; el paciente, en cambio, se ve obligado a dar vida a la misma verdad. Puesto que en la totalidad de los casos de fracasos que nos fue dable examinar comprobamos una falta de colaboración, es preciso utilizar todos los medios posibles para fomentar antes que nada la cooperación del enfermo con el psicólogo. Claro está que esto será tanto más fácil cuanto más a gusto se sienta el enfermo con el médico. He aquí por qué esa colaboración será el primer intento serio y científico para elevar el sentimiento de comunidad, y tendrá una importancia capital. Entre otras cosas, será necesario evitar lo que suelen aplicar con demasiada frecuencia otros consejeros que recurren a lo que Freud ha llamado transferencia positiva, que se produce y fomenta artificialmente, dejando perdurar el sentimiento de inferioridad, apoyándose en la falta de seguridad del enfermo frente al médico para efectuar continuas observaciones acerca de componentes sexuales reprimidos. Freud llega incluso a exigir taltransferencia en toda cura psicoanalítica, sin darse cuenta de que, en el mejor de los casos, con ello plantea un nuevo problema: el de hacer que, a su vez, desaparezca este estado producido de tan artificial manera. Si el enfermo se acostumbra a asumir la plena responsabilidad de su conducta, no se le presentará al psicólogo dificultad alguna para evitar que el niño, casi siempre mimado, o la persona mayor que anhela verse mimada de nuevo, caiga en aquella trampa que parece prometerle una satisfacción fácil e inmediatamente realizable de sus deseos hasta entonces frustrados. Puesto que en nuestra humanidad, por regla general muy mimada, todo deseo irrealizado o

irrealizable aparece como represión, quisiera insistir aquí, una vez más, en lo siguiente: la Psicología individual no exige la represión de los deseos justificados ni de los injustificados, hace ver, sin embargo, que los deseos injustificados deben ser reconocidos como contrarios al sentimiento de comunidad y suprimidos, pero no reprimidos, mediante la producción de un máximo de intereses sociales.

En cierta ocasión ocurrió que un individuo débil y enfermizo llegó a amenazarme. Sufría dementia praecox y quedó curado totalmente por mi intervención después de haber sido declarado incurable tres años antes de someterse a mi tratamiento. Ya sabía yo en aquel entonces que el individuo esperaba con toda seguridad ser rechazado por mí, como lo había sido siempre por todos desde su infancia. Durante tres meses, en el curso del tratamiento, no profirió ni una palabra, y esto me sirvió de punto de partida para darle explicaciones prudentes en la medida de lo posible, basándome en lo poco que sabía de su vida. Reconocí en su mutismo y en otras actitudes semejantes una tendencia a la obstrucción, y juzgué como punto culminante de su hostil actitud contra mí, el hecho de que alzara la mano para pegarme. Decidí en seguida no hacer nada para defenderme. Me hizo objeto de una segunda agresión que terminó con una ventana rota y que yo tuviera que vendar con la máxima amabilidad una de las manos del enfermo, que había sufrido una pequeña herida. A quienes se hallen familiarizados con mis teorías, huelga decirles que no considero siquiera este acto como digno de ser erigido en ejemplo a seguir siempre e incondicionalmente. Una vez asegurado por completo el éxito en el caso mencionado, pregunté al enfermo: ¿Qué le parece? ¿Cómo pudimos lograr entre los dos su curación? y la contestación que recibí fue tal que merecería la mayor atención por parte de todos los sectores interesados en la materia. En cuanto a mí atañe, me enseñó a sonreírme frente a los ataques de esos psicólogos y psiquiatras que se empeñan en luchar contra molinos de viento. La respuesta que me dio el individuo en cuestión fue la siguiente: Creo

que eso será muy sencillo, pues yo había perdido todo valor para enfrentarme con la vida y en nuestras conversaciones volví a encontrarlo. Quien haya reconocido esa verdad de la Psicología individual según la cual el ánimo no es más que un aspecto del sentimiento de comunidad, comprenderá perfectamente la metamorfosis experimentada por este hombre.

El paciente debe adquirir en todo caso la plena convicción de que está en absoluta libertad para considerar todos los problemas que pueda plantear el tratamiento. Puede hacer o dejar de hacer cuanto quiera. Pero el psicólogo deberá evitar que se despierte en el enfermo la creencia de que desde el comienzo del tratamiento ha de empezar a verse libre de sus síntomas. Al empezar un tratamiento, un psiquiatra dijo a los familiares de un epiléptico a quien tuve ocasión de conocer, que éste no volvería a tener más ataques si se le dejaba solo. El resultado fue que ya en el primer día tuvo un ataque en plena calle, aún más fuerte que de costumbre, que le costó la fractura del maxilar inferior. Otro caso del que tengo noticia fue de consecuencias menos trágicas: un joven acudió al consultorio de un psiquiatra para tratar su tendencia al hurto, y al término de la primera sesión se había llevado el paraguas del psiquiatra.

Quisiera hacer otra recomendación. El psicólogo debe comprometerse con su enfermo a no decir nada a nadie de los temas que trate con él, y ha de cumplir escrupulosamente esta promesa. En cambio, debe darse al enfermo libertad para hablar lo que quiera. Claro está que con esto nos arriesgamos a que, a veces, un enfermo utilice nuestras aclaraciones para lucirse en el círculo de sus relaciones, entregándose a la psicología del ¡Así es! (¡Cuán corto es el intestino de estos señores!, exclama el poeta, refiriéndose a los que vuelven a exteriorizar sin demora cuanto se les cuenta.) Pero este pequeño inconveniente puede ser resuelto mediante una conversación amistosa. Es frecuente también que el enfermo multiplique las acusaciones contra su familia, lo cual debemos tener en cuenta para hacer constar previamente ante él que sus familiares sólo tienen la culpa en la exacta medida en que él

les hace culpables con su propia conducta y que en el momento mismo en que se encuentre bien se verán aquéllos libres de su culpa. Por otra parte, es preciso explicar al enfermo que no puede exigir a sus familiares más conocimiento del que él mismo posee. Téngase siempre en cuenta que éste habrá utilizado, bajo su propia responsabilidad, como materiales para seguir su estilo de vida equivocado, las influencias del medio en que vive. Es útil asimismo llamar la atención sobre el hecho de que los padres del enfermo podrían hacer recaer a su vez la responsabilidad de sus errores y faltas sobre sus propios padres; éstos, sobre los suyos, y así sucesivamente. De modo que no se puede hablar de una culpabilidad tal y como el enfermo la concibe.

Me parece asimismo importante no dar lugar a que el paciente se forme la opinión de que la obra de la psicología individual sirve tan sólo para gloria y enriquecimiento de ésta. La avidez y la precipitación para procurarse enfermos no puede producir sino perjuicios. Lo mismo debe decirse de las manifestaciones negativas o hasta hostiles hacia otros psicólogos.

Como prueba de ello nos limitaremos a referir un solo ejemplo. Cierto individuo vino a verme para ponerse en tratamiento de una astenia nerviosa que no era, como pronto se vio, sino la consecuencia de un temor a posibles fracasos. Me participó que le habían recomendado, al mismo tiempo que a mí, a otro psiquiatra a quien pensaba visitar también. Le facilité las señas de este colega y, al día siguiente, vino a verme y me explicó su visita a aquél. El psiquiatra en cuestión, después de haber escuchado de labios del paciente la historia de su enfermedad, le había aconsejado una cura de hidroterapia fría, a lo que el enfermo respondió que acababa de llevar a cabo cinco curas por el estilo, pero sin éxito alguno. Propúsole entonces el médico que empezara una sexta cura de esa clase en un sanatorio de mucho renombre, a lo que el enfermo replicó que precisamente habíase sometido en aquella casa a dos de dichas curas, añadiendo que pensaba hacerse tratar por mí. A esto último se opuso el psiquiatra con bastante energía, diciendo

que el doctor Adler se contentaría con practicar alguna sugestión. A ello replicó el enfermo: Tal vez me sugiera algo que logre curarme, y dicho eso se fue. Si aquel psiquiatra no hubiera estado poseído del deseo de impedir el reconocimiento de la Psicología individual, hubiese podido notar que era imposible retener al enfermo en cuestión en su deseo de hacerse tratar por mí y habría comprendido mejor la réplica muy justa de éste. Por eso recomiendo a mis amigos que eviten escrupulosamente manifestaciones de censura ante los enfermos, aun en el caso de que sean muy justificadas. El lugar para corregir opiniones equivocadas y defender conceptos justos debe buscarse en la controversia libre de la ciencia, pero siempre por medios científicos.

Si aun después de la primera entrevista subsisten en el paciente dudas acerca de si se hará o no tratar por nosotros, concedámosle algunos días para decidirse. No es fácil dar una contestación más o menos exacta a la habitual pregunta respecto a la probable duración del tratamiento, pregunta que considero justificada, teniendo en cuenta que gran número de los visitantes han oído hablar de tratamientos que a veces duraron hasta ocho años sin lograr de ellos resultado alguno. Un tratamiento por medio de la psicología individual bien conducido debería producir en tres meses un resultado, cuando menos parcial, claramente perceptible, y puesto que el éxito depende de la colaboración del mismo enfermo, para abrir desde el primer momento una brecha en favor del sentimiento de comunidad se obrará en consecuencia poniendo de relieve el hecho de que la duración del tratamiento dependerá de su colaboración. Y en lo que al médico respecta, si sus conocimientos de la Psicología individual son lo suficientemente profundos, después de media hora suele estar ya orientado, pero deberá esperar hasta que el paciente se dé cuenta de cuál es su estilo de vida y cuáles son los errores cometidos. De todas maneras, se puede añadir en tales ocasiones: Si después de una o dos semanas no está usted convencido de que seguimos un camino justo, renunciaré al tratamiento.

El inevitable problema de los honorarios es también causa de dificultades. He asistido a una larga serie de enfermos cuya fortuna, a veces considerable, había sido consumida en anteriores tratamientos, y por eso resulta aconsejable no rebasar los honorarios habituales en el país donde uno actúe, pero cotizando también en cada tratamiento el mayor esfuerzo e inversión de tiempo. Sin embargo, es preciso abstenerse de exigir remuneraciones excesivas, como contrarias al sentimiento de comunidad que queremos despertar en el enfermo, a quien unas peticiones exageradas de dinero podrían incluso perjudicar en su dolencia. Los eventuales tratamientos gratuitos deben llevarse a cabo siempre con gran cuidado para no hacer experimentar al enfermo pobre la sensación de un interés menor por él, punto en el que sin duda mostrará gran susceptibilidad. Debemos declinar las ofertas de una cantidad à forfait[12] o la promesa de pagar una vez realizada la curación. Y debemos hacerlo así, no porque tal pago nos parezca inseguro, sino porque con ello se crearía artificialmente un nuevo motivo que podría dificultar el éxito en las relaciones entre médico y enfermo. El pago debería efectuarse semanal o mensualmente, nunca por adelantado. Las exigencias o recompensas, sean de la índole que sean, no pueden sino perjudicar al tratamiento. Incluso deben ser rechazadas las pequeñas amabilidades que el mismo enfermo suele brindar, así como ser rehusados cortésmente los regalos o, por lo menos, diferir su aceptación hasta que la curación se haya logrado. Asimismo deberían ser evitadas las invitaciones mutuas entre médico y enfermo y el salir juntos durante el tratamiento. El tratamiento de parientes o de conocidos y amistades es algo más difícil, puesto que la naturaleza de las cosas motiva que los eventuales sentimientos de inferioridad se acentúen frente a personas conocidas. El mismo psicólogo será quien más sufra las consecuencias de tal aversión, pues notará a cada momento el sentimiento de inferioridad del paciente. Deberá, pues, procurar por todos los medios que le sean dables aliviar al enfermo a este respecto. Si uno tiene la suerte,

como nosotros en la Psicología individual, de poder llamar la atención tan sólo sobre errores y nunca sobre defectos innatos, de mostrar que existen posibilidades de curación, de hacer sentir al enfermo que tiene tanto valor para nosotros como cualquier otro, y de insistir sobre el bajo nivel general del sentimiento de comunidad, todo esto representará un notable alivio para el enfermo, y hará comprender por qué el psicólogo individual no tiene que luchar con las mismas resistencias que los representantes de otras Escuelas.

Se comprenderá asimismo con facilidad que el tratamiento mediante la Psicología individual nunca produce crisis, y que si un psicólogo individual que no ha llegado a penetrar debidamente en el espíritu de nuestra ciencia, como, por ejemplo, Künkel, cree convenientes las crisis, tales como las conmociones y el abatimiento del enfermo, eso es sólo, sin duda, por haberlos creado él mismo artificialmente y de una manera por completo superflua, y tal vez por creer erróneamente que con ello le hace un favor a la iglesia. (Véase Jahn y Adler, Religion und Individualpsychologie, Religión y Psicología del Individuo1931. ed. Dr. Rolf Passer, Viena.) Siempre he creído que el mantener el nivel de tensión emocional tan bajo como sea posible durante el tratamiento es una ventaja incalculable; y por eso he llegado a adoptar la pauta de decir a todos los enfermos que existen situaciones chistosas que reflejan de manera exacta la estructura de su neurosis peculiar y que, por lo tanto, ésta puede ser considerada con menos seriedad de lo que él juzga. Tengo que adelantarme aquí a las palabras de unos posibles críticos de pobre ingenio, añadiendo que tales chistes o historietas nunca deben hacer revivir el sentimiento de inferioridad (cuya existencia empieza a parecer a Freud tan explícita). Las referencias a fábulas y a personajes de la Historia, a sentencias de poetas y filósofos, contribuyen también a fortalecer la confianza en la Psicología individual y en las teorías mantenidas por ella.

En toda conversación entre médico y enfermo debería tenerse en cuenta si éste se halla o no en el camino que conduce a la colaboración. Toda mueca o gesto, lo que aporta o calla en la

plática, son pruebas evidentes de ello. La comprensión profunda de los sueños nos da, al mismo tiempo, ocasión de calcular el éxito o el fracaso de la colaboración. Es preciso, sin embargo, proceder con particular cuidado cuando se trate de impulsar al enfermo a realizar algo. Si la conversación roza este particular, una vez descartada, como es lógico, cualquier empresa peligrosa, no conviene recomendar ni disuadir, sino hacer constar que, a pesar de que estamos convencidos de antemano del éxito, no es posible juzgar con exactitud si el paciente está ya suficientemente preparado para ello. Impulsar al enfermo antes de haberle hecho adquirir una considerable dosis del sentimiento de comunidad, trae generalmente como consecuencia una intensificación o un retorno de los síntomas.

En cuanto al problema profesional, podemos proceder con mayor energía; pero, naturalmente, no en el sentido de requerir del enfermo que se dedique a determinada profesión, sino mediante la indicación de que está mejor preparado para tal o cual profesión y que podría rendir más en ella que en otra cualquiera. Durante el tratamiento es preciso estimular siempre al enfermo sin perder nunca de vista aquella fundamental convicción psicológico-individual -que ha herido la vanidad de tantas personas-, según la cual (haciendo abstracción de facultades extraordinarias acerca de cuya estructura poca cosa podríamos decir) cada cual puede hacerlo todo.

En cuanto al primer examen del niño difícil a quien es necesario orientar, considero idóneo el cuestionario redactado por mí y mis colaboradores y que constituye el colofón del presente libro. Huelga decir que no lo manejará bien sino quien disponga de la necesaria experiencia, conozca las concepciones de la Psicología individual y tenga la suficiente práctica en la aptitud de adivinar. Al utilizar este cuestionario, encontrará que todo el arte de la comprensión de la particularidad humana consiste en descubrir el estilo de vida que cada individuo se crea durante su infancia; en captar las influencias que contribuyen a su formación y en observar cómo se conduce

frente a los problemas de la humanidad. A este cuestionario, elaborado desde hace ya varios años, debería añadirse la investigación del grado de agresividad y actividad, sin olvidar que la inmensa mayoría de los fracasos infantiles de conducta provienen del mimo que acrecienta el afán afectivo del niño y le hace experimentar las seducciones más diversas, a las cuales difícilmente puede resistir sobre todo cuando se encuentra entre malas compañías.

CUESTIONARIO DE PSICOLOGÍA INDIVIDUAL PARA LA COMPRENSIÓN Y EL TRATAMIENTO DE LOS NIÑOS DIFÍCILES

redactado por la ASOCIACIÓN INTERNACIONAL DE PSICOLOGÍA INDIVIDUAL

1. ¿Desde cuándo existe una preocupación por el niño? ¿Cuál era la situación externa y anímica del niño cuando se manifestaron por vez primera sus trastornos?

Son importantes: las modificaciones del medio, el comienzo de la vida escolar, los cambios de escuela o de maestro, el nacimiento de un hermano, los fracasos escolares, las nuevas amistades, las enfermedades del niño o de los padres, etc.

2. ¿Había ya llamado anteriormente la atención algo anormal en el niño? ¿Por una debilidad psíquica o corporal? ¿Por cobardía? ¿Por negligencia? ¿Por buscar aislarse? ¿Por torpeza? ¿Celos? ¿Falta de independencia al comer, al lavarse, al vestirse o al acostarse? ¿Miedo a quedarse solo? ¿A la oscuridad? ¿Tiene

conciencia clara de su papel sexual? ¿Caracteres sexuales primarios, secundarios y terciarios? ¿Qué idea tiene del sexo contrario? ¿Cómo han progresado sus conocimientos sexuales? ¿Hijastro? ¿Hijo ilegítimo? ¿Hijo adoptivo? ¿Cómo eran sus padres adoptivos? ¿Conserva algún contacto con ellos? ¿Empezó a andar y a hablar a su tiempo? ¿Sin dificultades? ¿Su dentición se desarrolló normalmente? ¿Dificultades en el aprendizaje de la escritura, del cálculo, del dibujo, del canto, de la natación? ¿Ha exteriorizado un especial cariño por alguna persona? ¿Por el padre? ¿Por la madre? ¿Por los abuelos? ¿Por la niñera?

Hay que prestar atención a una actitud hostil frente a la vida, a las causas que pueda despertar un sentimiento de inferioridad, tendencia a la eliminación de dificultades y a la exclusión de personas, rasgos de egoísmo, de sensibilidad, impaciencia, exaltación afectiva, codicia, intensa actividad, prudencia.

3. ¿Ha dado mucho que hacer? ¿Cuándo se muestra más temeroso? ¿A quien y a qué es lo que más teme? ¿Ha gritado durante la noche? ¿Se ha orinado en la cama? ¿Es autoritario? ¿Ante el fuerte o sólo ante el débil? ¿Ha llamado la atención su tendencia a acostarse en el lecho de alguno de sus padres? ¿Falto de destreza? ¿Inteligente? ¿Se han burlado y reído mucho de él? ¿Es coqueto en relación a sus cabellos, trajes, zapatos? ¿Se hurga la nariz? ¿Se muerde las uñas? ¿Es glotón? ¿Hurtos? ¿Dificultades para defecar?

Aclaración de si tiende hacia la superioridad más o menos activamente y de si su desobediencia ha impedido la educación de sus acciones instintivas.

4. ¿Ha hecho amistades fácilmente? ¿O era insoportable y atormentaba a las personas y a los animales? ¿Se relaciona con compañeros más jóvenes o mayores que él? ¿Con niños o con niñas? ¿Tiene inclinación a actuar como jefe? ¿Se aísla? ¿Coleccionista? ¿Avaro? ¿Codicioso?

Estas preguntas se refieren a su capacidad de contacto y a su grado de desaliento.

5. ¿Cuál es su comportamiento actual en relación con todo esto? ¿Cómo se comporta en la escuela? ¿Concurre gustoso a ella? ¿Llega siempre tarde? ¿Se muestra excitado antes de acudir a clases? ¿Se apresura? ¿Pierde sus libros, cuadernos, carteras? ¿Está preocupado por los deberes escolares y los exámenes? ¿Se le olvida hacer sus tareas o rehusa hacerlas? ¿Pierde el tiempo? ¿Perezoso? ¿Indolente? ¿Disminución o falta de concentración? ¿Perturba el salón? ¿Cómo se comporta ante sus maestros: actitud crítica, arrogante, indiferente? ¿Busca la ayuda de otros en sus tareas o espera siempre que se las exijan? ¿Muestra gran interés en la gimnasia o en el deporte? ¿Se cree él mismo parcial o totalmente incapaz? ¿Lee mucho? ¿Qué lecturas prefiere? ¿Malas notas en todas las asignaturas?

Las respuestas a estas preguntas darán una idea de la preparación del niño para la escuela, del resultado de la experiencia escolar y de su actitud ante las dificultades.

6. Datos exactos sobre las condiciones de vida en la casa, enfermedades de la familia, alcoholismo, tendencias delictivas, neurosis, debilidad mental, sífilis, epilepsia, sobre el nivel de vida. ¿Casos de muerte? ¿A qué edad del niño? ¿Es un niño huérfano? ¿Quién domina en la familia? ¿Es la educación severa, crítica o demasiado suave? ¿Se le da al niño una pavorosa idea de la vida? ¿Qué vigilancia se ejerce sobre él? ¿Padrastro?

Estudiamos aquí al niño en su medio familiar para conocer las influencias que posiblemente obran sobre él.

7. ¿Qué lugar ocupa por orden de edad entre sus hermanos? ¿Es el mayor, el segundo, el más joven, hijo único, único niño, única niña? ¿Rivalidad? ¿Llora con frecuencia? ¿Risa malévola? ¿Tendencia impulsiva a la desvaloración de los demás?

Importante para la caracterología. Proporciona datos sobre la actitud del niño frente a los demás.

8. ¿Cuáles eran sus ideas hasta ahora acerca de su futura profesión? ¿Cómo piensa respecto al matrimonio? ¿Qué profesión

ejercen los demás miembros de su familia? ¿Son felices sus padres en el matrimonio?

Hace posibles las conclusiones respecto al valor en sí mismo y la confianza del niño en el futuro.

9. ¿Juegos favoritos? ¿Historias preferidas? ¿Personajes de la Historia y de la literatura por quienes siente predilección? ¿Le gusta perturbar los juegos de los demás? ¿Se deja llevar por su imaginación? ¿Piensa sobriamente, adaptándose a la realidad y rechazando las fantasías? ¿Ensueños diurnos?

Nos proporciona datos sobre el tipo ideal elegido en la tendencia a la superioridad.

10. ¿Recuerdos más antiguos? ¿Sueños impresionantes o repetidos? (volar, caer, estar paralizado, llegar tarde al tren, carreras, estar preso, pesadillas).

Encontramos, además, frecuentemente, tendencias al aislamiento, advertencias que llevan a una extremada prudencia, manifestaciones ambiciosas y preferencias por determinadas personas, tendencia a adoptar una actitud pasiva.

11. ¿Respecto a qué está el niño desalentado? ¿Se siente desfavorecido? ¿Reacciona favorablemente a las atenciones y a las alabanzas? ¿Ideas supersticiosas? ¿Evita las dificultades? ¿Empieza diferentes cosas para abandonarlas en seguida? ¿Se muestra inseguro por su porvenir? ¿Cree en las influencias desventajosas de la herencia? ¿Las personas que le rodean lo han desalentado sistemáticamente? ¿Es pesimista?

Suministra las pruebas más importantes de que el niño ha perdido la confianza en sí mismo y busca su camino en la dirección equivocada.

12. Otras malas costumbres: ¿Muecas? ¿Se hace el tonto, infantil o el payaso?

Son intentos de poco valor para atraer la atención sobre sí.

13. ¿Tiene defectos de lenguaje? ¿Es feo? ¿Torpe? ¿Zambo? ¿Piernas en X o en O? ¿Se ha desarrollado mal? ¿Obeso? ¿Muy alto? ¿Muy pequeño? ¿Defectos visuales o auditivos? ¿Retraso

mental? ¿Zurdo? ¿Ronca por la noche? ¿Llama la atención por su belleza ?

Se trata aquí de dificultades de la vida que el niño sobrevalora. Por ahí puede llegar a un estado psíquico de desaliento permanente. Un tal desarrollo falseado puede encontrarse muy a menudo en niños particularmente bellos. Caen en la creencia sugestiva de que todo se les debe dar, y que deben recibirlo todo sin esfuerzo, de ahí que carecen de una verdadera preparación para la vida.

14. ¿Habla con franqueza de sus defectos, de sus escasas dotes para la escuela? ¿Para el trabajo? ¿Para la vida? ¿Ideas de suicidio? ¿Existe alguna relación temporal entre sus fracasos y sus faltas? (Negligencia, organización de bandas). ¿Sobrevalora los éxitos de los demás? ¿Es servil? ¿Hipócrita? ¿Rebelde?

Formas de expresión de un profundo desaliento. A menudo se presentan después de infructuosos intentos por mejorar, que fracasan a causa de su mala orientación y también por la errónea comprensión del entorno. Entonces buscan satisfacciones compensadoras en un campo de actividad secundario.

15. ¿Cuál es el rendimiento positivo del niño? ¿Tipo visual, auditivo, motor?

Indicios importantes porque es posible que los intereses, inclinaciones y preparación del niño se orienten en una dirección distinta de la emprendida hasta entonces.

Con estas preguntas, que no deben formularse punto por punto, sino en la conversación, nunca de una manera rígida, sino, natural y progresiva, obtendremos siempre una imagen de la personalidad, que nos mostrará los fracasos, no como justificables, pero sí como comprensibles. Los errores descubiertos deben ser siempre aclarados amistosamente, con paciencia y sin amenazas.

Para los fracasos en el adulto me ha dado excelente resultado el siguiente esquema de investigación. El que tenga práctica podrá

conseguir, por su intermedio, y ya a la media hora de empleado, una amplia visión del estilo de vida del individuo.

Reuno mis informaciones sin seguir una norma fija, con la siguiente serie de preguntas, en la que el experto pronto echará de ver una coincidencia con la manera de plantear los puntos desde la perspectiva de la medicina; las respuestas así obtenidas ofrecen al psicólogo individual, al interpretarlas según su sistema, una gran cantidad de aspectos que, de lo contrario, pasarían inadvertidos.

La sucesión de las preguntas es, aproximadamente, la siguiente:

1. ¿De qué se queja usted?

2. ¿En qué situación se hallaba usted cuando empezó a percibir los síntomas?

3. ¿En qué situación vive usted ahora?

4. ¿Cuál es su profesión?

5. ¿Querría usted describirme el carácter, estado de salud, de sus padres; y si han fallecido, cuál ha sido la causa? ¿Qué relaciones guardaba usted con ellos?

6. ¿Cuántos hermanos tiene usted? ¿Qué lugar ocupa usted entre ellos por orden de nacimiento? ¿Cómo se portaban sus hermanos con usted? ¿Qué situación ocupan en la vida? ¿Padecen también algún trastorno?

7. ¿Quién era el preferido del padre? ¿De la madre? ¿Cómo se desarrolló la educación de usted?

8. Buscar las señales que indiquen si el niño ha sido mimado en exceso; (ansiedad, timidez, dificultades en trabar amistades, conducta desordenada, etcétera).

9. Enfermedades infantiles y el comportamiento del entorno durante éstas.

10. ¿Sus más antiguos recuerdos infantiles?

11. ¿Qué teme usted? ¿Qué es lo que más temía usted?

12. ¿Actitudes para con el sexo opuesto? ¿En la infancia? ¿Luego?

13. ¿Qué profesión le hubiera gustado ejercer? En caso de que no pudo realizar su deseo, ¿Por qué razón?

14. ¿Ambicioso? ¿Susceptible? ¿Propenso a la cólera? ¿Pedante? ¿Autoritario? ¿Tímido? ¿Impaciente?

15. ¿Cómo son las personas que le rodean ahora? ¿Impacientes? ¿Coléricas?¿Afectuosas?

16. ¿Cómo duerme usted?

17. ¿Sueños? (caídas, vuelos, sueños repetidos, proféticos, de exámenes, pérdida del tren, etc.).

18. ¿Enfermedades en sus ascendientes y colaterales?

Quisiera dar aquí al lector un consejo importante: quien haya llegado hasta este punto sin comprender perfectamente la significación de estas preguntas, debiera empezar de nuevo y reflexionar sobre el hecho de si no habrá leído este libro con poca atención o de si -¡Dios no lo quiera!- lo ha hecho con actitud hostil. Si yo debiera explicar aquí la significación de estas preguntas para la formación del estilo de vida, tendría que repetir otra vez todo este libro. Pero esto sería insensato. Así, esta serie de preguntas y el cuestionario relativo a los niños difíciles podrían servir muy bien como un test de cuyo resultado se infiere si el lector me acompaña, es decir, si ha alcanzado un grado suficiente de sentimiento de comunidad. En efecto, ésta es la misión capital de este libro: no sólo poner al lector en condiciones de poder comprender a los demás, sino hacerle asimilar la importancia del sentimiento de comunidad, y mantenerlo vivo en sí mismo.

Notas

[1] En alemán Einfühlung. Otros traductores suelen verter este término por introyección o proyección sentimental. (N. del T.)<<

[2] El hecho de que incluso personas a quienes vimos estudiar durante largos años nuestra Psicología individual opinen que estas comunidades deben ser concebidas como actuales, en lugar de hacerlo subspecie aeternitatis, demuestra que el nivel de nuestro sistema psicológico es para ellas demasiado elevado.<<

[3] ADLER emplea aquí esta palabra no en el sentido antiguo, más bien etnográfico -Antropometría, etc.-, sino en el sentido moderno, en el empleado por los filósofos actuales. Antropología es, en este nuevo sentido, la ciencia global de todos cuantos datos nos suministran acerca del hombre las ciencias particulares: Biología, Fisiología, Psicología, etc. Sólo en tal sentido merece verdaderamente su nombre y es la ciencia del Hombre. (N. del T.)<<

[4] ADLER, Problem der Homosexualität (El problema de la Homosexualidad), S. Hirzel, Leipzig.<<

[5] S. SMUTS, Wholeness and Evolution (Totalidad y Evolución), Londres, McMillan C°.<<

[6] Véase AdlER, en Heilen und Bilden (Curar y Formar), 3.a edición, Bergmann, Munich.<<

[7] Véase Cannon, The Wisdom of the Body (La Sabiduría del cuerpo), Norton and C°, Nueva York.<<

[8] JAHN y ADLER, Religion und Individualpsychologie (La Religión y la Psicología del Individuo), edit. Dr. Passer. Viena. 1933<<

[9] Cita de la poesía de Schiller, Die Schoplung (La Creación).<<

[10] V. DREIKURS, Seeliche Impotenz (Impotencia psíquica), S. Hirzel, Leipzig, y Alfred ADLER, Das Problemder Homosexualität (El problema de la homosexualidad), S. Hirzel, Leipzig. 1930.<<

[11] Véase JAHN y ADLER, Religion und Individualpsychologie, Religión y Psicología del Individuo. Verlag Dr. Passer, Viena, 1933. <<

[12] Una cantidad total predeterminada y fija de dinero.<<